Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

THE LATIN AMERICAN COLLECTION
of
THE LIBRARY
THE UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN

THE SIMON LUCUIX
RIO DE LA PLATA LIBRARY
Purchased
1965

F
3011
C75
M3

LATIN AMERICAN COLLECTION

2012906103

F 3011 C75 M3 LAC

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

EL VIEJO TARAGÜY

Crónicas, Narraciones y Leyendas
de la Tradición y Mitología de Corrientes

POR FRANCISCO MANZI

Digitized by Google

Digitized by Google

EL VIEJO TARAGÜY

Digitized by Google

COLECCIÓN CLARIDAD. — VOL. 178

EDITORIAL CLARIDAD, S. A.
DIRECCIÓN GENERAL: ANTONIO ZAMORA
OFICINAS: SAN JOSÉ 1621 AL 1645. -- BUENOS AIRES

Digitized by Google

Francisco Manzi

EL VIEJO TARAGÜY

CRONICAS, NARRACIONES Y LEYENDAS DE LA TRADICION Y MITOLOGIA DE CORRIENTES

EDITORIAL
CLARIDAD
BUENOS AIRES

Digitized by Google

Primera edición, febrero de 1946

Derechos reservados para toda la América Latina.
Impreso en la Argentina. -- Printed in Argentine.
Copyright by EDITORIAL CLARIDAD, S. A., in 1946.

Digitized by Google

INDICE

A los lectores 7

El paisaje de Arazaty 9

Cap. I.—Fundación de Corrientes 13
„ II.—El viejo Taragüy 19
„ III.—Impresiones de otros siglos 35
„ IV.—Corrientes en el siglo XVIII 41
„ V.—Corrientes ante la dictadura de Artigas .. 48
„ VI.—Corrientes en los albores de la Independencia 55
„ VII.—Corrientes en 1820 62
„ VIII.—Desde el drama de Pago Largo a la batalla de Caseros 70
„ IX.—Corrientes, de las tradiciones y del sueño . 96

NARRACIONES

Un convento ilustre 121
Las dos vírgenes 129
El romántico idilio de Juan Torres de Vera y Aragón y doña Juana Ortiz de Zárate 133
Crónica histórica y romántica de 1811 144
Recuerdos del campamento de Paso de la Patria 154
Abnegación y sacrificio de la mujer correntina 160
Tipos populares del sur 170

Digitized by Google

LEYENDAS

Leyenda de Laguna Brava 185
Los espíritus de Cambay 189
Ará - Potï 196
Irupé y Yaguarú ante el altar guaraní 210
Episodio romántico de la conquista 217
Una odisea de la conquista 224
Un episodio de amor y de sangre 230
Las magas del Iberá 238
El pucará y su leyenda histórica 244

Digitized by Google

A LOS LECTORES

El contenido de este libro, debe interesar a todos los correntinos; sin embargo, su publicación no tiene el propósito de presentar un cuadro completo del Corrientes folklórico o de sus tradiciones coloniales.

En estas páginas de crónicas y de narraciones desordenadas, el lector podrá evocar algunos hechos del heroico pasado, tan rico en figuras llenas de sugerencias para el relato novelesco y folklórico.

Corrientes ofrece material abundante para estudiar las narraciones nativas y nutrir muchas páginas de leyendas de heroísmo romántico y sentimental, pero esta tarea está reservada a plumas más autorizadas y de una conciencia quizás más intelectual de lo que significa el escenario, los personajes y las costumbres.

Estas páginas, las más correntinas tal vez de las que yo haya escrito, en los gratos años vividos en Corrientes, ciudad que amé y en la que hice mis primeros aprendizajes, abrieron mi inspiración por la historia; ciudad que evoco siempre con la ternura y la gracia con que se recuerdan los lugares más queridos en que se pasó la juventud. Y esa evocación apasionada se extiende hacia todos los rincones circundantes de Taragüy, ya sea a sus monumentos, a las costumbres, a las personas y, finalmente, a los tipos más populares que fueron alegría de mi niñez.

En las presentes narraciones, crónicas y leyendas, se han estudiado aunque someramente: personajes, caracteres, incidentes que se operan, motivos que surgen de vez en cuando en sus ánimos, descriptos de tal modo, que la mente de los lectores al recorrerlas, desde el principio hasta el final, han de reconocer forzosamente que los hechos que se narran fueron transportados por la imaginación o la tradición a un ambiente decorativo-histórico y geográfico, sin forzarlos de una exagerada fantasía.

Hasta las figuras secundarias han sido expuestas con detenimiento, sin omitir los pequeños detalles, que dan vida a los

Digitized by Google

personajes, reales o irreales que actúan en nuestro vasto escenario.

Para la preparación de este modesto trabajo, fueron mis consejeros y maestros Félix de Azara y Martín de Moussy, en lo que atañe a la riqueza del suelo. Manuel F. Mantilla, en las reseñas históricas; Ramón Contreras, en las costumbres de los naturales; el Padre Furlong, en la acción evangélica: Valerio Bonastre y Hernán F. Gómez, en las gestas heroicas de los correntinos, y Manuel Vicente Figueredo, en los episodios de la vida colonial en las diversas etapas de la historia de la provincia y, finalmente, las consultas de las Actas Capilares.

Aportaron su valiosa contribución literaria para el "Idilio romántico de Juana Ortiz de Zárate", la ilustrada obra del destacado diplomático y escritor Roberto Levillier, a través de su libro "Amor con amor se paga" y los escritos del General José Ignacio Garmendia, referentes al testamento de don Juan Ortiz de Zárate y las "Crónicas" potosinas, cuyos antecedentes dieron vida y gracia al VIEJO TARAGÜY, *que presento a la consideración pública, confiando en su proverbial benevolencia.*

Encabezan determinados capítulos de esta obra algunos dibujos a pluma de que soy autor, con los cuales he querido dar más carácter local a las descripciones.

Corrientes, 1945. FRANCISCO MANZI.

Digitized by Google

EL PAISAJE DE ARAZATY

Con el acertado nombre de "Las Siete Impetuosas Corrientes", que fué la primera denominación, era conocido después de la conquista el legendario paraje en que el Adelantado don Juan Torres de Vera y Aragón, asentó la histórica ciudad que llevó su nombre, modificado y reducido posteriormente.

Pintoresco lugar era el rincón de Taragüy (1), por cuya singular hermosura lo visitó algunos años antes de 1588 el audaz y andariego religioso fray Juan de Rivadaneyra, recibiendo de la región guaraní las impresiones más favorables, "infundiéndole el más puro alborozo y embargándole sus sentidos."

En el concepto del abnegado fraile, discípulo incomparable de San Francisco de Asís, el sitio codiciado no podía ser más encantador y ningún otro consideraba más cómodo "para las operaciones de la conquista en las márgenes del caudaloso Paraná, rodeado de islas y de bosques infinitos.

El pensamiento del notable custodio del Tucumán fué sin duda una inspiración profética, cuyo ventajoso porvenir ya proclamado ante el rey, ni siquiera soñaban los conquistadores de esta tierra guaraní. Fray Juan fué atraído al sugestivo paisaje por su propio espíritu visionario, descubriendo en él la bondad del clima, la feracidad de la tierra, con sus selvas tupidas de árboles corpulentos, de evocativas palmeras y arbustos de variedad infinita, que en su vigoroso desarrollo mostraban la fertilidad de la tierra; las frutas silvestres eran abundantes y de exquisito gusto como el *arazá*, que dió su dulce nombre al correntoso arroyuelo, en cuyas márgenes crecían los prolíficos *arazaty* (2).

Para los románticos conquistadores, esta virgen tierra en que el "Ysiry" (3) evocaba los paradisíacos rincones de la patria lejana, era fuerte talismán que los atraía, codiciando sus riquezas y olvidando la pompa de la vida europea.

Digitized by Google

LEYENDAS

Leyenda de Laguna Brava 185
Los espíritus de Cambay 189
Ará - Potï 196
Irupé y Yaguarú ante el altar guaraní 210
Episodio romántico de la conquista 217
Una odisea de la conquista 224
Un episodio de amor y de sangre 230
Las magas del Iberá 238
El pucará y su leyenda histórica 244

Digitized by Google

A LOS LECTORES

El contenido de este libro, debe interesar a todos los correntinos; sin embargo, su publicación no tiene el propósito de presentar un cuadro completo del Corrientes folklórico o de sus tradiciones coloniales.

En estas páginas de crónicas y de narraciones desordenadas, el lector podrá evocar algunos hechos del heroico pasado, tan rico en figuras llenas de sugerencias para el relato novelesco y folklórico.

Corrientes ofrece material abundante para estudiar las narraciones nativas y nutrir muchas páginas de leyendas de heroísmo romántico y sentimental, pero esta tarea está reservada a plumas más autorizadas y de una conciencia quizás más intelectual de lo que significa el escenario, los personajes y las costumbres.

Estas páginas, las más correntinas tal vez de las que yo haya escrito, en los gratos años vividos en Corrientes, ciudad que amé y en la que hice mis primeros aprendizajes, abrieron mi inspiración por la historia; ciudad que evoco siempre con la ternura y la gracia con que se recuerdan los lugares más queridos en que se pasó la juventud. Y esa evocación apasionada se extiende hacia todos los rincones circundantes de Taragüy, ya sea a sus monumentos, a las costumbres, a las personas y, finalmente, a los tipos más populares que fueron alegría de mi niñez.

En las presentes narraciones, crónicas y leyendas, se han estudiado aunque someramente: personajes, caracteres, incidentes que se operan, motivos que surgen de vez en cuando en los ánimos, descriptos de tal modo, que la mente de los lectores al recorrerlas, desde el principio hasta el final, han de reconocer forzosamente que los hechos que se narran fueron transportados por la imaginación o la tradición a un ambiente decorativo-histórico y geográfico, sin forzarlos de una exagerada fantasía.

Hasta las figuras secundarias han sido expuestas con detenimiento, sin omitir los pequeños detalles, que dan vida a los

Digitized by Google

El Paraná los abismaba en su inmensidad y en sus entusiasmos llamaban a la comarca "país de maravilla." Las más atrevidas observaciones perdíanse en el cúmulo de fenómenos nuevos, porque las praderas y las costas de los ríos estaban en estado de formación. La naturaleza había sido sorprendida; mientras tanto preparábase en el "verde paraíso" el escenario final. Cada detalle suscitaba tal admiración que hacíase necesario la hipérbole para traducir en palabras el divino esplendor que esperaba a este lujurioso mundo en marcha.

Servía de magnífico fondo al paisaje la masa de árboles que bordeaba las costas del Chaco, y las espesas florestas de las islas, de las que emergían los *yatay* majestuosos y copudos sauces, que saciaban su sed en la ninfa ígnea del río opulento.

El Paraná (4) fué calificado de "río como mar" o de "padre de los ríos" por los aborígenes en el rico léxico del idioma guaraní y sus márgenes frondosas de "paraíso vegetal" verdadero mundo lujuriante y variado, con nubes de pájaros y de mariposas, con profusión de flores, imponente panorama, con lo realmente típico del elemento indígena.

Los *geembees*, las mimosas, las raras orquídeas o flores del aire, favorecían la visita de multitud de insectos que revoloteaban en torno de arbustos floridos, luciendo en sus alas brillante combinación de colores, "como joyas de pedrerías dotadas de vida." Todo lo cual seducía a los nuevos pobladores de las tierras, tan hermosamente descriptas por Rivadaneyra en su largo memorial elevado al rey Felipe, haciéndose digno y valeroso auxiliar de la magna empresa colonizadora en el corazón de América del Sur.

Siendo el Paraná uno de los ríos mayores del mundo, era comparado por los españoles a un gigantesco árbol por las ninfas de sus afluentes magníficos, citándose entre éstos el Pindoy (5) que embellecíase de maravillosas ninfáceas, de esas plantas majestuosas que conocemos bajo el poético nombre de *irupé* (6) y también de victoria regia, o maíz del agua, clasificada por el sabio naturalista Martín de Moussy.

Habitaban esta hermosa extremidad territorial algunas tribus de indios mansos y agricultores, "posiblemente de raza curumías" o "itatiguá"; créese, sin embargo, que algunas familias de las tribus mepénes llegaban bogando en sus piraguas desde el Santa Lucía y subiendo el Paraná ejercían en su recorrido la pesca y la piratería.

Digitized by Google

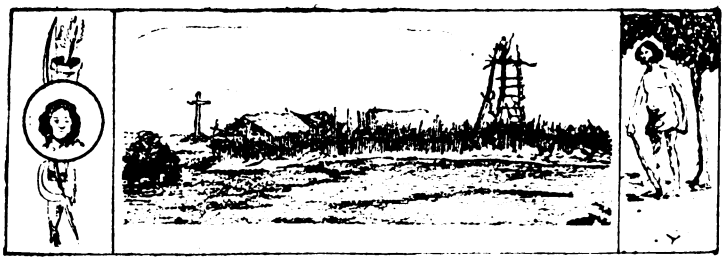
En los anales de la fundación de Corrientes se establece que los naturales jamás molestaron a los españoles en los primeros tiempos de la conquista. La rebelión de los indios suscitóse posteriormente por la intemperancia del Conquistador que, en cierto modo, no penetraba en el sentir del aborigen.

Tal fué el paradisíaco escenario en que el recio Torre de Vera plantó la Cruz de la Fe y el pendón de Castilla "en nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo y del Rey Felipe Nuestro Señor."

(1) Pueblo cercano.
(2) Lugar de mucho arazá (fruta silvestre de exquisito gusto).
(3) Río correntoso.
(4) Río como mar o padre de los ríos.'.
(5) Arroyo Salamanca.
(6) Victoria Regia o maíz del agua.

Digitized by Google

Digitized by Google



CAPITULO PRIMERO

FUNDACION DE CORRIENTES

La expedición fluvial. -- Viaje de Hernandarias y el Tupy. -- El arribo espectacular. -- Fundación de la ciudad.

Dice la historia que fué una mañana otoñal del mes de marzo de 1588, cuando la ciudad de Asunción presenció un movimiento nunca visto en la ensenada o recodo de su río. Salía del puerto de la histórica ciudad la venturosa expedición fluvial, compuesta de "naves audaces y livianas, al mando del recio Conquistador, quien osó tentar sin riguroso método, pero con pasión hispana y alma de poeta, su propia audacia de improvisado navegante."

Constituían esta expedición más de cincuenta balsas y barcos menores y un bergantín de rústico aspecto, pero era, sin embargo, una verdadera y poderosa escuadra de su tiempo; que aún hoy a la distancia de los siglos, se traduce en milagro y ensueño, la tremenda evocación.

"Todo era rudo y a la vez ingenuo en estas naves recién nacidas al río caudaloso; todo era salvaje como en cualquiera otra infancia."

La tripulación española y criolla superábase en audacia, desafiando las tempestades porque llevaba como carga el milagro de la civilización ibérica.

Y en esta insuperable y atrevida aventura, la escena fluvial del Paraná recobraba el realístico cuadro de los argonautas a cuyo frente estaba un capitán impetuoso y genial.

El adelantado Juan Torres de Vera y Aragón, tripulaba la pequeña esquife denominada "Isabel", cuyas velas desplegadas tenían grabadas toscamente la insignia de Castilla, símbolo de poderío y posesión; en el puente iban incansables y avezados remadores y el timón a pala fija era sostenido por el

Digitized by Google

marino Albacete, piloto, audaz y habilísimo, quien con valiente espíritu de exploración acompañó a Ortiz de Zárate en el bravío Río de la Plata.

En el mástil de la "Isabel" flameaba la bandera gualda y roja con el escudo del rey Felipe y la insignia de la Cruz de la conquista, símbolo que llevaban los descubridores como patrimonio de una fe inmortal, "primer signo religioso de la humanidad y que siempre estará erguida sobre los altares, los caminos y las tumbas, como divina señal de sufrimiento y de esperanza que nos conduce por la muerte a una eterna resurrección."

En otro de los barcos navegaba el apuesto maese de campo, teniente general Juan Torres de Navarrete, acompañábanle oficiales y soldados; en una balsa expresamente equipada venían altos funcionarios y signatarios de la expedición a quienes acompañaban el escribano público del Cabildo don Nicolás de Villanueva y dos preclaros sacerdotes que vestían el venerable y humilde sayal de San Francisco de Asís. Estos influyentes personajes eran el andaluz fray Juan de Dios Aranda y el extremeño fray Diego de Santa Cruz. Ambos religiosos animaban el viaje con sus caracteres festivos, cuyas ocurrencias causaban alegría entre los tripulantes.

El bergantín principal del convoy épico lucía el velamen de corte lusitano y navegaba a la vanguardia, pues era el favorito por su velocidad, "como nave más ligera, grácil y púgil servía de exploración; a su fondo llevaba al general de la conquista Diego Gallo de Ocampo y al alférez de la misma Felipe de Cáceres. El primero con su característico orgullo hispano daba a la expedición un carácter singularmente dramático.

El río que surcaban esas naves era de límpidas aguas, en cuyas riberas crecían maravillosos árboles, arbustos y trepadoras floridas, en la superficie de las aguas saltaban multitud de peces que brillaban a la luz solar y en la mayor parte de los lugares de la costa se veían cocodrilos que sobre la arena caldeada reposaban al sol.

En la desembocadura del río Paraguay, los navegantes quedaban absortos ante las islas fértiles que hallaron a poca distancia una de la otra, que formaban estrechos canales e improvisaban cómodas y seguras ensenadas para guarecerse en casos apremiantes. Los riachos y canales que forman esas islas estaban cubiertos de gigantescos *Irupées* que mostraban el albo capullo de su flor simbólica.

Digitized by Google

El buen tiempo facilitó la navegación; el viento norte, tan frecuente en la región, aceleraba la marcha de los bajeles y balsas que cargaban tropas, víveres y aparejos indispensables para la fundación de la ciudad.

* * *

Dos días después salió de Asunción otra expedición al mando del Tupy y de Hernandarias de Saavedra, que conducía por tierra "vacas, bueyes y caballos", atravesando en línea recta el inmenso territorio paraguayo, acortando distancia que separaba la floreciente ciudad virreynal, de las tierras "prometidas", pobladas de indios mansos, agricultores y amigos, de quienes el custodio Rivadeneyra hacía elogios ante el rey, describiendo además la incomparable belleza y fertilidad del suelo del Taragüy legendario.

Por razones de índole geográfica, la marcha de los expedicionarios fué lenta. Esos hombres abnegados debieron atravesar más de cien leguas, venciendo duras pruebas, con escasez de alimentos y de otros recursos indispensables; y tan fué así, que esos hombres mal nutridos llegaron al colmo de la postración y sólo obedecían "por costumbre a la voz de mando de sus oficiales." No faltó a esta marcha emociones terroríficas. Las continuas tempestades y los animales feroces acosaban a los intrépidos viajeros.

A los veinticinco días de penoso ambular por bosques y esteros, los valientes expedicionarios llegaron casi rendidos por la fatiga a las costas correntinas, cruzando el río a la altura del Paso del Rey (1) o de Yaguary, donde fueron esperados por baqueanos enviados por el Adelantado, quien ya se hallaba en las nuevas tierras, de las que había tomado posesión en nombre del rey.

* * *

La expedición fluvial, después de ocho días de navegación llegó a su destino, en una hermosa mañana. Las barrancas del Paraná estremecíanse de placer a los besos del sol.

Primero fondearon los bergantines en la caleta de Arasaty (2) en tanto que las balsas aproximábanse a la costa. La operación del desembarco fué muy lenta, la correntada del río poco favorecía la operación fluvial a pesar de la pericia de los navegantes.

Digitized by Google

El primero en descender fué el Adelantado. Estaba conmovido por la imponencia del espectáculo de la naturaleza y de los hombres y del espléndido y resistente esfuerzo cumplido en nombre del rey. Vestía Juan de Vera el recamado traje azul turquí, con lucientes botonaduras de oro.

Bajaron seguidamente los oficiales y funcionarios. El desembarco efectuóse en lo bajo de la barranca, en la amplia ensenada que describe el río y a unas quinientas varas del lugar donde fué emplazado después el fuerte de Pucará. Juan de Vera quedó gratamente impresionado del paisaje de Arazaty. La excelente situación de la nueva ciudad satisfacía ampliamente sus deseos, por los magníficos bosques, las verdes praderas y las islas próximas que despertaban la codicia de los españoles.

Al pisar tierra las altas autoridades, sonaron los clarines. En el silencio que siguió a las clarinadas, palpitaba realmente el corazón del Conquistador.

Los indios alineados en las barrancas, observaban maravillados sobre las refulgentes aguas del Paraná, los barcos anclados, repletos de hombres extraños. Jamás habían visto un número tan crecido de naves y hombres que vestían semejantes uniformes y armas brillantes. Más de cien mujeres rodeaban al cacique Arabury, en cuyos ojos viéronse saltar las lágrimas, resignados y tristes. Los indígenas de Arasaty eran de color oscuro, más bien altos y bien formados; cubrían sus cinturas con anchas fajas coloreadas y tejidas de algodón; el resto del cuerpo lo tenían desnudo, guardando, sin embargo, cierto pudor.

Estos naturales, en su mayoría agricultores mansos, recibieron con demostración de júbilo a los españoles, ofreciéndoles presentes, en productos de la tierra, aves y peces, trozos de tejidos de algodón con raras figuras de líneas quebradas y rombos concéntricos, semejantes a los dibujos de los tejidos incásicos.

Con tales demostraciones, el Adelantado expresó a los naturales su profunda gratitud, teniendo para ellos palabras de afecto y complacencia. Es que Juan Torres de Vera y Aragón, descendiente de una noble estirpe ibérica, de sentimientos netamente cristianos, no podía proceder como Pizarro en el Alto Perú, cuyo despotismo sublevaba a los propios españoles; su trato afable, su generoso aporte a la causa de los naturales, hizo que ganara las simpatías y afecto de los aborígenes y

Digitized by Google

que al echar los cimientos de la ciudad, no encontrara ninguna resistencia y fué feliz la realización de su empresa de civilización en esta parte del nuevo mundo.

* * *

Terminada la operación total del desembarco, el Adelantado, con su genial carácter de Conquistador, se propuso explorar y observar de cerca la naturaleza del suelo y costumbres de los pobladores indios, orientándose en el "pensamiento del custodio del Tucumán, fray Rivadeneyra, religioso que había visitado anteriormente la región, calificándola de sitio delicioso, en que habitaban indios agricultores, inofensivos y amigos.

Además, la sugerencia del nombrado religioso, de fundar sobre el río Paraná una ciudad que sirviera de puerto y refugio a los navegantes, por hallarse situada estratégicamente en un punto medio entre Asunción y el Río de la Plata, entusiasmó al Adelantado, cuya complacencia era visible y señaló sin previa ceremonia primeramente el sitio para emplazar el fuerte llamado de Arasaty, capaz de contener o mantener a raya a los indios, en caso de ataques o alzamientos contra las autoridades del rey.

Después de haberse fijado definitivamente el lugar conveniente para asentar la nueva ciudad, el Adelantado procedió a su fundación, de acuerdo a las normas españolas, cuya ceremonia revistió un carácter solemne. Juan Torres de Vera, seguido de sus lugartenientes, generales, maeses de campo, sacerdotes, escribano y otros personajes representativos, rodeado de tropas españolas y criollas, de algunos indios reducidos, acompañados de mujeres y pocas españolas, dirigióse al sitio señalado para la fundación, que la realizó "en nombre de S. M. el Rey y en cumplimiento de las capitulaciones que hizo el Adelantado don Juan Ortiz de Zárate de que poblaría ciertos lugares de esta provincia."

El lugar elegido no fué otro más que el sitio donde se levanta hoy la iglesia de N. S. de la Merced, por ser la parte más elevada y, por lo tanto, dominante y que ofrece también un panorama sorprendente, sobre todo cuando el paisaje era envuelto en los incomparables atardeceres del Paraná con sus crepúsculos de oro, grana y amaranto. "Allí colocaron el rollo para la justicia y una cruz para señalar el punto reservado para la iglesia principal."

Digitized by Google

Esto ocurría el 3 de abril de 1588, día de Pascua de Resurrección. El Adelantado Juan Torres de Vera y Aragón, vistiendo su brillante uniforme de capitán general y blandiendo en su diestra su espada de hoja rígida, ricamente decorada, en su guarnición con "hojas de grecas de ataujía de oro", declaró fundada la ciudad, de acuerdo al acta labrada por el escribano del Cabildo, imponiéndole el nombre de la ciudad de San Juan de Vera de las Siete Corrientes, determinando en la misma los límites de la provincia y designando Alcaldes ordinarios, y de Hermandad, Regidores, Alguacil Mayor, Fiel Ejecutor, Procurador y Mayordomo. Los sacerdotes impartieron bendición a los expedicionarios, infundiéndoles la fe religiosa y militar y Fray Diego de Santa Cruz bendijo el Estandarte de la ciudad que fué entregado al Conquistador. Tenía grabada en su centro "un águila que apoyaba sus garras en dos torres, es decir el propio escudo de Torres de Vera, que sirvió después como escudo de la ciudad, "hasta tanto la población aseguró su vida y radicó su dominio." (3).

Designadas que fueron todas las autoridades para la administración eligiéronse cuatro indígenas y dos mujeres de la misma tribu, destinados al servicio doméstico de los Alcaldes y Regidores.

De inmediato el Adelantado procedió a la delineación de la ciudad, al reparto de tierras, presumiéndose que los más agraciados fueron los expedicionarios de mayor jerarquía según los documentos capitulares.

Mientras tanto, se levantaba el fuerte de Pucará, donde estaba la Cruz que simbolizaba el poder incontrastable de las dos majestades a cuyo amparo hallábanse los conquistadores, y la que debía más tarde "realizar el prodigio que llenó de asombro a los infieles que intentaban destruirla, legando a la posteridad la leyenda imperecedera del "milagro de Pucará."

---

(1) Hoy se denomina Paso de la Patria.

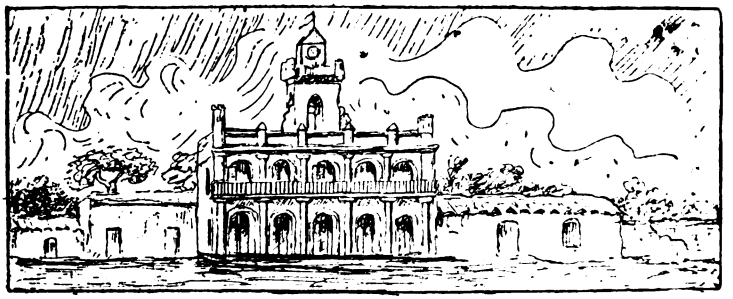
(2) Lugar de abundante Arazá (fruta silvestre, conocida por **guayaba**). Bosque.

Libros consultados: Mantilla, Contreras, Figuerero, Balestra. Muchos personajes que actúan en el episodio precedente, son creados por la fantasía.

En la expedición fluvial, además de los 150 hombres que acompañaban a Juan Torres de Vera, venían 48 mujeres criollas y algunas españolas.

(3) El actual escudo de la ciudad de Corrientes, tiene la cruz milagrosa y las siete puntas de otras tantas corrientes: Arazatí, Aldana, Itagtá, Batería, Tacuaras, San Sebastián y Tacurú.

Digitized by Google



CAPITULO II

EL VIEJO TARAGÜY

CRÓNICAS DE LOS PRIMEROS AÑOS DE SU FUNDACIÓN

La Casa del Cabildo. -- La primera Escuela. -- Don Ambrosio Acosta, cabildante y maestro. -- Hernandarias. -- Recepción de la Santa Bula. -- Cabral de Alpoin. -- Buenas costumbres de un gobierno de orden. -- La historia se repite.

Es muy grato para el investigador y el estudioso, recorrer los infolios descoloridos del pasado y descifrar de su contenido, tantos recuerdos, historias, leyendas e imágenes de alguaciles y cabildantes y de frailes austeros "de rostros pálidos y manos plegadas en fervorosas oraciones."

En los primeros años de la fundación de Corrientes, nos dicen las actas capitulares, sólo había, mal dispuestos, algunos ranchos levantados por los compañeros del Tupy y el aspecto de la población era el de una mísera aldea que no llenaba la necesidad y los anhelos de prosperidad que animaban a los presuntuosos cabildantes, que llegaban henchidos de grandezas de la madre patria.

Según un documento suscripto por el escribano público del Cabildo, don Nicolás de Villanueva, las sesiones de aquel cuerpo deliberativo se realizaban en un mísero caserón de barro y paja, construído por los indios ohomas y que los mismos aborígenes proveyeron palmas para el tejado. El casuchón desprovisto de todo decoro, levantábase cerca de la Iglesia, Horca y Ejido, que representaban el rincón predilecto de la villa de Arasaty.

Ese fué el "palacio" primitivo del Cabildo, donde se forjaban los concilios de perdurable memoria. Allí, Ponce de

Digitized by Google

León, figura colonial noble y gallarda, puesta sus miradas al cielo, suplicaba al Altísimo horas venturosas para la ciudad naciente, ofrendando con ternura la convivencia del indio redimido, despojado ya de absurdas creencias y dignificado en el trabajo con el sello perdurable de cristiano.

Diego Ponce de León ejercía el cargo de Procurador General y de acuerdo con el gobernador crearon fuentes de trabajo para educar al indio, condensando todo su pensamiento y voluntad en la tarea urbanística, poniendo a su servicio el intercambio comercial con el interior de las zonas agrícolas.

Fué necesario reducir a los indios por medio del trabajo y el ardoroso Ponce de León, con audacia y valor, logró dominar el sentimiento belicoso de aquéllos y largas caravanas de itatín y guaraníes fueron empleados en obras de construcción, cortando palmas para tejados, maderas para puertas, vigas y todo lo concerniente a las artes. Los indios ohomas fueron los más aptos para las faenas rurales, así los declaró en sesión del Cabildo y se les encomendó la roturación de la tierra para el cultivo del trigo y la reedificación del Fuerte, cuyas maderas no respondían ya a la seguridad del Pucará, que era la heroica ciudadela que se miraba en el manso recodo del Paraná, como vigía imperturbable. Del persistente amor al trabajo, los indios resultaron buenos artesanos. Trabajaron el hierro para sillas y arneses, espuelas y frenos, — tenían herrería y un maestro especializado.

En 1596 había ya en la ciudad obreros y artesanos. El Cabildo vence a las turbas indias y de cada redimido hace un obrero. A ciertos gremios se les obliga poner tiendas donde pudieran acudir los vecinos y viajeros para hacer sus compras y "tuviesen aranceles de su oficio, por donde serían pagados de las cosas que hicieren."

Algunos años más tarde se sumaron nuevos gremios y vendedores ambulantes que se establecían en torno de la Plaza Mayor. Al mercado libre llegaban diversas tribus, con productos naturales en tanto, la población se iba embelleciendo en decoro, limpieza y comodidad. Se edificó un nuevo Cabildo dispuesto por Hernandarias. Este solo nombre es una evocación. "Gobernador esforzado de las primeras horas en las luchas contra los indígenas comarcanos. Conocía de cerca las necesidades apremiantes de sus vecinos y por propia iniciativa concurrió a satisfacer sus necesidades. Y el notable gobernador criollo, repartió tierras para labor o estancias en

Digitized by Google

nombre de su Majestad. Las tierras donadas estaban ubicadas al oriente del Paraná y eran conocidas bajo el nombre del "Valle de Santiago", limitando con la isla de las "Garzas" y el "Pantano Grande del Algarrobal."

Las mujeres agraciadas en el reparto de tierras, por su condición de primeras pobladoras de la ciudad, fueron: María Sandoval, Magdalena de Leis, Ana de Génova, María de la Trinidad, Beatriz de la Trinidad, Juana de la Trinidad, Ursula de Sosa, María Cabrera Leis, Ana de Meza y Jerónima Fernández Acosta.

Cuando se analizan los conceptos del despotismo hispano de la conquista, es posible que se extremen los graves calificativos al respecto.

El humano sentimiento de los hombres de la epopeya, está revelado en documentos irrefutables, como el Acta del Ayuntamiento del 6 de enero de 1607, en que se ordena verificar una colecta de alimentos para socorrer mujeres, viudas, ancianos y enfermos, encomendándose el reparto al Capitán Gonzalo de Mendoza y Juan Bernal del Mercado y por la misma disposición se intima la concurrencia obligatoria de los menores a la Escuela para que aprendan lo indispensable para el ejercicio de un oficio provechoso.

El reparto de víveres practicábase con riguroso control en todos los barrios alejados de lo que entonces se llamaba centro de la ciudad.

La colecta consistía en cereales y otros productos de la tierra cosechados en los alrededores de Taragüy. Se prohibía enérgicamente la costumbre de almacenar víveres en depósitos bajo llaves, mientras la pobreza era dolorosa en una tierra virgen y se exhortaba a los agricultores indios y españoles a intensificar los cultivos del trigo y del maíz en la medida de poder abastecer a la población necesitada.

Contaba entonces, Corrientes, con una población reducida, que no pasaba de 800 habitantes, sumándose en ella españoles, criollos y redimidos; asimismo la agricultura era regularmente explotada pero que no bastaba para el consumo local, porque gran parte de ella se destinaba a Buenos Aires para atender la limosna de la Bula de la Santa Cruzada.

Espectacular resultaba la colecta de víveres. Se realizaba, como era de costumbre, previo anuncio de tambor en la plaza de la ciudad y un pregón designado por el Ayuntamiento recorría el vecindario. Ocupaba entonces Corrientes, un perí-

Digitized by Google

metro de pocas cuadras. Como ya hemos informado, el centro era la Plaza Mayor y los suburbios no pasaban de la calle Julio, del lado sur, y la de San Juan, del levante; los demás estaban limitados por el Paraná. La naciente ciudad capital se concentraba en torno del Cabildo y de la Iglesia. La edificación, como ocurría en todas las poblaciones de su tiempo, era de aspecto humilde. Un año después, Hernandarias de Saavedra dispuso, como lo hacían en Asunción, las primeras construcciones de ladrillos y tejas españolas, si bien predominaban las techumbres de palmas muy resistentes y frescas en verano.

La constante preocupación de los cabildantes por el bien público, es un timbre de gloria de la administración colonial. De tal cuño generoso eran los andaluces, gallegos, cantábricos y asturianos de la conquista y colonización de Taragüy, muy avanzados en gentileza y señorío y abastecidos de una virtud religiosa de que carecen hoy generalmente los hombres.

Para el reparto equitativo de los alimentos, en horas graves de gran sequía y pestes, escasos hasta de semillas para renovar las siembras, se invocaba a la Providencia y como testimonio de la caridad se elevaba una cruz más o menos labrada o inolvidable por su significado, en los confines del agro perteneciente a la vecindad aldeana. A la sombra de esta cruz se detenían las procesiones y desde ella se bendecían los campos o las chacras en el mes de las siembras promisoras. Y la caridad se unía al perdón y al símbolo que se intentó destruir inútilmente, al fundarse la villa de Vera y Aragón, precisamente cuando más falta hacía sobre las tierras vírgenes de América la misericordia y la comprensión entre los hombres.

* * *

Para establecer la verdad histórica, hemos de recurrir siempre a la fuente documental de informaciones que nos proporcionan elementos inagotables para la formación de estas crónicas, que han de estar en lo posible nutridas de hechos y episodios curiosos, ilustrativos, como una gran promesa que nos regala el pasado.

Como ya lo ha establecido la historia, en afirmaciones indiscutibles, Hernandarias de Saavedra fué uno de los ilustres compañeros del Tupy y organizador de la audaz expedición terrestre que condujo al Taragüy el primer plantel de ganado vacuno que pobló los campos correntinos, que debía

Digitized by Google

abastecer más tarde a la ciudad de Vera y acrecentar la riqueza regional en forma realmente auspiciosa.

Hernandarias fué gobernante progresista y que si bien no se encontró en la fundación de Corrientes, puede considerarse con justicia por los servicios prestados, como uno de los principales personajes de la fundación. A él corresponden numerosas iniciativas y "la gloria de haber hecho los primeros ensayos de educación pública en aquellos tiempos y preservar del vicio a la niñez miserable, concibiendo el laudable propósito de fundar una escuela de primeras letras, que suministrara los rudimentos de lectura, escritura y las cuatro reglas de aritmética." "Si bien en aquellos tiempos los sacristanes de las iglesias hacían las veces de preceptores, eran incapaces de dirigir a la juventud. Hernandarias, con su prodigiosa visión de gobernante, buscó entre los pobladores al hombre capaz de tan delicada tarea y encontró al vecino Ambrosio Acosta, de quien ya nos ocupamos en otros capítulos.

Fué este educador, según Eduardo Madero, en su historia "Puerto de Buenos Aires", "un mancebo de la tierra." Nació en el Fuerte de Sancti Spiritu, posiblemente en 1560, y era hijo del conocido lenguaraz Gonzalo da Costa, lusitano de gran actuación en los primeros descubrimientos y exploraciones de estos países (M. V. Figuerero). En Asunción del Paraguay, adquirió cultura y fué alumno aventajado de la Escuela fundada por Hernandarias.

Por su capacidad y, anheloso de aventuras, formó en la expedición de Garay en la repoblación de Buenos Aires, a su "costa y misión." Españolizó su apellido portugués y su nombre figura en numerosos documentos del archivo público de Corrientes. En los repartos de tierra hechos por Garay entre los primeros pobladores de Buenos Aires, aparece Ambrosio Acosta como uno de los agraciados. Se le adjudicó un terreno situado al N. O. de la manzana sobre Florida y Corrientes.

Este notable criollo se alistó después en la empresa de Juan Torres de Vera y Aragón y "certificó con su presencia la fundación de Corrientes."

Por los importantes servicios prestados a la causa de la colonia, el Tupy asignó "al mancebo de la tierra" la "encomienda de la tribu guaraní denominada "Enemí", con los caciques e indios que tuvieran dos vidas." Además, Acosta, como primer poblador, recibió una apreciable extensión de

Digitized by Google

tierra de 500 varas de Castilla de frente sobre el Riachuelo, conocido por río de Las Palmas antiguamente, de dos leguas de fondo y por la misma causa el gobernador Sandoval le dió en propiedad varios terrenos para dehezas sobre el Paraná. El Gobernador Hernandarias, por resolución del 20 de julio de 1598, le adjudicó otros lotes de tierra destinados al cultivo, en las mismas inmediaciones del Taragüy.

Estudiados los archivos y antecedentes del historiador Figuerero, nos encontramos que Ambrosio Acosta, el primer maestro de la conquista, fué el verdadero domesticador de indios, la primera luz que supo guiar al hijo de la selva por la ruta del saber, quien vigorizó nuestra raíz democrática hace más de tres siglos, cuyo sólo recuerdo hace soñar con aquellos relatos de Alejo García, que tanto sugestionaron al padre Guevara y su gente que buscaban en las Sierras del Oeste los fantasmas ocultos tras el ardiente e ilimitado desierto del Chaco.

La actuación de Ambrosio Acosta en la ciudad de Corrientes, conocida únicamente por pocos estudiosos, merece un capítulo especial. Ya en 1591, nuestro personaje actuó como escribano público del Cabildo en varios períodos y ejerció con inteligencia el cargo de Teniente Gobernador de la jurisdicción. En 1603, por auto del Cabildo, fué designado maestro "para enseñar a leer y escribir", según reza el texto del acta capitular, con el exiguo estipendio de 25 pesos, y suscriben el documento los cabildantes Diego Martínez de Irala, López de Enciso, Francisco Ortiz de Leguizamón y Hernando de la Cuba. Y así, el 10 de marzo del citado año, Corrientes abría las puertas de su primera escuela; era una apreciable conquista de la vida social y fué tanto el alborozo de los padres, por tan magnífica resolución del Ayuntamiento, que no sólo mandaron a ella inmediatamente sus hijos, sino que también se comprometieron hacerse cargo del exiguo estipendio acordado al maestro por el Cabildo.

La escuelita de don Ambrosio funcionó en los primeros tiempos, en los andenes o corredores de la Iglesia Matriz que, según actas respectivas, reunían condiciones, como ser: aire, luz, amplitud de espacio. La Iglesia estaba entonces cerca de la Plaza Mayor; a pocas varas de su pórtico se levantaba un armazón de madera del cual colgaba una campanita a cuyos débiles tañidos se congregaban los feligreses a las ceremonias del culto. La misma campana servía de llamado a los escolares de Ambrosio Acosta (1).

Digitized by Google

Decíase que al venir el alba, el sonido de la campanita llegaba como una música rara a las modestas viviendas y hallaba en el fondo de las almas gratas un eco siempre pronto, como una expresión común de todas las plegarias.

De esta información se infiere que la ciudad de Corrientes contó con una escuela de primeras letras quince años después de su fundación, y su primer maese resultó un precursor colonial en la falange gloriosa del magisterio correntino.

Además, el maestro Ambrosio Acosta desempeñó el cargo de Alférez, Alguacil Mayor en 1606 y un año más tarde le fué entregado por Pedro Fernández, el Estandarte Real, que era el símbolo máximo de Su Majestad el rey.

Los años, aun los siglos, no consiguieron borrar el nombre de esa figura grata de educador y patriota y surge su personalidad a través de los archivos como una fuerza reveladora de entusiasmo por la cultura de su tiempo. No era por cierto aquella época de fervor intelectual, apenas se lograba aprender a escribir mal y leer peor, pero es el caso de que aquel abnegado preceptor no trabajaba en conquistar laureles para su frente; quería obtenerlos para el porvenir del pueblo indígena, en cuya imaginación alboreaba seguramente los principios superiores del saber y esa semilla quería sembrarla en campo cultivado con noble ayuda de una fuerte voluntad (2).

* * *

La lectura siempre grata de las actas capitulares, nos recuerdan "esas viejas estampas impar y marchitas, cuya imperceptibilidad desespera el afán de la contemplación. El escaso detalle se ha perdido por la acción del tiempo. El esfuerzo es inútil. Preferible es entornar los ojos e imaginar el objeto de tal modo se niega a perdurar en una lámina o retrato."

Todo cuanto el estudioso enamorado investigara en loor de este bello trozo de territorio argentino, sería siempre inferior a las sugerencias que inspiraron a los más avezados cronistas. Mejor sería internarnos con el pensamiento en los lejanos tiempos de la historia, pródiga en múltiples matices, recorriendo a nuestra voluntad los angostos caminos abiertos por los primeros pobladores del Taragüy y ponernos en contacto con el viejo Corrientes íntimo y misterioso, el de las leyendas, de las costumbres nativas con sus ritos y cantos y todo lo que suele ocultarse de su verdadera tradición.

Digitized by Google

El paisaje que nos sirve de escenario está identificado con los ensueños y gestas heroicas de su pueblo.

Era el siglo XVI, es decir, en 1598. Todo estaba en su comienzo. Fué Corrientes uno de los principales focos de las tentativas de conversión evangéligas, porque en ella moraban los indios más belicosos. Una infinidad de tribus poblaban la Mesopotamia.

Alguaciles y regidores, procuradores y justicia mayor, llegados de Asunción y Buenos Aires, con instrucciones severas, henchidos de obediencia y sumisión a Su Majestad el rey, con su intelecto como fuera de sí, estaban casi siempre pendientes de la contemplación de la verdad y de las cosas divinas. Lo primero que se piensa es en las obras destinadas al servicio de Dios y bien de la República y vemos a Fray Baltazar Godines. cura y vicario, disponiendo los medios para elevar la primera iglesia, y exige, con palabras conmovedoras, del Cabildo, el terreno destinado al templo. El austero sacerdote, con palabra vibrante y segura, solicita de Juan Gómez de Torquemada, dinámico procurador de la ciudad, que se convoque al Ayuntamiento para que fije plazo y se acometa la obra. Era Godinez en los hechos y en las palabras, y en todos sus consejos, un cumplido caballero. Sostenía con una pequeña parte del alma su cuerpo débil y flaco, pero con la mayor parte, ejecutaba su pensamiento. Y fué así como Torquemada al recurrir a los capitulares, su demanda era proveída y el auto del Cabildo fué refrendado por Ambrosio Acosta, escribano público del Ayuntamiento.

En la sesión del 30 de octubre de 1598, reunidos los capitulares y oídos por los presentes, fijaron sitio para la Plaza Mayor en el lugar señalado por Torres de Vera, acordándose plantar una cruz en el terreno de la iglesia, signo por excelencia español y profundamente religioso, en que se arraigó la tradición, exaltada desde la historia de la conquista como un vínculo sobrehumano. "Latina y cristiana fué esa cruz, semejante a la de nuestros brazos extendidos, hospitalarios y abiertos en postura de ensanche y lejanía."

Las peticiones de Torquemada fueron proveídas de conformidad, dándose aviso por intermedio de personas de confianza al señor Teniente Gobernador y haciéndose conocer estas acordadas a los vasallos naturales de la comarca por medio de publicidad, como era de costumbre, con un pregón que recorría las calles. Suscribieron las resoluciones por las cuales

Digitized by Google

se trasladaba la iglesia y señalaba el sitio de la Plaza Mayor, el capitán y justicia mayor don Gerardo de Mendoza, Jacome Antonio, Antonio de Figueroa y el Alcalde Francisco Arias de Manzanilla, alguacil mayor.

Se desprende de estos documentos, que la ciudad de Corrientes empezó a extenderse en derredor de la Plaza Mayor (hoy Plaza de Mayo). Sobre uno de sus costados edificóse la nueva iglesia (en el lugar de la Casa de Gobierno) y en otro frente elevábase el Cabildo primitivo y humilde. En el otro ángulo de la plaza estaba La Merced, sobre cuyas tapias conventuales las campanitas anunciaban con sus apagados tañidos los amaneceres y cuando asomaba el sol, que decoraba de oro los tejados, apagábanse las débiles candilejas del Cabildo y el paisaje de Taragüy recobraba la alegría matinal con el trinar de los pájaros. La primera fiesta religiosa celebróse en el nuevo templo el día de San Juan, que era el Santo Patrono, llevándose en procesión la imagen. La tradición no ha quedado desmentida en este punto, porque San Juan sigue siendo en Corrientes patrono venerado y su día es recordado por los correntinos solemnemente. La Plaza Mayor fué inaugurada en honor al Patrono el 24 de junio de 1599, con los alegres espectáculos de rondas y hogueras en la víspera.

* * *

Lugares y costumbres del viejo Corrientes resultan un interesante fondo histórico para la novela. Naturalmente que se incurriría en pequeñas incongruencias o inexactitudes históricas si no nos basáramos en los archivos, pero como evidentemente muchas cosas se desenvuelven al margen de los actos públicos, debemos también aceptar las tradiciones de lugares, en que actuaron los remotos personajes de las presentes crónicas.

En el ambiente decorativo de estas narraciones, debemos ubicar en primer término a los rumbosos alcaldes, maeses de campo, alguaciles, alféreces y de justicia mayor e hiperbólicamente los títulos de procurador general y Teniente Gobernador, amén de otras dignidades de festines y ceremoniales, que sirvieron de paraninfo a los señores regidores del celoso Ayuntamiento.

Si bien se requería para ser miembro del Cabildo la condición de vecino y se daba preferencia para ocupar estos cargos a los descendientes de los conquistadores, los había entre ellos venidos de otras tierras, de las regiones de la España poética,

Digitized by Google

con las poesías y ternuras y exquisiteces de las vegas sevillanas. Y el amor comenzó por pacificar los corazones atormentados en la soledad. Los actos de Recepción de la Bula de la Santa Cruzada, proporcionaban al público momentos de esparcimiento. Las muchachas españolas y criollas hallaban en la organización de los ritos y en las pintorescas escenas, motivos oportunos para halagar su pensamiento, con las furtivas miradas de un oidor o de un simple alguacil del Cabildo.

Se recuerdan las procesiones impuestas en ocasión de las Bulas del año 1638. Fueron estas ceremonias sencillas, al son de cajas y trompetas amén de las predicaciones con que se iba instruyendo al pueblo sobre la conveniencia y significado de la Santa Bula, o sea, la limosna que debía pagarse en bienes, para obtener la indulgencia debida.

Formaban en esta piadosa expresión de caridad, al compás de cantos de gloria, además de los oidores, frailes y otras dignidades del Cabildo, una nutrida muchedumbre por obra del milagro que prometía la tradición. Voceros designados particularmente, recorrían a caballo las calles, pregonando el acatamiento con aparatosas demostraciones de instrumentos, que despertaban la curiosidad silenciosa del pueblo. Un sacerdote pronunciaba una alocución de circunstancia, cuyas conmovedoras palabras llegaban a los corazones. En andar apasionado y festivo, la concurrencia llegaba a la ermita implorando con fe los beneficios de Dios, mientras los pechos se agitaban en ansiosa conmoción.

Como en aquel tiempo no había monedas de plata acuñada ni sellada, se computaban las mercaderías o los bienes que daban los pobladores en la siguiente manera: una arroba de algodón en 18 reales; el pabilo en cuatro reales; la libra de cera en 2 reales; la libra de grasa en 2 reales; la mecha madre un peso; la vara de lienzo en 2 pesos; un buey carretero en 5 pesos.

Las mercaderías que se acumulaban por dicho concepto, eran considerables y se remitían al puerto de Buenos Aires. Un alférez de la Santa Cruzada recibía todos estos bienes y respondía dando la gracia, franquicias y libertades, de conformidad con las reales cédulas.

El producido de las mercaderías adquiridas por la Bula de la Santa Cruzada se destinaba a la defensa de la Santa Fe, para la guerra contra los indios irredimidos y el sostén del gobierno de la Iglesia. Y así, Corrientes siguió por la senda

Digitized by Google

de la tradición y su espíritu religioso subsiste vigoroso como una refirmación de su fe.

* * *

Una ceremonia sencilla y emotiva era la recepción de la Santa Bula, por el Cabildo. Estaba revestida de una rígida solemnidad de cristiana gallardía, inspirada en un ideal nacido en la luminosa tierra de Bética, con orgullo y señorío. Unas huestes magníficas de recios conquistadores, rendía al acto de rigurosa severidad, el esplendor de su respeto, más cuando se procedía a la apertura del pliego suscripto por Su Majestad. El Gobernador, estando de pie los cabildantes, daba lectura al memorial y se llenaban las más curiosas formalidades como la de besar el pliego y colocarlo sobre su cabeza después de algunas laudables invocaciones.

Algunos años después de la fundación de Corrientes, cuando se delineaban las primeras calles y edificaban pocas casas de mampostería, el Cabildo, afanoso en dar impulso a las obras urbanas y a los problemas de la vida social, imponía normas y deberes a cabildantes y funcionarios que dependían de su jurisdicción.

Por la peculiaridad de su vida plácida, de su carácter y costumbres, en un centro apacible como era Corrientes, algunos de esos funcionarios no cumplían con los deberes impuestos a sus cargos, en detrimento de las necesidades públicas.

Hasta desoían los llamados a sesiones del Ayuntamiento destinadas a las apremiantes soluciones de asuntos de interés por su naturaleza, e importancia para la vida ciudadana.

El Cabildo reunido en sesión permanente dictó enérgicas resoluciones en vista de sus agentes remisos y reincidentes. Emplazó en términos enérgicos al capitán Antonio González Dorrego, Justicia Mayor; Francisco Ramírez, Alguacil Mayor; Bernabé Delgado y Felipe Insaurralde, Regidores, para que concurrieran a las deliberaciones del Cabildo "para el bien y el aumento de esta República y al servicio de Dios y de Su Majestad." En la misma sesión se dispuso que los cabildantes debían concurrir todos los lunes a tratar lo que más conviniere. Al que faltare seríale aplicada una multa, cuyo valor se destinaba a los gastos de la justicia. Acordó también, emplazar a aquellos que no cumplían con los deberes del culto y se les obligaba a concurrir los domingos a la iglesia y a todas

Digitized by Google

las fiestas religiosas que tuvieren por fin rendir homenajes a Nuestro Señor.

Eran estas medidas del más espontáneo y merecido aplauso, pero en aquel entonces, se preocupaba la gente más de la vida contemplativa que de los problemas sociales. Esto no quita, sin embargo, que al Cabildo no se le deba obras abundantes y muy suyas. Sólo así pudo normalizar sus funciones deliberativas y provechosas. Sus tareas fueron fructíferas. Esos hombres demostraron sus propósitos altruistas y generosos que animaban a la mayoría de sus miembros.

La preocupación por el bien público podría servir hasta hoy de modelo a las instituciones. Se tomaban oportunas providencias para el normal aprovisionamiento de víveres, reparto de carne con prudentes medidas para no perjudicar la ganadería; se repartían semillas para acrecentar la producción agrícola, se ordenaba la ejecución de obras en el radio urbano y se disponía el encierro obligatorio durante la noche, de los animales, evitándose con esa medida el destrozo en las propiedades y sementeras. También se proveía de remedios a los vecinos, cuidando celosamente de la salud pública.

Por otras importantes disposiciones se otorgaban permisos para vaquear prudentemente y se procedía al estudio racional del derecho sobre la media anata y al valor de la moneda. La moneda corriente consistía en el trueque de mercaderías. Se excluía de ella el hierro, acero y plomo.

Las operaciones se realizaban en la siguiente proporción: un queso bueno, blanco, bien aderezado, "diez pesos"; uno pequeño, también bien aderezado, "cinco pesos"; una vara de lienzo de ley, bueno de dar y recibir, "un peso"; un queso de venado bien aderezado y grande, de Curupaís, "dos pesos"; como ya se expresó, se excluían los minerales que no podían usarse como moneda.

Los hombres de la conquista y colonización, fueron sin duda previsores. Sus obras de bien dejaron testimonios imborrables en los talados y amarillentos documentos de los archivos, que surgen como del fondo de nuestra historia, diciendo cuanto hicieron en los pasados siglos, sin que los deslumbraran los oropeles ni los halagos. "Ponían un poco de belleza, de espiritualidad y de gracia en las cosas que hacían, para servir dignamente a Dios y a su Rey."

* * *

Digitized by Google

La tarea del Cabildo en el siglo XVII, era intensa. Los indios colaboraban en las obras públicas activamente. Se dispuso la construcción de la Casa del Ayuntamiento, para lo cual se suspendieron las licencias que periódicamente se acordaban a los indios para vaquear. Pero llegó la langosta, paralizando las obras. Para la destrucción del acridio, que había invadido la región en 1643, se empleó el concurso de los naturales de Santa Lucía, a quienes con tal motivo, se les negó el permiso de regresar a sus reducciones. La terrible plaga comenzó en 1589 y fué de tal magnitud que arrasó con todas las sementeras de los indios del Ohoma (Empedrado).

La población sólo contaba para su alimento con el producido de la agricultura, y los medios de destrucción no tenían la eficacia deseada, a pesar de los numerosos indios que atacaban con mazos de paja encendidos y mantenían en llamas grandes fogatas en torno de sus parcelas sembradas.

Pero no era únicamente la langosta lo que asolaba la campaña. Se unían a esta terrible calamidad la sequía que amenazaba dejar sin alimentos a la población rural. El Cabildo reunido el 30 de julio del año 1643, estando presente el lugarteniente Mateo de Santa Cruz y el capitán Sebastián de Aguiar y Vera, Alcalde ordinario por Su Majestad en esta República, y el Regidor Julio Almirón, expresó "que por cuanto ha mucho que no llueve y están los trigos trabajosos y por la dicha sequía ni se siembra maíz y que para que Dios Nuestro Señor nos mire con ojos de piedad, se acuda al cura a pedirle haga procesiones y que para pagar la limosna de ellas se solicite al pueblo su concurso piadoso."

Y las procesiones se realizaron con fervorosa devoción. Corrientes, entonces pobre aldea, con nombre de ciudad, tenía en su Cabildo asiento de cuantos títulos nobiliarios volcaba la conquista. En estos actos piadosos ostentaban sus lucientes uniformes y doradas botonaduras. A su vez, las mujeres españolas despertaban curiosidad a los naturales con sus mantillas andaluzas, siguiendo el paso a la clerecía. Improvisados monaguillos portaban una imagen de Cristo seguido de una Dolorosa que iban santificando las callejas irregulares del Taragüy.

Muy pintoresca debió ser aquella caravana multiforme seguida de indios y, nada más solemne que aquella turba de guaraníes y otras tribus, al parecer convertidas a la ley de Dios, en medio de aquel paisaje melancólico y austero. Iban mar-

Digitized by Google

chando "con sus robustos cuerpos y arqueados pechos, semejantes a magníficas estatuas de bronce."

Y así se celebraba la Gloria del Señor, bajo el dosel de un cielo azulado y en el embeleso de la hora del *ángelus*, confundiéndose en una sola voz: la de la civilización y la del salvaje, suplicando al Altísimo abundantes lluvias y la exterminación del acridio, para salvar el esfuerzo bendito del trabajo.

* * *

Las crónicas del antiguo Taragüy nos enseñan que por allá en el siglo XVII, florecía como hoy el gremio de acaparadores. De modo que los inescrupulosos negociantes de los tiempos modernos no han inventado nada nuevo. Por eso se dice que no hay bajo el sol nada nuevo.

Según un curioso documento de nuestro archivo público, ya en 1632 el Cabildo tuvo que verse con esos monstruos del comercio. Explotadores de hambre y de necesidades. Ocurrió, conforme lo establece un acta capitular del 5 de noviembre de aquel año, que había una escasez alarmante de alimentos en la ciudad, por la ocultación de productos, a pesar de la rigurosa disposición del Cabildo con respecto a la distribución equitativa de los mismos en circunstancias de carestía.

En virtud de tales anomalías, se dispuso la aplicación de multas y decomisos de productos y alimentos y el propio alcalde ordinario don Francisco Arias de Mansilla se puso al frente de una prolija investigación en las chacras suburbanas, a fin de comprobar la existencia de maíz y trigo, para proceder al reparto entre la población necesitada. De esa investigación pudo comprobarse que muchos agricultores ocultaban de las autoridades la existencia de bastimentos en sus dehezas. Solamente don Hernando de la Cueva había reunido más de cincuenta fanegas de trigo y hasta se negaba venderlo por la moneda usual de la tierra. Además, tenía una abundosa cosecha que tampoco trillaba, escusándose por los medios que le parecía más conveniente.

El Alguacil Mayor y el regidor don Bernabé Delgado, acompañado del escribano del Cabildo procedieron al decomiso y a la aplicación de una fuerte multa que se destinaba para la Cámara de Su Majestad y los gastos de justicia.

De la lectura de los viejos documentos se deduce que el Cabildo se convertía en oficina de racionamiento como ocurre en la actualidad en todo el mundo. Además, la moneda era la

Digitized by Google

tierra, valor despreciado que inducía a los tenedores de artículos a retenerlos. No circulaba otra moneda.

Otras importantes disposiciones que merecen mencionarse son las del Procurador Nicolás Villanueva, imponiendo a los obreros la fijación de aranceles con respecto a sus trabajos y la enseñanza de profesiones a los niños huérfanos.

* * *

No había transcurrido medio siglo de la fundación de Corrientes, cuando sus feraces campiñas se poblaban de millares de cabezas de ganado. Se multiplicaban en proporciones sorprendentes. En 1649 el Cabildo recibía sendas peticiones de derecho sobre ganado cimarrón de la jurisdicción local. Se hablaba ya de estancias en que los vacunos adquirían notable prosperidad. Es que las tierras correntinas fueron siempre codiciadas para la especulación. Las verdes dulas de Taragüy, por obra del trabajo viéronse cubiertas de animales pródigos, en tanto las mieses florecían de los labios de los conquistadores "en modo de romances, ungidos de emoción mística y latina." Las cansadas tropillas de vacas procedentes de Chuquisaca, fueron propicias a la expansión ganadera. Débese estos dones a don Ortiz de Zárate, el pródigo hacendado de Charcas, que volcó hacia nuestras tierras su rico patrimonio para que el Adelantado Torres de Vera y Aragón diera cumplimiento a la Capitulación impuesta a los Adelantazgos.

Pero el propulsor de esa riqueza fué en la colonia el hidalgo maese de campo don Manuel Cabral de Alpoín. Este noble lusitano fundó realmente la riqueza pecuaria en Corrientes. Llegó a tener en su vasta propiedad más de treinta mil cabezas de ganado; fabulosa fortuna que le permitió tener puertos y escalas, privilegios otorgados por el Cabildo.

Cabral de Alpoín, para defender la riqueza ganadera, como maese de campo, impidió, bajo penas, el transporte de haciendas a otros lugares. Para el cumplimiento de esta disposición fijó una severa vigilancia, confiada a los alféreces. Los días de fiesta, a toque de tambor se daba cuenta al público de esta medida.

Hubieron en la época algunos mercaderes de mala fe que, asociados con los indios, practicaban el comercio ilícito, robaban barcos, canoas y balsas cargadas de bienes y de ganados. Para asegurar el orden, el Cabildo dispuso aumentar la ronda y el toque de queda. El Alférez don Juan de Machuca

Digitized by Google

empeñóse en perseguir a los elementos maleantes y trasnochadores. La campana de la iglesia practicaba el toque de queda, satisfaciendo con ello un anhelo público; las rondas salían recorriendo la ciudad hasta venir el alba. Los peores enemigos eran los mancebos indios que procedían de las islas del Paraná y eran muy hábiles en la ejecución de sus delictuosas empresas.

La ronda, medida establecida por ley y usada en toda la colonia, evitó muchos abusos y delitos y proporcionó al vecindario días de quietud.

Medida oportuna fué la prohibición de la vaquería de ganado cimarrón otorgada por el Cabildo. Era un deber impostergable defender el patrimonio de la comarca, por el desorden con que procedían los beneficiados.

El maese de campo Alpoín, suscribe la siguiente disposición que, por su significado, constituye un documento interesante. Tiene conceptos de un hombre de gobierno y de un celoso guardián de la riqueza pública:

"Revocamos —dice—, todas las licencias dadas por este Cabildo a las personas comprendidas en dicho compromiso y asimismo mandamos por este alegato suspender las franquicias por el notorio desorden que ha habido todos estos años pasados en el consumo de los ganados cimarrones, que es el sustento principal de esta República; por lo tanto, quedan cerradas las vaquerías por el término de dos años, reglamentando el reparto de ganado de acuerdo a la población y familias, no pudiendo pasar de cuatro vacas por cada licencia otorgada."

Esta resolución, suscripta por Cabral de Alpoín y por don Ambrosio Acosta, fué notificada en la campaña por el maese de campo don Juan de Figueroa.

Don Manuel Cabral de Alpoín, era, pues, un hombre justo, que impuso respeto; era grande en la administración y hasta en su modesto retiro y en ningún momento desmintió ese carácter fundido en el molde de un héroe de la antigüedad.

---

(1) Acosta no quiso aceptar el cargo de preceptor, pero los Cabildantes invocaron en su demanda el servicio de Dios y de Su Majestad Felipe II.

(2) El olvido es duro de vencer, pero no falta un apasionado patriota que se encargue de denunciarlo para honrar la memoria de los servidores públicos como Ambrosio Acosta. Citamos el caso de un obrero de humilde aspecto que, en 1941, se presentó al Concejo Deliberante de la Ciudad, para solicitar que se imponga el nombre de Ambrosio Acosta a una calle o plaza, en homenaje a tan esclarecido criollo y precursor de la enseñanza en la provincia.

Digitized by Google

CAPITULO III

IMPRESIONES DE OTROS SIGLOS

Hernandarias, hábil gobernante. -- Perfiles históricos. -- Prosperidad. -- La Virgen de la Merced, patrona y auxiliar.

Reunimos en esta memoria del pasado, interesantes evocaciones históricas y un epílogo sentimental. Son las primeras relaciones breves y anecdóticas de los hechos ocurridos desde el siglo XVI en nuestra ciudad capital, cerrando estos recuerdos con el broche de una visión de ensueño que elevó hacia el cielo un místico poema, que es el de la combatida pero irreductible esperanza de los hombres.

A fines del siglo XVI y principios del XVII, es cuando arrecian los ataques contra el territorio de Corrientes. Jamás pensaron los conquistadores en la insaciable ferocidad de los aborígenes. Ello les obliga a fortificar su campo y a dotarlo de un fuerte para conjurar estos dramáticos episodios. Con la erección del fuerte de Arazaty nació la primera construcción en piedra.

"Los guaraníes que habitaban el territorio correntino antes y aun después de la fundación de Corrientes, se reducían en tolderías sedentarias para recoger los frutos de mandioca, maní y tal vez algodón, de sus pequeños cultivos."

"Vivían desnudos los varones, y las mujeres con un paño de tela de algodón desde la cintura a las rodillas, como los charrúas, los querandíes, los timbúes, los caracaraes y éstos de la costa de Santa Fe, tenían unas piedritas en la base oradada de la nariz, según Schmidel."

Tuvieron por utensilios la calabaza, objetos cerámicos del barro *ñau* con pinta de *tobatí* y de ocre rojo y anaranjados de la costa del Paraná. Sus armas eran las flechas con el arco, las picas con espinas de pescados o de *urunday* aguzadas y endurecidas al fuego.

Ese era el estado de la colonia con la imperfecta civilización guaraní. Sus caciques, valientes y orgullosos del renom-

Digitized by Google

bre de su poderosa raza, no se sometieron al yugo español, sin haber antes luchado con tenacidad durante largos años.

La influencia religiosa ejerció sobre los naturales un dominio completo aunque la conversión de los infieles al cristianismo, costó muchos años de lucha y una paciente labor evangélica.

La conversión de los guaraníes, facilitó la tarea administrativa del gobernador Velazco, haciendo desistir a los naturales de la inexplicable idea de mudar la ciudad a un lugar más fértil y donde, decían, las palmeras alzaban sus erguidos talles sobre los campos de verdor y cerca de los bosques que brindaban su leña y sus frutos. Velazco, sin embargo, realizó una inspección en derredor de la ciudad, encontrando que ella "estaba en buen puesto, sitio y lugar, ordenando por un bando publicado el 6 de septiembre de 1598, que vuelvan a ella los vecinos que la habían abandonado, so pena de perder los solares y chacras si nó vuelven y edifican en seis meses."

Hernandarias, hábil gobernante

Con el reparto de las tierras terminó el espíritu de rebelión. Se distribuyeron numerosas parcelas entre los primeros pobladores de la comarca, de las dilatadas llanuras y riberas del Paraná, en cuyos horizontes se esfumaban los airosos penachos de las erguidas palmeras del bosque. Las mujeres agraciadas por su condición de primeras pobladoras de la ciudad fueron: María de Sandoval, Magdalena de Leis, Ana de Génova, María de la Trinidad, Beatriz de la Trinidad, Juana de la Trinidad, Ursula de Sosa, María Cabrera Leis, Ana de Meza y Jerónima Fernández Acosta.

El gobernador Sandoval fué sin duda modelo en la administración de la colonia; poseía cualidades notables para agradar al pueblo, al mismo tiempo era ingenuo y emotivo.

Le sucede en el gobierno el ilustre Hernandarias de Saavedra. Bajo su pródigo gobierno, tomó nuevo impulso la colonia; consagróse por entero al bien común.

Hernandarias fué aleccionado por la historia; no sólo era el más hábil gobernante, como también un incansable propulsor del progreso fecundo. Su espíritu de justicia provocó una reacción consoladora en la ciudad turbulenta, cuando sus habitantes vieron levantar las primeras casas, abrirse los primeros caminos que ponían en comunicación la ciudad con las chacras

Digitized by Google

a la par que ampliaba la distribución de las tierras de cultivos, estimulando el trabajo; el propio Hernandarias dirigía los cultivos, instruyendo a los indios en la preparación de la tierra y los métodos más eficaces, pues el primer gobernante criollo fué un experto en las faenas agrícolas. Era un enamorado de la tierra. Todos los años, en primavera, recorría la campiña correntina, la ubérrima comarca bajo la lumbrarada ardiente de nuestro incomparable sol y deleitábase en la magia fragante y multicolor de los boscajes con sus lapachos floridos, las orquídeas, y líquenes de los lagos que abundan en la región de Taragüy.

Perfiles históricos

La simpática figura de Hernandarias mostrábase siempre rodeada del amor y del entusiasmo expansivo y cordial del pueblo correntino. Españoles y criollos, los propios indígenas tenían adoración por el gobernante pródigo. Era su persona una viva síntesis de la hidalguía española y espiritualidad criolla; era el más esforzado caudillo de la conquista y un experto conocedor de la provincia.

El dispuso las primeras construcciones de adobes, que iban reemplazando las casas de barro y paja, la limpieza de las calles era obligatoria y estaba a cargo del vecindario bajo la pena de una multa de dos pesos al remiso. Ya existía una plaza mayor y una ermita, en la Punta de San Sebastián, donde oficiaban dos franciscanos. Este oratorio primitivo fué demolido cuando los jesuítas edificaron su templo. La ermita servía de cobijo a un Nazareno milagroso. Escultura mal proporcionada de talla india, figura trágica y estremecedora, a la que los creyentes besaban los pies. Habían "gastado por el roce el talón reluciente, de tantos labios que dejaban su mística caricia."

Notable fué el progreso de la población de Corrientes al iniciarse el año 1618; seguía en importancia a la de Buenos Aires, además era próspera su industria agrícola y pastoril.

Diez años después, Manuel Cabral de Alpoín, hijo del general lusitano Amador Báez de Alpoín, tomó la dirección del gobierno y se impone el deber de servir exclusivamente al bienestar público. Y así logró establecer la armonía más perfecta entre las autoridades del Rey y el pueblo. Además, fué animoso como emprendedor; con su buena administración aumentaron las rentas que dióle medios para la organización de la ciudad.

Digitized by Google

Fué aquel siglo de gran prosperidad también para la iglesia que permitió la erección de oratorios y ermitas, construcción de celdas y rancherías para albergar a los esclavos. Los domínicos quisieron edificar un convento, no pudiéndolo hacer por falta de título. Aparece en este asunto el maese de campo Cabral de Alpoín, quien con su amplio y generoso espíritu comprometióse construir de su peculio la casa conventual una vez obtenida la autorización real.

Pasó mucho tiempo sin que la obra comenzara. Falleció su principal defensor, fray Juan de Ahumada y, finalmente, fray Juan Benavidez y el provincial Berdiego de Valenzuela, gestionan nuevamente ante el Cabildo el permiso exigido. El Cabildo tuvo que ceder y llenándose ciertos requisitos entregó a la comunidad una "Hospedería" que hallábase en el sitio que hoy ocupa el edificio municipal. En 1660 tenían allí los domínicos una iglesia mediana, cuatro frailes, dos esclavos y una esclava. La crónica revela una vez más el altruismo de Cabral de Alpoín y su interés por el progreso de la comunidad.

También fué Cabral de Alpoín un hombre dotado de un espíritu valiente. Tomó a su cargo la peligrosa empresa de castigar en 1629, severamente, a los guaraníes paranaenses y uruguayos coligados, que asesinaron y martirizaron a tres jesuítas (1), habiendo sido famosa esta empresa para su nombre y honra para Corrientes.

Con férrea energía desalojó a los charrúas del río Corrientes y alejó a los abipones que desde sus misteriosas moradas del Chaco amenazaban constantemente a la ciudad colonial.

Tenía Alpoín algo del perfil gallardo, con ínclitos anhelos de reciedumbre, buen talle y rostro agraciado. Prendóse de los encantos de Inés Arias de Mansilla, viuda de Alonso de Vera el Tupy, con quien más tarde contrajo matrimonio, dándole esta unión un lugar distinguido en la localidad y sus descendientes perduran aún y constituyen la raigambre del patriciado de la provincia.

Prosperidad

El espejo del Paraná reflejaba las siluetas de las primitivas embarcaciones del Río de la Plata que fondeaban en la caleta de Arazaty, esperando valiosos cargamentos de cueros, maíz, hilo en ovillos, ponchos y otros productos regionales. El año 1640 presentóse muy promisor para las industrias; la gana-

Digitized by Google

dería había alcanzado bastante prosperidad; los campos de pastoreo estaban poblados de haciendas; contábanse por decenas de miles de cabezas de ganado vacuno. En las dilatadas llanuras pacían las "diez mil cepas" de Cabral de Alpoín que con tesonera labor había reunido en sus vastos predios rurales. Esta fabulosa fortuna para su tiempo, debía bien pronto resentirse por efectos de la guerra entre Portugal y España. Alpoín era de origen portugués y en consecuencia fué desarmado y descalificado, conjuntamente con otros portugueses que vivían en la colonia. Tan destacado propulsor del progreso local fué despojado del cargo en 1643, fecha en que asumieron la dirección del gobierno personas insignificantes o explotadores, mandados de otros puntos.

El retiro de Alpoín fué lamentado en la ciudad. La población de Corrientes pasaba entonces de varios centenares de habitantes, rodeada de una zona rica y fértil. Los extranjeros iniciaban sus viajes comerciales y daban preferencia para sus compras a las pieles de la región por su calidad y baratura. Todo lo cual halagaba a los pobladores, quienes comparaban la población de Corrientes con la de Buenos Aires que, a la sazón, pasaba de dos mil habitantes y eso que hallábase situada estratégicamente sobre un gran río navegable y receptora de cuanto llegaba al país.

La Virgen de la Merced, patrona y auxiliar

Después de tanta prosperidad, una irreparable plaga amenazaba la ciudad y sus cercanías. La gravedad y alcance de esta amenaza conmovía a la población entera, más aún a los habitantes de la campaña. Una plaga de gusanos, sequía y pestes arruinaron los ganados y sementeras. Llegaron después por espacio de siete años consecutivos, enormes mangas de langostas que talaron los sembrados.

Es de notar que en aquella época se atribuían las plagas a castigos del cielo; pero no hay que extrañarse, llena está nuestra historia de hechos semejantes, demostrándonos con ello el fervoroso sentimiento del pueblo creyente, pero lo cierto es que la Virgen de la Merced fué aclamada públicamente "patrona y auxiliar de los trabajos, pestes y demás calamidades" por sus muchos milagros. La proclamación solemne efectuóse el 13 de septiembre de 1660, en virtud de una resolución del Cabildo y del clero en pleno.

Digitized by Google

La milagrosa imagen fué sacada en procesión, recorriendo la ciudad. La gente seguía su paso con la más exuberante efusión de sentimientos, que es la cualidad más saliente y envidiable de la raza. Vivas, cánticos y aclamaciones continuas, lluvia de frescas flores arrojadas a la Virgen, besos lanzados por manos femeninas, como perfumada ofrenda de la ciudad a la Reina de los Cielos que pasaba radiante de divina visión, un pueblo entero, en fin, seguía en masa, con religioso fervor a la egregia señora protectora y patrona auxiliar (2).

La proclamación tuvo lugar en la Plaza del Cabildo, donde en solemne juramento declararon a la Santa, patrona de Corrientes, prometiendo en cálidas plegarias festejarle su día y la víspera con todo regocijo y de tenerla nueve días en novena.

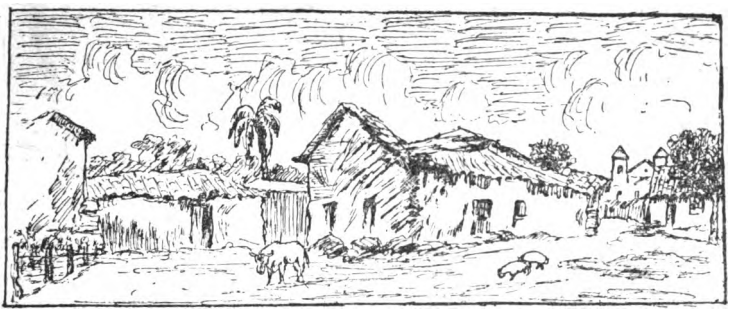
"Con toque de caja y acompañado de algunos vecinos fué llevado a sus paternidades un pliego con la copia del acta del juramento que fué suscripto por el capitán general Roque Mendieta de Zárate, Gabriel Toledo, Nicolás Villanueva, Bernardo Centurión, Ambrosio de Acosta y Miguel de Lencina."

Corrientes había obtenido el ansiado milagro: cayeron de pronto abundantes lluvias provocando la fertilidad de los campos, abundancia de cosechas y tranquilidad en los habitantes.

(1) Los mártires de Caaró e Iyuhy: Roque González de Santa Cruz, Juan del Castillo y P. Alonso Rodríguez.

(2) Era una imagen de talla primitiva.

Digitized by Google



CAPITULO IV

CORRIENTES EN EL SIGLO XVIII

Los Jesuítas. -- Las tribus. -- Primeros frutos de la paz. -- Un informe interesante. -- Declaración histórica. -- Bucarelli y los comuneros. -- Viajes de Azara. -- El puerto de Corrientes recobra su importancia comercial.

Finalizaba el siglo XVII. Eran encomiables las actividades científicas y culturales de los padres jesuítas. Sobre las riberas del Paraná, frente a la histórica reducción de San Fernando, fundaron estos misioneros un colegio a solicitud del Cabildo, abriendo sus aulas en 1690. En él pasaban breves temporadas de necesario y conveniente descanso los padres jesuítas del vecino caserío de Abipones. En este colegio habían morado, formando a la niñez y juventud correntina, hombres tan eximios como el astrónomo Buenaventura Suárez, el guaranista José Insaurralde, el cartógrafo Juan Avila o Dávila y el gran misionero y explorador P. Matías Strobel (1).

Era entonces la población de Corrientes, una pequeña aldea, cuyos habitantes apenas sumaban varios centenares, porque se prefería poblar la campaña; sin embargo, su posición encantadora atraía a los forasteros. El río Paraná brindaba los medios de navegación, camino más fácil que los penosos viajes terrestres de aquella época, llena de peligros y acechanzas.

Dichosa y serena surgía la población, sobre las barrancas del límpido río, exornada de su agreste vegetación, siempre florida, bajo su eterna primavera. Este paraje debió aparecer a los primeros navegantes absolutamente propicio como centro de una gran colonia. Y esta riente comarca debió igualmente ser reconocida como tal al espíritu del misionero, en el

Digitized by Google

cual el sentimiento estético se refirmaba y sublimizaba como un instinto casi característico.

* * *

Tan encantador paraje era, sin embargo, ensombrecido por un enemigo terrible que habitaba en los bosques.

Una aplastante invasión de indios coligados emprenden contra Corrientes una furiosa ofensiva, devastando poblados, robando haciendas y cuanto podían arrebatar en la campaña.

El dominio español era menguado y sus autoridades desobedecidas y burladas. Los conquistadores sólo se preocupaban en dominar los pueblos que conquistaban y que no acababan de vencer. En tanto, las tribus quedaban libres de toda inspección y entregadas a sus instintos. La mayoría de los pueblos dominados, sólo de nombre pertenecían al rey. Es que el indio soportaba mal cualquier yugo y no comprendía la sumisión a un lazo cualquiera de gobierno, por elemental e indispensable que éste fuera.

Los aborígenes amaban la vida libre, más aún, turbulenta. Eran nómades en la espesura infinita de sus selvas, como las nubes en el azul del cielo. En el Gran Chaco podíase estudiar con minuciosa prolijidad esta anarquía invencible. En vano los españoles se empeñaban en feroces batallas contra un enemigo arisco, que no se fatigaba nunca, que en caso difícil para su causa se internaba en el bosque, llevando consigo el botín.

Los indios más taimados fueron, seguramente, los mocovíes, abipones y vilelas; no había nada más levantisco y salvaje en sus brutales procedimientos. Los payaguáas eran igualmente tribus muy hostiles y de mezquinos sentimientos.

Cinco años de lucha costó a Corrientes estos temibles enemigos, hasta que al fin, en 1746, el comandante de fronteras don Felipe Zeballos, sorprende a los indios celebrando sus triunfos y crímenes sobre las cabezas de los cristianos que habían sido víctimas de su furor y los derrota, poniéndolos en precipitada fuga, pereciendo muchos de ellos.

Con este ejemplar castigo, los salvajes, dándose cuenta de su incapacidad de vencer, sometiéronse incondicionalmente y allanaron el camino de la paz ajustada en 1746, "con el maese de campo Gregorio de Casafús."

* * *

Y la ciudad florecía en una primavera de paz. Todo se embellecía en una anhelada confianza de vida nueva. Fueron

Digitized by Google

requeridos maestros para la enseñanza. El regidor Bernardo de Casafús, solicitó del Gobernador, en nombre del vecindario, el establecimiento de escuelas, obligándose a los padres de familias la concurrencia de sus hijos que se criaban sin ninguna educación, imponiéndose graves penas a los infractores. Luchóse con increíble dificultad, al extremo de no poderse instalar una sola escuela.

El patriótico pensamiento de Casafús respondía a un anhelo del partido criollo. Y es admirable cómo en aquel tiempo los hombres ya pensaban por el medio eficaz de la instrucción, mejorar la condición cultural y moral del pueblo.

Con fervor, deseábase llevar a cabo semejantes obras de renovación; sin embargo, las circunstancias tan difíciles no permitían dedicar especial preferencia a problemas de cultura pública.

No se podía exigir mayores esfuerzos de la precaria vida ciudadana. Corrientes no era aún una ciudad; basta leer lo que nos dice el religioso Fray Pedro José de Parra, en una curiosa crónica del 1753, para valorar lo que fué entonces la capital de la provincia.

"El temperamento, dice, es admirable con los aires muy puros y sanos y el agua la mejor que se halla en este reino. Tiene esta ciudad como trescientos vecinos, incluyendo en este número los que viven fuera de ella, en sus estancias. Hay un Teniente Gobernador, un cura vicario con tres o cuatro clérigos, convento de Franciscanos y Mercedarios, Colegio de la Compañía y Hospicio de los Domínicos. El Convento y el Colegio son muy buenos y cubiertos de tejas. Los demás edificios de la ciudad son humedísimos, muchos de tapias y los demás de pared que llaman francesa, que se compone de caña y barro con algunos postes de madera para sostener el techo, cuyas tejas son de palma, las que tienen dos varas de largo cada una y son muy buenas, si como duran cuatro años, duraran cuarenta; con las repetidas lluvias se ponen estas tejas de color de ceniza y como los edificios compuestos de barro, huesos y bosta, viene a quedar del mismo color, de aquí que toda la ciudad parece cenicienta."

De esta ingenua descripción del religioso padre Parra. puede deducirse lo que era Corrientes como ciudad y la escasés de elementos con que contaba para el desenvolvimiento de su cultura.

* * *

Digitized by Google

Según el informe elevado por el Cabildo al Gobernador del Río de la Plata en 1760, la población de Corrientes había progresado sensiblemente. Por lo cual, creemos que el Padre Parra, incurrió en un error al fijar a Corrientes sólo trescientos habitantes, en 1753. El documento a que nos referimos, establece que la población blanca era de 1.053 familias con 6.420 personas; la mayor parte residía en la campaña; sin embargo, la ciudad contaba ya con mil habitantes aproximadamente, según cálculos de cronistas contemporáneos. Además de españoles y criollos, había un considerable número de negros y mulatos, en su mayoría esclavos y de indios mansos agregados a las casas y ocupados en las faenas rurales.

Por la falta de circulación de plata sellada el comercio no prosperaba y las incipientes industrias caseras se reducían al tejido de algodón y lana, aplicado a la fabricación de lienzos y ponchos.

La industria realmente próspera fué la cría de ganado. Para darse una idea de tal prosperidad basta enumerar las treinta mil cabezas de ganado vacuno que los jesuítas poseían en los establecimientos ganaderos de Rincón de Luna, Rincón de Portillo, El Sombrerito y Santa Catalina, en las inmediaciones de la ciudad capital.

¡Cómo había aumentado el lote de vacas traído por Torre de Vera y Hernandarias, desde Charcas y Asunción, respectivamente!

* * *

Si bien el progreso material era muy limitado por falta de iniciativas y acción, en cambio germinaban nobles aspiraciones tendientes a un nuevo orden de cosas, hacia una forma de gobierno republicano. Y este sentimiento fué revelado valientemente en el Cabildo abierto de 1764 por el partido criollo encabezado por el maese de campo Gaspar de Ayala, Sebastián de Casafús y José González, anticipándose a la fórmula histórica de la Revolución de Mayo, sintetizando su pensamiento libertario en estas expresivas frases: "Defendemos nuestra patria y sabremos defenderla aunque sea contra el Rey."

Esta enérgica como terminante declaración nacía del despotismo incomprensible ejercido por Rivera y Miranda, de acuerdo a un plan preparado por Ceballos que, según el historiador Funes, aquél se complacía en hacer gustar a tragos el castigo a los correntinos.

Digitized by Google

En esta emergencia, la Asamblea del Cabildo abierto nombró Gobernador político al maese de campo José González y comandante militar al sargento mayor Nolasco Pabón. Así triunfaba el partido criollo, cuya labor en pro de la libertad fué muy activa y beneficiosa para la provincia, logrando crear una vasta influencia para encausar la opinión pública hacia los ideales libertarios que medio siglo después fueron la base del engrandecimiento, material y espiritual, de la nación.

Sin embargo, este impulso inicial del movimiento de opinión de esa incipiente fuerza colectiva que formaba el gran caudal de herencia de los patriotas, fué desbaratado por la inicua conducta de Ceballos y del inglés Morphy, que prendieron y engrillaron a los vecinos principales, embargando sus bienes. "Cuarenta y siete fueron las personas espectables aprisionadas, y por cientos se contaron las de las clases humildes, a quienes acusaban de la rebelión del 29 de octubre de 1764."

* * *

Sofocada la "rebelión" de los patriotas criollos, Carlos III ordena la expulsión de los jesuítas que representaban el liberalismo de la nueva era en España. Los llamados comuneros cooperan con Bucarelli para dar cumplimiento a la orden del rey, solicitando al efecto, del Lugarteniente Labardén, la detención de los jesuítas y la confiscación de sus bienes, orden cumplida tres días después por el cabo Pedro Paz y dieciséis milicianos.

Con la expulsión de los discípulos de Loyola, el Colegio fundado por éstos clausuró sus aulas. Mucho perdió la cultura pública, por cuanto era el único establecimiento de enseñanza que había en la ciudad. Y como la población no podía quedar sin escuela, se dispuso que en el local del Colegio se librara al servicio público un curso de enseñanza primaria y latín a cargo de Gregorio Araujo, con la asignación anual de cien pesos. El maestro renunció pronto del cargo por la "poquedad" del sueldo, sucediéndole en la tarea docente don José Ignacio Galván, en 1782. Por la misma razón que el anterior preceptor, Galván dejó la dirección de la escuela, reemplazándolo Agustín de la Hoz, en 1794. Este apóstol, con ejemplo "espartano", soportó por espacio de doce años tan exigua retribución por sus servicios en la instrucción pública.

* * *

Digitized by Google

Apaciguados un tanto los ánimos después de la dramática expulsión de los religiosos, el primer acto de Labardén fué el de nombrar Comandante de las milicias a Carlos José de Añasco, quien "administró con honradez y fué siempre justo." Corrientes recobró su necesaria tranquilidad, normalizando su vida con el verdadero espíritu de libertad.

El territorio de Corrientes ya era entonces motivo de estudios de los sabios de la vieja Europa. El naturalista y marino español don Félix de Azara, realiza en 1787 su segundo viaje a través de Corrientes, llegando hasta la laguna Iberá, "inspirado por el amor a la ciencia", y cruzó casi todos nuestros grandes ríos interiores, que le dieron material abundante para sus admirables descripciones que divulgaron en el viejo mundo el conocimiento de nuestras maravillas naturales, y de la rica comarca regada por el Paraná y el Uruguay.

El sabio naturalista, al referirse a Corrientes, ciudad capital señaló en su "memoria" la pobreza de su población comparada con sus bienes naturales y la inmensidad de su territorio. La capital y su distrito tenían entonces 4.500 habitantes. La edificación confusa, desordenada, de casas feas cubiertas de tejas de palma y paja y ofrecía un desagradable aspecto. No había casa capitular ni cárcel pública; servía a uno y otro destino parte del ex-colegio de los jesuítas desde que se derrumbó en 1772, el edificio propio. Los habitantes eran económicos y frugales: vestían los de buena posición, hombres y mujeres, como los de Buenos Aires; los pobres, varones, camisa, calzón y sombrero; las mujeres, *tipoy* de algodón, ceñido a la cintura y algunas enaguas bordadas. Se hablaba español y guaraní, pero con más generalidad este último."

* * *

El triste cuadro del Corrientes antiguo descripto por Azara, debía cambiar muy pronto su aspecto general con el renacimiento industrial y comercial con la supresión del privilegio concedido al puerto de Santa Fe. Las pequeñas industrias ampliaron sus esfuerzos y por lo tanto su producción. Se fabricaba en mayor escala azúcar, aguardiente, quesos, grasa, sebo, tejidos de algodón, filetes, miel, objetos de alfarería y, en el puerto de la ciudad, se construían embarcaciones menores, especialmente canoas, muy preferidas en la navegación de los ríos.

Por espacio de muchos años, Pedro Ferré estuvo dedicado en cuerpo y alma a la construcción de buques. Era un verda-

Digitized by Google

dero "maestro de ribera", por su pericia en este género de trabajos. Lo apodaron "el calafate." El destino le reservaba en un futuro muy próximo el desempeño de los más elevados cargos en su provincia nativa por su patriotismo y grandes virtudes.

Al finalizar el siglo XVIII se inicia un gran despertar hacia un fin de cultura. La religión, las costumbres, las leyes patrias, infundían con su soplo un espíritu nuevo y, en medio de tal renacimiento espiritual, aparece un apóstol en el silencio de la celda conventual de San Francisco. Era Fray José de la Quintana, fundador de la escuela de primeras letras. Este benemérito maestro dedicóse a la enseñanza desde el año 1797 hasta 1854, fecha en que el gobierno de Corrientes, por especial decreto, declaraba "Benemérito Preceptor de Instrucción Primaria" al sacerdote ilustre, que en olor de santidad dejó este mundo el 16 de abril de 1862.

La obra del lego del convento franciscano fué moralmente duradera desde cualquier punto de vista que se la considere. Era fray Quintana uno de los más ilustrados instrumentos de la Providencia, para redimir de la idolatría y establecer la religión de Cristo sobre los derrocados mitos.

Digitized by Google

CAPITULO V

CORRIENTES ANTE LA DICTADURA DE ARTIGAS

Pronunciamiento de Yedro en Itapuá. -- El régimen artiguista. -- Andresito. -- Crónicas de Robertson. -- Una escena familiar. -- La mansión de Perichón. -- Una visita al Coronel Méndez.

Después del pronunciamiento de Yedro en Itapuá (hoy Villa Encarnación, Paraguay), la ciudad de Corrientes fué evacuada por las fuerzas realistas comandadas por el capitán Blas José Roxa.

El sometimiento voluntario del militar paraguayo fué seguramente paciente obra de la fogosidad patriótica de Angel Fernández Blanco, que sobrepujó en alteza de miras y en probidad de sus procedimientos; con fino tacto triunfó y allanó todos los obstáculos y en común con su enemigo de ayer capturaron y desarmaron a los europeos que se oponían al movimiento revolucionario.

Al parecer, la población correntina volvía a respirar tranquilamente después de los males que había soportado con estoicismo. El martirio sufrido al verse saqueada, humillada, rotos todos los vínculos sociales y enlutada ante la imagen de la muerte, había afectado hondamente la moral pública y reclamaba en medio de su amargura, más bondad en los procedimientos de los fieros hombres enfurecidos por las violentas pasiones humanas.

Por desgracia, la heroica provincia preparábase nuevamente para enfrentarse con los bandidos y ladrones que seguían a Andresito, personaje de triste recuerdo en la historia de Corrientes; con él empieza la dictadura de Artigas y el sistema de violencias tuvo su símbolo: Andrés Ramírez... Este personaje, dice la historia, "prostituyó su honor, el de sus armas y el de su protector al sembrar en la provincia la barbarie, la anarquía, la confusión, la matanza y la lujuria desenfrenada de sus feroces bandidos."

* * *

Digitized by Google

Andrés Tacuarí o Andresito, era la personificación de la barbarie. "Le deleitaba la crueldad, más cuando era ejecutada por sus propias manos. Nacido en Santo Tomé, de esta provincia, aprendió a leer, escribir medianamente, y servir de criado al lado de un cura párroco del pueblo. Fugó por mala índole, para alistarse en una partida de bandoleros. Artigas lo nombró comandante general de Misiones. "Era mestizo de blanco e indio, ojos verdes y penetrantes, poca barba, era ignorante, pero tenía buena letra y mucha perspicacia."

Dice la crónica que, el arribo de Andrés Ramírez a esta ciudad, fué un espectáculo que asombró al pueblo, por su fastuosidad. Era el 21 de agosto de 1818. "El Cabildo y sacerdotes lo acogieron bajo palio en las afueras de la ciudad"; descansó en el Templo de la Cruz, escuchando himnos religiosos; en medio de música, salvas y repiques de campanas llegó hasta la iglesia matriz (situada entonces en la Plaza de Mayo), a cuyas puertas le recibió el Vicario con la clerecía, comunidades religiosas y pueblo; asistió a un solemne Tedéum cantado por el capellán de su ejército, fray Tomás Félix, mercedario"; tomó posesión de la ciudad, dando vuelta por la plaza con todo su acompañamiento y se alojó en casa de Vedoya, antigua residencia de Madariaga, situada en la calle Mayo, entre las de Salta y Rioja. Semejante recepción, era el fruto del horror y del miedo.

Tacuarí (Andrés Ramírez), tenía por compañera a Melchora Caburú. Su historia se confundía con la de una mujer pérfida y monstruosa. (Léase "Los Abuelos Heroicos"). Fué esta lujuriosa manceba, autora de muchos crímenes; por eso su siniestra personalidad figura con letras de sangre en la leyenda trágica.

* * *

El primer gobernador artiguista fué el Teniente Coronel Toribio Luzuriaga. Sombría y miserable era la situación de la ciudad, porque la mala administración del pasado se oponía al progreso del bien. Las finanzas estaban arruinadas, empobrecido el comercio y, si a estos males agregábase la guerra imprudentemente desatada, la vida era poco menos que insoportable.

Por fortuna, la llegada de Luzuriaga modeló y reguló la administración pública con sereno criterio y se cortaron

Digitized by Google

muchos males que habían destruído las virtudes de las costumbres, los derechos y la propiedad de las familias.

El Teniente Coronel Luzuriaga "era peruano de origen, fué militar valiente y buen organizador; hizo la campaña libertadora, ascendió a general, y se suicidó en la época de Rosas.

Las calamidades políticas que tanto afectaban el bienestar de Corrientes, no interrumpieron ni conturbaron las magníficas iniciativas de Luzuriaga, porque fué éste un hombre infatigable y de irrevocable decisión cuando se trataba de obras de progreso. En mayo de 1813 mandó construir la casa del Cabildo, empleándose para dicha obra los materiales del antiguo edificio del Colegio de los Jesuítas, pero su inquietud se inclinó más hacia la organización militar, disponiendo en común con el patriota Angel Fernández Blanco, la creación de "un contingente de reclutas jóvenes y de buena talla que formaron en su mayor parte en el famoso Regimiento de Granaderos Montados." Entre estos jóvenes reclutas se encontraba el sargento Juan Bautista Cabral. Con su heroica acción en San Lorenzo, el bravo correntino pasó a ocupar un lugar prominente en la historia argentina.

El historiador Mantilla, tiene palabras honrosas para el primer gobernador artiguista en esta provincia. Luzuriaga, dice, no fué un déspota arbitrario, era un gran amigo del pueblo; los rasgos de su vida y su fisonomía moral entera pregonaban al hombre desprendido, siempre dispuesto a renunciar los más altos cargos. Sus funciones no encuadraban dentro del régimen de fuerza impuesto por la dictadura. Y fué así que el pundonoroso general retiróse de Corrientes y en su reemplazo asumió la dirección del gobierno Juan Bautista Méndez, "vulgar oficial, ambicioso y sin escrúpulos", aficionado a las libaciones y a las orgías más desenfrenadas, digno compañero de Pedro Campbell, lugarteniente y cómplice de Andresito en los más miserables crímenes.

Méndez, al tomar el gobierno instalóse en la sinmediaciones de la Plaza de la Cruz, en el viejo caserón colonial ubicado en la intersección de las calles Salta y Moreno. Esa casa fué escuela provincial y es hoy local de un centro deportivo, habiéndose transformado el edificio en una construcción moderna.

El teniente coronel Méndez, recibía allí a sus amistades, postulantes y militares; erróneamente algunos cronistas ase-

Digitized by Google

veraron que aquella vieja casa fué residencia gubernativa. Bajo sus anchos aleros tomaba mate en las horas matinales, el pintoresco y temible representante de Artigas.

* * *

Para mayor ilustración de este capítulo, sobre el Corrientes de antaño, recurrimos a las notables cartas de los hermanos Robertson, comerciantes ingleses que visitaron nuestro país y el Paraguay en 1811 y 1815, quienes en sus viajes comerciales recorrieron todo el litoral del Paraná hasta la ciudad de Asunción, reuniendo en esos importantes documentos notables descripciones y brillantes crónicas de la vida colonial argentina.

Para ellos, Corrientes tuvo singulares encantos, por las costumbres y generosa hospitalidad del pueblo.

"Cuando llegué a Corrientes —dice Juan Robertson—, era hora de comer; fuí a casa de M. Perichón, francés, para quien tenía carta de recomendación de su hermana madame O'Gorman, la favorita del Virrey Liniers."

"Sabía que la dama había conseguido para su hermano el nombramiento de Director de Correos de la Provincia y que él era en tal calidad un personaje en Corrientes. Con excepción, sin embargo, del rapé derramado sobre el labio superior del Director de Correos, que daba un tinte barcino a esa parte del rostro, unido a vestigios de cortesía parisiense, nada pude descubrir que lo diferenciase de los correntinos."

"A mi arribo —dice Robertson—, el calor era insoportable. No se veía un alma en las calles de arena suelta y ardiente. Las vacas vagaban por esas calles mañana y tarde, se derretían bajo los árboles o procuraban guarecerse de los rayos del sol a la sombra de los altos cercos de espinas de tunas que circundaban los grandes patios y corrales contiguos a las casas."

Al referirse a las casas, la opinión del viajero inglés es más o menos igual a la de todos los cronistas de la época. Menciona las viviendas de amplios corredores construídos para aplacar en lo posible el rigor de nuestro clima ardiente.

El forastero describe después la "mansión" del señor Perichón, Director de Correos, y la curiosa escena familiar que presentóse ante sus ojos. "Encontré a los moradores enclaustrados conforme a la moda; y la gran habitación en que estaban por sentarse a la mesa para comer, tenía, para mí, que

Digitized by Google

había recién salido de los ígneos rayos del sol, toda la apariencia de total oscuridad. Pero habiéndose abierto un poco la gran puerta de dos hojas que daba al patio sombreado con naranjos, mis ojos recobraron la visión; y allí encontraron un círculo doméstico, de verdadero aspecto primitivo. En el estrado o parte levantada del piso cubierto con estera, se sentaban tres damas, que después supe eran su esposa y dos cuñadas, una casada y otra soltera. Con un niño en sus brazos, el cuñado de Perichón paseábase por el cuarto. Una mulata esclava de bellas formas y facciones, estaba meciendo la cuna en que lloraba un niño, y otras tres esclavas traían la comida poniéndola sobre una pesada mesa de madera tosca, cubierta, sin embargo, con rica tela de algodón hecha en el país. Un tinajón de agua y abundantes arreos de caballo estaban en un rincón; muchos mates, una botella de caña y vasos para vino en una mesa lateral; todos habían estado fumando y todos estaban en "deshabillé" familiar. Fuí una vez más agasajado por M. Perichón y por las damas con una profusión de cumplimientos de que no entendí la mitad. Porque aquí, el lenguaje de los aborígenes, o guaraní, ha hecho inútil en gran proporción, el español; exceptuando la mejor clase de hombres, pocos se expresan en castellano con fluidez y corrección. Las mujeres, casi invariablemente, lo hablan con dificultad y disgusto, prefiriendo el idioma guaraní, en que son muy elocuentes."

* * *

Eran ya más de las doce horas del día. "La comida se demoró un poco; me refresqué con copiosas ablusiones y libaciones y me senté para la usual suntuosa y abundante comida completamente en familia. La costumbre en Corrientes es desvestirse, en vez de vestirse para comer y si cualquiera desea saber cuán buena sea la transgresión de la observancia de esta etiqueta europea, que vaya a un país en los 26 grados de latitud y se siente a comer en un mediodía de verano."

"Después de comer siguió la siesta que, en vez de dormirse aquí, sobre un lecho, se disfruta en una magnífica hamaca. Esta hamaca es tejida con algodón fino, es magníficamente ribeteada en todos los bordes y se cuelga en la habitación. Una cuerda flexible se toma en la mano y tirándola, uno se puede columpiar en el ángulo que más le agrade. Pronto os dormís y os sumís en el olvido de la atmósfera fundente que se res-

Digitized by Google

pira. Luego cuando despertáis, viene el cigarro, el mate o el café. Se os alcanza cuando estáis todavía en la hamaca por una doméstica. Las mulatas esclavas son especialmente hermosas en Corrientes, su vestido es blanco como la nieve, sencillo como sus costumbres, y después de proveer a la decencia, es sencillo y liviano, de acuerdo con las exigencias del clima. El busto se cubre simplemente con camisa; y los contornos, sin ayuda de sostenes, que acusan atando sencillamente la camisa a la cintura con cintas de vivos colores. Las esclavas y la clase baja de las mujeres blancas van invariablemente descalzas, conservan su pequeño pie y tobillos escrupulosamente limpios; y en este procedimiento las ayuda materialmente el suelo arenoso de su tierra natal y los manantiales y arroyos que la interceptan. Los bien torneados brazos se dejan desnudos casi desde el hombro y el largo cabello negro se trenza y recoge atrás con una peineta. Este es el vestido de casa."

"Cuando las mujeres salen, agregan una manta, también de tela blanca de algodón que, prendida al peinado en la corona de la cabeza, se cruza en el pecho y cuelga en pliegues sobre el cuerpo."

* * *

Algún tiempo después, llegó a Corrientes Guillermo Robertson, hermano de Juan, a quien la familia Perichón recibió con la misma hospitalidad brindada al anterior viajero, sobre todo doña Pastora, la mujer del Director de Correos, el único levantado a esa hora en todo Corrientes; la ciudad estaba presa de pánico por los horrores de los artiguistas que gobernaban. La anarquía, la rapiña y la matanza predominaban en esta tierra. Sin embargo, el inglés hace notar que no fué molestado; más bien recibió atenciones de quienes mandaban (1).

"Doña Pastora, rebozando de exclamaciones, a medio vestir aparece con un *baé, baé ticó* (2) y con un enorme cigarro en la boca cumplimentaba al viajero; entró después su linda hermana soltera, de cabellos enrulados con papelitos y su figurita en batón matinal, aumentó la reunión el "ama de llaves", negra gorda, con el mate para don Guillermo. Detrás de ella rodó un bribonzuelo en camisa de dormir y restregándose los ojos a medio abrir, y así uno a uno, cuñado, hijos, parientes, vinieron al centro común, abrumándome con la rápida sucesión de sus exclamaciones, preguntas, felicitaciones y bienvenidas."

Digitized by Google

"Después de almorzar, en compañía de Perichón visité al gobernador, Coronel Méndez, que me recibió amablemente, me expresó su pesar de que no asistiese a su tertulia, ordenó que se me extendiese pasaporte especial; y me ofreció, aunque rehusé aceptar tal favor, dos hombres de su escolta hasta el Paso del Rey (3) límite de su provincia. Este Méndez era uno de los más respetables personajes de Artigas y recibí de sus manos muchas finezas, cuando en período posterior Corrientes se convirtió en nuestro cuartel general."

El día de la partida de Robertson, que comerciaba con el tráfico de armas, el gobernador Méndez, el viajero y varios caballeros correntinos, "habían sido invitados por Perichón para comer en una reunión agradabilísima. La honrada y bondadosa cara del Gobernador, disipó todas las antipatías artiguistas."

Según las aseveraciones de Robertson, el jefe artiguista era muy aficionado a las libaciones. Por cierto rara vez charlaba durante una hora sin tomarse una reacción de un par de cuartas. El gesto con que chupaba copa tras copa, saboreándola diciendo: "qué bueno", "qué excelente", demostraba cuánto prefería a las aguas del Paraná el fangoso elemento del Támesis."

(1) Las entregas de armas, era compensada por Méndez con excesiva amabilidad, "disipando las antipatías artiguistas."

(2) Amable expresión guaraní que traducida al castellano significa: "bien venido, qué dice usted."

(3) Paso del Rey se llamaba en la época colonial lo que es hoy Paso de la Patria, denominación ésta impuesta depués de la guerra de la Triple Alianza.

Digitized by Google

CAPITULO VI

CORRIENTES EN LOS ALBORES DE LA INDEPENDENCIA

Labor del Cabildo

Comenzaba el tumultuoso siglo XIX. El nombre de Corrientes ocupaba ya un puesto de honor entre las provincias del Río de la Plata y una de las razones para que eso fuera era el hecho de que la provincia figuró siempre entre los estados preconizadores de la libertad.

Presentábanse entonces al Cabildo los más graves problemas, bajo el peso de extraordinarios acontecimientos que perturbaban la tranquilidad y la vida de sus habitantes. No bastaban las guerras sostenidas anteriormente contra lòs indios, la ocupación de territorios por potencias extranjeras y los consiguientes conflictos diplomáticos, sino que se agregaba a estos acontecimientos las convulsiones internas, provocadas por los primèros síntomas de la independencia, que alboreaba ya en el ámbito del territorio argentino.

El Cabildo encaraba con valentía y patriotismo la solución de tales problemas, creando primero una eficiente organización militar y propiciando la unidad política y geográfica de la provincia; para tal fin habilitábanse nuevos distritos y centros urbanos que debían dar más tarde estabilidad a los habitantes y preservar las infiltraciones de los salvajes que persistían en forma latente desde la opuesta orilla y cuya acción devastadora extendíase hasta las lejanas regiones del Santa Lucía, San Roque y Saladas.

La laboriosa acción del Cabildo abarcaba también el campo diplomático, disputando en las lides de la inteligencia, la

Digitized by Google

recuperación de territorios extensos y ricos ocupados por los jesuítas, y tendía a limitar a la vez la jurisdicción de la Orden aún prepotente en las Misiones.

Además, se defendió con tesón los derechos de Corrientes sobre la posesión simbólica del territorio del Tebicuary, que retenía el Paraguay, fundándose el Cabildo en su acostumbrado "amor a la justicia" y en el acta capitular de la fundación de Corrientes que le asignaba dicha posesión.

Las invasiones inglesas y el heroísmo correntino

En esas condiciones tan desfavorables vivía Corrientes en los primeros años del 1800. Cada uno de sus habitantes convirtióse en soldado. Muchos hombres abandonaron sus familias y bienes para ir a defender las fronteras.

En el horizonte de la patria cerníanse negros nubarrones. Fué en ese incierto período de la historia, cuando los ingleses se enseñorearon del Río de la Plata. El patético llamado del Virrey Sobremonte llegó como un rayo a la heroica Corrientes. La provincia respondió al llamado con valentía y arrogancia, disponiendo el envío de quinientos hombres aguerridos del Regimiento de Milicias y más de cinco mil caballos de donación popular. El heroísmo de este puñado de hombres que renovaron en Montevideo, los acostumbrados episodios de bravura, asombraron a Liniers. Fueron los nuestros tan bravos como los cántabros en los combates de Miserere y de la Merced. No es vana retórica interpretar con la dignidad y debida luz, hechos que constituyen las dotes más nobles, el honor más sagrado de toda una raza.

Realizada la reconquista de Buenos Aires, Corrientes fué el único estado argentino, exceptuando Buenos Aires, que tuvo un cuerpo propio de aguerridos militares, que llevó el nombre de "Cazadores Correntinos."

Su típico uniforme al igual de los patricios, que tenía los colores azul y blanco, fueron el origen de la bandera argentina.

Los primeros cronistas

Sin embargo, la vida intelectual no fué perturbada; la guerra y las luchas civiles no eran obstáculos que se opusieran a las osadas empresas de la inteligencia. En 1802, Corrientes tuvo sus publicistas en las personas de dos intelectuales espa-

Digitized by Google

ñoles: Coronel Francisco Antonio Cabello e Isidoro Martínez y Sires.

Si bien esos dos escritores, dice Mantilla, incurrían en errores históricos, sus trabajos eran las dos únicas fuentes de información para los que no se tomaban el trabajo de investigar.

En aquel tiempo, ya tenía Corrientes hombres ilustres, académicos que constituían la aristocracia del talento y del saber, que pudieron haber llenado ventajosamente esa tarea, es decir, producir e investigar. Sin embargo, nada hicieron a pesar de la enorme cantidad de saber que habían almacenado en sus cerebros en las universidades de Chuquisaca, Córdoba y Buenos Aires. Eran éstos el doctor José Simón García de Cossio, miembro de la Real Audiencia; el doctor Baltasar de Casafús y el presbítero José Luis Cabral.

La profesión de las armas no fué tampoco un obstáculo para las inquietudes artísticas. Desde remotos tiempos, en las primitivas escuelas religiosas, el dibujo y la pintura formaban parte de los programas. La juventud tenía una aspiración superior y notábase en ella una señalada tendencia a las artes. Y tenemos un ejemplo en Manuel Núñez de Ibarra; fué éste un artista grabador de grandes méritos; él trabajó las planchas para el primer papel sellado con el escudo patrio, siendo también un hábil dibujante y cincelador famoso.

Y, cuando Corrientes se proponía disfrutar de los beneficios de la civilización lograda y proveer a las necesidades de su comercio y de su cultura, abriendo fábricas y talleres para elaborar las materias primas de sus riquezas y se instalaban maestranzas para proveer a los navegantes de buques mayores, llegaban las primeras noticias de la Revolución de Mayo que inflamó inmediatamente los corazones de las nuevas generaciones.

Y Corrientes, de pie esperaba impasible los acontecimientos y la palabra de independencia circulaba de boca en boca, con la decidida determinación de contribuir con su valor y su fe a la ideal cruzada de la Libertad.

Movimiento realista

Corrientes, adhirióse al movimiento emancipador a pesar de haber reconocido como único soberano a don Fernando VII. Era la eterna ley que se repetía en los pueblos jóvenes anhe-

Digitized by Google

lantes de libertad. Sus consecuencias fueron inmediatas en la provincia, al caducar de hecho el gobierno realista representado por el español Fondevilla y al asumir el poder gubernativo el patriota criollo capitán Elías Galván, con el título de Teniente Gobernador. Galván fué uno de los bravos correntinos que batióse con singular bravura durante las invasiones inglesas, y su elección fué recibida como prenda de garantía para la estabilidad de las nuevas autoridades y tranquilidad de los habitantes de la ciudad y la campaña.

El cambio de gobierno era un hecho histórico inexorable. En Buenos Aires habíase ya constituído la Junta del nuevo Gobierno patrio, que debía actuar en los posteriores y trascendentales hechos que conmovieron las colonias españolas del Río de la Plata.

Corrientes, por su situación geográfica, era centinela avanzado en el extremo norte; veíase amenazada por Velazco que, desde Asunción, preparaba sus planes militares para someter a Galván o de lo contrario declarar la guerra a la provincia.

El gobernador Velazco, no bien tuvo noticias de la adhesión de Corrientes al movimiento emancipador, envió una flota para someter a las nuevas autoridades constituídas por los patriotas y tomar posesión de la ciudad. La escuadrilla venía bien armada y transportaba un nutrido contingente de tropas. El Teniente Gobernador Galván, al no poder hacer frente a las fuerzas enemigas, tuvo que aceptar los designios realistas.

"En realidad —dice la historia—, para los paraguayos, tan favorecidos por su situación geográfica, hubiera sido mejor que pensaran exclusivamente en sus particulares intereses, porque desangrándose no hubieran cambiado el destino de España, ni podrían esperar una eficaz protección de la metrópoli."

Corrientes se defiende

En la rada del puerto de Corrientes hallábase fondeada una poderosa flota de siete buques al mando de Jaime Ferrer, de modo que la ciudad capital estaba defendida por los realistas por tierra y agua, cuya fuerza aumentaba con nuevos contingentes de tropas que llegaban de Asunción y no pocos criollos que se plegaban a Velazco por temor, más que por convencimiento.

Sin embargo, los patriotas correntinos fortalecidos por

Digitized by Google

una solidaridad e idéntica vocación revolucionaria, con férrea voluntad nuclearon importantes fuerzas militares, en las inmediaciones de la capital, armándolas con toda suerte de instrumentos de guerra de escasa eficacia, como ser: cuchillos enastados en tacuaras, algunas lanzas, facones y escasos fusiles de chispas. Asimismo el intrépido Galván, adoptando su táctica contra las invasiones inglesas, con un esfuerzo inaudito puso sitio a la ciudad de Corrientes para largos días, concentrando el máximo de sus fuerzas. Su carácter agresivo creó a las fuerzas realistas una situación muy crítica. En ciertos momentos se creyó que Velazco, sobrecogido por la rapidez fulgurante de los sitiadores, fuera vencido.

Desgraciadamente no ocurrió así. El invasor, por la superioridad numérica de sus fuerzas y las armas de precisión con que contaba, pudo mantenerse dentro de los muros de la ciudad, protegido por la flota de Jaime Ferrer.

El valeroso Galván tuvo que retirarse ante una situación por demás desventajosa, pero ese contraste inicial era alentado por el grito de libertad que surgía de todos los pechos argentinos.

Las autoridades realistas de invasión instalaron el Cabildo en la casa del señor Ruda, situada en la calle Mayo, entre las de Córdoba y Mendoza; en ella se reunían los cabildantes y allí también se oficiaban misas en una capillita instalada en la misma finca. Oficiaba los domingos un fraile paraguayo del convento de las Mercedes. Era el cura muy activo y locuaz en sus prédicas, por las cuales pretendía llevar a los altares a Su Majestad Fernando VII.

Era inquieto y saltarín, por lo que se le apodaba Fray Chingolo. Durante el día salía a recorrer las afueras de la ciudad; caminaba ligeramente y discutía sobre política con cuantos mortales encontraba a su paso. Era tal su inquietud, que no sabía dónde colocar las manos: ora las ponía en el bolsillo, ora en los costados a puño cerrado y no hallaba jamás el punto anatómico exacto para descansarlas.

Fray Chingolo participaba también en las manifestaciones nocturnas a pesar de su vestimenta sacerdotal y cantaba con los demás unas coplas de rigor con este estribillo: "Vengan amiguitos, —vengan compañeros—, con los paraguayos y europeos."

Las serenatas y fandangos caracterizaban las expansiones de la nueva vida en la vieja y patriarcal ciudad correntina.

Digitized by Google

Los europeos que vivían en Corrientes, en su mayoría españoles y algunos franceses, se plegaron entusiasmados a las fuerzas realistas; sus entusiasmos se vieron muy pronto desvanecidos.

El patriotismo correntino

El movimiento emancipador extendíase como una espontánea sublevación del pueblo contra el secular dominio español. Los ejércitos de Belgrano entraban ya en la provincia como libertadores, siguiendo la ruta infortunada del Paraguay. Belgrano y los suyos, al cruzar nuestro territorio, dejaron el germen libertario y civilizador, creando pueblos y propagando a manera de evangelio los ideales de la Revolución de Mayo. Difícil fué esta empresa: basta leer las memorias de Belgrano, sus cartas fechadas en Curuzú Cuatiá, para apreciar los grandes sacrificios impuestos en días tan difíciles, con la pesadumbre del Paraguay encima; hacerlos por la patria o por el amor, es explicable.

Cruzó Belgrano casi diagonalmente el territorio de Corrientes, por sus casi impenetrables bosques oscuros, camino a los lodos y pantanos del Iberá. Si abrimos los ojos ante un mapa de Corrientes, percibiremos mentalmente la magnitud de la heroica cruzada.

Fué en el corazón de las selvas correntinas donde se incorporó a Belgrano un niño de apellido Ríos, que más tarde se inmortalizaría en la historia con el nombre de El Tambor de Tacuarí.

Una interesante versión histórica del doctor Francisco Benítez, nos ilustra magistralmente con respecto al origen del valiente muchacho que, cual efebo ateniense, siguió la ruta del ejército, entusiasmado por el eco de los clarines y el redoble de los tambores.

"En Concepción acampó Belgrano, en marcha al Paraguay. Al arribar el ejército, el eco de los clarines y el redoble de los tambores rompían el silencio, la quietud clásica de la región. Belgrano, al llegar al pueblo, se dirigió al templo de San Francisco de Asís a pedir el auxilio divino y al retirarse se le presentaron en el atrio un grupo de paisanos pidiendo su incorporación al ejército y entre éstos un niño de 12 años. El general tuvo reparos en recibir a este niño, pero su padre, de apellido Ríos, que estaba presente, le rogó que lo aceptara. En el

Digitized by Google

ejército figuraba el comandante Vidal, que veía muy poco y pidió el niño para su guía y compañero en la campaña. En el viaje el niño se ensayó en el redoble del tambor, y en la batalla de Tacuarí, dice la historia:

"La infantería argentina formada en pelotones en ala, marchaba gallardamente al son del paso de ataque que batía con vigor sobre el parche un niño de doce años, el lazarillo del Comandante Vidal que apenas veía; pues hasta los niños y los ciegos fueron héroes en aquella jornada."

Para esta empresa militar, Corrientes contribuyó con eficacia, dando hombres y dinero, sumándose a esta patriótica contribución los ingentes recursos donados por las familias patricias, ofreciendo asimismo el concurso de sus personas, ejemplo sin igual en la historia argentina y aún americana.

Fué gesto sublime, ejemplo de emulación de la vieja generosidad correntina, cuyo testimonio agregamos como objeto de orgullo y fundamento de la dignidad, que honra a la estirpe.

"Angel Fernández Blanco ofrece para caso urgente, su persona y todos sus bienes; su esposa, María Tiburcia Rodrigo de Blanco, todas las alhajas de su uso; Antonia Rosa Lagraña de García de Cossio, doscientas cabezas de ganado; su hija Antonia Rosa, cien cabezas de ganado y, en caso de urgencia, sus alhajas; Manuel Vedoya y su esposa Margarita Lagraña, cien cabezas de ganado; Felipe Díaz Colodrero, por sí y por su esposa María Antonia Fernández, cincuenta caballos y cincuenta cabezas de ganado vacuno y, en caso de urgencia de la patria, ofrece todos sus bienes, las alhajas de cinco hijas y las personas de siete hijos para el servicio, inclusive un clérigo."

Si se estudia las virtudes de estos hombres y de estas damas que consagraron un culto fervoroso al porvenir de la patria, resultarán ejemplos de incomparable abnegación, rebosante de patriótico desinterés.

Digitized by Google

CAPITULO VII

CORRIENTES EN 1820

Terminación de la dictadura. -- El 12 de octubre de 1821. -- Instalación del Congreso Constituyente. -- Fernández Blanco. -- El Carpintero de ribera. -- Corrientes en la quietud subtropical. -- Primeros síntomas de la tiranía. -- Una tenida histórica en la celda franciscana. -- Decreto de Atienza.

Desolador era el aspecto del Corrientes colonial de 1820. La vida estaba siempre expuesta a los designios más brutales de la más bárbara tiranía que pesaba sobre la provincia. El robo, la violencia, caracterizaban la época. Se espolió cuanto había: dinero, joyas, objetos de arte, que las familias pudientes ocultaban. También los templos fueron escenario de sacrílegos despojos. Lleváronse ornamentos religiosos y ni siquiera se salvaron las campanas que Andresito, a su vez, había despojado de los templos jesuíticos de las Misiones anteriormente. Para mayor desventura, los indios habíanse asociado a los esbirros de la cruel dictadura impuesta por el Supremo.

La llamada República Entrerriana costó a Corrientes la entrega de su ganadería. Más de setenta mil cabezas de ganado vacuno y como veinte mil caballares fueron arreadas para el sur, para mantener al poderoso ejército formado en su mayoría por correntinos a las órdenes del General Ramírez.

"La provincia de Corrientes, idólatra de su honor, por los principios de justicia que reglan su noble marcha", no pudo resistir por más tiempo tantas humillaciones; reaccionó ante el despotismo impuesto y de pronto vió sobre sus campiñas el desfile de valientes, y eran éllos los indomables soldados del cuerpo cívico y la intrépida milicia de la campaña, impulsada por "aquella energía irresistible que inspira el amor sagrado de la libertad en los peligros tremendos."

Los ideales patrióticos resultan triunfantes, aboliendo un

Digitized by Google

período de injusticias y a un gobierno que había oprimido con impiedad a sus gobernados.

Don Evaristo Carriego, que representaba al Supremo, fué depuesto por la acción decidida y valiente del 12 de octubre de 1821, que al decir del decreto del señor Atienza, en ese memorable día, Corrientes recobró sus más preciosos derechos de libertad e independencia, declarándolo en lo sucesivo día de fiesta cívica, por todo el territorio de la provincia.

El pueblo de Corrientes, delirante de entusiasmo al recobrar su perdida libertad, se reunió en ruidosa asamblea en su plaza pública y por aclamación nombró comandante general interino a don Ramón Nicolás de Atienza, hasta que el Congreso Constituyente sancionara la Constitución del Estado y designara gobernador efectivo.

Con este notable cambio, se desvanecieron las ilusorias aspiraciones de Ricardo López Jordán, que venía acariciando las ideas de suceder a su hermano Francisco Ramírez, el valiente Pancho, en el gobierno de la República Entrerriana.

* * *

Ramírez, dice Mantilla, "arrambló con cuanto se titulaba poder público; capturó y encarceló a Méndez, a Campbell y a los principales instrumentos de ellos; embargó bienes; tratando en lo demás, hombres y cosas, con la altanería de un conquistador caprichoso, inculto y malo. La dominación de Ramírez fué, sin embargo, un mal menor que la de Artigas. Tanto en la capital como en la campaña ocupó a ciudadanos que no se comprometieron en los sucesos pasados y tenían significación social; merced a eso, no obstante el carácter arrebatador del Supremo, desapareció la rudeza arbitraria. Ramírez además, tenía cierto ímpetu de bien público que hacía más llevadera su omnipotencia. Como prueba de ello quedó la reconstrucción del antiguo Colegio de Jesuítas para casa de gobierno, de la que carecía la provincia: obra de tanta utilidad, que sirvió a ese destino hasta la edificación muy moderna del actual palacio gubernativo.

"Al estallar la revolución de 1810, ninguno había cobrado más fama, ni pasaba por más garboso sultán al aire libre, que Pancho Ramírez, mocetón de 30 años, nacido en las márgenes solitarias del arroyo Yuquerí. Había sido su padre un paraguayo carpintero de Ribera y su señora madre una vecina, doña Tadea Jordán. Era un héroe de aldea, cultor infa-

Digitized by Google

tigable de amoríos, poseído de imperio sobre las mujeres y de fama en proezas de bravura." (Vicente Fidel López). Delfina, prendóse de este mancebo que se había hecho dueño de las más vivas simpatías populares. Y el arrogante entrerriano pereció por ella en la peligrosa aventura, que describe Leoncio Gianello en su romántica invocación, cuando dice que Pancho Ramírez atropelló la muerte para salvarla de la mesnada codiciosa y cayó para siempre —quizás torciendo el rumbo de la historia— en holocausto magnífico digno del historial del romancero.

La instalación del Congreso

El 26 de noviembre de 1821 instalóse el Congreso Constituyente bajo la presidencia del clérigo Juan Francisco Cabral.

La ciudad de Corrientes tenía entonces una población reducida de 7.500 habitantes, pero dentro de este escaso número de pobladores, figuraban personas ilustres y de gran prestancia en la vida pública, contándose entre éstos al doctor José Simón García de Cossio, a cuya vasta ilustración se debía la redacción del Estatuto Provincial que sancionó el Congreso, por el cual asegurábase un gobierno democrático, regular, de libertad, de justicia y de administración.

Eminentes patriotas como Juan José Fernández Blanco, Manuel F. Mantilla, José Vicente García de Cossio y Pedro Ferré, constituían la pléyade de personas espectables de aquel Corrientes heroico, que dieron al Congreso la cálida adhesión de su amor al terruño.

La plaza del Cabildo, lugar obligado de las grandes solemnidades, presentaba la tarde del 5 de diciembre de 1821 un espectáculo emocionante, del más profundo patriotismo. La ciudad celebraba jubilosamente la elección de gobernador recaída en la personalidad de don Juan José Fernández Blanco y la reorganización de los poderes públicos. La plaza fué ornada con banderas y arcos triunfales.

La silenciosa ciudad colonial abandonó por algunas horas su habitual quietud, viéndose sus calles animadas de una alegre y festiva concurrencia.

En el nuevo gobierno participaban los hombres más espectables de la capital.

* * *

El gobierno de Fernández Blanco fué de fecunda labor

Digitized by Google

constructiva, sin embargo las obras públicas no fueron muy importantes; la edificación oficial era limitada por falta de medios y la privada apenas intentaba surgir sin método urbanístico, despojada de estilo a no ser algunas casas de azotea en que predominaba el estilo español.

En aquel tiempo conservaban todavía sus nombres coloniales las calles y plazas, muchas veces reconstruídas. Nombres ingenuos y encantadores, que se encuentran en todas las ciudades viejas y a cuya evocación parece revivir la pintoresca realidad de antaño: la Calle Ancha, la de la Ranchería, de la Hospedería, la Plaza Mayor, del Oratorio. Sin conocerlas ahora de fijo, se engañará el lector imaginándolas retorcidas y ruinosas como las de Lima o Potosí. Eran sencillamente calles comunes, apenas delineadas y sin ningún criterio urbanístico.

Había en cambio rincones que tenían el encanto de su propia poesía: los mismos árboles de sus patios claros, la misma sombra de los muros herrumbrosos en las mañanas de sol; el mismo resonar de campanas y cuando el sol se ponía trocando en ascuas el celaje sobre el Paraná. El alma de la ciudad se perpetuaba en esos rincones, flotaba en ellos como un hálito del pasado, las visiones de los conquistadores.

El comercio de tiendecillas abigarradas de ricas telas, de percales estampados y zaraza de mil colores, atraían la curiosidad de las muchachas de ojos negros que escondían en sus manos las onzas de oro, porque fué aquella época de resurrección económica y social.

El Carpintero de Ribera

Terminaba su período gubernativo el señor Fernández Blanco. Fué electo don Pedro Ferré gobernador de Corrientes.

"Su figura es de gran relieve. Como gobernante señaló su probidad y su espíritu progresista. Modesto a pesar de las alturas a que ascendiera en más de una ocasión, se enorgullecía de su antigua profesión de carpintero de ribera, considerándola como de noble y hermosa disciplina de labor."

Tenía además don Pedro, un espíritu lleno de inquietudes que mezclaba en la acción de su vida pública y privada. Protegía a las letras y a las artes y a él se debe la introducción de la primera imprenta en 1825 en la que se publicaba

Digitized by Google

el "Registro Oficial" y el primer periódico titulado "La Verdad sin Rodeos", bajo la dirección del fraile agustino Félix Beaudot, que había abandonado los hábitos sacerdotales por estar su acción inclinada más hacia las luchas políticas que a las religiosas.

Don Pedro recorría diariamente toda la población buscando sus defectos para corregirlos. Y fué así cómo dispuso la delineación de las calles de la ciudad que conservaba aún la primitiva de Vera y Aragón, estableciéndose el orden edilicio "en conformidad con la cultura del siglo."

Este hombre extraordinario no se conformaba con la creación de pueblos, erección de templos, cuarteles, escuelas, su pensamiento iba más allá, sumando nuevas obras a las ya realizadas.

Con tal acción la ciudad se embellecía. La educación pública recibió también gran impulso con la creación de escuelas primarias y hasta una lancasteriana, donde se enseñaba latín, francés, matemáticas y dibujo.

Tuvo que afrontar este dinámico hombre público la solución de problemas sumamente graves, en medio de las inquietudes que conmovían la provincia, con motivo de la guerra con el Brasil, la sublevación de misioneros, las hostilidades del dictador Francia y la Constitución Unitaria sancionada por el Congreso Nacional. Ante semejantes hechos se interrumpen todas las iniciativas de progreso y labor constructiva comenzadas por el gobierno.

Período de grandes responsabilidades tocóle a don Pedro Ferré. A pesar de ello el "carpintero de ribera" en muestra de gratitud a la patria dirigió personalmente la organización militar y costeó de su peculio el mantenimiento de los reclutas alistados para el ejército.

Y la provincia, al reconocer el Congreso Nacional, aceptó sin reservas la Ley Fundamental, adhiriéndose en consecuencia a la presidencia de Rivadavia.

Entonces era Corrientes, el centro de la altivez ciudadana. Sus hombres más representativos prodigaban todo el bien que eran capaces de hacer. Era la fe guerrera de sus hijos que aspiraba la grandeza de la patria, repeliendo el mentado feudalismo, que entronizó la barbarie en la provincia.

¡Cuántas glorias, cuántos dolores van dejando sobre ellos un indeleble recuerdo! Es el talento de José Simón García de Cossio, que dictamina los fundamentos del Gobierno Re-

Digitized by Google

blicano Federal, es el poético sentimentalismo de Pedro Fe-iano Cavia que con lucida oratoria defiende tenazmente el leralismo, es Pedro Ferré que reclama virilmente el derecho la autonomía local.

En la quietud subtropical

Ningún hombre había ejercido tanta influencia en el go-rno de Corrientes como don Pedro Ferré. Tuvo este ven-oso ciudadano el apoyo y la comprensión de su pueblo, : eso al terminar su histórico trienio en 1827, el público lo amaba como a un general victorioso después de una gran alla.

En aquella fecha (1827) era ya Corrientes una ciudad cuatro mil habitantes.

Las casas eran generalmente bajas, Doquier las venta- estaban enrejadas. En el interior los patios amplios esta- adornados de palmeras y trepadoras floridas, cuyo estre- follaje conservaba el frescor y la sombra, en los cáli- días.

La Casa de Gobierno estaba instalada en el viejo Colegio los jesuítas, mandado reconstruir por Ramírez y era con Cabildo las principales construcciones, aunque ya existían residencas privadas de los Fernández Blanco y Madariaga.

El Cabildo, sobria construcción de su tiempo que se alzó re una antigua y ruinosa edificación colonial, daba a la ital la posesión del más bello palacio de la época, cuyas erías presenciaron trágicas escenas y bajo sus bóvedas, que vieron de cadalso, fueron ajusticiados no pocos promotores motines o revueltas populares, bajo el imperio de la fuerza despotismo colonial. En la penumbra del tétrico edificio o era tristeza y duelo. Cada una de sus salas representaba largo capítulo de la historia del pasado, cada patio una ante ilustración, cada puerta, cada techo, cada arco o azu- de su torre eran otras tantas páginas donde la mirada aba el espíritu de una leyenda o el terror de una tragedia sangre.

El aislamiento provincial favorecía la inercia de los habi-tes, por eso Corrientes necesitaba un hombre de acción no don Pedro Ferré, que sabía despertar en su pueblo el or al trabajo. Las calles estaban desiertas durante el día, los geránios en flor o las rosas perfumadas, asomaban

Digitized by Google

sobre los muros, echando una sonrisa en las vías solitarias, bajo los rayos del sol subtropical.

El ilustre Pedro Ferré, entregó el gobierno a don Pedro Dionisio Cabral, que en su honesta y laboriosa administración hizo cuanto pudo en bien de los intereses de Corrientes. Pasando por no pocas dificultades del momento; efectuó creaciones de varios centros rurales y trató de restaurar las finanzas. En su administración erigióse el modesto monumento de la Columna Conmemorativa del Milagro de la Cruz y de la fundación de Corrientes, en el mismo lugar de la épica epopeya.

Desde entonces, la Columna, elevando el divino símbolo de la redención humana, refirma en su rígida esbeltez, la verdad de la historia.

Primeros síntomas de la tiranía

Comenzaba como un mal presagio el año 1830. Sentíanse los primeros síntomas de la tiranía.

La Liga Federativa de las cuatro provincias, pregonada y sustentada por Ferré, que tanto la personalizó y enalteció, fracasó por la ambición y egoismo de los hombres. Ferré, esa alma absoluta que se abroquelaba contra la vanidad y que se paseaba por los lugares de la vida con el austero señorío de la arrogancia, retiróse de la conferencia de julio del año 1830, convencido de las dolosas maniobras de Rosas, que sólo se preocupaba en dominar las provincias.

Si bien Corrientes quedó libre de la guerra civil promovida y encabezada por los caudillos que destruyeron la histórica presidencia de Rivadavia, no por eso el pueblo se conformaba en presencia de los hechos que sólo la profética mentalidad del "carpintero de ribera" valoraba en su verdadero alcance.

Una tenida histórica

Bajo el plenilunio dormía Corrientes y el viajero noctámbulo caminaba por la ancha calle que formaban las tapias de un vetusto convento y la de un caserón solariego, enfrentadas con una ringla de casuchas semi-derruídas. Olvidado vestigio de otra época era el caserón, por cuyas bardas asomaban alegremente los lapachos y palmeras de rígidos troncos. El muro de San Francisco desbordaba sus rosales. Había

Digitized by Google

una espadaña con una esquila y se destacaba verdosamente en el cielo invernizo, en la esmaltada infinidad de un azul negro, con las estrellas aisladas y trémulas que daban frío, con el disco de la luna muy próxima.

Al parecer, tres embozados, de chambergos hasta las cejas, todos blancos de piel, grave la expresión, encaminábanse en dirección al convento y diríase que el cielo colocaba adrede la mansedumbre de parecidos personajes al lado del remoto caminante nocturno. Eran esos personajes: Fermín Félix Pampín, Pedro Díaz Colodrero y el doctor Juan Nepomuceno Goytía. Avanzaban los caminantes y la puerta de la celda monjil se inmaterializaba al fulgor del plenilunio. Una figura austera surgía allá donde una lumbre luchaba, debilitando más y más su ténue brillo. Entraban los noctámbulos envueltos en las capas y chispeando en el suelo los charolados zapatos.

Muy pronto, casi siguiendo sus pasos, otros personajes igualmente envueltos en sus capas penetraban en la celda y se ubicaban como los primeros en torno de una larga mesa. Gobernaba la reunión una gravedad que parecía exclusiva de la arrogancia criolla. Es que pesaba sobre Corrientes, la cuna de San Martín, la historia y la leyenda de los filósofos y eruditos. Se debatía la corrupción política, la incierta actitud de Atienza y la desgraciada resolución de la Legislatura que por mayoría de votos acordaba el abandono de un vasto territorio, renunciando los auxilios del gobierno del litoral, mientras las fuerzas del dictador Francia posesionábanse del territorio de las misiones correntinas.

La reunión de aquella noche, suscitó violentas discusiones, en la cual los diputados Pampín y Colodrero al repudiar la desgraciada resolución de los diputados, demostraron la entereza correntina y su estoica comprensión, cuya elocuencia era ennoblecida por la aristocracia moral de una vaga melancolía. Sus palabras emocionaban.

Don Pedro Ferré, ardoroso y viril, con el empuje vigoroso de una estocada, condenó con arrogancia la falta de carácter y entereza moral de los hombres, increpó con violencia a su tornadizo sucesor Atienza y finalmente refiriéndose a los legisladores, los estigmatizó en nombre de la patria.

En ese acalorado ambiente, se perfilaba ya la personalidad de un joven militar que debió ser más tarde glorificado como mártir de las cruentas cruzadas: Genaro Berón de Astrada.

Digitized by Google

CAPITULO VIII

DESDE EL DRAMA DE PAGO LARGO A LA BATALLA DE CASEROS

Pago Largo. -- Después del drama. -- Infortunio. -- Perfil de un m
litar gallardo. -- Pedro Ferré. -- Caá Guazú. -- Arroyo Grand
-- Ñanduy. -- Los 108. -- Laguna Brava. -- Madariaga y Garzó
en el Palmar. -- Corrientes y el Paraguay. -- Acción de Santa I
y Malabrido. -- Laguna Limpia. -- Urquiza diplomático. -- Re
construcción del ejército. -- Vences. -- El éxodo. -- Aspiracion
paraguayas. -- Araujo. -- Monte Caseros.

Llegaba el año 1837. Sombrío era el panorama que ofr
cía Corrientes. Así mismo el gobierno de Berón de Astra
propiciaba el progreso de la provincia. Se sancionaron leyes
acordáronse privilegios a industriales que confiaban en el po
venir. Con encomiables esfuerzos se instalaron fábricas. E
primer saladero fué iniciativa feliz de don José Tomás Isas
el señor Pablo Antonio Fernández fabricó cal, dando impul
a la edificación privada, don Francisco Meabe instaló una f
brica de aguardiente de palma y se acordó privilegio a la n
vegación a vapor a don Federico Bauer.

Pero el gobierno del joven militar comenzaba bajo
solapada amenaza de un huracán revolucionario empujad
desde Entre Ríos. A toda costa Buenos Aires quería domina
la provincia, en igual forma que en Santa Fe. Pero Berón d
Astrada, comprendiendo la gravedad de la hora, reunió a su
milicias en los campos de Avalos a mediados del 1838, im
provisando un ejército que llevaba como únicas armas: ab
negación, valor y patriotismo.

Formaban en este ejército: veteranos, milicias bisoña
pocos sables, malos, pequeños y escasos cañones, algunas ca
rabinas y mil y tantos fusiles.

Echagüe provocó deliberadamente la guerra. Corrient
no la quería. Aquél acordó con Rivera un pacto de alianz
por no decir una traición. "Sólo Berón de Astrada estaba e
el escenario, dice el general Mitre." Ninguna voz contes
desde el Plata a los Andes el grito valeroso de redención la

Digitized by Google

zado por la inerme provincia de Corrientes, ni un sólo argentino fué a incorporarse a sus filas."

Todos conocemos el corolario de esta tristísima jornada y más triste la dramática muerte del héroe. Para mayor escarnio fué extranjero el verdugo, apodado García siendo su verdadero apellido Etgoodman, prisionero de las invasiones inglesas del 1806. Este bárbaro criminal fué quien cortó la oreja al cuerpo del mártir y la clavó como trofeo en un carretón del ejército enemigo. La tira de piel sacada del cuerpo del gobernador martirizado atribuyóse a un sujeto Calvento.

El general Urquiza condenó tal ultraje que menoscababa el nombre de su ejército. No podía proceder de otro modo un estadista y un gran ciudadano, como fué el general Urquiza. Siempre deshechamos la insidia sobre este particular.

Días dolorosos soportó Corrientes después de la infortunada batalla de Pago Largo. La ciudad permaneció enlutada por largos días. El comercio haciendo causa común con los habitantes, cerró sus puertas en señal de duelo. El tañido de las campanas desgranaban ecos de dolor; las familias de los muertos y heridos en sus delirios entreveían visiones de soldados y oficiales, al ejército masacrado, despertando recuerdos tristes y sus esperanzas aún más tristes.

Las mujeres al tañir de las campanas acudían al templo cubiertas de crespones, iban a rezar, a formular plegarias. La austera piedad, la súplica desesperante de las madres, hermanas y esposas y prometidas conmovían.

En esa lucha sin tregua destruyéronse muchas dulces promesas de alianza. Las muchachas dejaron de alegrar con su festivo bullicio, los hermosos atardeceres, ni asomaban a las ventanas para echar una última mirada a la ciudad invadida por las tinieblas; el sereno de voz lánguida y casi lúgubre apenas contaba la hora de la población dormida.

El sacrificio de tantos jóvenes y de tantos héroes convocaba la piedad del mundo. Por ello Corrientes esplende en su frente una estrella milagrosa de altivez. Llevaron sus hijos muy alto, al lado del sol, el nombre de la patria, escribiendo en su escudo "justicia, ideal y aún la gloria."

* * *

Los vencedores impusieron a Corrientes duras condiciones que afectaban la altivez ciudadana. De nada valió el gesto sublime del pueblo, ni la contribución de su sacrificio en pro

Digitized by Google

del ideal de la patria. El imperio de la fuerza fué irreductible. La provincia tuvo que aceptar los designios de Buenos Aires. Ferré, el gran patriota, impelido por las circunstancias entregó el gobierno de Corrientes a José Antonio Romero, antiguo comandante del régimen artiguista, cuyos antecedentes aunque no eran por cierto muy recomendables, sin embargo no fué un déspota.

La nota trágica de Pago Largo dominaba los espíritus como una obsesión y llegaba a lo espeluznante. Corrientes que había luchado por la libertad ciudadana, repudiaba un gobierno impuesto, "como premio" de aquella carnicería humana, única en la historia de América.

El pueblo de Corrientes no podía aceptar más ultrajes. Reaccionó invocando el sacrificio de sus mártires e impelido por la justicia exigió del Congreso de Representantes la destitución de una autoridad manchada con la sangre de sus hijos.

Y el 6 de octubre de 1839, fué despojado del poder el comandante Romero; con el motín de los patriotas, Corrientes demostró ante la patria el valor y la altivez de un pueblo cuando se coharta su libertad.

La ciudad vivió horas de júbilo. La multitud aclamaba a los congresales y en la plaza Juan Bautista Cabral se reunió el pueblo en asamblea, en la que fogosos oradores aclamaban a don Pedro Ferré gobernador, investido de amplias facultades, "referente a la paz y la guerra, hacer pactos, formalizar alianzas."

En el templo de San Francisco tan caro a los ensueños patrióticos, se ofició una misa de gracia, con la asistencia de muchos familiares de las víctimas de Pago Largo. La iglesia enlutada, por todos los desmanes, y las damas envueltas en sus crespones, ponían en la sentida ceremonia una nota de indecible dolor. Y en tanto volvían al silencio las campanas. "Los fantasmas de la guerra alzando el vuelo de su ingrávida transparencia sobre la ciudad, habíanse desleído, tornándose presurosos y espantados a su refugio de paz y de misterio, bajo las naves zahumadas de incienso del histórico santuario."

* * *

Frente a la caótica vida, a "la sombra de los estandartes guerreros condensábase el espíritu ciudadano. Sentíase más simpatía por los improvisados bisoños y bizarros solda-

Digitized by Google

dos que luchaban por la libertad, por esos hombres anónimos que no dejaron la más leve huella individual en la historia, que por aquellos personajes, cuyos nombres sonoros nada hicieron por el bienestar colectivo y si aparecían como figurones en las crónicas diarias, no despertaban en el pueblo ninguna palpitación cordial."

Obra de aquella tenacidad de los humildes, de su heroísmo oscuro, de todas sus virtudes plebeyas, fué la ciudad que había de proyectar sus resplandores y sus sombras gigantes sobre la nación. De esa profunda corriente popular, de aquel calor fraterno se forjaron los ejércitos libertadores de Pago Largo, Vences y Caá Guazú.

Y es otra vez un humilde hijo del pueblo el predestinado para la organización de futuras campañas. Don Pedro Ferré y Lavalle debían salvar el destino de la patria, poniendo al servicio de la causa libertadora, todos los recursos de la provincia, casi exhausta por tantas calamidades.

* * *

Aparecen otra vez sobre las dilatadas praderas de *Taragüy* los ejércitos organizados. Son los escuadrones de voluntarios que llevan como símbolos dos gloriosos nombres: "Berón de Astrada" y "Rolón." Si sus aguerridos soldados luciéronse con bravura en "Don Cristóbal", la suerte le fué adversa en "Sauce Grande" aún con la fisonomía propia de su valor. Eso no implicaba desaliento en el ejército correntino, hecho en la abnegación y sacrificios.

Con los lamentables despojos de tanto heroísmo, el general Lavalle pudo aún formar legiones que lo siguen, en nombre de un ideal generoso. El soldado correntino, fatigado por tantas y forzadas marchas, nunca rehusó entrar en la pelea. En "Quebracho Herrado", que rivalizó en matanzas con Pago Largo, hicieron prodigios de su valor. Su arrojo temerario, fué puesto otra vez a prueba en los infaustos días de "Rodeo del Medio" y "Famaillá." Y como si todo esto fuera poco, heridos y extenuados, después de una penosa y larga marcha a través del Chaco, volvieron a sus hogares glorificados por la admiración del pueblo.

La dramática escena que presenció Corrientes al retorno de sus gloriosos hijos, sería propia de los héroes de Carlyle. Familiares y amigos estrecharon entre sus brazos a los patriotas. De aquellos cuadros plásticos llenos de afectos, protec-

Digitized by Google

ción y gratitud, desprendíase un perfume de heroismo, poesía y grandeza.

No existe una sola provincia, dice el general Mitre, "donde no haya corrido sangre de los hijos de Corrientes, en holocausto de la libertad común y donde ellos no pagasen largo siempre, como cuando se levantaron solos contra la omnipotencia tiránica de Rosas."

"Se la creía domada, huérfana de sus mejores hijos muertos en lejanos campos de batalla, sin bríos para la lucha y sin voluntad para la resistencia. Pero al grito del general Paz escapado de una prisión del tirano, otra generación del pueblo correntino se levantó de nuevo en armas y sola otra vez, coronó en 1841 las armas de la libertad argentina con la palma inmortal de Caá Guazú, el más espléndido triunfo de la libertad contra la tiranía."

* * *

Corrían los años de las guerras civiles. Desde Corrientes a Buenos Aires, la opulenta tierra argentina era un vasto campo de dolor. En medio de ese cuadro, solamente Corrientes se conservaba incorruptible, aún después de la retirada de Lavalle cuyos infortunios no desalentaron a los hombres que la defendían.

Y cuando Ferré preparaba hombres, alistaba reclutas para fortalecer al ejército libertador, aparece en el campo militar el legendario General Paz, cuyo perfil gallardo y fuerte tenía la noble hermosura de libertador: "Hecho a las armas como el lebrel a la cacería, todo el mundo era la lid. En él se encarnaba el viejo espíritu guerrero, mezcla de asceta, soldado y místico. Era la figura típica del heroísmo y del valor, el guerrero audaz que con su impasible calma y sangre fría, supo consolidar una acción defensiva en un momento en que ni las armas, las posesiones, ni la fuerza, eran factores decisivos en la violencia de la lucha."

Su presencia en territorio correntino comprometió en retirada a las fuerzas de Echagüe, que ya habían penetrado por distintos sectores en la provincia y cuyos aguerridos ejércitos traspasaron el río Corrientes.

El General Paz estableció su campamento en las márgenes del Villanueva, correntoso afluente que embellece con sus sinuosos recodos el luminoso paisaje correntino. Allí espe-

Digitized by Google

impasible, pero sin dar tregua a la preparación estratégica, con la admirable capacidad táctica de que estaba dotado.

La retirada de Echagüe alejó, sin duda, el peligro de una acción inmediata sobre Corrientes. Pero el estado de "guerra perturbaba la regularidad de la vida social, política y económica, porque todo fué sometido al anhelo del triunfo."

* * *

Transcurría el año 1840. Ferré asumió el poder con facultades extraordinarias. Este hecho creó en la ciudad un descontento que peligraba la propia situación imperante. El viril gobernante, sin importársele el gesto incomprensible de los "conspiradores", con férreas manos pero con la serenidad de apóstol de la libertad, hizo frente a las murmuraciones imprudentes como intempestivas. Su figura parecía erguirse sobre la ciudad como el espíritu profético del Apocalipsis

Por su carácter emprendedor, Ferré el "calafate" no descuidó el progreso de su ciudad, ni la instrucción pública, tan perturbada por la guerra. Corrientes tuvo desde entonces un colegio de instrucción secundaria, denominado "Nuestra Señora de la Merced", instalado en el convento del mismo nombre. Creóse la Universidad de San Juan Bautista, en cuyos claustros enseñaban las más ilustres personalidades correntinas. Entre ellos dictaban cátedras Pedro Díaz Colodrero, Juan Francisco Vedoya, Fray Bernardo Diez, Manuel Serapio Mantilla, Santiago Derqui y Juan José Alsina. Además, Ferré fundó un hospital y concluyó un tratado de comercio con el Paraguay después del fallecimiento del dictador Gaspar de Francia.

Tal era la situación de Corrientes, cuando el invasor entrerriano tomaba posesión en las proximidades del Paiubre y del río Corrientes. La topografía del terreno, los grandes bosque que guarnecen sus riberas favorecían al osado ejército invasor. La posisión era indudablemente estratégica y defendida por más de cinco mil hombres aguerridos y bien pertrechados.

El general José María Paz, sentía renacer ante la hora su austeridad de soldado y místico. Con él estaban los Madariaga, los Virasoro, Velazco, Ramírez, Borda, Payba, Esquivel, Báez, Ocampo, Núñez, Chenaut y Cruz Medeu, que comandaba el glorioso escuadrón "Berón de Astrada", cuyas hazañas épicas parecían querer vengar en la acción, a los caídos de Pago Largo.

Digitized by Google

Estaban ya frente a frente Paz y Echagüe. "El Manco" simbolizaba la fiel expresión de un gran pueblo: la libertad de la patria. Paz, militar y político, caudillo y soldado, todo lo intensifica con su mentalidad; todo lo avasalla con su brazo de cruzado; todo lo sublima con sus virtudes.

* * *

Caá Guazú fué el glorioso campo escogido por el General en Jefe del ejército correntino para librar la memorable batalla de trascendencia americana.

En medio de aquella rica y bondadosa naturaleza, donde las flores silvestres embriagaban con sus perfumes propicios a la expansión de simpáticos sentimientos se consumó el histórico combate, que inmortalizó por su bravura a los guerreros americanos. Correntinos y entrerrianos lucharon con fiereza inaudita, culminando en salvaje heroísmo.

"Fué una batalla limpia de todo error matemático: el cálculo del "manco" Paz se cumplió con la justeza requerida por el más rígido maestro. Fué un combate bello y artístico, porque las combinaciones tácticas realizadas frente al enemigo obedecieron a un plan estratégico que remató en el hallazgo del estero que forma con el río Corrientes un ángulo en forma de embudo, cuya posesión consideró el jefe libertador, llave de su ala izquierda. Fué una batalla sangrienta pero humana, paradoja explicable, pues el general Paz, no ejecutó, no torturó ni ejercitó venganzas en ninguno de los mil y tantos prisioneros, a pesar de constarle que la mayoría de ellos fueron actores de la tragedia de Pago Largo." (Valerio Bonastre).

El ejército invasor perdió en Caá Guazú lo mejor de su juventud. Calcúlase en novecientos muertos y más de mil prisioneros y la pérdida de toda su artillería y municiones.

Dice un cronista, que era un día de calor sofocante. Los soldados de Echagüe estaban exhaustos y la sed los torturaba. El sol era de fuego y sus rayos, al caer perpendicularmente sobre sus cabezas, decuplicaban sus sufrimientos. Así fueron cayendo uno a uno esos bravos infantes, desamparados ya de la dispersa caballería y de sus fugitivos jefes. Dejaron primero las carretas, luego los cañones, después los extenuados en la penosa marcha y por fin se rindieron a discreción, jalonando el trecho de su retirada con centenares de cadáveres. Echagüe perdió hasta el sombrero en su retirada. Según algunos historiógrafos, el generalísimo entrerriano "escapó de caer prisio-

Digitized by Google

nero por la imprudencia de un militar que debió efectuar la persecución en forma, de modo que no escapara un solo soldado federal."

Pero en realidad, este triunfo no aportó ningún resultado en favor de la causa de Corrientes.

* * *

En Caá Guazú se repitieron las proezas de Pago Largo. Sobrevivientes de esta masacre formaban en las filas de Paz. Y llevaban como en aquel campo de martirio, las reliquias pendientes al cuello y murmuraban, al decir de Mitre, oraciones y plegarias aprendidas en la niñez.

Figura heroica de la batalla fué la del anciano general Ramírez, blandiendo la lanza y esgrimiendo el sable corvo, lanzándose sobre el enemigo. De Cruz Mesdeu se cuentan proezas inauditas. Núñez, el bravo, coronaba los mayores triunfos de su vida militar, brillante y heroica por muchos conceptos. Virasoro destacábase con vigor en el recio fragor del combate. Tenía ya una historia militar tan extensa como gloriosa. Otro tanto podríamos decir de los intrépidos Borda, Velazco, Payba, Esquivel, Ocampo y Chenaut, cuyo valor combativo era proverbial en el ejército.

Todos conocemos el epílogo de la histórica jornada. Corrientes vivió horas inolvidables y de emoción. Ya no eran dobles los que se desprendían de las campanas. Fueron repiques que se desgranaban desde las torres de todas las iglesias, anunciando la victoria. Jamás se tuvo en la capital tanta cohesión de sentimientos; jamás tanta fuerza de heroísmo. En la plaza, frente al Cabildo, la multitud deliraba de entusiasmo y exaltaba el valor de aquellos que ofrendaron su sangre por la redención y grandeza de la patria.

El gobierno premió a sus héroes. Por decreto del 4 de octubre de 1841, acordó premios en tierras y ganado bovino para después de concluída la guerra. El general Paz renunció a favor de sus soldados que más se distinguieron, a las diez leguas de campo que en tal concepto le fueron acordadas. Sólo aceptó una espada de honor otorgada por la Legislatura de la provincia. En su empuñadura de oro, primorosamente cincelada por el grabador correntino Núñez de Ibarra, llevaba la leyenda de gratitud del pueblo de Corrientes. Al gobernador Ferré se le otorgó otra igual distinción.

* * *

Digitized by Google

Después de la victoria de Caá Guazú el ejército correntino trasponía en 1842 los ríos Mocoretá y Guayquiraró. Avanzaba por las legendarias cuchillas entrerrianas en busca del germen de la tiranía que aún peligraba su libertad.

Pero, la empresa, de por sí arriesgada, vióse malograda por la deslealtad de un militar ambicioso que aseguró a los enemigos de Corrientes los mejores frutos de la victoria. Con su actitud no sólo consiguió consolidar momentáneamente las aspiraciones federales; más que éso empañó el galardón y brillo de las innúmeras medallas que ostentaba en su pecho de soldado.

Esta situación creada por Rivera, dió sus frutos. Corrientes, que había mandado a costa de sacrificios, sus ejércitos a Entre Ríos y prestado auxilio de hombres, armas, caballadas y hasta alimentos a la provincia de Santa Fe, tuvo que retirarlos para defender su territorio.

Si bien la acción diplomática de Ferré era sorprendente, su buena fe "se estrellaba con las intransigencias siempre inoportunas del vencedor de Caá Guazú." En tanto el gobernador de Buenos Aires, con su proverbial astucia reconquistaba el poder en Entre Ríos. Nuevos días de amargura esperaban al pueblo correntino.

En efecto, el mismo año 1842 consumóse la acción de Arroyo Grande, la más reñida batalla de la guerra civil argentina. "En ese campo de valor y heroísmo inaudito, el ejército correntino repitió la tradición gloriosa de sus bravas milicias." Los últimos batallones y escuadrones formados en tres años de lucha fueron a sucumbir en Arroyo Grande y la provincia guaraní fué nuevamente subyugada. "Otra vez hasta la esperanza de la libertad se apagó en los más fuertes corazones y únicamente los guaraníes no desmayaron." (Bartolomé Mitre, en su "Ayerecó-cuahá catú").

Y Corrientes, la "Heroica del Sacrificio", bañaba nuevamente con la sangre de sus hijos las praderas de su tierra ubérrima.

* * *

Consumado el sacrificio de Arroyo Grande, Corrientes dió al país ejemplo insuperado de heroísmo impasible y sereno. Sintió que en el rito de gloria y de muerte era el pueblo "heroico" de la república. Y sus hijos se habían congregado en espíritus como en una urna de martirio. "Todas las madres correntinas, cubiertas con el manto de la angustia, eran otras

Digitized by Google

ntas María de Nazaret. No podían llorar porque ocultante sintieron que la sangre y el sacrificio de sus hijos, sería unda para la grandeza de la patria y de las ideas liberloras."

El año 1842, Corrientes presentaba el aspecto de un lúbre cuadro, sólo comparable a los días que sucedieron a go Largo. Las fronteras de su territorio estaban abiertas a los los desenfrenos del invasor, que sembró más tarde la solación y la muerte. La población, espantada por tanta piedad, ganó los montes y parte de ella emigró a países cinos.

Pero hemos de hacer una advertencia. No para discrimir al gobernador de Buenos Aires, pero es justo deslindar sponsabilidades. Más culpables de esas escenas de crueldad ron los que gobernaban la provincia en nombre de la tiranía más que éstos, los directores de la guerra, que no contenían violencia y la impiedad. No podemos creer que Rosas interviera en forma directa en todos los actos delictuosos que consumaban en nombre de la federación.

La época era propicia para ejercitar venganzas; el odio que ó la guerra civil entre los hombres, había llegado a lo inconcible; arrastraba a la gente a la ejecución de las más brutales famias.

* * *

Pero desde el norte al sur y desde el oriente al lejano nfín, todos nuestros héroes estaban de pie esperando la voz mando. Y la voz del héroe vibró en la selva despertando sta en las aves el sentimiento de patria. Los juramentados de anduy al mando de Madariaga, penetraban en la provincia, su suelo nativo, con el desplegado estandarte de un pueblo berano. Para ellos no había más obstáculo que el cruce de gran río, pero ya lo habían vadeado y plantaron en sus beras la base de su ejército, de donde partieron poco después ra vencer o morir.

Y atravesaba triunfalmente el territorio la "División Lirtadora de los 108". En su largo camino engrosaba las filas sus combatientes. Eran muchos los hombres, jóvenes y ejos, que abandonaban sus faenas rurales para unirse a los azados, cantando el himno de los poetas. Así respondían a voz de la patria viviente que "obraba en los propios coranes de sus hijos."

Digitized by Google

Son demasiado conocidas las penurias sufridas a través de los pasajes arriesgados de bosques y caminos de lodos, "donde se hundió años antes, herida sin temblor, la estrella de la libertad." Pero estas contrariedades encontraban recompensas en la generosidad proverbial de la población criolla, que entregaba caballos, carretas, ganados, víveres y otros menesteres útiles para la guerra, contribuyendo en tal forma al triunfo de los ideales de la patria.

Informados los hombres que regían los destinos de la provincia, de ese inesperado avance triunfal, con vertiginosa rapidez sobre la capital, abandonaron el gobierno, dejando libre al general Madariaga la plaza de Corrientes, sin oponer resistencia alguna. En cambio, el coronel Galán acampaba en Laguna Brava, en la puerta de la ciudad, con el deliberado propósito de posesionarse de ella.

Y allí fué sorprendido el ejército invasor el 6 de mayo de 1843 por el general Joaquín Madariaga, y después de una brillante acción militar, el coronel Galán y sus soldados se replegaron derrotados sobre el Riachuelo, perdiendo en la fuga muchos hombres, arrastrados por el río. Y con esta acción tan singular en que ciento y tantos tiradores vencieron a un fuerte y aguerrido ejército, se puso término al poderío de la dictadura.

Sólo los pueblos como el nuestro, forjados en la experiencia del dolor, pueden construir la historia más pura, gloria eterna de sus héroes inmortales.

* * *

La batalla de Laguna Brava fué un acontecimiento trascendental. Levantó los espíritus desmoralizados, abatidos por tantas amarguras. En tal virtud, Corrientes habíase reunido espiritualmente y se preparaba para celebrar y glorificar la estupenda jornada del 6 de mayo. Desde las primeras luces del alba del 7 de mayo, la gente se reanimó con la más febril manifestación de vida y demostró al sol naciente, su expresión de júbilo, entre el flamear de banderas que se agitaban en la gloria del viento matinal.

El sol de mayo fulguraba sobre una visión de fantasía. El alma de su oro y de su púrpura se refundía en pinceladas rosadas en la policroma sinfonía de la ciudad enguarnecida.

La leyenda de la mujer prodigiosa, de la Virgen transformada en aldeana, anunciadora de victoria, circulaba de boca en

Digitized by Google

boca como profecía divina. Grupos de hombres y jóvenes recorrían la ciudad al sonido de himnos guerreros. El paladín de los ciento ocho libertadores, era recibido y aclamado como un semidiós que bajaba de los cielos. Por la voluntad popular el general Madariaga asumió interinamente el poder gubernativo, en cuyo cargo fué confirmado por el Congreso General.

Constituían dicho Congreso los hombres más eminentes y representativos y eran ellos: Juan Gregorio Pujol, Pedro Díaz Colodrero, José Vicente García de Cossio, Presbítero José Vicente Fernández, Juan Manuel Vedoya, José de los Santos Bargas, Francisco Hidalgo, Juan Baltazar Acosta, Juan Felipe Gramajo, Gregorio Valdez, Manuel Díaz, José Inocencio Márquez, Francisco de P. Rolón, Manuel Obregón, Manuel Fernández, José de los Santos, Isidoro García de Cossio.

Para la conmemoración de tan importante hecho de armas, se acuñaron medallas de oro y plata que fueron instituídas por el Congreso a los jefes y oficiales que acompañaron en su destierro al jefe del ejército vencedor.

En el "Rincón de San Jorge", cerca del pintoresco e histórico arroyo Yatay y confluencia del Uruguay, se creó el pueblo denominado Paso de los Libres, que debía perpetuar el recuerdo del paso memorable de los ciento ocho juramentados de Ñanduy. Por otras disposiciones gubernativas se imprimió papel moneda, que llevaba grabado la fecha del 6 de mayo de 1843, conmemorativa de la acción de Laguna Brava, cuyas planchas fueron preparadas por el artista criollo Núñez de Ibarra, siendo el primer acto administrativo del nuevo gobierno.

El éxito de Laguna Brava, si bien había logrado pacificar la provincia, no por eso Madariaga descuidaba su defensa, para lo cual creó en el breve plazo de cuatro meses un ejército de cuatro mil hombres, contingente que podía ser ampliado hasta ocho mil en caso necesario. Formaban en él el "Batallón Guardia Republicana", que lució su bizarría en los campos de Caá Guazú.

* * *

Y cuando Corrientes creíase pacificada o por lo menos suponía haber dado una tregua a las enconadas luchas contra la tiranía, tuvo que empuñar nuevamente las armas de la libertad. Prosiguió la lucha contra Buenos Aires. El ejército correntino tuvo que invadir el territorio entrerriano y, en pocos

Digitized by Google

días, la fulgurante marcha de sus ejércitos dominaba un vasto campo que se extendía desde el Gualeguay, el Arroyo Grande, hasta el Uruguay. Los correntinos, en su marcha guerrera no encontraron resistencia en los primeros días. Las fuerzas de Madariaga llegaron hasta el Salto Oriental, apoderándose de dicha ciudad uruguaya, cuyo importante puerto estaba defendido por barcos de guerra a las órdenes de Rosas.

Madariaga derrotó después a Garzón en el paraje denominado "El Palmar". El jefe rosista (Garzón), favorecido por las tinieblas de la noche pudo escapar; su comportamiento no fué muy heroico al emprender esa precipitada fuga. Esta pequeña hazaña de Madariaga incitó a sus hombres para encuentros futuros. Sin embargo, los correntinos no encontraban resistencia en territorio enemigo; avanzaban entre la fría indiferencia de la población. Revelaba el tradicional antagonismo hacia el pueblo correntino, sin que éste se sumara al movimiento emancipador. La indiferencia del pueblo entrerriano obligó al jefe de las fuerzas correntinas a abandonar aquel territorio después de dos meses de incesantes maniobras militares, sin resultados para la campaña libertadora.

Por el norte, la causa de la paz no estaba asegurada. El Paraguay, convenido con Rosas, puso trabas a la navegación fluvial y comercial del río Paraná, fundado en razones obvias, inexplicables, y cuyos propósitos era fácil colegir.

Pero nuestra fina diplomacia convenció a López que su gesto era un acto inamistoso y un error que perjudicaba a los dos estados en su economía y buena vecindad. Entonces el dictador paraguayo celebró con nuestro gobierno un convenio por el cual se restablecían las relaciones amistosas entre Corrientes y el Paraguay, hecho que enemistó a don Carlos Antonio López con el dictador de Buenos Aires, quien seguía oponiéndose al reconocimiento de la independencia del vecino país.

* * *

Las relaciones amistosas celebradas con el Paraguay fueron de suma importancia para Corrientes en aquellos momentos críticos de la vida política argentina. El convenio celebrado no sólo restablecía las buenas relaciones entre los dos pueblos como asimismo su comercio, porque la libre navegación representaba un abundante rédito para las poblaciones costeras y el puerto

Digitized by Google

de Corrientes era un lugar de primer orden para el comercio y muy pocos puertos del río Paraná podían compararse con el nuestro.

Demostró Madariaga sobresalientes condiciones de hombre de Estado. Dió a sus gobernados la administración de una sana justicia, el riguroso respeto y el inmediato bienestar económico dentro de las graves dificultades; creó pueblos y procedió a las necesarias divisiones territoriales de los departamentos, todo lo cual alentaba a los habitantes de los pueblos y de la campaña.

La ciudad de Corrientes, que había sufrido más que ninguna la larga serie de desdichas, vivía horas más apacibles, confiada en su gobierno, al amparo de una fe inconmovible, nacida sobre la muerte y la tenacidad de las pasadas luchas.

Las calles de Corrientes se animaban y evocaban con orgullo los días adversos de los campos de batalla. Oficiales y soldados que lucían sus galones ganados en las recias peleas, representaban la garantía y la amistad, transformadas en una emoción intensa. La vida social iba recobrando su vieja cordialidad. El culto católico, inalterable tradición correntina, congregaba en la flamante capillita de San José, de la Plaza Juan Bautista Cabral, mandada construir por Ferré, a numerosos fieles que irrumpían en el santuario, para implorar cristianamente por la paz.

Y Juan Pujol, ministro de Estado, iniciaba su vida pública en plena juventud. Fué un notable animador de la vida ciudadana y de la cultura popular. Por la elevación de su espíritu, florecían en él cualidades de esas que sólo galardean en los más escogidos entre los hombres: la austeridad, la serenidad, la nobleza, la distinción y el señorío de sí mismo. "El que es señor de sí mismo, es señor de los demás." Por eso Pujol fué la persona que congregaba en torno suyo a los hombres más representativos y talentosos.

Tenía Pujol predilección por las letras y las artes. Su propia morada denotaba los más refinados gustos. El patio de su casa, estaba exhornado con estatuas y bustos de próceres. Era una clara y luminosa dependencia, rodeada de galerías sostenidas por columnas. En el centro se abría el aljibe con herrajes primorosos, donde se recogía el agua llovediza. En las ventanas coloniales "tan cantadas por los poetas, componía su idilio el amor, entre las flores de sus macetas, que olían a gloria."

Digitized by Google

Y, dentro de esta aparente placidez, vivía Corrientes el año 1845.

* * *

Después de Laguna Brava, la situación de Corrientes no había cambiado en su aspecto militar y político. En Entre Ríos, el General Urquiza organizaba un poderoso ejército para someter a su designio la provincia. Se vivía nuevamente horas de inquietud. En tales circunstancias reaparece en el escenario militar el General José María Paz como una promesa y una esperanza. Si bien su espíritu amargado por la ingratitud, recobraba en la nueva cruzada su entereza habitual. En Corrientes fué recibido como un vencedor nimbado de gloria, el pueblo vió en él al guerrero romancesco y galante.

Dispuesto a la lucha por su ideal, Paz reorganizó inmediatamente un poderoso ejército, para hacer frente a un enemigo aguerrido y tenaz. Para tal fin, Madariaga invistió al vencedor de Caá Guazú con el cargo de Director de la Guerra. El 17 de febrero de 1845 asumió Paz esa "tremenda responsabilidad."

El general Paz al reorganizar su ejército confió al coronel Bernardino López una expedición militar a la provincia de Santa Fe para demostrar al dictador de Buenos Aires que la oposición de la provincia de Corrientes no era una quimera. La expedición vadeó el Paraná frente al "Rincón de Soto." Ardua empresa fué aquélla por las pésimas condiciones del terreno y de los ríos profundos y fangosos. Pero los soldados correntinos, tan ágiles y diestros, pasaron el Paraná con su habitual pericia de nadadores. "Esta cualidad especial hace de nuestros soldados un tipo original. El no conoce obstáculos, todo lo vence; los ríos los atraviesan al costado de su caballo; sus armas y uniformes dentro de la balsa que forman de la "carona" de su recado. En tierra es un jinete de primer orden y un infante obediente y decidido."

Las forzadas marchas por el Chaco, llenas de imprevistas contingencias, fueron las más penosas. Pero la inflexible dureza del correntino afrontaba con denuedo todos los peligros imprevistos de las selvas y los torrentes de los arroyos. Se sumaron a las filas muchos indios, armados de primitivas armas, que producían una sensación de salvaje heroicidad, en medio del desconcertante paisaje chaqueño.

El avance de estas fuerzas progresó asimismo satisfactoria-

Digitized by Google

mente y se aproximaron a Santa Fe. El coronel López con sus correntinos y sus lanceros indios, en sorpresivo ataque derrotan a las fuerzas de Echagüe. El belicoso general entrerriano huyó a las islas más próximas con el resto de sus fuerzas vencidas.

De este triunfo militar nada se obtuvo prácticamente; sus consecuencias fueron fatales. La reacción del enemigo fué tremenda. Una vigorosa contraofensiva combinada con la escuadrilla del coronel Thorne, obligó a las fuerzas correntinas a abandonar Santa Fe, pero en su retirada fueron batidas en Malabrigo. Fué éste el primer tropiezo del Director de la Guerra.

No lo comprendió así el general Paz. "Este suceso en nada afecta los vitales intereses de la guerra ni disminuye en nada el poder de nuestras armas", decía el "Manco" desde su campamento de Villanueva. Sin embargo, el vencedor de Malabrigo pudo apoderarse de todo el convoy de efectos de comercio, elementos de guerra y un crecido número de prisioneros. Debe aceptarse la afirmación de que la expedición a Santa Fe fué infortunada, si bien los soldados correntinos desplegaron "como siempre la mayor bravura."

* * *

La acción diplomática del general Paz como Director de la Guerra, tuvo también su contraste en sus negociaciones con el Paraguay. Pero en esta oportunidad Madariaga tomó a su cargo el estudio de las relaciones diplomáticas con el vecino país. Hizo valer su fino tacto y clarividencia de hombre público y logró celebrar una alianza ofensiva y defensiva, tratado que se suscribió el 11 de noviembre de 1845, entrando en vigor inmediatamente y que tenía por objeto "oponerse al gobierno del General Juan Manuel de Rosas, es decir, impedir que continúe en el uso del poder y obtener de esa alianza garantías completas y valiosas al bien de las partes contratantes."

Una vez puesto en vigencia el tratado de alianza suscripto en Asunción, surgieron dificultades de orden técnico y administrativo entre el Gobernador y el Director de la Guerra. El general Paz imponía ingentes sacrificios a la exhausta economía de la provincia. Estos hechos comprometieron seriamente la solidaridad de los dos personajes, al extremo de "incurrir el Gobernador en la ligereza de retirar al Director el mando

Digitized by Google

inmediato del ejército." Afortunadamente el Congreso pudo arreglar el grave entredicho; pero asimismo el organismo de la revolución quedó sin duda afectado de un mal casi incurable.

Entretanto, Urquiza concentraba el máximo de sus fuerzas en la frontera, de modo que pudiera operar con rapidez fulminante sobre el territorio de la provincia. En el histórico campo de Arroyo Grande estaba atento el ejército del general Eugenio Garzón que, con sus cuatro mil hombres esperaba la orden de invasión. Formaban en él un centenar de soldados correntinos al mando del general Benjamín Virasoro, experto militar que conocía los puntos vulnerables y de fácil penetración y avance en Corrientes.

El 13 de febrero de 1846 aparecieron en nuestros campos los primeros núcleos de fuerzas invasoras, con quienes sostuvieron los primeros combates los correntinos. El carácter agresivo que se advertía en el invasor al arrasar todo cuanto hallaba en su camino, imponía una acción enérgica, de proporciones incontrastables.

Y mientras retumbaban los primeros cañonazos en la inmensidad de las selvas, sobre los lagos con sus fantásticos espejismos, en el Rincón de Soto desembarcaba el ejército paraguayo, poniéndose en marcha hacia el campamento de Villanueva y venía comandado por el joven general Francisco Solano López. Constaba esta fuerza de unos dos mil cuatrocientos hombres, valioso contingente que se incorporaba al ejército libertador. Las fuerzas paraguayas uniéronse con nuestro ejército en la costa del Batel, sobre el "Paso Vedoya", lugar apropiado, de valor estratégico y uno de los más hermosos y sugestivos paisajes, donde se destacan en líneas purísimas los esbeltos *mbocayás* y palmeras simbólicas.

Injustamente algunos historiadores han pretendido restar valor combativo al ejército aliado, considerándolo "una masa informe, sin arreglo, sin disciplina e ignorando hasta los primeros rudimentos de la guerra." Los soldados paraguayos rivalizaban en resistencia y sacrificio con los nuestros y estaban animados de un ardiente espíritu guerrero. Es que tenían por comandante a un joven militar que en 1845 ya era general en jefe del ejército de su patria.

En efecto, dice O'Leary, "a pesar de su juventud había demostrado aptitudes militares sobresalientes, que su ilustrado padre no pudo menos que darle la dirección técnica y personal

Digitized by Google

de la organización de las fuerzas que preparábamos para resistir al tirano Rosas, que desconocía nuestra independencia y nos amenazaba con una formidable expedición para someternos."

Y su labor fué fecunda. Improvisando armas, municiones, vestuarios, jefes, oficiales, todo, pudo bien pronto reunir cinco mil hombres bien disciplinados, en Villa del Pilar, primer núcleo de nuestro futuro gran ejército.

"Al frente de aquella tropa marchó el gallardo mancebo hacia Corrientes, para dar cumplimiento al tratado de alianza firmado con dicha provincia argentina el 11 de noviembre de 1845 y combatir juntos al tirano Rosas." "Y fué ésta la primera aparición de nuestro adalid en la escena del mundo." "En nombre de la libertad y de la soberanía de los pueblos había tomado la espada, concurriendo al llamado del hermano para ayudarlo a romper sus cadenas."

* * *

Corrientes soportó el revés de Laguna Limpia con entereza, pero supo mantener íntegras sus aspiraciones libertarias. En realidad la acción propiamente dicha no tenía importancia militar. El triunfo de Urquiza fué efímero: apenas quedaron en el lugar del combate seis o siete soldados y unos pocos prisioneros.

El triunfo obtenido en Laguna Limpia sobre las avanzadas del ejército correntino, más que todo tenía un efecto moral indiscutible. Allí fué hecho prisionero el general Juan Madariaga, a cuyas órdenes estaban las fuerzas vencidas. Un inesperado accidente dió lugar a la captura del jefe correntino, que significó un ruidoso triunfo moral para el general Urquiza.

El ejército invasor, después de recorrer una vasta extensión del territorio, se replegó hacia el sur. Esta retirada fué considerada por los expertos como maniobra militar habilísima.

En el campo político las cosas no marchaban mejor que en lo militar. El egoísmo y la ambición hicieron malograr tantas nobles esperanzas, hasta que por fin la alianza con el Paraguay hubo de disolverse, regresando Solano López con su ejército a su patria y el general Paz se alejó del escenario militar.

Y fué entonces cuando el peso de la violencia se hizo sentir con mayor intensidad en las provincias subyugadas por Buenos Aires.

* * *

Digitized by Google

Laguna Limpia fué la clave de la paz celebrada por Urquiza con la provincia de Corrientes. Este paso era de tal importancia que la lucha contra la tiranía entraba poco después en un nuevo período y daba lugar a imprevistas complicaciones.

El general Urquiza sigilosamente preparaba sus planes de prepotencia sobre el Gobernador de Buenos Aires. Con su política sagaz, buscaba unificar todas las fuerzas de la nación. Sólo así podría terminar con el omnímodo poder del dictador. Por su ilustración y cultura, por su personalidad política y militar, no aceptaba las maquinaciones del Gobernador de Buenos Aires. Urquiza se consideraba por su acción y prestigio, superior a la personalidad de Rosas y, por lo tanto, quería desvincularse de su gobierno afectado de repudiables procedimientos en la vida argentina.

Rosas y Urquiza eran dos poderes que se ponían frente a frente por el predominio político de la Nación. Si bien no revelaban sus pensamientos, ambos lo sabían íntimamente. Los dos personajes tenían cualidades de conductores y de caudillos. La sagacidad y la astucia fueron los razgos que los caracterizaban.

Las proposiciones de paz hechas por Urquiza al gobernador de Corrientes, por intermedio de su hermano Juan Madariaga, prisionero de Laguna Limpia, "eran las claves de la nueva orientación política del General Urquiza. El triunfo de Laguna Limpia —dice Mantilla—, dió al vencedor de Caseros ese valioso resorte para accionar eficazmente sobre el gobernador de Corrientes y entenderse con él de acuerdo a sus compromisos e ideas de la provincia."

Trataremos la paz, decía Urquiza al general Madariaga en una de sus cartas, "pero que sea con hombres que sinceramente la deseen: por eso desde ya le advierto a usted, que debemos apartar de toda ingerencia a esos aventureros que sembrando la discordia por todas partes nada tienen que perder y trabajan sólo por ver si con la guerra pueden llenar sus pretenciosas ambiciones." (Urquiza consideraba al general Paz su mayor rival en el escenario político del país y algunos de los párrafos que anteceden se referían al vencedor de Caá Guazú).

Con esta carta llena de sugestiones, Urquiza remitía un pliego de bases; según él Corrientes aceptaba la paz con la Confederación Argentina, pero delegaba a Rosas la representación

Digitized by Google

exterior, se obligaba a expulsar de su territorio al general Paz y cortar las relaciones con las potencias que hostilizaban al Gobernador de Buenos Aires; en cambio de lo cual, quedaba reconocida la legalidad de la situación de Corrientes, olvidando todo lo pasado y plenamente garantizadas las personas, las propiedades y las opiniones políticas."

Basado en esos principios, Madariaga acogía como punto de partida los arreglos promovidos por el general Urquiza; en cambio, los dirigentes de la situación provincial no aceptaban ningún arreglo y menos el Paraguay, para no comprometer su independencia.

El general Paz, amargado por lo que acontecía, emigró al Paraguay. Por su parte, el joven general Francisco Solano López, con sus tropas emprendió la retirada el 6 de abril de 1846, llevando a su patria las impresiones más tristes. En tales difíciles circunstancias, fué anulada la alianza con el vecino país.

* * *

Anulada la alianza con el Paraguay, Corrientes jugaba el porvenir y la vida de su pueblo. Y consideró que en el curso de la guerra, el proceso político debía integrarse y confundirse con los advenimientos militares. Ellos son los factores que determinan el clima de la victoria o la derrota.

La suspensión del general Paz creó una situación comprometedora, reagravada con la sublevación de los comandantes Abalos y Ocampo. En momentos tan críticos, el Gobernador Madariaga, con abnegación y fe en sí mismo, rehace sus batallones. Urquiza en Entre Ríos, preparaba a la vez su pronunciamiento contra Rosas. Los planes de Urquiza habían madurado lo bastante para cumplirlos en el campo político y militar. Las negociaciones de Urquiza y Madariaga estaban adelantadas. En secreto celebraron un pacto de alianza para poner fin a la guerra. Juan Madariaga, el prisionero de Laguna Limpia, fué puesto en libertad por Urquiza y era portador de pliegos de condiciones y mensajes cordiales del gobernador de Entre Ríos.

Las proposiciones de Urquiza fueron en principio bien acogidas por el gobernador de Corrientes; se lucharía por un ideal común, vale decir: terminar con la dictadura de Buenos Aires.

El general Urquiza mandó a Corrientes, como agente confidencial ante el Gobernador, al teniente coronel Benjamín

Digitized by Google

Virasoro. La entrevista de estos personajes culminó con el histórico tratado de Alcaráz.

En los círculos políticos correntinos, el entendimiento con Urquiza causó verdadera sorpresa. Se llegó a dudar de la buena fe de Madariaga. Hubo quienes acusaban al gobernador de deslealtad y se formularon otros cargos que comprometían el honor del Gobernador.

El tratado de Alcaráz fué de resultado negativo para Corrientes, si bien la provincia gozó de un corto período de paz. Se restableció el comercio y se activaron las industrias, se fomentó la instrucción pública, se construyeron cuarteles, templos, muelles y se dió principio a las obras del Campo de Marte (hoy Paseo Mitre), y renació la concordia entre los hombres con el regreso de los emigrados políticos a sus hogares.

* * *

Las hábiles maniobras del dictador pusieron fin a los dorados días de paz y claro sol en el horizonte correntino. Urquiza no pudo cumplir el negociado de Alcaráz. Puso en práctica su política en dos sentidos: "por uno quiere dar satisfacción a Rosas y por el otro pide a Madariaga, que firme el convenio hecho con el Restaurador, sin temor alguno de ulterioridades, pero, agregaba Urquiza: "afile bien su cuchillo para hacer sentir al gobernador de Buenos Aires, los efectos de la alianza de las dos provincias."

Las reformas del tratado de Alcaráz, no fueron aceptadas por Madariaga. "La altivez de los hombres libres no permitía el sometimiento de la provincia al gobierno de Buenos Aires, contra el cual luchaban." Las maniobras poco claras que se desprendían de la reforma propuesta no despertaban confianza en el pueblo y gobierno. Por eso Corrientes prefirió ir a la guerra.

Urquiza aceptó el desafío. Y Madariaga respondió virilmente desde el "Oratorio de Rolón." Se decretó la movilización general.

Llegan los días de Vence. Horas de angustias, de horror y de muerte. Quizás en la historia de América no se haya escrito una página más triste.

"El alba del 28 de noviembre de 1847 dispersó y disolvió la neblina atómica y con su leve luz iluminó vagamente aquel

Digitized by Google

campo de guerra." Pequeños núcleos desordenados de hombres se alejaban y se perdían en los perfiles del horizonte, envueltos en un círculo de infinito resplandor. El terreno estaba lleno de cadáveres; espantoso lugar de inhumano suplicio. Era absolutamente incomprensible tan horrible forma de martirios, muy superior a todos los practicados, vituperio monstruoso de gentes bárbaras, en las que era delicia suprema el tormento de las inermes víctimas, la angustia de los heridos, las plegarias de los moribundos y el espasmo de las almas generosas.

En ese doloroso campo de la muerte quedaron para siempre los más bizarros militares del ejército correntino. Los mismos que habían peleado en una guerra de resplandores de heroísmo y de luz de sacrificio. Fueron ellos: los coroneles Manuel Saavedra, Cesáreo Montenegro, Carlos Paz y comandante Castor de León, el bravo soldado de Laguna Brava.

Con la masacre de Vences (batalla librada el 27 de noviembre de 1847), el general Urquiza es dueño y señor de la provincia de Corrientes. Por los prestigiosos servicios políticos y militares prestados a la causa de la federación, el coronel Benjamín Virasoro fué llevado por Urquiza a la primera magistratura de Corrientes.

* * *

El Congreso de Representantes otorgó al general Urquiza una espada de honor, en cuya hoja estaba grabada la siguiente inscripción: *"Corrientes, agradecida al héroe vencedor de Vences."*

El 9 de julio de 1848 Corrientes presenció aparatosas ceremonias de regocijo. En la iglesia matriz se ofició una solemne misa por el delegado eclesiástico Fray Bernardo Diez. El presbítero Angel Brid pronunció una alocución patriótica conmemorando la fecha patria, cuya elocuencia contrastaba con los homenajes tributados a los vencedores de Vences.

Con gran lucimiento se colocó el retrato del general Rosas en la sala de sesiones del Congreso. Se dieron vivas al Restaurador, al heroico Defensor de la Independencia Sud Americana, al ilustre Brigadier General Juan Manuel de Rosas y vítores al fiel custodio del Pacto Fundamental de la Confederación Argentina.

Al descubrirse el retrato del Restaurador, el presidente de

Digitized by Google

la Sala de Representantes, don Gregorio Araujo (fusilado después por orden de la Federación), pronunció un discurso de circunstancias exaltando la personalidad de Rosas, destacando los eminentes servicios prestados a la Confederación Argentina.

* * *

Conocidos los pormenores de la acción de Vences, la ciudad vivió días de tragedia. Los ayes de las madres, de los hermanos, estremecían los corazones. El cuadro no podía ser más impresionante.

El general Madariaga y los hombres públicos colaboradores de su gobierno, jefes y oficiales y una gran parte de las familias patricias huyeron al Paraguay. Aquel desfile de hombres, mujeres y niños que se encaminaban al destierro, semejaba una escena bíblica.

Hasta la esclavitud fué puesta en vigor cuando había sido abolida en 1844, como una conquista de la libertad del linaje humano. Era vida de dureza, nos dice Mantilla, y también de angustia. Como en los tiempos de Torquemada, se quemaron todos los valiosos archivos, documentos públicos, desde el pronunciamiento de Pago Largo. Con ello, agrega Mantilla, se pretendió borrar de la historia los crímenes del pasado, inútil intento porque el martirio de tantos hombres será eternamente un baldón para los hombres que los ejecutaron.

A pesar de todo lo que ocurría, no faltaron hombres de iniciativas y de cultura. Se crearon establecimientos de enseñanza y se contrataron maestros que constituían autoridad pedagógica. El mismo año en que fué creado el "Colegio Argentino", abrió sus puertas el "Monserrat", siendo su directora doña Eladia Muñíz de Mantener. Funcionaba esta escuela en la casa de los Cavia, de la calle Salta, precisamente donde está instalado en la actualidad el "Colegio Argentino", dependiente del Convento de la Merced.

* * *

La política internacional no estaba en armonía con los intereses del país. El Paraguay persistía en su anhelo de conquista. Las fuerzas del dictador López ocupaban territorios de Corrientes y Misiones. La isla de Apipé fué convertida en un baluarte por los invasores.

Digitized by Google

La situación de Corirentes era cada vez más confusa. En ese ambiente de incertidumbre un curioso episodio se registró en la historia de la provincia. La sublevación de Manuel Antonio Vallejos, conocido por "El Pájaro." Este caudillo itatiano no quiso someterse al nuevo régimen político del gobernador Virasoro. No aceptaba en tierra natal el dominio de Rosas. Con unos pocos hombres quiso hacer frente a la revolución triunfante en los campos de Vences. Apoyaba este movimiento el militar paraguayo Escobar, que se hallaba en la isla de El Cerrito. Vallejos pasó el Paraná con sus hombres, a quienes se agregaron unos cuatrocientos emigrados itateños, que llevaron al exilio a la Virgen de sus amores.

La histórica imagen anduvo peregrinando por las campiñas paraguayas, rodeada por la fe y el cariño de su pueblo que en masa seguía con ella el camino de aquellos extraños lugares. En medio de la policromía del paisaje, el drama histórico recobraba la fuerza trágica del destierro, pero nimbada por la fe y la esperanza. La angustia que ensombrecía los rostros de esa gente era disipada por los fulgores de la aurora que irradiaba la milagrosa imagen.

Mientras la Virgen de Itatí recorría con sus peregrinos las lejanas campiñas del Paraguay, muchas fueron las novedades políticas que sorprendieron hondamente la opinión pública.

Se tramitaba la alianza del pueblo argentino para derrocar a Rosas. Los hermanos Virasoro organizaban los ejércitos de Corrientes, haciéndose creer al general Rosas que esas fuerzas tenían por fin repeler los avances paraguayos, que seguían presionando sobre la provincia. Esta nueva maniobra del general Urquiza estaba bien preparada. Prestigiosos personajes de la situación ignoraban los verdaderos fines de esos preparativos militares. Continuaban fieles a don Juan Manuel de Rosas. En primera línea figuraba el propio presidente del Congreso Provincial, don Gregorio Araujo, infortunado servidor de la tiranía y obsecuente funcionario del general Urquiza.

* * *

Bien dicen que la mano descubre caracteres; los ojos traicionan pensamientos. En toda época la manera de pisar ha caracterizado a los hombres; pero traiciona también cándidamente un estado del ser y aún más del carácter.

Todo el mundo sabía que el gobierno del señor Virasoro

Digitized by Google

no era popular, si bien no fué de persecuciones. El pueblo correntino no podía querer a Urquiza. Muchos emigrados políticos compartían los sentimientos de la mayoría popular. A su vez, don Gregorio Araujo era considerado hombre de prestigio en esa hora de la historia. Pero la poca prudencia de sus actos ponía en peligro su existencia, pero más que ésta, la coalición propiciada contra el poder de Rosas. Se sabía que Araujo tenía sus planes, pero otro hombre más astuto que él los hizo malograr.

El malogrado Presidente del Congreso fué capturado en la ciudad de Goya, en momentos en que oía misa. Fué trasladado a Restauración (Paso de Los Libres), donde se le fusiló por orden superior.

El general Urquiza apuró el proceso de su pronunciamiento. Bajo la aparente reclamación a favor de los intereses de Entre Ríos, sentía renacer la austeridad de estadista y de soldado. Y se enfrentó al astuto personaje de Palermo. Eran dos potencias que alzaban su voz. Dos bramidos que estremecían las llanuras y los bosques. El espíritu de rebelión fué de austeridad y de patriarcalismo.

Corrientes, olvidando aparentemente el pasado, propició una conciliación entre los hombres. Su gobierno dictó un amplio decreto de amnistía política, "para asegurar la fraternidad de los espíritus y un sentimiento uniforme y decidido que arraigase firme y duramente la paz y borrase odiosos recuerdos entre los miembros de la ilustre familia correntina."

* * *

El 4 de junio de 1851, la ciudad cobró brillo bajo la intensa luz solar. Sobre el paisaje ensombrecido parecía gravitar un sentimiento de profunda alegría. Los habitantes se reunían en los lugares públicos para celebrar la grata nueva. Las familias, que tanto habían sufrido las duras contrariedades de las guerras, se preparaban a gustar de las dulzuras de la paz. Los primeros actos del delegado Latorre hicieron renacer tantas esperanzas. Los más ilustres correntinos fueron llamados para ocupar puestos en la administración pública. Todo lo cual eran pruebas de garantías. Se iniciaba una era de reconciliación entre los hombres de la política de la provincia.

El general Virasoro, como dirigente y militar, se puso al

Digitized by Google

frente del ejército correntino, para unirse con las fuerzas del general Urquiza en Entre Ríos, que con aliados brasileños y uruguayos debían derrotar al ejército de Rosas en los históricos campos de Monte Caseros.

El ejército correntino, de 5.500 plazas al mando de sus bravos oficiales, cumplió el supremo deber. Con indómito arrojo supo renovar las tradicionales proezas y precisamente por su valor ocupó la vanguardia de las fuerzas libertadoras.

El comportamiento de los héroes correntinos en la batalla de Monte Caseros fué la consagración definitiva de su profunda e indiscutible pasión por la libertad y grandeza de la patria.

Digitized by Google

CAPITULO IX

CORRIENTES DE LAS TRADICIONES Y DEL ENSUEÑO

La vida social. -- El periodismo. -- El culto. -- Liberación de presos. -- Corrientes en los días patrios. -- Inquietudes artísticas. -- Las artes y las letras. -- Un artista criollo. -- La ciudad en 1854. -- Pujol en la vida social. -- El puente de la Batería. -- La primera estampilla postal. -- Bonpland. -- Vida galante. -- Pujol termina su gobierno. -- Episodios de la guerra del Paraguay. -- Ñaembé. El 1871. -- Tabaco. -- Muerte del gobernador Wenceslao Cabral. -- Corrientes después del 1876.

Corrían los primeros años del gobierno del doctor Pujol. La pródiga tierra correntina era un oasis de paz. Hasta el cielo parecía más azul. La ciudad, como surgida de las ruinas, renacía sobre las privilegiadas barrancas del Paraná, cuyas doradas ondas acariciaban sus riberas con sus blancas randas de espumas.

El pueblo correntino, cansado de tantas luchas, respiraba al fin más libremente, en medio de sus jardines perfumados de rosas y azahares.

Todo cambiaba en esos primeros años: condiciones políticas, privadas, ideales, costumbres y sobre todo tolerancia, por no decir libertad. La ciudad ya tranquila y laboriosa, si bien no olvidaba las tragedias del pasado, seguía con acelerado ritmo las obras reparadoras que el momento imponía a una población de más de diez mil habitantes.

Pujol, hombre de acción y de política, con la gentileza de su sentir, disposición meditativa, el gusto delicado por la belleza, docto, lleno de ingenio, supo buscar en aquellas horas de reparaciones los elementos estimuladores que el pueblo necesitaba para su inmediato resurgimiento.

* * *

Digitized by Google

Obtenido el concurso de personalidades espectables, Pujol creó el 19 de junio de 1853 un centro social y de negocios, denominado "Sala de Comercio" que destacaba su singular importancia en la distinguida sociabilidad que en ella actuaba. Representaba el nexo espiritual y reunía en hermandad cordialísima todos los elementos de relieve y a cuyo acogimiento amigo se borraban todas las diferencias políticas y sociales. Cuanto había de prestigioso y de relevantes dotes en la vida oficial, artística, cultural, económica o mercantil se asociaba a la simpática convivencia de la "Sala de Comercio." Allí se celebraban las hermosas fiestas que trasformaban la ciudad dormida, en jubilosa y turbulenta. En sus salones coloniales se preparaban y realizaban los atrayentes saraos y se bailaba el famoso minué. El baile era la fiesta exclusiva de los 25 de mayo y 9 de julio.

Junto a la Sala de Comercio se instaló la primera biblioteca de la provincia, donde se nutría la juventud de los conocimientos rudimentarios de la historia de la literatura. El culto de la belleza antigua tuvo en Pujol un apasionado mantenedor.

Presidía la junta directiva de la Sala de Comercio, don Tiburcio G. Fonseca y lo acompañaban en su plausible labor el doctor Fermín Irigoyen como vice presidente, el doctor Julián Díaz de Vivar como secretario y tesorero don Rafael Gallino.

* * *

El doctor Pujol como hombre de letras, protegía la difusión del periodismo culto y doctrinario. Y en ese período constructivo se dió amplio vuelo al pensamiento. La instalación de una imprenta, munida de todos los accesorios de las artes gráficas vino a estimular la acción del periodismo y en consecuencia apareció "La Libre Navegación de los Ríos", periódico cultísimo y doctrinario, cuyo solo título basta para formar una opinión sobre la importancia y seriedad de esta publicación; en sus columnas no estaba ausente la celebrada pluma del propio gobernador. Eran sus principales colaboradores el doctor José María Cabral, doctor Felipe Rolón, Manuel Serapio Mantilla, Wenceslao Díaz Colodrero, José Ramón Vidal, Juan Mateo Arriola y Ladislao D. Aubanch.

Aparecía también "La Opinión", periódico de profusa circulación, cuyas interesantes crónicas de la vida social, deleitaban a los lectores. En la prensa de la época no tenían cabida

Digitized by Google

las injurias, ni las polémicas agresivas y difamatorias, el respeto era un culto, aún después de tantas apasionadas luchas empeñadas en las cruentas guerras civiles.

* * *

Epoca de fecunda acción reparadora fué la del gobierno de Pujol. Iban desapareciendo las pesadas casas de adobes, de corredores uniformes, que semejaban antiguas chozas de pueblos primitivos. Los templos sin torres que emulasen la cúpula inspiró el pensamiento de edificar La Matriz, que se elevó más tarde en el sitial de la ermita de San José de la plaza Cabral. Fué la primer "oración arquitectónica que la fe levantó hacia el cielo para la celebración del divino sacrificio de la misa." La fuerza y la inteligencia cantando con la ley de la poesía "se combinaron, amalgamaron y así la iglesia principal desde sus torres pudo derramar por el espacio sus notas argentinas: las campanas que tocaban el Ave María, con la gracia de la oración, hacían vibrar de emoción los piadosos corazones.

Colmenas de beatas recorrían orando las arcáicas calles de la ciudad, cuando ya habían cumplido sus deberes religiosos en los conventos de San Francisco y de las Mercedes. Eran típicas notas de beatitud como promesas de ventura en las vías desiertas. Hermoso tiempo aquél de evocaciones aún en medio de la anarquía; fué época de fe, por eso encontraban los creyentes en la frescura de los templos, la vida en Dios en una comunidad de oración.

Con el advenimiento de la anhelada paz, las fiestas religiosas recobraron el máximo esplendor. Las calles engalanáronse con banderas, tendidas de uno a otro alero; en las rejas de las ventanas flotaban los colores nacionales. Por doquier el azul y blanco ponía una nota de patria, entusiasmando las multitudes.

En las vísperas de San Pedro y San Juan, se mantenían las tradicionales costumbres coloniales de las fogatas en mitad de las calles. Los populosos barrios de Tacurú y Cambacuá eran focos de verbenas populares, donde los chicos atronaban al vecindario con el estampido de cohetes y estruendos. Los libertos, negras y morenos, festejaban también la terminación de la esclavitud con frenéticas danzas al son del tambor y del acordeón.

En Semana Santa, graves procesiones recorrían la ciudad

Digitized by Google

precedidas por la cruz y los cirios, luego a un paso iba Jesús Nazareno (1) en hombros de los devotos, seguido por la Dolorosa escoltada por mujeres tristes y plañideras, la población correntina casi en pleno, seguía la procesión encabezada por graves y solemnes figuras de sacerdotes. El tañido de las campanas de La Matriz (templo recién construído), se difundía en ondas sobre el poblado y le respondían las esquilas de las Mercedes y San Francisco y del Santuario de la Cruz de los Milagros. En las aceras se apiñaba la gente de todas las clases sociales, se descubría y se arrodillaba devotamente al paso de Cristo, mientras las campanas de todas las iglesias seguían desgranando su oración en el silencio de la tarde.

"El precepto religioso de Semana Santa tenía su rúbrica oficial: los ruídos se evitaban, siendo prohibida la música en señal de respeto. Suprimidas todas las fiestas, las devotas acompañaban con su dolor el dolor de la iglesia hasta resurgir la alegría del domingo de Resurrección, reservado para extremar los lujos del nuevo invierno, en una epifanía precursora de los días de mayo consagrados a las fiestas grandes, oficiales, con cantos por las "escueleras" y niñitas de rango, todas vestidas de blanco y celeste, buscando dar más alma a la bandera llena de alma del general Belgrano: a las ceremonias religiosas sucedían las de la patria: sus bailes poblaban la memoria con recuerdos, hoy desvanecidos por la falta de crónicas escritas."

Pero las típicas recordaciones fueron las festividades de la Cruz de los Milagros que resumían las más hermosas tradiciones del pueblo correntino. Se conmemoraba un hecho histórico que ninguna leyenda había tenido igual primacía en la imaginación del pueblo creyente. Y el pueblo correntino lo fué y lo es en grado fervoroso.

Cada 3 de mayo irrumpían en la ciudad centenares de peregrinos de los poblados más cercanos. Eran caravanas pródigas en bellezas típicas, con todos sus matices de fiereza y de aventuras que se acercaban a la cruz humildemente, buscando consuelo en su miseria mundana.

Si bien la tradicional festividad tiene aún hondo arraigo en el sentimiento del pueblo, ha perdido bastante en lo que respecta a su pintoresco aspecto, debido seguramente a la influencia del cosmopolitismo que trasforma las costumbres en detrimento de las más hermosas tradiciones de nuestro pasado.

* * *

Digitized by Google

Fué una hermosa mañana de primavera. Un sol esplendoroso doraba las techumbres de la ciudad colonial. La plaza del Cabildo, centro de la vida ciudadana tenía aspecto festivo; era el día de la Virgen de las Mercedes.

Las chatas torres del convento, dardo con que el pensamiento colonial quiso aproximarse a Dios, poseía la virtud emotiva de la poesía y hacían remover en las almas los recuerdos de los primeros conquistadores, pues sobre sus cimientos clavó el "rollo" Juan Torres de Vera y Aragón en 1588, al fundar la ciudad.

En las aceras, en la plaza y en el mismo Cabildo una nutrida concurrencia platicaba con su aire de fiesta, los altos funcionarios lucían sus trajes de etiqueta y todo denotaba la realización de un jubiloso acontecimiento popular.

Era el día 24 de septiembre de 1854, consagratorio de la Virgen, cuya tradición se remonta a los albores de la fundación de Corrientes. Esta fiesta tenía excepcional importancia por el solemne carácter que asumía el acto de la liberación de los presos.

Una crónica debida a la vigorosa pluma del escritor Pedro de Armengol, nos describe una escena religiosa de la Plaza Mayor, que por lo bello y panorámico del paraje, resulta encuadrada a la tradición. Es escena llena de emotividad, "impresiones de otro siglo", relato animado de intenso colorido y de histórico interés.

"Es el día de las festividades de la Santa Patrona, Nuestra Señora de las Mercedes, las autoridades y la población se disponen a festejarla dignamente. El acto más emocionante de la ceremonia es la liberación de los presos.

"En la capilla situada al otro lado de la plaza, el clero y la numerosa concurrencia se preparaban para la procesión, que debía detenerse en cada esquina y enfrente del Cabildo, donde se verificaría la solemne ceremonia de la liberación.

"También reinaba inusitada solemnidad en el tétrico patio, donde tantos seres humanos pasaban interminables horas de dolor.

"Llegaban las familias y amigos de los presos que habían recibido la gracia oficial. Se distribuían felicitaciones. Y la vida franca y grata ponía su extraña nota en el antro de las angustias.

"Los indultados estaban con grillos desde la mañana.

Digitized by Google

Pero esta vez no les pesaban. Era una fórmula exigida por el ceremonial.

"La solemne procesión recorrió su curso secular en torno de la plaza, encabezada por el clero y seguida por las autoridades superiores de la provincia y, luego de una inmensa concurrencia de fervor, llegó a la segunda esquina y dobló hacia el Cabildo.

"En la calle, frente a la puerta enrejada por donde los recluídos atisbaban un acto de tanto interés para ellos, estaba una mesa en la cual los portadores depositaron la imagen. Los sacerdotes elevaron sus himnos y el incienso esparció en el ambiente su místico y purificador perfume.

"La multitud se arrodilló con sumisa reverencia; arrodilláronse los presos detrás de la reja, ésta se abrió y los elegidos avanzaron penosamente, haciendo crujir sus hierros en el inmenso silencio que reinaba en ese instante.

"Ya estaban fuera de su prisión, allí, ante todo el pueblo sugestionado, objeto de la curiosidad de la masa ansiosa de emociones, que en esos momentos se sentía subyugada por el enternecimiento.

"El delegado eclesiástico, orador simpático a los fieles, se acercó a la sagrada efigie, pronunció algunas palabras alusivas a la divina María, reina de los ángeles y de las bondades, desató las cintas con que colgaban de su mano un rollo de papeles que entregó a un oficial de justicia. Este los tomó, subió las gradas de la alta acera del Cabildo y desde allí leyó el decreto gubernativo que concedía la gracia a los condenados, en premio a su buena conducta, clemencia cuya inspiración se debía a Nuestra Señora de las Mercedes, bajo cuyo amparo vivía el pueblo. Acto continuo, aparecieron varios ayudantes, quienes limaron rápidamente los hierros de los presos, cuyos grillos cayeron a sus pies.

"Elevóse el clamor jubiloso de la muchedumbre. La música llenó el ambiente de notas entusiastas. Deudos y amigos, hombres, mujeres y niños, se precipitaron hacia las personas nuevamente incorporadas al seno de la sociedad, mientras en el fiero grupo que aun se hallaba inmóvil, detrás de la reja, una intensa emoción hacía correr algunas lágrimas en los hoscos semblantes." (*)

* * *

(*) La liberación de los presos el día de la Virgen de las Mercedes es una costumbre que se mantiene, aunque exenta de aparatosidad.

Digitized by Google

Eran notables los festejos públicos con que Corrientes solemnizaba los aniversarios patrios.

La ciudad, adornada de banderas, "parecía desde el río una coqueta engalanada con cintas blancas y celestes, bañados sus pies con el límpido cristal de las aguas" (2).

A la noche, a ese adorno se unían millares de luces, diamantes de refulgente brillo que la ornaban para la fiesta.

La música militar y los fuegos artificiales, le anunciaban de lejos al viajero el regocijo del pueblo.

Las calles se llenaban de gente que se dirigía a la plaza del Cabildo a presenciar el saludo al sol de mayo. Un magnífico cuadro se presentaba allí a la vista del espectador. En el centro de la plaza se elevaba una alta pirámide de lienzos pintados, obsequio dedicado al señor gobernador y al pueblo correntino. Sobre una escalinata asentaba un basamento cuadrangular. En sus cuatro lados y en cada uno de los cuatro frentes, dentro de una orla de palmas, se leía una de las siguientes fechas memorables:

25 de Mayo de 1810
9 de Julio de 1816
3 de Febrero de 1852
1° de Mayo de 1853.

La cúspide sostenía un trofeo formado de banderas, armas, instrumentos bélicos, laurel y oliva, que concluía con el gorro frigio, símbolo de la libertad.

La milicia nacional y el batallón Constitución, formaban en parada en un alto de la plaza. Frente del Cabildo formaban los alumnos del Colegio Argentino y de las escuelas primarias, dirigidas por sus preceptores. Un concurso creciente llenaba los otros lados.

El gobernador, rodeado de varios ciudadanos, ocupaba la galería alta del Cabildo.

Al salir el sol, rompían las músicas el Himno Nacional. Salvas de artillería y fusilería saludaban su aparición. Enseguida, los alumnos del colegio y de las escuelas cantaban y pronunciaban discursos. A estar a las crónicas de aquel tiempo, la oratoria escolar estaba muy en boga. Se recuerda de un joven Ruíz, muchacho lleno de gracia y vivacidad que mereció del doctor Pujol un premio valioso por la elocuencia del orador precoz, inspirado en el patriotismo más fervoroso.

En aquel tiempo se cultivaba el canto patriótico. Y una

Digitized by Google

prueba del patriotismo de la juventud, era la de cantar el himno para saludar al sol al nacer y a las glorias de la patria.

En la mañana del 25 de mayo, el gobernador, acompañado de su ministro general, los miembros del Poder Judicial y demás empleados civiles y militares, nacionales y provinciales. se dirigían al Templo Matriz, donde el delegado eclesiástico celebraba una misa solemne y tedeum, al que asistían las dos órdenes religiosas de San Francisco.

La Guardia Nacional hacía las descargas y honores de estilo.

Terminada la ceremonia religiosa, el gobernador y su séquito regresaban a la casa gubernativa, donde el primer mandatario, en breves palabras, hacía una cálida reseña del magno aniversario.

Por la tarde se reunía en la plaza del Cabildo casi toda la población de la ciudad, para presenciar la acrobacia de los artistas de circo que venían a Corrientes para tales acontecimientos.

Al atardecer, se iluminaba por dentro la pirámide, que, transparente, ofrecía un magnífico aspecto. La música tocaba lindas piezas. Y los fuegos artificiales llenaban y cruzaban lo alto en todas direcciones.

A las ocho, la Sala de Comercio, abría sus salones de baile, suntuosamente dispuestos. Se cantaba el Himno Nacional. Y multitud de fuegos de artificio anunciaba su final. La concurrencia era elegante. La gracia y hermosura de las damas llenaban de encanto. Los colores blanco y celeste, predominaban en los trajes, que eran de gustosa sencillez.

"Por lo general las damas se mostraban muy agradables y desprovistas de etiqueta, lo que formaba su principal encanto. La música instrumental, piano y guitarra y el canto alternaban sus placeres, pero el baile constituía su principal objeto; en él se desplegaban las más graciosas danzas y otros bailes nacionales, como el montonero (minué). Esas tertulias estaban siempre bien concurridas y eran de las más brillantes.

"Un conjunto de mujeres jóvenes y a cuál más linda, rebosaban de lozana elegancia. El salón estaba adornado con espejos y tapices. Ya empezaban a desaparecer de los salones las antiguas coqueterías andaluzas. Lucían al cuerpo vestido de raso color rosa, guarnecido de flores, mangas henchidas, collar y el inseparable abanico, poderoso talismán de la juventud."

Digitized by Google

Así la vieja sociedad correntina, según la crónica galante, conmemoraba el día de la patria, animada del más ardoroso patriotismo.

* * *

Hasta el año 1854 Corrientes carecía de edificios notables, o de típica arquitectura colonial. Solo el Cabildo varias veces reformado, ofrecía algún recato arquitectónico. Sus severas líneas y amplias arcadas dábale un aspecto majestuoso. El viejo reloj público "que como un blasón ostentaba la torre, al sonar la hora, nunca coincidió al isocronismo del péndulo, desgarraba a puñaladas el silencio nocturno, con doce lentas campanadas."

En la acera opuesta de la Plaza Mayor, casi frente al Cabildo, el convento de la Merced elevaba sus chatos campanarios, como esqueletos pétreos, dormidos sobre la pesadumbre del templo; muy cerca veíanse casuchas de pobre aspecto que servían de celdas a los mercedarios, y franciscanos después, quienes dieron tanto impulso a la comunidad. Eran esos discípulos de San Francisco de Asis, incansables en sus faenas evangélicas.

Al extremo de las calles Mayo y Salta, la vieja iglesia Matriz mostraba su ruinosa fachada, más allá en el solar de la hoy casa de gobierno, estaba aislada la torre, sin protección contra los vientos, se contaban en su cúspide "algunos azulejos que a la luz solar tenían la gracia de una sonrisa. Casonas de piso alto y de modestas fachadas, de artísticas rejas y balcones floridos, rodeaban la plaza que reunía en derredor el patrimonio secular de su modestísima arquitectura hispánica.

Y para que el cuadro sea más completo, diremos que a pocos pasos de la Plaza Mayor, dirigiéndose hacia el río, se encontraba el pequeño mercado indio abierto en la playa fangosa: hombres y mujeres casi en cuero comerciaban; piraguas o canoas primitivas en las cuales cargaban sus productos, bogando al son de cantos sentimentales, cantos indios impregnados de tristes y melancólicas expresiones. En ese mercado los indios vendían leña, plantas o yuyos medicinales, cueros de nutria, de gatos onza, plumas de garza y aves silvestres, maíz y miel de camuaty, arazá y otras frutas y ciertos tejidos, flechas y ánforas de arcilla y raras vasijas de alfarería. Se comerciaba no sólo con dinero, los indios daban

Digitized by Google

sus mercaderías a cambio de otros artículos, ya sea ropas o comestibles.

Sobre la barranca de la punta de San Sebastián se erguían algunos lapachos, con la gracia armoniosa de sus siluetas floridas. Destacaban entre el vivo color de sus flores, la graciosa esbeltez de las palmeras de los jardines vecinos, evocadoras de lujuriosa fecundidad y no de los "solitarios arenales africanos, campos malditos, sin caminos ni verdores."

Siguiendo por Tucumán, calle de tierra mal nivelada se llegaba a la Aduana Vieja, a la sazón residencia gubernativa, que tenía como único aliciente, la dulzura del lugar y la pureza ideal del cielo que contrastaba con la vetusta y antiestética "mansión." En el patio un enorme reloj de piedra, un enorme timbó centenario agonizaba, sin manos amigas que lo cuidara y fortaleciera, "librándole de los parásitos que le chupaban la savia; extendía sus ramas mustias para ofrecer a las canciones de las brisas del Paraná, sus hojas empolvadas."

Era aquel lugar histórico, un barrio de evocaciones, centro otrora de los hijos de San Ignacio de Loyola. Allí se levantaba el primer colegio jesuíta, donde habían morado ilustres frailes que educaban a la juventud correntina al finalizar el siglo XVII. Esa elevación de piedras conocida por Punta de San Sebastián, evocaba al eximio astrónomo Buenaventura Suárez y al cartógrafo Juan Avila que en común, desde allí arrancaban al cielo sus misterios.

* * *

Los templos eran muy modestos. En 1855 San Francisco pidió más cómodo y decoroso edificio; de la pobre iglesia y claustro misérrimo, de esa vida eremítica y humildísima nació la nueva iglesia, engalanó sus naves con altares barrocos, que en la penumbra mística celebraban la belleza y la gracia de sus fulgores escénicos. Piezas de escultura india como un Cristo en la cruz, un San Francisco Solano y otras imágenes son bastante para justificar a los imagineros aborígenes; hicieron obras de cierta admiración, cualquiera que sea el juicio que se formaran de ellos.

Completaba el patrimonio artístico de San Francisco algunos confesionarios de talla antigua procedentes de las misiones jesuíticas. A la derecha del convento los viejos muros coloniales coronados de arbustos que al claro de la luna adquirían una extraña existencia, era el "retorno de la vida; el

Digitized by Google

arte que renacía con toda la sobriedad de Eurípides, simbolizado en el esplendor de la Naturaleza."

A lo que al templo de las Mercedes se refiere la crónica del siglo XVIII repetidas veces restaurado, con la propiedad de sus imágenes de talla antigua, sus confesionarios del siglo XVIII, con su decorado interior y altares barrocos y plateresco dorados, compensaban la pesadez y la frialdad de sus líneas exteriores.

La histórica iglesia de la Cruz, conservaba hasta el año 1915, el aislado campanario (3) de puro estilo colonial español; a su lado una ruinosa edificación de estantería y ladrillos, de techumbre roja de tejas y palmas, era el santuario reedificado y agrandado en 1808. Su interior de una sola y amplia nave, estaba exenta de ornamentación e imágenes, sin embargo ostentaba en su altar mayor la reliquia trágica e imponente de la Cruz de los Milagros, joya histórica de innegable austeridad. El año 1730 la cruz venerada fué trasladada del oratorio de Arazaty, donde por espacio de ciento cuarenta años había sido adorada por los correntinos.

Según una autorizada tradición, aquel primitivo oratorio que se levantaba en un extremo de la calle Ancha (Avenida 3 de Abril), lo hizo construir el Cabildo en 1593 y que el español Juan Bravo, acompañado de varios indios fué comisionado para cortar palmas en Santa Lucía, para cubrir el techo de la capilla. Quiere decir que al poco tiempo del prodigio del Santo Madero ya tuvo la Santísima Cruz de los Milagros un lugar de veneración.

Muy próximo al santuario donde fué trasladada la cruz en 1730, hallábase el cementerio de histórica recordación para Corrientes (instalado en 1827 y clausurado en 1871 con motivo de la fiebre amarilla), en que reposaban los restos mortales de muchos ilustres varones de nuestra historia. En los plácidos y silenciosos atardeceres parecíase escuchar extrañas voces, que para el oído alucinado eran como ecos de ultratumba. La fantasía imaginaba ver asomando después sobre la loza marmórea una cabeza varonil y altiva: Genaro Berón de Astrada que marchaba al sacrificio, más allá parecía salir una figura de lacia cabellera marchando al destierro; Joaquín Madariaga, aquel otro que se levantaba por sobre los mármoles como una evocación: el coronel Navarro, en fin por la explanada, sobre el verdegueante césped, caminaban y discutían unos religiosos, meditando en los sermones del clérigo Rolón.

Digitized by Google

Las moradas patriarcales

Y siguiendo la línea de la calle, por la de Salta, tomando la derecha, se encontraba la casona colonial, de adobes y anchos aleros, que al principiar el siglo XIX habitara el teniente gobernador Juan Bautista Méndez, que según las memorias de Robertson, el temible jefe artiguista reunía en ella a sus invitados y donde se hacía derroche de bebidas y buen humor. "La honrada y bondadosa cara del señor Méndez, disipaba todas las antipatías artiguistas." Erróneamente algunos cronistas aseveraron que esa casa fué despacho gubernativo, hasta que el impetuoso militar fuera derrocado por Ramírez en 1820.

El afán de progreso que, cuando mueve a los ignorantes es tan dañino como la barbarie, despojó muchos recuerdos que en sí encerraban las más vivas tradiciones. La fachada de San Francisco, castigada por una inexplicable restauración, restó carácter al viejo templo de nuestra mayor jerarquía histórica; ha sido bastardeado por aquellas manos restauradoras rompiendo su euritmia interior.

La demolición del Cabildo constituyó otro irreparable error y más que eso un atentado contra nuestro acervo arquitectónico colonial. Muchos otros ejemplos se podrían citar, si bien de menor importancia, pero que restaron valor al modesto patrimonio artístico de la ciudad primitiva.

Las casas patricias no tenían la pompa arquitectónica como las de Córdoba o de otras poblaciones virreynales, porque el influjo de la colonia se deslizó hacia otros puntos de la nación y la influencia del alto Perú, contribuyó al boato de las residencias patriarcales.

Eran edificios modestos, generalmente de piso bajo, con portalada y jardín. Fueron casonas amplias de anchos aleros, de espaciosas ventanas, con rejas de hierro forjados, que realzaban la belleza que faltaba al exterior.

Los patios eran deliciosos, de los que ya no quedan, porque así lo impone la división de las propiedades en la planta urbana. Lucían esos patios frondosas enredaderas de jazmineros y madreselvas que con sus follajes tupidos parecían toldos vegetales. Su decoración central era el aljibe que además de lo útil fué elemento artístico con sus brocales de mármol bien tallados y que perpetuaban una vieja tradición colonial.

En esos patios acogedores pasaban las familias largas horas,

Digitized by Google

entregadas a las tareas domésticas. Figura decorativa del ambiente era casi siempre la negra "enjoyada y descalza", cebando mate.

La frescura que llegaba en verano de las plantas recién regadas después de la siesta, invitaba a detenerse en ese agradable ambiente perfumado de multitud de flores. Como elegante nota de algunos patios emergían los dactileros o un altivo *mbocayá* de espesa "melena" agitada por el viento.

En esos hogares, dice la crónica, "no se vislumbraba ese lujo que ahoga y anula a las personas, si bien el adorno comenzaba a utilizarse. la aguja de la modista solo sustituía la costura de las hijas de familias para los trajes de fiesta. "Mostrarse hacendosa constituía un orgullo de las niñas, cuyas sedas jamás llegaron a marchitar su seductora belleza originaria."

Como en las costumbres porteñas de la época, la mujer correntina, "jamás olvidaba las oraciones de la mañana en coro y con la asistencia de criados; ninguna mujer cerraba los ojos sin correr hasta la última de las cuentas del rosario y hombre alguno se adormecía antes de haber renovado la misma señal de la Santa Cruz con que lo bendijera de pequeño."

Fueron casas patriarcales de la época (1858) las de Cossio, Lagraña, Vedoya, Llano, Madariaga, Molina, Fonseca, Torrent, Pujol, Ferré, Mantilla, Virasoro, Cabral, Pampín. Galarraga, Rolón, Fernández Blanco, Díaz de Vivar, Ruda. Vidal, Latorre, Resoagli, Montiel, Gallino, Fainardi y Ceballos.

Eran en su mayoría las casas, pesadas construcciones, como la de Cossio, de la Plaza de Mayo, demolida en 1911, y la de Pujol, residencia del señor Rafael Gallino actualmente. En las enormes salas de esta vivienda el doctor Pujol daba forma y espíritu a sus sabios proyectos administrativos de colonización, de cultura y de asistencia social. En unión de otros doctos ciudadanos formuló el proyecto de la Constitución de 1856 que dió nueva organización a la provincia.

* * *

Las numerosas iniciativas del gobernador Pujol, dieron gran impulso a la vida social, muy particularmente a la enseñanza. Las calles de la ciudad viéronse animadas, como jamás se había visto, por una alegre juventud estudiantil. No se sentía ya esa quietud abrumadora de los pasados años; co-

Digitized by Google

menzaban a palpitar en ella los gérmenes milagrosos por la fuerza del amor. Con el teatro Juan de Vera inaugurado el 9 de julio de 1861, siendo ya gobernador el clérigo Rolón, se incorporaba a la sociabilidad un lugar incomparable de expansión espiritual e iniciábase un período de vida elegante, con el estímulo del sentimiento artístico. La construcción del Coliseo estaba a cargo del arquitecto italiano Nicola y del dibujante Fontaneau, que tuvo después una escuela de dibujo.

El teatro fué estrenado con una velada lírica. Notables figuras del arte escénico eran contratadas, dejando al esplendor del genio lírico y dramático que lo alentara. En 1862 actuó en el flamante teatro una compañía de ópera italiana con la prima donna "signora Desperrini", de conocida figuración en el mundo escénico.

Dicen las crónicas que en la noche inaugural del Vera, ocuparon los palcos, las damas más encumbradas, recordándose entre otras las señoras Luisa Pujol de Gallino, Carmen Molina de Llanos, Agustina Llano de Vedoya, Isabel Latorre de Cabral, Carmen Fernández Blanco de Igarzábal, Carmen Mohando de Montiel, Mercedes Elcoro de Díaz de Vivar. Mercedes Mantilla de Latorre, Saturnina Cabral de Fonseca, Estanisla Cuoto de Cossio, Josefa A. de Díaz Colodrero, Rosa Gallino de Fernández, Encarnación Ferré de Virasoro, Angela B. de Ruda, Josefa Vedoya de Recalde, Juana Virasoro de Galarraga, Rosalía Acosta de Lagraña, Matilde Vedoya de Vedoya, Luciana Hidalgo de Ruda, y Francisca Ferré de Caballero.

Las damas, de acuerdo a la moda lucían vistosos peinetones y abanicos. Las tenues luces de las candilejas cabrilleanteaban en los trajes de seda y en los elegantes peinados de las señoras.

El teatro Vera representaba entonces un importante exponente de nuestra cultura y progreso. Como edificio tenía comodidades de buen gusto y una excelente acústica (así lo declararon algunos artistas que pasaron por su sala, entre otros el tenor Tornessi).

Por espacio de medio siglo fué el teatro Vera un lugar de emociones y de ensueños, donde la sociedad elegante se daba cita para gustar de los tesoros del arte que enaltecía la vida.

Demolido en 1911, fué reemplazado por el actual edificio que sin duda es uno de los más bonitos teatros del interior de la república.

* * *

Digitized by Google

La cultura social llegaba en 1858 a un alto grado de refinamiento, sin que se alteraran las sanas costumbres coloniales que tanto caracterizaron a nuestra sociabilidad.

La educación pública tomó hondo arraigo y disciplinó a la juventud con la creación de institutos como el Liceo y el impulso que se dió al Colegio Argentino que gozaba ya de merecidos prestigios. A la acción educativa se agregó la función caritativa con la Sociedad de Beneficencia creada el 5 de junio de 1858 y en ocasión del día patrio del 9 de julio. Su primera reunión efectuóse en la Sala de Comercio, a cuyo acto inaugural concurrió todo el patriciado correntino.

La primera acción de la benemérita sociedad correspondió a la señora Luisa Pujol de Gallino, dama de extraordinaria actividad patriótica y de labor valiente. Se buscaba con su elección de presidente, asegurar para la misma un elemento destacado; fué designada vice presidenta la señora Leocadia Latorre de Cabral, que representaba una vieja raigambre del patriciado; ocupó el cargo de tesorera doña Carmen de Fernández Blanco de Igarzábal, estrenando su vida de caridad y secretarias abnegadas y laboriosas fueron doña Isabel Latorre de Cabral y Victoria Chevalier de Fournier.

Entre las primeras socias fundadoras aparecen doña Froilana Molina de Vidal, Angela Ceballos de Iglesias, Rosa Díaz Colodrero de Cabral, Estanislada Cueto de Cossio, Carmen D. de Achinelli, Mercedes de Elcoro de Díaz de Vivar, Juana Mercedes Mantilla de Latorre y Angela A. de Ruda, damas todas que mantuvieron encendida la antorcha del patriotismo, alternando sus actividades en las visitas diarias a los enfermos y necesitados, rubricando con desprendimientos generosos el ejercicio de socias fundadoras de tan noble institución.

* * *

Días de primavera animaban la ciudad. Flores sencillas, silvestres, nada podrían igualarlas en inocente belleza. Pocas veces los jardines se enfloraban como entonces. Las ventanas, los balcones, se empenachaban de claveles, tulipanes y junquillos, los árboles tomaban aspecto de jardines, las acacias amarillas y rojas del Paraguay, los lapachos semejaban emanaciones líricas de la naturaleza, saliendo de la armonía de las cosas y la esencia de las flores. En medio de este cuadro, eran frecuentes los paseos, las fiestas sencillas que brindaban a la capital un carácter festivo y de goces. Las muchachas, ves-

Digitized by Google

tidas con sencillez, no desprovistas de elegancia, llevaban en las pupilas el fuego de las pasiones, en sus rostros tenían matices como el de las flores de los verjeles ensoñadores.

Los lugares predilectos para esas expansiones juveniles eran las playas del Paraná a la hora de ponerse el sol. Desde las barrancas del Parque Mitre, entonces "Campo de Marte" o de la Batería hasta las playas del Tacurú, notábase una animación agradable, mientras los pescadores anclaban en los riachos a la espera de la anhelada presa. La Salamanca y la Cazuela también fueron lugares de esparcimiento. El tiempo se encargó de transformar esos típicos lugares y sólo queda de ellos el recuerdo de los viejos vecinos.

* * *

La construcción del puente de la Batería se la menciona como una de las obras importantes de la administración del doctor Pujol.

Su inauguración dió lugar a un espectáculo curioso. El público no confiaba en la estabilidad de la obra. No tenía fe en la seguridad del arco de medio punto, temía dar los primeros pasos sobre él. Enterado Pujol de la desconfianza pública y a fin de convencer a la gente de que el puente era sólido y capaz de resistir cualquier peso, hizo reunir un largo convoy de carretas arrastradas por bueyes, carros cargados de mercaderías y leña precedidos por el propio gobernador y por sus ministros José María Rolón, G. Valdez, Díaz Colodrero y Fonseca y lo mandó pasar el puente en presencia de toda la población que se había congregado en torno del arroyo y en las inmediaciones del "Campo de Marte."

Con esa espectacular demostración, el doctor Pujol logró convencer a los pusilánimes. La multitud bien impresionada después de la prueba, se dispuso circular por sobre el puente con la misma seguridad con que lo hacían en la vía pública.

Todo un acontecimiento festivo continuó siendo el puente en los primeros días de su apertura.

* * *

Además, fué aquel tiempo de abundantes novedades; el progreso penetraba en la vieja ciudad y era menester admirarlo por sus iniciativas novedosas. Ahora ya es la estampilla postal. Su emisión no era un hecho común, sino la obra de un hombre talentoso y progresista.

Digitized by Google

"En aquellos años cada estado argentino trataba de superar a los otros siquiera fuese para demostrar su empeño de adelanto. Don Emilio Coni, encargado de la impresión del papel sellado de la provincia y hombre estudioso, fué a visitar a Pujol para proponerle una novedad."

—Debemos crear una estampilla de correo, esto nos dará una gran importancia, y también algún dinero, pero, por sobre todo, una gran importancia. Muy prolijamente le puso al tanto de cómo habían creado la estampilla los ingleses y los beneficios que ello reportaba.

—Me parece buena la idea —le dijo Pujol—; ponga manos a la obra y pronto.

Coni salió muy entusiasmado, mas aquéllo duró poco, pues al pensar quién podía grabarle el dibujo, no halló ninguno. Allí había mucha buena gente, pero ninguno capaz de hacerle semejante trabajo. No obstante sin descorazonarse, se puso a buscar a su indispensable colaborador, al que halló al fin bajo la blusa de un humilde repartidor de pan, hombre más o menos hábil, que bajo su dirección le hizo el grabado.

Coni fué contentísimo a mostrarle a Pujol las pruebas del grabado de la estampilla.

—Es muy interesante —le dijo éste titubeando—, pero... es malo; esto está muy mal dibujado.

—Sí, aceptó Coni —que por poco más lloraba—, convengo, pero...

—Vaya amigo, trabaje otro poco, puede que esto se haga mejor.

Volvió Coni a su repartidor de pan, y le hizo hacer más ensayos, hasta que uno, el menos malo le pareció aceptable y se lo llevó a Pujol.

—Es éste tan malo como el otro —le dijo aquél—; pero, como no se puede hacer mejor, hagamos éste.

El grabado era la cabeza de la República coronada de laureles.

El 19 de febrero de 1856 la legislatura sancionó la ley creando la estampilla y el gobernador Pujol y su ministro Wenceslao Colodrero la pusieron en vigencia inmediatamente. Esta fué la primera estampilla argentina.

* * *

En la administración del segundo período gubernativo del doctor Pujol, se fundó en la capital un museo o exposición pro-

Digitized by Google

vincial permanente bajo la dirección del ilustre naturalista y hombre de ciencia Amado Bonpland "botánico que fué de la emperatriz Josefina en el palacio del Malmaison y compañero después de Alejandro Humbolt en gira científica por América del Sud."

"Bonpland murió en Restauración, hoy Paso de los Libres, en aquel entonces pequeño pueblo correntino adonde lo habían llevado sus hijos, después de dos días de viaje en carreta, con la intención de ofrecerle atención médica (4).

Fallecido Bonpland, el gobernador Pujol, con el propósito de dar al ilustre sabio una sepultura nacional, ordenó al Dr. A. de Ribero que embalsamara el cadáver. El procedimiento que se usaba en aquel entonces era el de la deshidratación, razón por la cual las distintas operaciones necesitaban llevarse a cabo en varios días.

El Dr. Ribero empezó su operación en una casa (que aún existe) situada en la calle General López esquina 108, conocida por el nombre de Casa de los Domínguez.

Para obtener más rápidamente la desecación del cadáver, era colocado en un sillón y expuesto a las corrientes de aire. La madrugada del tercer día de este trabajo, y mientras las personas ocupadas de cuidar el cadáver se habían alejado de su lado, acertó a pasar por frente de la casa de los Domínguez un gaucho en estado de ebriedad, quien al ver en el corredor un hombre sentado, respetuosamente, y sombrero en mano, lo saluda con toda cordialidad. Por supuesto que nadie respondió a su saludo, que lo repitió una y otra vez. Exasperado el paisano por esta afrenta, desenfunda su facón y la emprende con toda furia contra el cadáver, que queda completamente apuñaleado. Esa fué la segunda muerte de Bonpland.

Ante la imposibilidad de continuar el embalsamiento, no hubo más remedio que dar sepultura al insigne sabio en un modesto mausoleo, donde permaneció hasta 1896. Ese año, uno de sus hijos hace reducir los restos, que permanecen desde entonces en el panteón familiar. Sin embargo, la vida de Bonpland y la obra por él cumplida, que significó siempre una valoración y un engrandecimiento del país, exigen de nuestras generaciones una mayor consideración. Es necesario reivindicar su olvido y ofrecer su memoria, engrandecida, a todos los argentinos de todos los tiempos."

* * *

Digitized by Google

Los hechos más interesantes de las crónicas de antaño son seguramente las reuniones familiares y el paseo de la plaza del Cabildo.

Era éste el lugar obligado para las fiestas populares, tenía en su centro la simbólica pirámide que en lo alto remataba una figura de la Libertad, copia infiel de su original de la Plaza de la Victoria de la capital federal. Fué demolida en 1902 para reemplazarla con la estatua ecuestre del general San Martín.

La plaza del Cabildo que tomó después el nombre de Plaza de Mayo, fué a la vez el paseo predilecto de las familias encumbradas, rango que conservó hasta nuestros días, por la calidad de concurrencia que en los hermosos atardeceres se congregaba en su derredor y donde las beldades de aquella época hacían el amor, musitando emotivas canciones, al compás de la música armoniosa de un piano vecino.

Allí desfilaban las damas de porte patricio, que mostraban "su prosapia con majestad natural en sus personas, "revelando en su actos esa inocencia patriarcal que fué la principal característica de la época."

Generalmente concurrían ataviadas de la más austera sencillez las señoras: doña Angela Lagraña de Pampín, Dolores Vedoya de Molina, Juana Galarragaza de Zelaya, Candelaria Córdoba de Rolón, Carmen Fernández Blanco de Ygarzábal, Froilana Molina de Vidal, Leocadia Latorre de Cabral, Natividad Ferré de Harvey, Encarnación Ferré de Visaroro, María de Jesús Perugorría de Mérquez, Luisa Pujol de Gallino, Agustina Llano de Vedoya y tantas otras damas del galante patriciado que tanto lustre dieron con sus virtudes y patriotismo a su tierra nativa, y que traducían su aristocracia en la encantadora sencillez de sus costumbres.

En los solemnes días patrios la Plaza de Mayo se engalanaba. Iluminación de la época, música y fuegos artificiales, acrobacias, arcos triunfales, banderas y adornos florales imprimían al lugar un aspecto brillante.

La vieja mansión de los Cossio, ostentaba en lo alto los colores nacionales y profusas guirnaldas en las cantadas ventanas de los poetas. La brisa en lo alto del balcón colonial, modelaba cuerpos gráciles llenos de encantos y hacía flamear junto a las banderas sus rizadas cabelleras. (Crónicas de antaño).

* * *

Digitized by Google

En los claros y tibios anocheceres, la ciudad tenía aún cierta animación en su apacible vida social. La clásica tranquilidad sólo era turbada por el farolero de lentos pasos que con su escalerita a cuesta recorría las calles para encender las escasas luces de las esquinas más céntricas.

Detrás de las ventanas de rejas, con zócalo saliente, atisbaba la niña recatada al pasar el joven distinguido. A veces impuesto por nuestras decorosas costumbres provincianas, sólo se permitía a las parejas platicar en las puertas de calle, bajo la severa vigilancia de la mamá o de la abuelita.

Las noches de fiesta, al pie del balcón, o si cabe la reja de la ventana, el amor rompía en canciones. Las serenatas eran ensoñadoras. Los galanes acompañándose de guitarras y flautas expresaban sus esperanzas o sus penas, en versos criollos, en cantos nativos, tan sugestivos y "en los cuales templaba la misma lágrima, secularmente destilada, de los cantares andaluces."

En las salas patricias se reunían las damas más representativas, en bíblica y plácida tranquilidad y donde flotaba en el éter, el patriotismo como elemento propio. Al calor de esos hogares se tejieron las banderas de Pago Largo y Caá Guazú; en ellos tuvo origen la caridad que hoy practican cristianamente las familias de nuestros días.

En torno de la hospitalaria mesa familiar, se reunían los hombres más eminentes de la política y los ciudadanos más austeros, y cuando la patria los requería, resolvían los graves problemas de circunstancia, en esa época de vida borrascosa y a la vez constructiva.

* * *

Al igual que en las ciudades coloniales del Río de la Plata, en nuestra capital, las costumbres antiguas subsistían intactas, en sus detalles y coloridos.

Los pregoneros eran en la época, los personajes más populares, quienes ponían la nota festiva y alegre al venir el día en la silenciosa población. Se los veía en dulce coloquio platicando con la criada o con la mulata picaresca y tentadora.

La primera marchanta mañanera fué la negra mazamorrera, de ojos vivaces, la tortera con sus chipas de almidón o de maíz, el lechero de Lomas con sus cacharros de lata, el aguatero, el pescador y cuantas extrañas figuras humanas que dis-

Digitized by Google

traían y agregaban las notas pintorescas y sentimentales en las plácidas mañanas del Corrientes antiguo.

Y en ese ambiente patriarcal, las costumbres aparecían "sahumadas con el vaho de los preceptos religiosos. A los toques matinales de las campanas de los templos, las damas, envueltas en sus pañolones se encaminaban con sus criadas a San Francisco o a la Merced y cumplían santamente sus deberes de creyentes."

* * *

Los estridentes sonidos de las campanas de la Merced y de la iglesia Matriz, solemnizaban en su clamoroso lenguaje las horas del día, anunciando las festividades del culto o de los Santos Patronos. Los campanarios, decían las crónicas, rivalizaban en jubilosos repiques. El tañido de las campanas de San Francisco era más austero y fué su campanario el sitio predilecto de los chicuelos. Los muchachos del colegio en su inquietud arrancaban de los bronces del campanario estrépitos que ensordecían. Las de San Francisco eran las campanas más sonoras, por lo que los escueleros José María Mendía, Juan Vicente Alegre, Augusto Alsina, Antonio Graciano, Octavio Ezquer, Leandro Coussat, Fernando Ramón Pampín, Vicente Ubeda, Eduardo Matoso y otros las preferían y en los toques y repiques desgranaban por los cuatro vientos inquietantes sonidos, aunque dicen que la voz de las campanas es la voz de Dios. Sin embargo, molestaban al vecindario los frecuentes campaneos.

Tales revelaciones juveniles comenzaban a perfilar las personalidades del futuro: hombres de la política y personajes de la ciencia.

* * *

El movido gobierno del doctor Pujol, cuya obra hemos esbozado ligeramente en el presente capítulo, llegó a su término en diciembre de 1859.

Con justificada razón este hecho preocupó hondamente al pueblo correntino. No fué el gobierno de Pujol solo una administración de progreso, se gozaba en ella la delicia de la justicia y la paz que necesitaba Corrientes para reponerse del borrascoso pasado de su historia.

Le sucedió en la primera magistratura el clérigo José María Rolón, personaje combatido por una violenta oposición enca-

Digitized by Google

bezada por José Pampín y Manuel Ignacio Lagraña que desde las columnas del periódico "La Libertad" iniciaron una campaña "fiscalizadora", que hería hondamente la conducta de los hombres de gobierno; es sin embargo aceptable que el gobernador Rolón no obstante su capacidad intelectual y cultura, no fué del todo feliz en su administración pública. Sus actos al frente del gobierno de Corrientes, provocaron un movimiento revolucionario. cuya gravedad hízole demitir de su alto cargo, asumiendo el poder el 9 de diciembre de 1862 el señor José Pampín, en su carácter de presidente primero de las cámaras legislativas.

Pampín, dice Mantilla, en sus "Crónicas" pertenecía al señorío patriciado, de hondo arraigo en la sociedad y la política y más que todo en los negocios y desinteresado cooperador de la causa pública, sin embargo poco pudo realizar en su breve administración que apenas duró un año. En 1863 asumió la dirección del gobierno don Manuel Ignacio Lagraña, quien llamó a colaborar en su benéfica administración a los doctores Tiburcio Gómez Fonseca, Juan José Camelino. Felipe José Cabral, vale decir toda una generación de hombres doctos, universitarios laboriosos que dieron lustre con sus talentos al gobierno de la provincia.

Entre las muchas y loables iniciativas cumplidas se debe destacar la reforma de la Constitución de 1864, a cuyo estudio intervinieron las más destacadas personalidades; para su aprobación fijóse el 25 de mayo del mismo año y la ilustre asamblea fué presidida por aquel abnegado benefactor de la humanidad y hombre de ciencia, doctor José Ramón Vidal.

---

(1) La imagen de Jesús Nazareno, es de época colonial. Fué su dueña doña Angela Cueva y las fiestas del Santo se realizaban los miércoles santos en casa de la familia Semino. Fué heredera directa de la imagen doña Angela Gorostiaga, cuya piedad cristiana la indujo a depositar la venerada efigie en la Iglesia Matriz. En ocasión de un viaje que realizó a Corrientes el obispo diocesano monseñor Rosendo de la Lastra y Gordillo, entregó la misma a don Casto Vedoya, cuya custodia ejerció por muchos años y actualmente un miembro de su familia hízole eregir el hermoso templo gótico que guarda la renombrada reliquia, que se venera en el templo de su nombre.

(2) Crónica publicada por "La Opinión", el año 1853.

(3) La torre colonial que estaba al lado de la vieja iglesia demolida, fué mandada construir por el general Madariaga en homenaje a la Cruz de los Milagros a quien el vencedor de Laguna Brava atribuyó el prodigio de haberlo protegido para obtener su triunfo. La campana de la misma torre fué donada por un judío italiano converso.

(4) Bonpland vivió mucho tiempo en el caserío de Santa Ana, actualmente "Bonpland", donde el ilustre botánico francés tenía su propiedad rural y en la que formó su familia, cuyos numerosos descendientes viven aún en Paso de los Libres. El relato de Paso de los Libres, pertenece al señor Enrique Borrás.

Digitized by Google

Digitized by Google

NARRACIONES

Digitized by Google

Digitized by Google

UN CONVENTO ILUSTRE

La austera orden mercedaria tiene una historia transcendente en la conquista espiritual de este pueblo. Sus apóstoles llegaron a Corrientes al comienzo de su fundación y podríamos decir con el mismo Licenciado don Juan Torres de Vera y Aragón; así lo afirman algunos documentos, como aquel en que se anota que el Adelantado cumplió con amplios poderes, que para ello obtuvo de Su Majestad el Rey en 1588, la misión de asignar sitio a cada Orden de las cuatro comunidades mendicantes, dándole una cuadra de tierra por igual en la ciudad y determinando en la campaña la jurisdicción en que podían mantener la limosna "que los fieles les diesen de reses de ganado mayor y menor."

A la comunidad mercedaria tocóle el actual sitio, frente a la entonces denominada Plaza Mayor.

Al comenzar el siglo XVI, llegaron los primeros frailes mendicantes, de escuálidas siluetas, envueltos en mísero sayal, pero hombres de cristianas virtudes, conduciendo la primitiva y fiel imagen que debía ser más tarde Patrona y Protectora de la naciente ciudad colonial.

En el núcleo heterogéneo de estos abnegados religiosos venían hombres austeros y elocuentes que en la madre patria forjaron y templaron su existencia en una vida de silencio y privaciones.

En el nuevo mundo desenvolvíanse leyendo libros santos en las celdas penumbrosas y llevando, en la remota aspereza del bosque, la paz a los corazones de los neófitos, la ardiente necesidad de sembrar el calor de su infinita bondad y caridad, cumpliendo una maravillosa obra de amor.

Y así se caracterizaba la vida monástica del siglo XVI, luchando no pocas veces con la fiereza del indio, y la propia naturaleza contra la acción humana.

Pero el fraile "recto y magnífico con la señal de la Cruz" proseguía su obra por el sendero sin fin, solemnizado por las plegarias y el amor.

* * *

Digitized by Google

Fué el 13 de septiembre de 1660 cuando apareció una plaga de langostas, gusanos, sequía y otras pestes, castigando la ciudad y la campaña, reuniéronse las autoridades y el clero en pleno Cabildo, haciendo solemnes votos a la Virgen de las Mercedes para "que sea servida perdonar nuestras culpas y pecados y librar a esta ciudad de toda plaga y peste, jurando todos los moradores de la comarca como los allí reunidos, hacerla Patrona de la ciudad y sus contornos y formulando votos con la solemnidad necesaria de festejarle su día y la víspera con todo regocijo y de tenerla nueve días en novena." Con toque de caja y acompañado de algunos vecinos fué llevado a sus paternidades un pliego con la copia del acta del juramento, suscripto por el capitán general Roque Mendieta de Zárate, Gabriel Toledo, Nicolás Villanueva, Bernardo Centurión, Ambrosio de Acosta y Miguel de Lencinas.

Una exhortación patética

El 13 de septiembre de 1813, es decir, siglo y medio después, se ratificó en la misma forma el voto espectacular de 1660, al impulso misterioso de un mandato divino. No sólo se imploraba a la Virgen "gracias y misericordias, asimismo fertilidad en los campos, abundancia de cosechas y tranquilidad a sus habitantes, despojando las densas nieblas de la irrupción de los indios, de los ladrones y facinerosos que han empezado a invadir nuestras fronteras por Guanizú Quatiá; ordenando y mandando que las noches del 23 y 24 haya iluminación general en la ciudad en obsequio a la Señora Soberana, Reina Nuestra, Patrona y Protectora, que de cada casa asista por lo menos un individuo a la víspera y función, dirigiendo votos al Gran Dios de los ejércitos invencibles para que conduzca a estas Américas hasta dejarlas sentadas en el trono de la libertad y del derecho, por los medios más suaves y tranquilos, que nuestra santa religión permanezca incólume, pidiendo que N. S. Pío VI se restituya a su sede pontificia." (1).

Agregábase a tan suplicante y patética exhortación el cierre de toda casa de venta y trabajo particular durante la procesión de la imagen, bajo pena de 24 pesos de multa a los infractores, destinándose la mitad de la multa "al Estado y la otra al culto de la Soberana Madre y Señora."

(1) Pío VI se hallaba prisionero del Directorio en Francia donde murió.

Digitized by Google

Una era de plegarias y cultura

Y la crónica conventual es nutrida en 1662. Fué animada por los latinistas fray José del Aguila y Ríos y fray Bruno Hernández y Sánchez Moreno. El fraile Hernández era poeta y artista. Leía a Virgilio, la Biblia, a San Agustín y a Cicerón lo mismo que la Regla de San Benedicto. Ilustraron una época en latinidad y elocuencia.

Funcionaba una escuela elemental, en la que aprendían conocimientos rudimentarios los hijos de los esclavos. Se menciona en algunas crónicas la enseñanza de la música, dibujo y matemática.

Abarcó el convento un período de prosperidad, y de la vida eremítica y humildísima de los primeros días nació la comunidad opulenta y magnífica por excelencia. Sin embargo, carecíase de las comodidades materiales; así reza un documento de aquel año, suscripto por el reverendo Sánchez Moreno y dirigido a las autoridades de Corrientes, denunciando la pobreza material del convento, edificado en madera y barro, por no "haber minas de cal en la jurisdicción, lo mismo la iglesia, pobre ermita, habitáculo humilde y sin forma." La fábrica se componía de ocho celdas, más bien chozas irreverentes, y la iglesia requería reparos; los únicos objetos de algún valor eran los de la sacristía, ornamentos y vasos, una custodia, cuatro imágenes de talla india, libros de teología (algunos de éstos impresos en Venecia en el siglo XVII) de apergaminada encuadernación que aún subsisten en la biblioteca del convento.

Agrupábase en torno de la iglesia, inmensamente desconcertante, sin más punto de referencia que el emblema de la cruz, la ranchería de los domésticos. semejante a un cortijo andaluz. Vivían en ella cincuenta y ocho esclavos, que los padres habían recibido de "los fieles devotos de la casa." Estos morenos infortunados servían en las obras de la ciudad, entonces población reducida de dos mil habitantes; trabajaban en la huerta conventual, lozana y florida, y acompañaban a los religiosos que salían a recoger la consabida limosna para la comunidad y la redención de los cautivos. Aun viven algunos pocos descendientes de aquellos esclavos de la Virgen, conservando la tez morena de sus antepasados.

Servía de infinito marco al vetusto caserón conventual

Digitized by Google

el gran río, codicia de los conquistadores, testigo de incontables aventuras, empenachado de luz y poesía. Ya Cabotto, el navegante, había arrancado secretos de su seno.

Esplendor del Siglo XIX

Estamos en 1826. Proseguía sin interrupción la obra espiritual y cultural de la comunidad. Los gobiernos civiles no descuidaron el culto religioso y así la religión obró con eficacia bajo el influjo de los hombres de estado. Citaremos en primer término a don Pedro Ferré, el entusiasta carpintero de ribera, que descubre la necesidad de la creación de una escuela, para salvar el escaso patrimonio intelectual, amalgamando la vieja cultura colonial con la moderna.

El 26 de abril de 1826 el brigadier don Pedro Ferré propuso al H. C. P. la creación de una escuela de primeras letras, bajo el método lancasteriano y otra de dibujo y matemática, instituto que se inauguró el primero de enero del año siguiente.

Fueron designados encargados de la enseñanza: de primeras letras, el agrimensor don Narciso Parchape; de latinidad, don Juan Paulino Cabral, y de música, don Antonio Santos Adlub. A la escuela se le dió el nombre de Colegio Argentino de Nuestra Señora de las Mercedes.

El mismo año, el virtuoso gobernante, que ocupaba por segunda vez el alto cargo, introducía la primera máquina tipográfica, y a los pocos días de fundarse el Colegio Argentino, ya funcionaba en el ex convento de Santo Domingo.

Ferré lamentábase no tener en Corrientes un padre Castañeda o un sujeto capaz "que nos dé algunos periódicos para nuestra institución. Los frailes, fuertes en teoría musical, difundían la armonía, y el más seguro método de canto litúrgico se espandía en los silenciosos atardeceres, a la hora del *Angelus*.

Con la llegada de los primeros misioneros franciscanos el Colegio se transformó en escuela privada. Los servicios prestados fueron importantes y definitivos.

La influencia mercedaria declinaba sensiblemente, más con la ley de reforma, que fué su golpe de gracia. De la adversidad, dice el padre Toledo, salvaron unos pocos religiosos que con el tiempo reaccionaron.

Fué entonces cuando se extinguió el convento de Corrientes, por la falta de religiosos y se entregó más tarde, junto

Digitized by Google

con la iglesia, a los beneméritos discípulos de San Francisco de Asís.

Los últimos mercedarios de Corrientes fueron fray Hipólito, fray José Zamudio, fray Muñoz, fray José Zambrano, fray Alejandro Frutos y el hermano N. Basso. Todos eran correntinos, exceptuando el padre Muñoz y el hermano Basso. En Paso de la Patria actuó el padre mercedario fray José de Yedro, designado cura doctrinero en el capítulo provincial de Buenos Aires del año 1868.

Un clérigo ejemplar

Pero si el convento se había extinguido, quedaba en pie su obra. El Colegio Argentino subsistía. En 1855 asumió su dirección el presbítero, doctor José María Rolón, ilustre hijo de Corrientes, que había aprendido las primeras letras con el benemérito fray José de la Quintana y atesoró los rudimentos del saber que "lo destacaron ventajosamente, en estudios posteriores, en la labor de su augusto ministerio sacerdotal."

Fué el doctor Rolón "autor del proyecto de ley, en 1856, por el cual se adjudicó el templo de la Merced a los franciscanos de la Propaganda Fides del Convento de San Lorenzo, que fueron traídos de Roma por gestiones del gobernador Pujol. En su carácter de Delegado eclesiástico, en acto público los puso en posesión del convento, el 13 de enero de 1857, en cuya ceremonia pronunció un elocuente sermón alusivo el prefecto de Misiones, el sacerdote Constancio Ferrero."

Acompañaban a fray Constancio los padres Adriano Casalis, Ignacio Riccioni, Marcelino Osenda, Colombano Massuchi, Florentino Gatti, Aurelio Patrizzi, José Dellorto, Mauro Mazzuferi, Fortunato Marchi, Pacífico Gabella, y los inolvidables padres Filiberto Bocchio y Antonio Belli, de alma científica y generosa el primero y de alma angélica y artista el segundo, según delicada expresión de un orador elocuente.

Las florecillas de Asís

La obra de los franciscanos proseguía activa y segura. El convento renacía "fértilmente" y la música y las plegarias surgían como florecillas de entre las rústicas columnas del claustro.

De todas partes, de la ciudad y la campaña, se auspiciaba con dones este apacible retiro de las glorias franciscanas.

Digitized by Google

Ya empezaban a delinearse los primeros perfiles del nuevo templo, con la acción generosa y patriótica de los gobernantes. Se elevaba sobre todas las casas, hendiendo el espacio como ensoñadora aparición, "buscando en los cielos las huellas de los caminos de Dios."

La prédica de los ilustres sacerdotes conmovían la ciudad, y las crónicas del año 1860 recuerdan, particularmente, la sagrada oratoria de fray Constancio, cuya delicada figura, de cuerpo débil y flaco, pero de sobrio intelecto, enternecía a los fieles. En el púlpito, parecía elevarse hacia la contemplación de la verdad y las cosas divinas.

Bajo las venerables bóvedas del convento alentó el espíritu de la ilustre hermandad, en la humilde dulzura religiosa, en la sabiduría, en la cultura de la dignidad humana y en el misticismo del arte.

Aparece en escena, y se deja oír como un salmo, la austera personalidad de fray Filiberto, que pidió al arte de Santa Cecilia la expresión de un *Tantum ergo*, ideando la construcción de un órgano que más tarde enternecía con sus notas sublimes.

Historia de un fraile y de un órgano

Fray Filiberto, dice Bernárdez, "fué uno de los espíritus más profundos, más sabios y más puros que pueden citarse como contribución de la piedad monástica al honor y al servicio del humano linaje. Desaparecido Filiberto, quedaba su compañero fray Antonino, el organista, abrumado por el golpe que le llevó el mentor y amigo de treinta años."

Este buen fraile, prosigue el cronista, —gordo y saludable, insinuando por todos los poros la revelación de una vida sustanciosa y tranquila—, tiene una perenne sonrisa beata en la ancha cara conventual y era conmovedor hasta el llanto oírle contar la historia del órgano, la vida santa del sabio muerto, oírle hablar de su "caro fratello Filiberto" sin dejar de sonreir mientras se limpiaba con la manga del hábito los lagrimones que le corrían. Y entre la beata sonrisa del cuerpo satisfecho y el hipo de la aflicción sentimental, explicaba los trabajos y tropiezos de la obra magna: primero tentaron hacer una especie de gran acordeón y él, Antonino, empezó a aprender el instrumento campero. Pero una tarde que ensayaron solos, en la iglesia cerrada, el padre Filiberto se indignó: dijo que parecía "un peringundín." Entonces resolvieron hacer un

Digitized by Google

órgano en regla. Fray Filiberto, que no sabía jota de música, le preguntaba a Antonino la forma de cada instrumento, y los iba modelando, primero en tierra, después en lata; pero había que rehacerlos muchas veces, hasta que, a juicio del músico, daban las notas... Entonces los colocaban, y así fué saliendo... La trompa casi los hace fracasar. El acento guerrero no salía... cuando, por fin, después de dos años de trabajo, una nochecita, el órgano reveló su alma armoniosa en acordes inefables de un *Tantum ergo;* fray Filiberto cayó de rodillas llorando y pasó la noche sobre las losas. Fray Antonino, con pasmo del vecindario, se pasó hasta el alba sin soltar el teclado, desatando un frenético torbellino de música incoherente, mezclando polkas y motetes, sobre la ciudad dormida."

El Angelus

Concluído el órgano e inaugurado con toda pompa y solemnidad, faltaban las campanas, en concordancia con el magnífico y elevado campanario. Las campanas en uso eran pequeñas, y sus melancólicos tañidos se ahogaban en un estrecho límite. Fray Filiberto ideó entonces fundir las campanas. Preparó los útiles (horno, crisoles, arcillas, arenas de moldeo, el metal de viejos cañones) y a la hora de la oración invitaba al público para presenciar la fundición de los metales que serían convertidos en enormes campanas, bautizadas con los nombres de "El Rosario" y "El Angelus". La operación no pudo ser más feliz, revelándose la alegría en el rostro solemne y grave del fraile.

La vida monástica no se detuvo, pues, en la intolerable tiranía del claustro; fué dulce y tranquila, entre verjeles floridos, entre los deleites de la hermandad y del amor, la ciencia y el arte, prodigiosa en sensaciones y generosa en bondad.

Ritmos ilusorios

El recuerdo de estos frailes vive latente en el pueblo correntino. Parece que aún ambularan las sombras de los exquisitos religiosos por las penumbras místicas del templo y que de sus manos nudosas brotaran las notas del órgano improvisado.

Con los reverendos padres Gabriel Grotto, Cornelio Casalis y Lorenzo Mondanelli, termina la pléyade de abnegados discípulos del Santo de Asís que dejaron huellas imborrables de

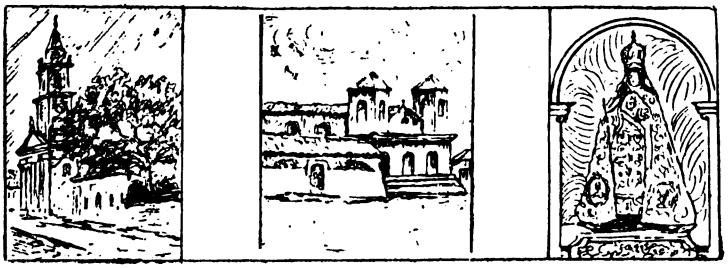
Digitized by Google

su apostolado; ellos fueron los constructores de una obra que ha de perdurar en los anales religiosos y sociales de Corrientes, como un monumento de sus propias virtudes.

Fray Lorenzo, después de una acción educadora de un cuarto de siglo, ausentóse a Chile, para proseguir en las ingratas tierras de Chillán la misión evangélica, cultivando el amor y la piedad, como lo había hecho en Toscana, país de sus juveniles fervores sacerdotales. El infortunio quiso que fuera el predestinado, el héroe de la desgraciada jornada de febrero de 1939: aplastado bajo los escombros de la iglesia de Chillán, derrumbada por el cataclismo más espantoso que registra la historia del vecino país, como resucitando de los escombros, abnegado y austero, mutilado, bañado en sangre generosa, se le vió salir de entre los muertos y entre los ayes de los heridos, prestando los alentadores auxilios de la religión, lleno de amor y compasión a sus semejantes.

Es ésta la breve historia de un convento ilustre, que fué el primer jalón de nuestra cultura.

Digitized by Google



LAS DOS VIRGENES

En lejanos tiempos, casi al promediar el siglo XVIII, el virtuoso canónigo Zabala, de la ciudad de Asunción del Paraguay, con el piadoso fin de enriquecer el acervo religioso y artístico de la histórica catedral paraguaya, encomendó a un reputado artista de la ciudad de Nápoles la ejecución de una imagen que representara fielmente, según los cánones, a Nuestra Señora del Tránsito, titular de la iglesia asunceña, a estar a los relatos de don Luis R. Peña.

El mismo año, o sea 1742, no se sabe si por expreso convenio de las curias de Corrientes y Asunción o por mera casualidad, desde esta capital se solicitó del mismo escultor de la ciudad napolitana una reproducción de la imagen de la Virgen de las Mercedes, tal cual se le apareció al visionario San Pedro Nolasco en el cielo de Barcelona, y que desde el siglo XIII recibe el homenaje de gratitud y amor de los catalanes.

El escultor, de reputado prestigio en aquella ciudad del arte, puso bien pronto manos a las obras solicitadas y las realizó con la pericia que de él se esperaba, pues de su buril, según decían las crónicas, habían salido otras imágenes de singular belleza, que enriquecían las basílicas napolitanas y particularmente los altares de Santa Clara, de los que tantos elogios nos hace en sus novelas Matilde Serao.

Eran tan bellas las estatuas, que el artista no pudo menos que exponerlas a la consideración de los expertos, graves personajes y gentiles hombres que ostentaban las insignias religiosas de la Orden de San Jenaro, quienes no ocultaron su admiración por las hermosas tallas de N. S. del Tránsito y de la Virgen de las Mercedes destinadas a América (1).

Aceptadas por la censura artística, las dos valiosas piezas escultóricas fueron embarcadas en el navío "Parténope", que desplegó sus velas en el golfo de Nápoles el 5 de enero de

Digitized by Google

1742, realizando un viaje largo y venturoso. Después de seis meses las Soberanas Viajeras arribaron a sus equívocos destinos, predestinadas a dulcificar las almas y aliviar el dolor de los pueblos castigados por la violencia de las plagas y las guerras.

Sorpresa o desilusión tuvieron los correntinos al sacar de su envoltura la imagen esperada. Díjose que no era la Virgen de las Mercedes. El mismo clero, sin ser muy teólogo, a simple vista pudo notar que la estatua recibida, como representación de las Mercedes, no correspondía al original que se venera en el santuario barcelonés, ni siquiera similar a la histórica imagen de Tucumán, que lleva en sus brazos al Niño Jesús.

Sin embargo, la imagen por su belleza y divino mirar cautivó de inmediato a la multitud. Es una "bella y gentil Virgencita con linda cabeza de morocha ligeramente inclinada", las manos abiertas y llevadas hasta la altura del pecho. Descansa sobre un trono cuneiforme, desde donde parece desprenderse para volar hacia las regiones de la luz y la gloria. No es, por lo tanto, la representación de la divina y augusta Señora de los Cielos y de la Tierra que piadosa y misericordiosa desciende al valle de lágrimas atraída por el grito del dolor, llevando en su regazo al Divino Hijo. Es la gloriosa Madre del Salvador que termina su viaje terrestre desprendiéndose de los brazos de la muerte para reinar en cuerpo y alma, como su divino Hijo, en el Reino de la inmortalidad y de la gloria.

Muchos preguntábanse a qué se debía semejante absurdo, apreciado bajo el punto de vista de la teología, si bien no objetaban la obra artística (2).

Lo que pasó es fácil establecerlo, con el propio relato del escritor paraguayo: un lamentable error de rótulo hizo que las imágenes cambiaran de destino. Es así como nuestra Virgen de las Mercedes fué al Paraguay a velar por aquel noble pueblo y la Señora del Tránsito es adorada en Corrientes como Patrona de nuestro glorioso ejército, a la que recurren las correntinas en fervorosas peregrinaciones. Ella es la que preside desde su trono de luz los cortejos nupciales, entre las plegarias y salvas de júbilo de las novias y parejas de enamorados.

En Asunción no fué menor la sorpresa de los clérigos y feligreses paraguayos al recibir Zabala la hermosa imagen para la insigne Catedral. El propio canónigo tuvo escrúpulos para reemplazar la vieja imagen "Conquistadora" por la recién

Digitized by Google

llegada, que no satisfacía al culto, pues no coincidía con los cánones de la iglesia. Reproducíase en Asunción el mismo descontento de los creyentes correntinos. Pero en Corrientes, sólo fué efecto de la primera impresión. Luego los paraguayos aceptaron como hecho consumado el cambio.

Sin embargo, la situación de Zabala fué embarazosa, tanto que el clérigo asunceño resolvió regalar la nueva imagen a doña Lorenza Delgadillo, dama de ilustre prosapia, quien la colocó en el oratorio de su casa, donde pudo ser admirada por todos los habitantes de la ciudad.

Dice la crónica, que poco a poco fué aumentando el número de partidarios de cambiar "La Conquistadora" por la nueva Virgen, hasta que al fin doña Lorenza tuvo que ceder a tantas súplicas y, previa consulta con las autoridades competentes (desde luego las eclesiásticas), accedió a la sustitución con la salvedad de poder seguir guardándola en su casa, salvo los días de función, durante los cuales sería llevada a la Catedral.

"La nueva imagen siguió, en el período de la tiranía, las vicisitudes del pueblo paraguayo y más aún de las familias Zabala y Machain, que por herencia de sus mayores siempre se ocuparon del cuidado de la Patrona de Asunción que formara su antepasado el gobernador Irala."

Durante la guerra, prosigue el señor Peña, la célebre madama Linch pidió la imagen, adornada con todas sus joyas, para festejar el 15 de agosto de 1869 en Caá Cupé, donde se encontraba acampado el ejército con los infortunados habitantes de la capital, obligados a seguirle.

La imagen fué conducida al pintoresco villorrio y dicen que a pesar de los horrores de la guerra y estar devastado el país por los sucesivos contrastes, los festejos en honor de la Virgen asumieron inesperadas proporciones.

Desde entonces no se supo más del paradero de la imagen, hasta que un buen día apareció, misteriosamente, en un altar de la Catedral, la cabeza, envuelta en un pañuelo de seda negra.

En esa época se encontraba en Rosario de Santa Fe la familia Haedo, a quien avisaron del hallazgo, como heredera de la reliquia. Al poco tiempo apareció una mano en Humaitá, no sabiéndose cómo. Otro día dióse cuenta a los Haedo, que ya estaban en Asunción, que en los alrededores de la ciudad, el barrio "Yhcuá-rás" se encontraba la otra mano; y, efectiva-

Digitized by Google

mente, el fragmento histórico fué hallado en un ranchito inmediato.

La infortunada imagen fué reconstruída con los pedazos hallados, que estaban en buenas condiciones por las que facilitaron la restauración de la reliquia.

Dice el señor Peña en el texto de un documento personal, que el año 1877, bajo el gobierno de don Juan B. Gil, en circunstancias que hallábase en cisma la Iglesia con el Estado, produjose una cuestión entre el Gobierno y la familia Haedo, que desconociendo la autoridad eclesiástica del primero, no permitió se hicieran festejos a la imagen, negándose a prestarla para tal fin. En tales tira y afloja, el gobierno entabló demanda contra la familia que retenía la sagrada efigie, para quitársela y poner fin de una vez por todas al enojoso conflicto. "Se ofreció como defensor mi padre —dice el señor Peña—, que, con pruebas y documentos irrefutables, hizo que los jueces no pudieran menos que reconocer los legítimos derechos de la familia Haedo y fallaran a su favor."

El gobierno propúsose entonces traer otra imagen para patrona de la ciudad; pero enterada la familia Haedo de las intenciones del gobierno, resuelve regalar al pueblo paraguayo la venerada imagen, gesto noble que valió a los Haedo el que el mismo gobierno reconociera a esa familia y sus descendientes la mayordomía de la Virgen que siempre habían ejercido sus antepasados.

* * *

Lo que resulta más notable de esta episódica narración es, seguramente, la providencial ingerencia que tuvieron las dos veneradas imágenes en la cruenta guerra de la triple alianza, o sea la del Paraguay.

Si la Virgen asunceña siguió los pasos de la dramática retirada del ejército del Mariscal López hasta el pueblo de Caá Cupé, a cuyo amparo recurría la abnegada mujer paraguaya, la imagen de Corrientes fué a su vez la piadosa madre que protegió a las "cautivas", devolviéndolas sanas y salvas al seno de sus hogares.

---

(1) En aquel tiempo la escultura religiosa se preocupaba, más que de las formas, del traje y la ornamentación.

(2) Los artistas de la época se esmeraban en el rostro y las manos. El resto consistía en un simple esqueleto de madera. Jule Huré dijo de nuestra Virgen de la Merced, que le parecía una gran muñeca, por su aspecto amanerado

Digitized by Google

EL ROMANTICO IDILIO DE JUAN TORRES DE VERA Y ARAGON, Y JUANA ORTIZ DE ZARATE

La histórica ciudad de Corrientes, tiene el honor de haber sido fundada por uno de los más ilustres y famosos adelantados de la conquista y colonización hispana (1). Su nombre está ligado a los acontecimientos de mayor importancia del virreynato y el de su esposa, doña Juana Ortiz de Zárate, al del gran imperio de los Incas, pues su abuela materna, doña Leonor Yupangui, era hermana de Clara Beatriz Coya, biznieta del Emperador Huayna Capac e hija de Lopa Inca.

Después de haber esbozado la histórica leyenda de la fundación de Corrientes, es oportuno trazar algunos rasgos de una pareja romántica, ya que su unión fué una página de amor apasionado y sobre la que tan pocas y vagas noticias tenemos en los anales de la colonia (2).

El, un hombre joven de treinta y ocho años, de cabellos negros y ensortijados, de barba recortada, de figura esbelta y agraciada y de ojos de expresión peculiar, "bravo caballero de toga y espada que por alcurnia descendía del rey Don Ramiro I de Aragón, y ostentaba en sí toda la arrogancia y dignidad de los hidalgos españoles de su tiempo." "Fué brillante y ardoroso vate y el guerrero enternecido al son del laúd, dulcificaba sus bélicos ímpetus con melodiosas cantilenas, que demuestran que el eco fragoroso de la pelea se apaga en los latidos de un corazón enamorado y siempre con gentil garbo mantuvo el campo en varios encuentros ruidosos y aventuras galantes. Bizarro caballero de hermosa estampa y altivo donaire, donde escintilaban las dotes de su noble estirpe, rindió culto a la belleza como muchos de sus descendientes (3).

Este personaje era Juan Torres de Vera y Aragón.

En Charcas se inicia el idilio

Un día del mes de mayo del año 1577, por las estrechas callejas de Charcas lucía el oidor Juan Torres de Vera su arrogante porte aristocrático cautivando la simpatía de las don-

Digitized by Google

cellas chuquisaqueñas que tanta gracia despertaban en los capitanes españoles. Los ojos negros en el rostro tranquilo del hidalgo alumbraban de alegría. Soñaba tal vez en la conquista del corazón apasionado de una preciosa *ñusta.*

Fué en un espléndido domingo; las campanas de San Francisco llamaban a los fieles a la hora en que apenas el sol doraba las cumbres de Sica Sica y Shurukgilla. Las graciosas muchachas, envueltas en sus sayas tradicionales acudían presurosas a la ceremonia, para escuchar el panegírico de fray Barnedo, orador de notabilísima reputación en aquel tiempo y que tuvo tanta resonancia en el convento de San Francisco de Potosí.

Una multitud de personas encaminábase por la Alameda hacia la iglesia religiosamente, con sus vistosos atavíos dominicales. Destacábase entre todas las mujeres la figura gentil de una "candorosa mesticilla", sin rival en Charcas, que paseaba muy ufana su hermosura por las empinadas callejas de la naciente ciudad, de la que el oidor, prendado de sus ojos, siguióle el paso hasta la iglesia cercana.

Perfil de la cuzqueña romántica

Juanita la cuzqueña, era una moza hermosa y encantadora; de cuerpo ágil, miradas tiernas y bello conjunto, hija directa de Leonor Yupangui, siendo su padre el Adelantado don Juan Ortiz de Zárate. caballero de la Orden de Santiago, Gobernador, Capitán General, Justicia Mayor, Alguacil de todas las provincias y Gobernación del Río de la Plata y Encomendero de Tarija.

La bella *ñusta,* rodeada de admiradores, atraídos por la riqueza y la elevada jerarquía que investía su padre y por sus propios encantos juveniles, mostrábase cada vez más complacida de sus gracias y donaire. Como única heredera de un Adelantado de Su Majestad Felipe II, llevaba en su vestir un lujo deslumbrante, realzando su hermosura de princesa incásica y aumentando su gallarda esbeltez (4).

En Charcas se decía que la muchacha era voluble y coquetona y aquel mismo día lo reveló en la iglesia durante el sermón de fray Barnedo. Uno de los tantos enamorados, el "palomillo" Antonio de Meneses, que más andaba en torno suyo, resignóse a sufrir amargas penas al ver que los garzos ojos de Juana enfocaban a la recia figura de Torres de Vera, quien a su vez, ansioso de gloria y mucho amor propio,

Digitized by Google

juró ante la imagen de la Purísima, de hacer suya a la incomparable descendiente de los Incas.

Por su parte, el joven Matienzo, otro enamorado de Juana, había llegado de Lima para comprometer en matrimonio a la niña, invocando para ello su carácter de protegido del Virrey del Perú y de ser hijo nada menos que del oidor del Consejo de Lima y, finalmente, porque amaba con frenesí a la doncella y que, a pesar de su juventud, gobernaría cumplidamente en el Río de la Plata.

Acosada Juana por tantos galanteos, decidió por fin aceptar las pretensiones de Torres de Vera. No tuvo más en cuenta las insistentes súplicas de Matienzo, que ya había sido desplazado de su corazón.

Es de imaginar la situación del hijo del oidor de Lima. "Llora que llora, y gime que gime, Matienzo pasó angustiosos momentos, más cuando la sultana de su pecho le replicó irónicamente: ¡No puedo quererlo! Lo rechazaba con la misma impasibilidad, la insensibilidad noble que rechaza toda seducción" (5).

Decepción

Con el corazón destrozado el limeño regresó a la ciudad de los Reyes, llevando en su alforja de "peregrino enamorado" sólo pesares, pues en su fracasado idilio no sólo había perdido los encantos de Juana, sino también el Adelantazgo, títulos y mercedes. Mientras tanto, el oidor de Charcas ganaba amorosamente el corazón de la niña y fué tan así que al poco tiempo se vió a los enamorados pasearse por la alameda de la plazuela de la ermita de la Virgen del Vado, entre la complacencia y la admiración de todos, y así se iba sellando la felicidad de esos amores. Juan de Vera, en "un aparte" declaró su pasión a la doncella, y supo así que sería definitivamente correspondido.

En casa de doña Luisa de Vivar

Una "mesonera picaresca", mujer apodada en el pueblo "La Hurraca", se encargó de hacer conocer en la ciudad la grata nueva. Los primeros en conocerla fueron doña Agustina Matienzo de Aguirre, hija del oidor de Lima y Francisco, pretendiente de Juana que había regresado de la ciudad virreynal

Digitized by Google

para insistir en sus amores. En tal circunstancia se puso en juego todos los medios para hacer fracasar la proyectada unión matrimonial, dándose cuenta al Virrey de lo que ocurría. Se sabía que Toledo ponía todo su empeño para que el hijo de su favorito don Juan de Matienzo contrajese matrimonio con la interesante criolla.

Sin embargo, nada pudo la oposición del mandatario limeño; Juanita había dado ya su corazón al hidalgo español y como en este complicado idilio no había tiempo que perder, en un atardecer de otoño, el 24 de junio del año de gracia de 1577, Torres de Vera efectuaba la primera visita en casa de don Hernando Ortiz de Zárate, tío de doña Juana, en cuyo hogar vivía y se había educado la joven y futura prometida.

La amable doña Luisa de Vivar, esposa de Hernando, bella señora de cuarenta años, recibió al joven pretendiente con la proverbial amabilidad criolla y éste, besándole la mano a la usanza de los caballeros ibéricos, agradeció la generosa acogida que le dispensaba y en breve exordio expuso el objeto de su visita: solicitaba en matrimonio a su encantadora sobrina Juana.

"La respuesta a vuestras nobles pretensiones, no depende de nosotros —díjole doña Luisa—; sabéis muy bien que el extinto Adelantado, Juan Ortiz de Zárate, había nombrado tutor de su hija a don Juan de Garay, quien debe legalmente decidir de la suerte de la joven que aún no ha llegado a la mayor edad."

Ante tan atendibles palabras, el oidor Torres de Vera prefirió esperar, obteniendo en cambio, de doña Luisa y de Hernando, el permiso de seguir visitando a su prometida hasta tanto llegara Garay, quien había ya emprendido viaje desde Asunción del Paraguay a Chuquisaca, al fallecer Ortiz de Zárate en la forma conocida (6), testando a favor de su hija, declarándola heredera universal y por su sucesor en el Adelantazgo al que se casare con ella.

La "ñusta" rica y mimada

En cuanto se difundió en Charcas la noticia del próximo compromiso de Juanita con el oidor, la población dividióse en dos bandos: uno era favorable a Matienzo y el otro a Torres de Vera. En los grupos de personas estacionados en los

Digitized by Google

atrios de las iglesias y en la Alameda, se discutía al respecto como de un hecho trascendental en la vida política y social.

Es que Juanita era una personalidad de su tiempo.

"Nacida de un gallardo hidalgo vizcaíno y de una *palla* cuzqueña —que el compañero de Pizarro escogería a imitación de éstos, por su especial belleza entre muchas "vírgenes del sol"—, no cuesta creer que fuera bonita y agraciada, en esa edad primaveral que por sí sola es una gracia."

Doña Juana, salvo tal cual peculiaridad, debida a su situación de huérfana excepcionalmente rica y mimada, se parecería por lo análogo de la educación, gustos y hábitos, a sus compañeras del diminuto "grupo social" platense o potosino, el cual por otra parte, diferiría poco de sus congéneres de Lima y aún de Sevilla o Madrid.

Salvo rarísimas excepciones, era la mujer colonial una planta destinada a crecer, fructificar y secarse en la huerta casera, sin más perspectiva ni horizonte que los del inmediato vecindario. Ninguna iniciativa ni estímulo intelectual: la niña noble no escribía sino para firmar tal cual auto legal; ninguna lectura, fuera de un devocionario o vida de santos. Como emoción artística algún rasgueo de guitarra acompañando un *yaraví*... Tal debió ser la *ñustita* cuzqueña en cuya endeble cabeza venía a asentarse, a modo de un pesado *tucán* sobre un arbusto, aquella enorme herencia zaratina de encomiendas y minas, de estancias y chacras, complicadas con tres o cuatro pleitos en España y el Perú, fuera del pleito mayor, que era el de la gobernación rioplatense." (7).

La llegada de Garay

Y en la primera entrevista de Juana con Garay, que le explicaba el objeto de su venida, sin duda el antiguo huésped de Potosí volvería poco a poco a descubrir en las finas facciones de la joven enlutada y grave que le escuchaba, la de la pequeñuela a quien catorce o quince años antes, hacía saltar en sus rodillas.

No bien hubo llegado Garay a la ciudad de Charcas, vióse sitiado de varios pretendientes de la niña. Los más entusiasmados de sus adoradores eran Matienzo y de Meneses, pero de pronto fueron desilusionados, cuando el tutor de la *ñusta* les dijo que ya se había aceptado a Torres de Vera como futuro esposo de doña Juana Ortiz de Zárate, con el formal con-

Digitized by Google

sentimiento de sus familiares y albacea. Y así, Garay reconoce a Juan Torres de Vera y Aragón y "le niega a Matienzo la posibilidad de cumplir las cláusulas de la capitulación que Ortiz de Zárate dejó inconclusa."

Una escena dramática

Una escena dramática desarrollóse en casa de don Hernando, el 25 de noviembre de 1577, mientras doña Luisa tejía en su alcoba, platicando con Juana y el oidor Torres de Vera, sobre el próximo matrimonio.

"En ese momento entra Francisco Matienzo, sin ser sentido y oye hablar de la boda, por lo que en un diálogo tempestuoso con el odiado rival, le acomete en un impulso de muerte. Detiene su puñal el tintineo de la campanilla del Viático que sube de la calle y cae de rodillas con los demás. Sólo consigue Juana que Francisco se reporte y se vaya a cambio de la promesa de encontrarle esa misma tarde, en secreto, en la Ermita de la Virgen del Vado." (8).

La entrevista de Juanita y Francisco realizóse en la Ermita; "éste intenta persuadirle de que no se case con Torres de Vera; élla alega el compromiso tomado por su tío. Le suplica que recuerde el pasado y lo abandone todo aún a costa de perder el Adelantazgo, y Juanita le responde que no puede dejar de hacer cuanto esté a su alcance para librar la memoria de su padre de toda crítica. Insiste Francisco, resentido, acusándola de egoísmo y tachándola de ambiciosa y Juanita llora... Fuera de sí, Francisco, por esa resistencia, alza el puñal para matar a Juanita, que se ha echado a los pies de la imagen; pero ve de pronto resplandecer el nimbo del Niño y cree percibir en la mano de la Virgen un gesto de dulce prevención. Espantado por el milagro, deja caer el arma y huye, mientras Juanita sigue orando."

La boda

La dramática escena de la ermita precipitó los preparativos de la boda. En eso el Virrey de Lima escribió a Garay llamándolo urgentemente a la ciudad capital para tratar sobre el casamiento de Juana, porque la quería casar con un amigo suyo. Garay no respondió al llamado de Toledo, al contra-

Digitized by Google

rio, como hombre muy listo, apuró más bien la realización de la boda, que a los pocos días efectuóse en la penumbra del claustro conventual de San Francisco, en aquel convento enorme, donde vivían las virtudes y resplandecía la caridad, donde más tarde florecieron las letras y fué foco luminoso de la revolución libertaria de mayo.

La unión matrimonial fué bendecida el 3 de diciembre de 1577 por el piadoso padre y esclarecido varón fray Nicolás Diego de Yepes, protector a la vez de los indios del Corregimiento.

La ceremonia nupcial resultó sencilla y actuaron en ella como testigos por la novia, doña Luisa de Vivar y su esposo don Hernando Ortiz de Zárate, y por el novio, Juan de Garay y don Nicolás de Aguirre.

A la joven desposada rindiéronle homenaje muchos naturales, porque la niña tenía en su rostro el sello de su origen de princesa incásica; lleváronle regalos en joyeles y ánforas de plata potosina delicadamente cinceladas por orfebres indios.

Linda estaba la *ñusta* con su velo nupcial y la corona de azahares; llevaba un collar de brillantes incrustados en finísimo oro, prendedores, pendientes, anillos, "irradiaban su cambiante de luz y resplandores y los bordados de oro y perlas, entrelazados con delicada profusión, hacían desaparecer los anchurosos pliegues de su traje de seda."

El ya Adelantado Juan Torres de Vera y Aragón, lucía la elegante y ostentosa vestidura de los Conquistadores; Juan de Garay, de aspecto grave, daba mayor solemnidad a la ceremonia nupcial y recibía las felicitaciones de los amigos, como tutor de Juanita.

En casa de Torres de Vera efectuóse después otra breve ceremonia, de carácter muy íntimo. En el oratorio de esta hidalga dependencia, oficióse una misa. En las galerías, adornadas con escudos de armas, armaduras, trofeos y otros motivos simbólicos, realizóse una reunión de varias personas de figuración en la colonia, invitadas especialmente por el oidor, para consultarlas sobre la conveniencia de la fundación de Buenos Aires, que debía realizar en cumplimiento de las obligaciones del Adelantazgo.

En una salita "bien aderezada", estaba doña Luisa Ortiz de Zárate, doña Bernabé de Ribera, otras damitas que acompañaban a Juanita y oraban en voz alta.

Digitized by Google

Después de todo esto, sólo le quedaba al Virrey Toledo la ejecución de su venganza, porque "en empeño de amor es inútil luchar contra la omnipotencia de la mujer, sobre todo si lleva como Juana en sus venas la sangre vascongada de los Zárate y la real de los Incas." (9).

La venganza

El Virrey Toledo puso en juego desde Lima, su refinada perfidia y cruel política; "ordenó la prisión de Juan de Garay, que se hallaba aún en Chuquisaca, al tener conocimiento de la celebrada boda de doña Juana. Fué la de Toledo una medida impolítica e injusta." Al tanto Garay de los planes del dictador de Lima, protegido por la indulgencia de una oscura noche, no sólo pudo escapar de sus perseguidores, sino que en una hábil emboscada apresó a los esbirros del Virrey y les quitó las mulas, dejándolos de a pie.

Es evidente que Garay fué valiente, indómito, audaz, incansable ante la fatiga, constante ante la desgracia, astuto y fuerte; más que todo ésto era leal.

En su huída, Garay escogió el camino más directo como para demostrar su osadía, cruzando el corazón de un inmenso imperio y al final las estribaciones de los Andes, cuyas crestas enormes y deslumbrantes picos resplandecían de nieve y luz. Y así, después de inenarrables penurias, llegó a Santa Fe y más tarde a Asunción.

A los jóvenes desposados no les cupo mejor suerte. Fueron igualmente llamados desde Lima por orden del virrey y una vez en la ciudad virreynal, se los detuvo en calidad de presos, a fin de responder a las acusaciones que les habían formulado en copioso expediente.

¡Jamás soñaron los recién casados, que pasarían su luna de miel en una prisión de la ciudad virreynal!...

El proceso

Toledo, aprovechándose de tal circunstancia, descargó su enojo sobre la novel pareja, pues decía que su amor propio estaba herido y burlado con la desobediencia a su persona.

Las causas del proceso fraguado eran muchas, sin importancia, llenas de futilidad; si alguna tenía fundamento, sólo

Digitized by Google

podía ser la de usurpar la alta jerarquía de que ya estaba investido el Adelantado Juan Torres de Vera y Aragón.

Pero ¿qué jueces podían ser los españoles que obedecían a los dictados del licenciado don Juan Matienzo, padre precisamente del más encarnizado pretendiente de Juana Ortiz de Zárate?

Entre las acusaciones más viles agregadas al proceso, figuraba aquella de que Torres de Vera había violentado a doña Juana para contraer matrimonio. Fué entonces cuando el acusado hizo levantar una información para desvirtuar la enormidad de ese calumnioso cargo.

"En ese expediente declaró don Hernando Ortiz de Zárate, tío de Juana y su esposa doña Luisa de Vivar, en cuya casa se había educado y vivía la novia chuquisaqueña, diciendo que el matrimonio se había efectuado sin sugestión extraña y que desde el primer momento, apasionadamente se habían querido los dos jóvenes."

Pero como al Virrey no le importaba la verdad o la mentira, la culpa o la inocencia, si lo que se necesitaba era mortificar y humillar a los recién casados contra su despótica voluntad, los mandó como detenidos nuevamente a Chuquisaca, donde permanecieron algún tiempo y, recobrada la libertad por la protesta escrita de los españoles y criollos, "gozaron felices algún tiempo el bienestar que tanto deseaban."

Los descendientes

De este feliz consorcio, dice Garmendia, "nacieron en la ciudad de Charcas, Juan Alonso de Vera y Zárate en 1578, y Gabriel, un año después, cuyos ilustres descendientes figuraron con brillo en España y dieron beneméritos ciudadanos en la República Argentina y Chile, los que brillantemente ocuparon puestos de importancia en el gobierno, la milicia y las letras; honraron así el apellido que llevaban y muy bien puede decirse, que han sabido ostentar bien alto la bandera noble de sus antepasados."

En cambio, el Virrey Toledo murió aislado en un castillo, carcomido por su amargura. El fantasma de las víctimas de su despotismo sacudió siempre horriblemente su conciencia.

Digitized by Google

Muerte de doña Juana

La movediza fortuna no había abandonado a tan noble y valeroso Torres de Vera, pues doña Juana dejó de existir el 5 de enero de 1584, cuando su hijo Juan Alonso no había cumplido los seis años.

"El cielo cortó para sí esa bella flor chuquisaqueña, antes de que su esposo pasara a tomar posesión del Adelantazgo. La inesperada desaparición de doña Juana, bondadosa mujer que nunca midió la magnitud de sus sacrificios, dejó entristecido al arrogante Oidor y Adelantado, que con el alma destrozada, herido en lo más hondo de su corazón, sólo buscaba consuelo en sus hijos idolatrados, en los que vislumbraba la melancólica imagen de su esposa amada."

"En los últimos meses de su estada en Charcas, su paseo predilecto fué al sepulcro de su esposa; era la única distracción de su soledad, allí dejaba correr su llanto y elevaba sus oraciones al Cristo que velaba el silencio del cariño más grande de su vida."

Viaje de Torres de Vera

No había transcurrido un año de la muerte de doña Juana, cuando el Adelantado, dejando sus hijos al cuidado de sus tíos don Hernando y doña Luisa, abandonó las lejanas tierras del Perú y un par de meses después llegó a la ciudad de Asunción, trayendo los ganados que Ortiz de Zárate, su suegro, había comprometido importar al Río de la Plata, y asumiendo por lo tanto el mando de Adelantado, Gobernador y Capitán General.

Un año más tarde, es decir en 1588, funda con su sobrino Alonso de Vera, apodado "El Tupí" (10), la ciudad de San Juan de Vera de las Siete Impetuosas Corrientes, con la satisfacción de españoles y criollos, paz y quietud de los indios y, al finalizar el mismo año, emprendió nuevamente viaje de retorno al Perú por el camino de Santa Fe, a fin de unirse con sus hijos que lo aguardaban en Chuquisaca, y emprender con ellos viaje a España.

Digitized by Google

Epílogo

En su hermosa tierra natal, Torres de Vera y Aragón, Adelantado y fundador de ciudades, vivió en la mayor indigencia: el dulce amor a su patria le movía a renunciar al Adelantazgo. "Ya viejo y pobre, se presentó a la Corte en demanda de un subsidio, que le fué acordado en mérito de los inigualables servicios prestados. De su riqueza únicamente conservaba el estandarte real con que su padre y su abuelo emprendieron la conquista del Río de la Plata."

En la villa de Espepa, población de la riente Andalucía, falleció el novio romántico de Juana Ortiz de Zárate y Adelantado del Río de la Plata y fundador de la muy noble ciudad que llevó su nombre.

---

(1) Opúsculo del General Ignacio Garmendia.
(2) Crónicas potosinas.
(3) Folleto titulado: "Casamiento de doña Juana Ortiz de Zárate", (Garmendia).
(4) Crónicas potosinas.
(5) Imperio del Sol (Perú y Bolivia), Manzi.
(6) Falleció en Asunción el 26 de enero de 1576, atormentado por una disentería. Según una cédula real de 1664, se establece que su muerte fué causada por un veneno. Ortiz de Zárate era un rico hacendado y propietario de la mayoría de las casas de Chuquisaca.
(7) De las obras de Paul Groussac.
(8) Levillier: "Estampas Virreynales".
(9) "El casamiento de doña Juana", (Garmendia).
(10) Apodo que se daba en idioma guaraní a Juan de Alonso de Vera y que traducido al castellano significa "cara de perro", según algunos filólogos y otros dicen "por su cara morena."

Digitized by Google

CRONICA HISTORICA Y ROMANTICA DE 1811

En una apacible tarde de la primavera del año 1811, llegaban a Corrientes, procedentes de la ciudad de Buenos Aires, dos ilustres personajes. Eran el general don Manuel Belgrano y el doctor Vicente Anastasio Echevarría, que, por disposición de la Junta Gubernativa, iban al Paraguay por asuntos diplomáticos ante el gobierno del vecino país.

En Rosario, el doctor Echevarría se hospedó con Belgrano en casa de don Pedro Tuella y Monbesar, su viejo amigo y casi pariente, según la autorizada versión del historiador don Félix Chaparro, cuya ponderable erudición da carácter documental a su crónica.

"No podemos decir —dice Chaparro con certeza—, que Belgrano fuera presentado por primera vez a la familia, ya que habiendo pasado por Rosario anteriormente, a la ida y regreso de la expedición militar al Paraguay, es posible que el conocimiento se remontara a dicha oportunidad; no obstante, esta vez la visita, acrecentado su valer por la presencia del colega de misión, hermano de la dueña de casa, el cargo diplomático y la extraordinaria concurrencia de vecinos que iban a agasajar a los viajeros, debió dejar una impresión más firme y cordial en el huésped y los amos de la casa."

Y fué, posiblemente en ese hogar patricio, donde doña María Catalina Echevarría de Vidal, dama de corazón generoso y de abierta inteligencia, ansiosa de patria, de belleza y poesía, sintiendo en su alma de argentina ensueños de grandeza moral y espiritual, empezó tejiendo en sedosa tela un poema de amor patrio, y de sus manos blancas, al decir de Chaparro, "santificadas por el hecho mismo, nació la primera bandera bicolor argentina a la que después cantaría el poeta":

¡Páginas eternas de argentina gloria
melancólica imagen de la patria!

* * *

Ultimados los preparativos en Rosario, los ilustres viajeros reanudaron su viaje hacia el norte, y después de largos días arribaron a la ciudad de Vera de las Siete Corrientes. En

Digitized by Google

esta capital de provincia la presencia del general Belgrano suscitó jubiloso y desconocido entusiasmo. El apuesto militar fué saludado con las más cálidas muestras de admiración. La sociabilidad correntina encabezada por las familias patricias, colmaron de atenciones a los viajeros. Belgrano era ovacionado a cada paso por sus relevantes y austeras virtudes como por su heroica cruzada de redención en 1810 a través de Corrientes. fundando pueblos y echando bases de cultura en las feraces campiñas de la tierra guaraní, siendo Curuzú Cuatiá la primera fundación en el extremo sur de la provincia, desde cuyo histórico campamento escribía sus cartas al gobernador Galván, solicitándole con urgencia caballos en abundancia y ganado para que pudiera proseguir su marcha el fatigado ejército hacia el norte y arribar a las históricas orillas del Tebicuary.

Moraba a la sazón en esta apacible ciudad colonial, la familia del caballero español Juan Fernández Blanco, de ilustre estirpe, vinculada por su ascendencia a la vida y a la historia de la provincia y que, por su exaltación patriótica, había contribuído con su peculio donando dinero, joyas y bienes para costear la expedición de Belgrano al Paraguay, hecho que justifica la amistad del general Belgrano con tan encumbrada familia y la comunión de ideales en que se encarnaban la grandeza de la patria naciente, aunque los Fernández Blanco eran de descendencia española y el jefe de la familia permanecía fiel al rey y a la patria lejana.

Don Angel, el amigo de Belgrano, fué también el hombre sobre quien cargaba toda la responsabilidad de cuanto se remitía al ejército, porque las arcas del Cabildo y de la Real Hacienda no disponían de recursos en relación a las exigencias.

Una interesante descripción romántica de la señorita Justa Díaz de Vivar, de la brillante recepción ofrecida a Belgrano y a su ilustre compañero de misión, doctor Echevarría, revela las encantadoras costumbres patriarcales de aquellos tiempos, en medio de una sociabilidad cultísima y el respeto que imponían las tradiciones coloniales.

Afirma la crónica de aquella encantadora noche de primavera, que todo fué agasajos y honores; la vieja casona colonial habíase engalanado de luces y de gayas flores. Los jardines tan cuidados, despojáronse de sus galas para embellecer y perfumar los salones patriarcales y las vajillas relucientes salieron del escondite de sus arcas, para cumplimentar al universitario "salamanquino" y al ex asesor privado de Liniers.

Digitized by Google

Las dependencias de la casa solariega de los Fernández Blanco tenían aquella noche un aspecto de vergeles invadidos de colores y perfumes. "Era un bendito florecer de rosas." En uno de sus más amplios salones sirvióse el banquete de honor para lo cual "encendiéronse las lámparas de plata al aceite y se prendieron los candelabros con velas de cera." Los viejos servidores de la casa redoblaron sus actividades. Los esclavos lavaron, fregaron y cocinaron como en los grandes días de sus amitos. Y en la mesa grande y señorial, cubierta de blanca y rica mantelería de vieja Holanda, con flor de vetiber y pétalos de rosas, con vajillas de plata relucientes, rodeada de toda la familia de Fernández Blanco, el general Belgrano, vestido de gala, joven, buen mozo, apuesto y galante, ocupaba el lugar de preferencia.

"Los platos suculentos se sucedieron. Los rostros brillaron de emoción y de alegría, tratando de conservarse dentro de la estricta etiqueta. Y entre los postres, siguiendo la costumbre española, se sirvieron rojas granadas en platos de plata.

"El propio Belgrano, en cartas enviadas a su amigo de Buenos Aires, Ángel Fernández Blanco, decíale: "Tu padre me ha recibido con todas las galas y modales de gran señor español, con pantalones cortos y peluca blanca. A la usanza española, sirvió personalmente el primer plato."

La casa de Fernández Blanco en que fué recibido el vencedor de Salta, situada casi sobre las barrancas del Paraná y actualmente muy modificada, conservando sólo algunas rejas salientes, era entonces una de las más lujosas y cómodas de la ciudad colonial, de sólida estructura de basamentos de piedras y de muros construídos a base de ladrillos antiguos, que le daban un espesor considerable, que permitió en cada habitación una alacena "en que se guardaban los objetos de uso diario y que convenía tener a mano."

Los anchos corredores, sostenidos por horcones de madera tallada, eran lugares de labor y solaz, de los que pendían a manera de cortinados los floridos jazmineros y otras trepadoras que proyectaban frescura los días de cálido sol.

El patio cuadrilongo y el aljibe en el centro, era alegrado por arriates floridos, tiestos de gayas flores y el trinar de los pájaros al venir el día.

* * *

Como era lógico, el gobierno de Corrientes asocióse a las

Digitized by Google

cálidas demostraciones en honor del prócer. El gobernador Galván encontrábase de regreso a Corrientes después de la acción de Mandisoví, y su éxito contra los portugueses dieron mayor actualidad a la ceremonia. Un suntuoso baile tuvo lugar en los salones de los Perichón, una de las más encumbradas familias del patriciado correntino.

Cuanto tenía de distinguido y respetable, dice la evocativa crónica de la señorita Justa Díaz de Vivar, asistió a la fiesta. Unos por curiosidad, otros por simpatía, los más por sus vinculaciones sociales y políticas con el gobierno. Las damas de gran escote, según la moda, y largos y vistosos pendientes hasta los hombros descubiertos. Y la señora Rosario Fernández Blanco de Gómez Botello, vestida a la española, invencible, desafiadora y arrogante, con vistosas cascadas de cintas con los colores de la bandera hispana en su altiva cabeza. El general Belgrano, apuesto, amable, vestido de gala, con relucientes charreteras y uniforme nacional, le ofreció galantemente el brazo y juntos iniciaron el baile, paseando por el gran salón. El, por el azul y blanco de su bandera; élla, por los colores de su rey y por la España de sus amores.

Las escenas de la noche se grabaron para siempre en el cerebro de las damas que vivieron después largos años, haciendo el relato de la velada memorable con el encanto y la poesía que deja en el alma el tiempo que se fué y las risueñas imágenes de la edad juvenil.

Una de las descendientes de la familia Fernández Blanco, la señora Mercedes Torrent de Márquez, anciana ya, pero de una memoria feliz, no sólo relata brillantemente los pormenores de la espléndida velada del año 1811 retrasmitidos por sus antetesores, sino que también conserva con los objetos más caros a su corazón parte de la vajilla y una templadera de plata usada en la mesa de sus bisabuelos, cuando tuvieron el honor y el placer de recibir en su vieja casa colonial, de añejas costumbres españolas, al ilustre patriota argentino, general Manuel Belgrano.

Digitized by Google

ITATI Y SU GRAN SANTUARIO

Origen histórico

La pequeña y riente villa itateña tiene su origen en la primera cruzada evangélica del siglo XVI. Si bien ya existía en ese lugar un villorrio indígena poblado por las tribus itatiguá, que diéronle su nombre, fué el franciscano Bolaños el fundador de la reducción y culto a la Virgen que hoy se venera en el famoso Santuario, de histórica tradición lugareña.

La primitiva existencia de un caserío indio la comprueban las crónicas de 1528, la carta de Luis Ramírez y las declaraciones de Gabotto al referirse a la expedición del Paraná y el recibimiento que hiciéronle las tribus que poblaban la región. El cacique Yaguarú acogió en paz y con especiales muestras de obsequiosidad a los expedicionarios. "Les proporcionó abundantes vituallas, consistentes en mucho bastimento, así *abatí* como raíces de mandioca, patatas y panes hechos de las mismas raíces, muy buenos."

Como lo demuestra la historia, la reducción fundada por Bolaños tenía ya por base una población aborigen de antigua existencia.

Los indios moradores de la región de Yaguary, sedentarios y agricultores, de naturaleza bondadosa, se sometieron sin violencia al mandato de los conquistadores, y más tarde fueron distribuídos en encomiendas. Como lógica consecuencia, el padre Bolaños fundó con ellos una doctrina y reducción en 1615, que se denominó "la Pura y Limpia Concepción de Itati."

Digitized by Google

Vicisitudes

Pocos pueblos, en el correr de su historia, han tenido, como éste, tantas alternativas de sucesos prósperos y adversos, que enriquecieran su acervo folklórico con copiosas leyendas y milagrosos advenimientos.

La población, repetidas veces saqueada e incendiada por los indios, las sucesivas revueltas provocadas por las guerras civiles, el éxodo de sus pobladores y de su Virgen, a la que adoraban, hizo el nombre de Itati famoso y logró que ocupara páginas de intensa emoción en la historia de esta legendaria y heroica provincia. Y en medio de tanta confusión y desorden la acción evangélica ganaba terreno, se arraigaba hondamente en el sentimiento público, hasta que el pensamiento de fray Luis de Bolaños llegó a materializarse con la erección de un modesto santuario, reedificado en 1853 "mediante el eficaz cuidado del R. P. Juan Nepomuceno Alegre". Sin embargo, la población poco había progresado, salvo en recuerdos y sugerencias. Aún se conservan sus casitas de aleros y ventanas enrejadas de íntima y tradicional recordación.

El paisaje

Nada más encantador que este paisaje del trópico. Los atractivos de la naturaleza parece que se propusieran dar mayor fervor y encanto al culto de María, con la soberbia majestad de su río y la exuberante vegetación que atavía las pintorescas barrancas del Paraná. En el centro de ese paraíso vegetal se levanta el Santuario fascinante, donde arraigó y se engrandeció una fe vivísima, de excepcional importancia en la vida religiosa de nuestro país.

Visitar con espíritu de piedad y devoción esos lugares santificados por celestiales apariciones es transportarse a la edad más gloriosa de la historia de la Iglesia y retemplar la fe en los luminosos ejemplos que nos dejaron abnegados campeones de la santidad en este beatísimo rincón del suelo americano. Fray Luis de Bolaños, Roque González de Santa Cruz, fray Juan de Gamarra y el franciscano Juan Nepomuceno Alegre, serán siempre recordados como insignes apóstoles que trasmitieron la luz del Evangelio en la santa misión civilizadora y realzaron el espíritu humano para aproximarlo a Dios.

Digitized by Google

Hallazgo de la imagen

Sin ventilar los antecedentes históricos de si la imagen del Venerable Apóstol Roque González de Santa Cruz, llamada la "Conquistadora", es la misma que hoy se venera como Virgen de Itati, diremos que según "Recuerdos sobre Itati", valioso aporte a la historia, la imagen venerada a la que recurren todos los correntinos en busca de consuelo, fué hallada como a dos leguas abajo del pueblo de Itati, sobre una piedra de las muchas que suelen aparecer en las bajantes del Paraná; la recogieron de allí y en la costa del citado río, donde había una pequeña población de indios cristianos, frente a la piedra sobre la que se había encontrado la imagen, trataron de levantar un oratorio, principiándose en seguida a echar los cimientos de piedra. Mas en dos ocasiones la imagen desapareció de allí, encontrándosela cada vez en el paraje donde se hizo su iglesia y se fundó el pueblo de Itati, quedando extinguida la primera población a la que fué puesto el nombre de Tabacué, (expresión guaraní que significa "lugar que fué pueblo"), reemplazada hoy por un espeso bosque.

Pinturas antiguas de vivaces coloridos, nos representan el cuadro de la aparición de la Virgen con el venerable fray Luis de Bolaños de rodillas ante la imagen circundada de luces y grupos de indios que entre asombro y espanto contemplan el prodigio. Serían los cien primeros indios que formaron la reducción.

Los portentos

Fray Juan de Gamarra declaró bajo juramento el 23 de septiembre de 1664, "que el sábado próximo pasado, estando cantando la "antífona" *Regina Coeli* en lugar de la Salve que se canta todos los sábados, eché de ver en la Imagen una extraordinaria mudanza de rostro, y estaba tan linda y hermosa que jamás se la había visto y mandé llamar a los indios del pueblo para que la viesen, lo cual duró hasta el jueves de la semana de Pascua de Resurrección y se volvió a su ser de antes. Después, en los sábados en que se cantaba la Salve y en algunos otros días hacía mudanza de rostro, aunque no como la primera vez... Desde el 9 de septiembre hasta el día de hoy, todos los días ha hecho diferente demostración en el rostro, y ha habido días tres o cuatro diferencias y siempre hermosísima, aunque unas veces muchísimo más que otras."

Digitized by Google

Y fray Gamarra agrega después a sus declaraciones:

"Luego, el sábado 14 de este mes de septiembre, habiéndose cantado la misa de Nuestra Señora como entre las 9 y las 11, oí dentro de la iglesia como una música de voces o flautas y, entendiendo al principio fuese alguna cosa en el pueblo, salí y rodeé toda la iglesia y no oí nada, torné a entrar adentro y volví a oír como antes; y estando así un rato, para ver si la oían los otros, envié a llamar algunos indios y cantores del pueblo y todos la oyeron juntamente porque lo demostraron haciendo cada uno el mismo son y tono; en este tiempo estaba la dicha imagen transformada."

La visible y asombrosa mudanza del semblante de la Virgen de Itati y el hermoso concierto de voces de instrumentos que se oían en derredor de élla eran maravillas que se repetían en presencia de muchos testigos. De las sinceras como ingenuas declaraciones de fray Gamarra, se desprende una tierna poesía que emana de la fe que despertaba la imagen al derramar sobre su pueblo la gracia de su protección y consuelo.

Patrimonio artístico

La modesta iglesia reedificada por fray Juan Nepomuceno en 1853, fué embellecida en 1917 gracias a la munificencia del primer obispo de Corrientes (querido pastor de nuestras bellas tradiciones), monseñor Luis María Niella, quien de su peculio particular mandó construir el hermoso camarín de estilo neo-clásico, donde se puede admirar a la milagrosa imagen en su nicho ricamente ornado.

La iglesia, declarada basílica, es de estilo colonial; su interior es rico en altares y ornamentos antiguos: confesonarios, púlpitos, imágenes de talla india, relicarios y objetos de plata bien trabajados y de importancia artística.

En su biblioteca y archivos se conservan valiosos manuscritos, obras impresas en 1600 por la Compañía de Jesús, catecismos y diccionarios guaraníes, debidos a ilustres frailes que pacientemente catalogaron las más raras expresiones indígenas.

Uno de los lingüistas más famosos en su tiempo, fué, sin duda, el padre Bolaños, autor del catecismo en idioma guaraní; más tarde aparece el no menos famoso fray Juan de Gamarra, que completó la obra del primero. La vida del lugar invita a la labor paciente y especialmente en ese retiro, donde la paz

Digitized by Google

de los campos es acicate de labor y pensamiento. Es así como el R. P. Monreale escribe una interesante gramática en el silencio de la celda y el padre Bajac la historia de la Virgen. Una serie de sacerdotes insignes por su santidad y cultura salieron de este luminoso santuario, para honra de la iglesia correntina.

La imagen

No es escultura india, es talla española. Está considerada, artísticamente, como obra maestra de la estatuaria del siglo XVI. Erróneamente algunos historiadores afirmaron que la Virgen de Itati es escultura jesuítica. El artista supo imprimir al rostro una gracia y una delicadeza sobrehumanas. Todo denota su procedencia española, y tiene el piadoso sentimiento que ponían en sus obras los artistas del Renacimiento hispano.

Se ha comprobado, por las investigaciones del padre Gelós, que la imagen está esculpida en cedro y castaño europeos y fué revestida, posteriormente, de una artística dalmática blanca recamada de finísimo oro y piedras.

Tampoco Itati se libró del pecado artístico de vestir a su Virgen, con ropas, manto y velo que sólo dejan libre, a duras penas, cara y manos. "La costumbre se explica y era necesaria en las imágenes del siglo XVII, que eran maniquíes, sólo con la cara y manos modeladas o esculpidas, pero es absurdo en estas otras vírgenes vestidas en la talla, como es la imagen de Nuestra Señora de Itati."

La venerada Virgen fué solemnemente coronada por disposición de León XIII en 1900, a cuyo efecto se la condujo a Corrientes. En el pórtico del Santuario de la Cruz, monseñor de la Lastra colocó la corona aúrea en la cabeza de la Virgen, entre las aclamaciones delirantes de la multitud.

Por otra resolución de la Santa Sede la Virgen de Itati fué proclamada patrona de la diócesis de Corrientes, el 17 de abril de 1917.

Promeseros y peregrinos

Los creyentes correntinos adoran, desde remotos años, a su Virgen predilecta, exaltándola en sus canciones; para ellos es "madre, amparo y refugio", títulos que, con algunos agregados más, le dan, en guaraní, en las plegarias y en los cán-

Digitized by Google

ticos. Cada año miles de fieles de casi toda la región convergen en el santuario en busca de consuelo para sus almas.

Son impresionantes las caravanas de peregrinos que cruzan la soledad de los bosques y de los campos, las llanuras escuálidas y desiertas entonando cánticos tradicionales de la férvida adoración. El paisaje, rico en perspectivas, les sirve de adecuado fondo. Carretas de lenta marcha, tiradas por bueyes, van cargadas de promeseros que llevan presentes y dones a la Virgen. Siguen al convoy los peregrinos de San Luis, San Cosme, Santa Ana y de otras localidades próximas, llevando en andas las imágenes de los Santos Patronos de sus respectivos pueblos, acompañados por sacerdotes, que cabalgan heroicamente al frente de sus feligreses.

El Santuario

El nombre de la Virgen de Itati resonó en todos los ámbitos de la república, en el Paraguay, Uruguay, el Brasil y finalmente en las más lejanas regiones donde se erigieron altares en su honor. En virtud de los numerosos milagros de la Imagen santa, la afluencia de devotos al Santuario es cada vez mayor; y de todas partes llegan súplicas, votos y promesas.

Por eso la pequeña iglesia se está transformando en un templo rico y majestuoso. La nueva basílica, de proporciones enormes, nos recuerda los templos romanos por su estilo y grandiosidad. En la América del Sur no existe templo con cúpula igual. La de Itati se eleva, como un himno de amor hacia Dios, a setenta metros del nivel del suelo. De tal altura la mirada abarca un panorama inmenso: las rientes campiñas de Corrientes y Paraguay, y en el centro de espesos bosques, en toda su belleza, el curso tortuoso del río Paraná y las verdegueantes islas que decoran con su flora el paisaje.

La Basílica, vista desde afuera, abisma, como las catedrales europeas; vista de adentro, deja extático al visitante.

Para mayor majestad, fué colocada sobre la alta cúpula la imagen de la Virgen hecha en bronce, que mide siete metros y medio de altura. Su corona está iluminada por lamparillas eléctricas, que servirán de faro a los navegantes y de guía propicia a los peregrinos.

Admirable es el paisaje que circunda al Santuario. Hasta él no llega el ruidoso eco de la ciudad turbulenta; y en esa quietud paradisíaca, más próxima del cielo, el alma, desprendida de la materia, goza de una paz casi divina.

Digitized by Google

RECUERDOS DEL CAMPAMENTO DE PASO DE LA PATRIA

Mitre, el poeta soldado

Deseo destacar en este capítulo en ligeras semblanzas, los bellos y evocadores lugares de nuestra provincia, cuya historia avivan los recuerdos gloriosos de la tierra correntina, donde los viejos senderos nos conducen por la soledad melancólica de la verde campiña, trazados por la epopeya y la oración.

Las plumas vibrantes de autorizados historiadores y las delicadas y armoniosas de los poetas, esbozaron ya en trozos épicos o en estrofas heroicas el sugestivo significado de esos lugares y pueblos. Es que nuestra tierra fué de ínquietudes guerreras y de oraciones de peregrinos que imploran a la milagrosa Virgen de Itati, tierra de gente buena y simple que alegra la comarca donde la imaginación aun parece ver los fantasmas de la guerra y oír el clamor de las trompeterías de los soldados, que entusiasmados van con Mitre y sus generales a cruzar el Paraná y la vanguardia correntina rindiendo culto a la musa inspiradora del legendario general del chambergo clásico, que fué entonces el símbolo viviente de la patria.

Al cruzar el Desaguadero y el Ipucú, los frondosos bosques de quebrachos que se alzan en sus riberas hacían revivir en nuestra memoria la lectura de "Treinta años después" del doctor Carlos Pellegrini, de aquel alférez largo, lampiño y desgonzado según su propia expresión, que venía a Corrientes desde su campamento de Ensenada a derrochar el último caudal que habíale llegado de Buenos Aires.

De esos bosques seculares salieron muchos elementos para la guerra. De los fuertes troncos de árboles, se labraron vigas y construyéronse balsas y chatas de transporte de tropas y víveres. Eran muchas las dificultades de la navegación a vapor y de la lentitud de los barcos que venían con cargas de Entre Ríos y Buenos Aires y de otros puertos del litoral argentino.

¡Sublime esfuerzo fué el de aquellos generales y de aquellos hombres! Y qué decir de los infatigables paisanos correnti-

Digitized by Google

nos, obreros insubstituíbles en las penosas tareas del ejército, quienes ya habituados en las campañas contra la tiranía, eran hábiles en los trabajos más complicados; con Ferré aprendieron prácticamente las industrias de la guerra, construyendo barcos y fabricando enseres para las tropas, improvisándose artesanos y quienes con sus brazos fuertes derribaban a golpes de hacha los añosos *timbóes* para hacer canoas en que cruzaban los ríos o los arroyos que se interponían como barreras a los avances de los ejércitos libertadores. Todas estas sugestiones y muchas otras sentimentales, nos transmiten esos lugares norteños que bordean el Paraná, en cuyo suelo accidentado se encuentran infinidad de lagunas y cañadas que enriquecen la región y contribuyen a mantener la exhuberante vejetación que lo decoran.

En esta ruta de la historia todo está como era entonces: los mismos y "hermosos parques naturales y arroyos que parecen trazados por la mano de un paisajista" y hasta se ven los rosados flamencos que describe Pellegrini, "en línea de batalla", en las orillas de las lagunas alzando el tardo vuelo y se pueden escuchar aún semejantes cantos de calandrias y zorzales y los gritos de nutridas bandadas de loros parleros que vienen del Paraguay, poniendo en el espacio sus notas de colores.

* * *

Vamos cruzando los amplios naranjales verdes que trepan las alturas "aureolados de sol a cuyo cobijo el humilde poblado esconde la rústica monotonía de su vivir" a la sombra de su "iglesita colonial", donde los salmos devotos de los "san cosmeros" imploran a la pequeña imagen del virtuoso eremita, que es como una estampa de nuestro itinerario evocador.

El sol decora la campiña de reflejos dorados, entre la sombra negra y verde de los naranjos en flor. Muy cerca, en una laguna inmensa, donde "han remansado las alas del tiempo, tejieron su epitalamios felices la tradición y la leyenda." A su vera acampó el ejército aliado en 1865, preparando el paso espectacular del Paraná y la invasión del territorio enemigo. Aún subsiste en San Cosme la casa en que se alojó Mitre, en la que fulgura el recuerdo del héroe con vivos centelleos. Mas los colores de la realidad "se apagan un poco, la estampa tiene la melancolía de las cosas marchitas." Pero la casona vive entre la sombra perfumada de azahares, viven asimismo en la

Digitized by Google

solidez de sus columnas que sostienen el alero colonial, los añejos romances del poeta soldado, la sombra marcial de sus generales que ultimaban los planes de la gran acción, "teniendo fe en su buena estrella."

Desde esa rústica habitación, el general Mitre escribía las memorables cartas al vicepresidente de la Nación, doctor Marcos Paz, poniéndole al tanto de las novedades de la campaña, al mismo tiempo que le urgía el envío de víveres, ropas para las tropas y materiales de guerra, indispensables para la empresa. Mitre, preocupado por la solución de tantos y graves problemas, matizaba asimismo las horas de su labor en su alcoba solitaria, escribiendo viriles versos en que cantaba como ninguno al heroísmo, "embebiendo sus miradas en las amplitudes luminosas de los campos festoneados de naranjales y de erguidas palmeras que agitaban sus gallardos penachos semejantes a los de las quimeras de los conquistadores."

En este villorrio, poblado entonces de unos quinientos habitantes, encontró el general Mitre cordial acogida y era visitado por los vecinos más caracterizados, contándose entre éstos los Corrales, los Añasco, los Vallejos y Sotelo, en su totalidad soldados y patriotas de las campañas libertadoras y que habían servido bajo las órdenes de Ferré, Madariaga y Lavalle en los famosos levantamientos contra la tiranía. El general complacíase en platicar con esos viejos veteranos, generosos y aguerridos, de cuyas conversaciones surgían las resonancias de invencibles espadas o de lanzas impetuosas en sus ataques, ya sea en las acciones temerarias de Pago Largo, Vences o Caá Guazú.

¡Para cuántos pasajes de la historia sirvieron a Mitre los relatos interesantes de esos hombres de quienes el general supo aquilatar los valores cumplidamente probados en los campos de batalla!... Por eso el poeta tuvo para los héroes de la guerra, el canto de la epopeya.

* * *

Según una tradición popular, el general Mitre fué invitado en su campamento de Paso de la Patria para asistir a las enfervorizadas fiestas de la Navidad de 1865 en la "iglesita" de San Cosme, a la que tantas veces iban las mujeres humildes y devotas a implorar al Altísimo por el triunfo de nuestro ejército y donde todo un pueblo custodiaba la pequeña imagen del santo ermitaño, esculpida tal vez por algún tallista

Digitized by Google

indio y a la que Dios púsole la faz de santidad. El San Cosme fulguraba esa Nochebuena entre las ceras encendidas, embellecido por las sugestivas leyendas populares.

Mitre, acompañado de su plana mayor asistió a la ceremonia, luciendo su vistoso uniforme militar: chaquetilla azul con botonaduras doradas, bombacha blanca y botas de charol y kepí galoneado, con los dorados atributos de su alta investidura, cargando además en su costado, el típico sable de vaina de plata y recamada empuñadura de oro. Era su figura de porte distinguido y elegante en su andar, caracterizado por su ensortijada melena y barba poblada, que dábale el aspecto austero de un apóstol, como que lo era para la patria, en esas inciertas horas, en torno del cual se agrupaba la valiente oficialidad argentina.

Al amanecer del 25 de diciembre, el general y sus acompañantes regresaron a su cuartel general, vitoreado por todos los pobladores a su paso por la campaña.

Los últimos sobrevivientes de la guerra del Paraguy, describían la figura de Mitre con fervorosa recordación. Visitaba los campamentos en su caballo de guerra y los recorría con la sonrisa en los labios, presagiando tal vez el triunfo que veía con sus proféticas miradas. Esos viejos soldados hacían un retrato, brillante y simpático del general y amigo al que ellos habían estimado y seguido como a un semidiós de la guerra.

Pero prosigamos de nuevo nuestro itinerario evocador. En este mes de septiembre, la campiña se ve favorecida como pocas veces por la festiva decoración de sus dorados naranjales y la tierra de labradíos vése recogida en la promesa de sus bellos paisajes. Los árboles, las flores y los frutos son como los versos de un poema, pregoneros de abundancia. Más allá el Paraná con majestad de padre retrata en "su cristal majestuoso el azul magnífico de los cielos", que cubren tantas riquezas naturales.

La floresta se ensancha y los campos de cultivos extienden sus verdores hasta el lejano infinito. Son los cañaverales que, como dulces promesas para el trabajo, forman el mágico cuadro, de luz y color en la campiña correntina.

Nuestras cabalgaduras estimuladas por el hermoso día primaveral adelantan sus pasos y nos conducen de pronto al histórico campamento de Paso de la Patria, que evoca una gloriosa epopeya. Por todas estas rutas de la ubérrima campiña hallamos recuerdos que sorprenden al viajero emocionado. Uno

Digitized by Google

de esos recuerdos es, seguramente, el quebracho centenario debajo del cual Mitre instaló su secretaría, guareciéndose a su sombra. Y este testimonio de aquel heroico pasado sigue proyectando su sombra bienhechora en la verde pradera, como en los lejanos días de la historia.

El lugar que ocupaba el campamento y cuartel general de los ejércitos aliados está cubierto actualmente por espesa floresta. Algunos que otros árboles arrojan sus hojas y sus flores en este mes, mientras tanto el *samuhú* y el *ceibo* ponen vívidas notas de colores sobre la masa verde del follaje.

* * *

Sobre esta vasta planicie efectuáronse los preparativos de la invasión al vecino territorio, empresa descripta por Mitre sin una palabra de retórica, pero con la más intensa fuerza narrativa.

El general, desde su histórico cuartel de las Ruinas de Itapirú escribe al vicepresidente de la nación, doctor Marcos Paz, dándole cuenta de la acción efectuada, con fecha 19 de abril de 1866, expresándole su íntima satisfacción por la victoriosa jornada, agregando: "La empresa que me ha tenido preocupado en estos últimos tiempos, está realizada con todo honor y gloria para los ejércitos aliados, y sin que una empresa de esta magnitud nos haya costado más que un insignificante número de muertos y heridos."

"El boletín que oficialmente le acompaño, y que lo he hecho publicar en Corrientes, le instruirá de lo ocurrido en la invasión del territorio enemigo, así como de los gloriosos combates que ha sostenido hasta llegar a este punto, el general Osorio, jefe de la primera expedición invasora, y en los que este general se ha conducido de una manera que ha satisfecho todas mis aspiraciones."

Es oportuno recordar que los bizarros batallones correntinos fueron de los primeros que entraron en contacto con los aguerridos ejércitos del mariscal López, y su heroísmo se caracterizó por una gran persistencia en la lucha a pesar de los esfuerzos agotadores que se acumularon durante la preparación de la campaña.

Existen pocos rincones de la Nación que encierren tantos recuerdos como la tierra correntina. Cada retazo de su suelo tiene su historia o las huellas de las borrascas que pasaron sobre

Digitized by Google

ella. En sus campos se cumplió la primera y gloriosa manifestación de la victoria.

Pero más allá de los primeros claros del boscaje se extienden las llanuras de los campos de Corrales, teatro de la sangrienta batalla al arma blanca entre paraguayos y correntinos que tuvo lugar el 31 de octubre de 1866, siendo vencidos y dispersados los invasores, obligándoseles a reembarcarse en dispersión.

Anteriormente, en la época de la conquista y colonización, Paso de la Patria había sido ya lugar de sacrificios humanos. Alonso de Vera, después de reñida lucha con los indios guaycurús y ágaces coligados, obtuvo sobre ellos una gran victoria.

Aun existen muchas otras rutas de la historia, de devoción y belleza que pueden ser visitadas por el viajero ensoñador y tradicionalista, recorriendo los senderos del Corrientes heroico, donde aun se guardan las bellas remembranzas del pasado y en los que la naturaleza es siempre pródiga y triunfadora en los espléndidos cuadros primaverales llenos de sugestiones de arte y poesía.

Digitized by Google

ABNEGACION Y SACRIFICIO DE LA MUJER CORRENTINA

La historia de Corrientes es pródiga en páginas sublimes en que la mujer es presentada como ejemplo único en la abnegación y sacrificio. Muchas inmortalizaron sus nombres en el dolor, en la larga prueba de constancia y en la fe del mañana, en las pruebas del llanto ante el martirio de sus hijos y en el espectáculo dramático de las guerras civiles. Corrientes mostró a América que esta tierra era digna de mejores destinos, porque sabía sufrir y se purificaba en el dolor.

Eran sus criollas las que agitaban el sentimiento libertario en la provincia, con loca y generosa audacia, con tentativas desesperadas y en las preocupaciones del espíritu. Ellas provocaron el sentimiento del amor doloroso, apasionado cuando se trataba de amar a la patria oprimida y humillada, la que sólo existía en el culto secreto del corazón y en una invencible esperanza. Entonces surgía del alma femenina una extrema protesta ante la desventura.

Es que no siempre la victoria refulgió sobre nuestras espadas; muchas veces Corrientes, como el Redentor del Gólgota, fué coronada con espinas y mancillada en su altivez. Y es como un poema de renunciamiento la pasión de sus mujeres cuando ponían su valor indomable al servicio de la libertad.

¿Dónde está el poeta que cante tantas desventuras, abnegación y generosos sacrificios?

* * *

Comienza con las graciosas mujeres de los primeros años de la fundación de Corrientes, que se llamaron Lucía de Salinas, Isabel Gómez, María Sánchez Cabrera y Francisca Ledesma, los efectos consoladores de la piedad, cuando con sus caritativas manos estas criollas arrojaban las primeras semillas en "los campos del bien."

Durante la vida colonial todas cooperaron con singular decisión en el culto de la patria, de la religión y de la caridad en que apoyaban su fe inquebrantable. En los días tristes

Digitized by Google

ponían con sus encantos juveniles la nota festiva en los corazones dóloridos. Fueron ellas las que en los luctuosos días de la peste devastadora acudían al lecho del enfermo, las que arrojaban lluvias de frescas flores a la Virgen para pedirle en cálidas plegarias las gracias divinas por la salud del pueblo castigado por el flagelo, y las que en amables sonrisas aplacaban las iras de las hordas de la tiranía que arremetían con sus enfurecidas violencias y desenfrenadas pasiones.

"Corrientes vivía en sus apacibles horas virreinales. La rodeaban airosas palmeras y las brisas saturadas de azahares traíanle el lento campaneo del convento adormilado, mientras a sus pies, el río majestuoso espejeaba el sol o el múltiple titilar de su cielo sereno y encantador."

"Calma de soledad en las calles sin empedrar, caballos ensillados en las puertas de las casas y el rústico banco en que a la luz de la luna se cantaba al amor. Casas de anchas paredes de adobes, techos de dos aguas, angostos aleros sostenidos por pilares de quebracho tosco y retorcido. Jardines encantadores en que se entrelazaban las begonias y los helechos gigantescos y en los que entre palmeras y naranjos se cuidaba el *ñangapirí* o el *guapurú* indígena."

* * *

La ciudad se conmueve con la llegada de Belgrano que va rumbo al Paraguay, enseñando a los pueblos los ideales libertarios, y la aldea pobre y triste, sin más industrias que las caseras, ni más comercio que el de menudeo, vuelca los ochavos de su escarcela en las arcas del ejército revolucionario; alista sus hombres en los distintos batallones y ofrenda al general el niño heroico de Concepción, que conoce la historia con el nombre de "Tambor de Tacuarí."

En medio de este cuadro aparece el gesto de aquellas damas, ejemplos de emulación y de la generosidad correntina que, como María Tiburcia Rodrigo de Fernández Blanco, ofreció a Belgrano todas las alhajas de su uso para el ejército de la patria; Antonia Rosa Lagraña de García de Cossio, doscientas cabezas de ganado vacuno; su hija Antonia Rosa, cien cabezas y en caso de urgencia todas sus alhajas; Margarita Lagraña ofreció también cien cabezas de ganado, y María Antonia Fernández de Díaz Colodrero, en caso de urgencia para la patria, ofreció todos sus bienes y las alhajas de cinco hijas,

Digitized by Google

además las personas de siete hijos para el servicio, entre éstos un clérigo.

Entre estas nobles damas aparece una figura singular de mujer. Y es Antonia Rosa Lagraña de García de Cossio. Un día oyó hablar en una tertulia familiar, de que los reyes de España fueron despojados de su reino por las invasiones francesas en la península ibérica, tierra amada de sus mayores y, de que los criollos, antes de caer en poder de los galos prefieren ser un pueblo independiente. La noble dama siente el halago de la patria nueva para ella y para sus hijos, nacidos todos en tierra americana.

Sabe que Belgrano y sus soldados son los que han de realizar esa proeza y entrega sus haciendas y sus alhajas para transformarlas en pesos fuertes para las arcas militares.

Angela Acosta de Madariaga, es otra de las figuras de perfiles legendarios. A través de los hierros retorcidos de su casa solariega vió un día alejarse a sus hijos que jineteando en briosos corceles iban a dominar las huestes rosistas. Doña Angela elevaba al cielo sus ojos velados por las lágrimas y pedía a la Reina del Paraná que iluminara su camino y aquellos varones, cubiertos como por una coraza por el amor materno, enaltecieron el nombre de Corrientes, escribiendo páginas brillantes en la historia argentina (1).

Pasan los años y las luchas políticas señalan a la familia Madariaga el camino de la proscripción. Allí va la caravana de carretas cruzando esteros y fosfadales bajo vigilancia de sayones groseros. La noble patricia, a quien acompañaban sus hijos y hermanos, sufren estoicamente los ardores del sol, las molestias de la lluvia. En Santo Tomé les espera la carreta que debe conducirles al Brasil, y la caravana de exilados demuestra el valor de la mujer correntina que gozaba de grandísimo influjo sobre los patriotas y el destino de la provincia.

Son las mujeres de la poesía homérica que corren por los prados floridos; son las mujeres de Palas cuyo dios dióle el arte de hilar y tejer las hermosas telas para la confección de ponchos, vestuarios y divisas para los soldados del ejército.

* * *

En el curso de nuestra historia encontramos frecuentemente admirables figuras de mujeres que con estoicismo espartano consagraron un culto fervoroso al porvenir de la patria. Aparecían como heroicas visiones en los campos de batalla y

Digitized by Google

así se las vieron en Pago Largo, en Caá Guazú y Vences, proveyendo, cual samaritanas, de agua a los ejércitos y en lo más arduo del combate prestaban auxilio a los heridos, mitigando sus dolores, exponiéndose a las balas homicidas del combate, y animando a los patriotas con sus cánticos guerreros.

Y estas animosas y valientes correntinas podían decir orgullosas, como las mujeres de Esparta: "Hemos muerto aquí todas por obedecer santas leyes." Es decir, las leyes de la Patria.

En la interminable lista de estas heroicas mujeres, no faltaron tampoco aquellas denodadas criollas que dejaron sus hogares para seguir a sus compañeros que formaban en el ejército del general Lavalle. Y estas siguieron a los patriotas a través de la República, montadas en sus escuálidos caballos, desfigurados por las indecibles penurias de aquel camino de sacrificio.

De las trescientas mujeres que siguieron al ejército del infortunado guerrillero, hasta los lindes más lejanos de la patria, apenas regresaron setenta a sus hogares para seguir poco después a sus compañeros que se incorporaban al ejército de reserva en los campos de Villanueva a las órdenes del general José María Paz. "Estas abnegadas mujeres, dice Bonastre, estaban disfrazadas de soldados, ingeniosa ocurrencia del general Paz, sirviendo a éste para explotarlas en su provecho engañando al enemigo que quedó inmovilizado en gran número."

En la lista de patricias beneméritas merece señalarse como ejemplo de altruismo doña Margarita Serrano, que desde San Roque ofreció al gobernador Ferré todos sus bienes en una notable carta inflamada de un acendrado amor a su tierra natal.

Dice el citado documento:

"¡Patria!, ¡Libertad!, ¡Constitución!

San Roque, noviembre 2 de 1841.

"Excmo. Señor:

"El cielo no me ha concedido la fortuna de tener hoy hijos para ofrecer a la patria para su defensa y satisfacer así el ardiente deseo de contribuir a su libertad y a que no caiga por un momento en las ensangrentadas garras del monstruo Rosas y de su digno esclavo...; pero tengo bienes de fortuna con que contribuir a esta

Digitized by Google

grande obra; para ello nada reservo, y todos los pongo a disposición de V. E. para que pueda en parte proveer de lo necesario a nuestro valiente y virtuoso ejército. Ruego a V. E. no deseche esta oferta que es la expresión de mis deseos por la libertad, paz y dicha de nuestra patria.

"Margarita Serrano."

El gobernador Ferré, al agradecer tan patriótica oferta, expresó en nota dirigida a la señora Margarita Serrano:

"Este heroísmo, señora, es un título de honor para Corrientes, que sus hijos sabrán apreciar debidamente. Pero todo es sacrificable, antes que los medios de subsistencia de tan ilustre matrona; ellos deben servir para hacer cómodos los días de su existencia, de que no puede cuidar su perdido esposo."

"¡Quiera el cielo dárselos y muy felices! En ellos quedarán llenados los más ardientes deseos del que tiene la honrosa complacencia de saludarla.

"Villa Saladas, noviembre 4 de 1841.

"Pedro Ferré."

La proclama suscripta por las matronas correntinas es otra página incomparable del apasionado amor a la libertad, que fué lanzada a la luz pública en los días dramáticos de Caá Guazú, llevando a los corazones de los patriotas un incentivo magnífico que preparaba los espíritus para la lucha en las graves horas que se cernían sobre las armas de los ejércitos de la libertad común.

No faltaron matronas encumbradas que renovaron aquel gesto generoso en que blazonaron su alcurnia en sus donaciones como las patricias de 1811 a la llegada de Belgrano.

En los prolegómenos de Caá Guazú se repitieron esas escenas de desprendimiento, de la proverbial generosidad criolla representada por doña Dominga Cabral, Benigna Lagraña, Juana Francisca Cabral, Isabel Gramajo, María de Jesús Perugorría, Luisa Almirón y Antonia González.

Otras damas no menos meritorias pusieron al servicio de la provincia su inteligente labor doméstica, en la confección de banderas y estandartes para las divisiones del ejército.

Tejieron la bandera de Caá Guazú, que se conserva en el

Digitized by Google

museo de Corrientes, doña Susana Roa, Angela Escobar, Ana Flora Lavalle y Telésfora Perichón.

* * *

En el largo desfile de mujeres correntinas, debemos ubicar en primer término a la abnegada Margarita Berón de Astrada, figura legendaria, cuya vida de martirio la coloca en la plana mayor de las damas patricias. Aún subsiste la casona colonial de anchos aleros, donde moraba hasta los últimos días doña Margarita, hermana del mártir, rodeada de recuerdos tristes, en cuyas habitaciones palpitaba el alma del héroe de Pago Largo.

¡Cuántas veces vimos a la anciana trabajando en sus menesteres domésticos y otras en las primorosas labores de bordados y randas, inclinando su cabeza de plateados cabellos sobre el bastidor, con jovialidad inimitable! La casa patriarcal se halla situada en la calle Plácido Martínez, entre las de Buenos Aires y Salta y está a punto de ser demolida por exigencias del progreso... ¡Cuántas mansiones históricas han desaparecido por la misma causa!... Tocarále el turno también a la casa donde alojóse Belgrano en 1811. En ella los Fernández Blanco ofrecieron al prócer la histórica recepción que nos dice la crónica romántica de la colonia, debida a la pluma galana de la señorita Justa Díaz de Vivar.

Aún nos parece ver la silueta casi centenaria de doña Margarita, sentada cerca de la ventana, enrejada de madera dura groseramente torneada. Allí pasaba las horas la anciana con su criada, pulida y circunspecta, que le prodigaba los cuidados de madre. Algunas tardes la veíamos salir de San Francisco, donde la viejecita oraba para consolar sus hondas penas, que no cesaban desde el martirio de su hermano, con quien se identificaba en pensamiento y hasta en su físico y que resultaba así como el desdoblamiento de dos almas gemelas.

Doña Margarita pasaba largas horas de angustias en el florido patio colonial, con esa otra Margarita, igualmente abnegada y apesadumbrada por el semillero de pensamientos que agitaban su cerebro inquieto, mientras el "manco" Paz, su esposo, reorganizaba los ejércitos vencedores de Caá Guazú.

Y así, la residencia de Margarita Berón de Astrada, era ennoblecida por la concurrencia de muchas figuras de la historia colonial, donde el alma de la patria palpitaba en todas las confidencias y conversaciones; el recuerdo del mártir estaba

Digitized by Google

latente y reanimaba los relatos de las escenas trágicas de las guerras civiles, y cada episodio era una evocación enternecedora que embargaba el alma dolorida de esas dos mujeres estoicas que consagraron sus vidas al cuidado de los grandes paladines de la libertad argentina: Genaro Berón de Astrada y José María Paz.

Las dos Margaritas estaban unidas por idéntico dolor, por la misma abnegación y sacrificios, y se identificaban en iguales sentimientos de conmiseración, de dulzura, de delicadeza hacia el vencido o el vencedor.

Como las mujeres de la *Ilíada,* no hablaban de los combates "sin añadir que son de un origen de lágrimas para los pobres mortales."

Evocaban como una leyenda, la triste situación de los vencidos de Pago Largo, pero sus almas estaban heridas profundamente por aquella terrible escena de ultraje y de sangre.

En su imaginación dibujábase el trágico cuadro de la batalla erizadas de lanzas que desgarran las carnes y arrancan la vida.

Y Margarita Berón de Astrada, habrá repetido como en los cantos homéricos, que no todos los héroes que perecen en los combates, tienen el triste destino de su hermano martirizado.

Margarita Weild escuchaba a su amiga y le musitaba palabras sentidas y consoladoras. Ambas mirábanse y gruesas lágrimas desprendíanse de sus ojos hechos para el llanto.

La casona de doña Margarita era en aquel tiempo centro de reunión y en su sala se rendía el más fervoroso culto a la patria y a los héroes que perecieron luchando por la libertad y la grandeza de la misma.

* * *

Durante la guerra de la Triple Alianza, la mujer correntina pagó bien cara su altivez y fervoroso patriotismo. Cinco de ellas fueron arrancadas de sus hogares y llevadas como rehenes por un enemigo implacable.

Actualmente, cuando tanto se comentan las vicisitudes de las "cautivas" de 1865, con motivo de la erección del monumento al general Mitre, en el parque de su nombre en esta ciudad de Corrientes, en cuyas bases están representadas las escenas de la guerra y, en alegórico grupo las damas que marcharon al cautiverio y con ellas el niño Cabral, de dos años, va-

Digitized by Google

mos a insertar en estas evocaciones un notable documento debido a una de las cautivas, la señora Victoria Bar de Ceballos, tan vinculada al patriciado de esta ciudad, en que hace revelaciones interesantes de las penurias pasadas con sus compañeras a las que la posteridad ha dado el nombre de "Las Cautivas."

En el documento de referencia, en que la señora de Ceballos formula declaraciones al presidente de la Sociedad Pro Centenario, don Juan Vicente Medina, en 1909, relata en forma emocionante los sucesos que pusieron a prueba el temple de esas damas "cautivas" de 1865. La señora de Ceballos falleció a la edad de 87 años, el 26 de julio de 1926, en la capital de la provincia.

He aquí el histórico documento:

"Casada muy joven con don Alejos Ceballos, tenía apenas dos hijos: una mujer y un varón, cuando en una preciosa noche de luna, sentí que golpeaban, no como para llamar, sino para romper las puertas de mi casa situada en la calle Julio.

Me levanté sobresaltada; abrí los postigos de una ventana y con asombro vi más de quinientos soldados paraguayos estacionados en la calle.

Sobrecogida de espanto, corrí hacia el dormitorio de mi suegro, don Alejo Ceballos, padre, anciano de más de 75 años, sin haber tenido tiempo de vestirme.

En el dormitorio y en otras piezas anteriores, habían entrado más de sesenta paraguayos.

Cuando llegué al umbral de una de las piezas, ya estaban maniatando al viejito. Llevaba conmigo a mis dos hijos pequeños en brazos. Mi esposo no estaba. Habíase ido al campamento situado en San Lorenzo, lugar de nuestra estancia.

El que mandaba las tropas paraguayas, al verme me dijo: "De orden suprema las llevaremos a ustedes presas." Así se hizo, dándome sólo lugar para vestirme en presencia de ellos, porque no permitieron que fuera a mi departamento a hacerlo.

En seguida nos llevaron al antiguo Cabildo y nos sumergieron en un horrendo calabozo. Allí ya estaban encerradas en calabozos inmundos las señoras del coronel Alsina, del coronel Sosa, la señora de don Manuel Cabral y la señora de Osuna.

Toda la noche la pasamos en la mayor desesperación, sentadas sobre el duro y frío pavimento, cada una con centinela de vista.

Se me olvidaba decir que todas estábamos separadas.

Digitized by Google

Muy temprano, al día siguiente, nos condujeron entre guardias armadas como se hace con los grandes criminales, al punto de embarque.

Embarcadas y siempre entre soldados, nos condujeron a Humaitá.

En Humaitá nos hizo decir el tirano que la medida tomada reduciéndonos a cautiverio, tenía por objeto servirnos, porque con la guerra, en Corrientes íbamos a pasar muy mal. De allí nos llevaron a un punto que se denominaba "Guardia Tacuara." De este punto, en carretas nos llevaron al pueblo de San Juan, caminando día y noche.

En San Juan estuvimos dos años. A los quince días de estar allí, nos comunicó el mariscal López, que no podía mantenernos ni vestirnos, y que nos alimentáramos como nosotros pudiéramos hacerlo. . .

Debo hacer presente que jamás se nos retiraron las guardias que nos custodiaban.

A los dos años nos trasladaron a Caá Pucú y nos estacionaron durante un año.

De este lugar nos llevaron hasta las cordilleras, en un punto denominado Paso Ezcurra, siempre marchando sobre carretas. De Paso Ezcurra a Caá Cupé ya no tuvimos más carretas y nuestras marchas eran a pie, a razón de cuatro leguas por día, y nuestra única alimentación la constituía las naranjas agrias.

Ya sin calzado (descalzas) marchábamos de la manera más penosa sobre pedregullo. Los arroyos los pasábamos lo mismo a pie.

Algunas veces con el agua hasta el cuello, a pesar de mi gran estatura. Algún tiempo después nos trasladaron a Puí Be-buy. En este pueblo estuvimos un tanto mejor, pues a la alimentación de naranjas agrias agregamos raíces y cogollos de bananas. . .

No sé qué fin perseguía López al hacernos marchar siempre adelante en muchas jornadas al de su ejército.

Cuando nos cambiaba de residencia, era porque el ejército también avanzaba en retirada.

De Puí Be-buy a Itá Cumbí y a San José o a Ajó, fueron marchas penosísimas porque ya comenzaba el desbande del ejército de López y en todos los montes no se veían más que desertores cuando íbamos en marcha. Cuando estábamos en Ajó recibimos orden de marchar a Villa Rica.

Digitized by Google

Como el ejército de López había sido ya derrotado y nuestros guardianes desaparecidos, teniendo nosotros por escolta sólo quince chicos paraguayos y un viejo soldado inútil, nos resistimos a obedecer la orden, por instigación de don Pedro Rolón y nos volvimos hacia la Asunción hasta llegar a Paraguary.

De vuelta y después de haber hecho muchas jornadas en una noche oscurísima y entre montes espesísimos, íbamos escoltando una carreta del correntino Pedro Rolón, cuando se nos presentaron unos paraguayos desertores que se encontraban amontados, diciendo que habíamos extraviado el camino y ofreciéndonos su conducción. Lejos de hacerlo como lo prometían, nos condujeron a unos pantanos imposibles de transitar, sobre todo con unos bueyes en un estado lamentable de flacura.

Estando entre esos montes y malezales, los que nos habían ofrecido conducirnos por buen camino, subieron sobre la carreta a robarnos las naranjas agrias que llevábamos para nuestra alimentación.

Como nosotros marchábamos a pie siempre, porque los bueyes no tenían fuerzas para arrastrar las carretas cargadas, no vimos a los ladrones, pero sí fueron vistos por el señor Rolón, quien descerrajó algunos tiros al aire.

Al ruido de las detonaciones se presentó un coronel brasileño escoltado por más de doscientos hombres que iban en busca de los cautivos.

Nos narró que acababa de encontrarse con una comisión paraguaya portadora de la nota que nos entregó, en que el tirano había ordenado que tanto el señor Pedro Rolón, su familia y todos los cautivos, fueran degollados.

Para evitar algún crimen que pudiera cometerse por desertores o amontados, nos dejó una comisión compuesta de quince soldados, con orden de conducirnos a Paraguarí, en que había estación de ferrocarril que debía traernos a la Asunción. Se me olvidaba decir que de venida de Puí Be-buy, a una legua más o menos de distancia, en un trayecto de más de seis leguas de camino todo sembrado de cadáveres en descompostura, recostado sobre el tronco de un árbol, vimos un muchachito de unos 14 años de edad, en un estado lamentable de flacura y herido de bala en una pierna.

Con nosotras marchaban también varias señoras de la aris-

Digitized by Google

tocracia paraguaya. Todas habían sido obligadas por López a abandonar sus domicilios y comodidades.

Una de estas señoras, doña Mónica María de Acebal, observó al pequeño herido y cuál no sería su sorpresa al reconocer en él a un hijo suyo...

Con los cuidados consiguientes y ayudándola entre todas conducíamos relevándonos por jornadas, sobre nuestros hombros, al que más tarde rigió los destinos del Paraguay.

El niño moribundo que encontramos escuálido, recostado sobre el tronco de un árbol, rodeado de cadáveres, era el señor Emilio Acebal, ex presidente de su país.

Después de una penosa peregrinación, contemplando todos los crímenes imaginables y todos los excesos, fuimos trasladadas a Caá Cupé, Quindí, Itacurubí y Ajó. De allí, por montes terribles hasta Villa Rica, y recién al finalizar el cuarto año de cautiverio, fuimos entregadas en Asunción ante el júbilo de encontrarnos con gente amiga y después de soportar todos los vejámenes."

Así termina el relato dramático de este histórico documento, digno de una página de la guerra de Esparta.

"Todos sabemos, dice Bernárdez, en su crónica "De Buenos Aires al Iguazú", cómo regresaron estas damas a su tierra nativa. Lastimoso su estado, destrozadas sus ropas, macilentos sus cuerpos, pero de limpio diamante sus almas, pisan su tierra, la de sus padres, de sus hijos y esposos, de todos los santos amores que les aguardan, la besan con pasión y llegan al templo, se prosternan y después de breves plegarias se consideran libres y caen delirantes en brazos de los suyos."

Fueron esas damas, doña Tórtora de los Santos de Sosa, esposa del coronel Desiderio Sosa, valeroso militar del ejército correntino; falleció en el cautiverio en la población paraguaya de Caá Cupé, siendo la única de las cinco cautivas que pereció lejos de sus familiares y su querida patria, en circunstancia dolorosa; doña Jacoba Plaza de Cabral y su hijo menor de ocho años, Manuel Cabral; doña E. A. de Osuna; Carmen Ferré de Alsina y Victoria Bar de Ceballos.

(1) Fragmento de un trabajo histórico de la doctora M. I. S. de Manzi.

Digitized by Google

TIPOS POPULARES DEL SUR

El Miriñai, evocador de luchas y tragedias, creó para el artista los paisajes más lindos de nuestra tierra. Tienen la belleza y el encanto de un país de ensueño. En ellos aún nos parece oír los ecos civilizadores de los misioneros y el son de los clarines militares.

Praderas, ríos y afluentes indican que nos hallamos en la agreste provincia de Corrientes. El paisaje va siendo cada vez más original: "el ñandubayzal se espesa, llegando hasta la vía los árboles espinosos, desaliñados y hostiles de empedernido corazón." "Pero sobre los arroyos entra un nuevo elemento en el paisaje: la tuna silvestre, erizada de espinas aceradas, en cuyas hojas carnosas, de un verde metálico, la clásica flor de cactus, sedosa y frágil, abre sus pétalos delicados."

Pindóes y mbocayáes emergen de la floresta, y ponen en el escenario incomparable, las notas airosas de sus magníficas elegancias

En tanto el Ayuí riega la sin par campiña de praderas onduladas. El torrente sigue su curso imperturbable, dejando el rumor de sus aguas límpidas que dicen ser milagrosas. En este bravo arroyuelo saciaron su sed los soldados de Mitre, que batiéronse en los campos heroicos de Yatay.

La comarca toda, era morada ideal de personajes de leyendas. Sus bosques fueron el paraíso de la trágica majestad del gaucho. En ellos moraban huyendo de la justicia los hermanos Pirapó, conocidos ya en nuestras leyendas. Sobre sus tumbas, la fantasía popular creó los cuentos de apariciones de los espíritus. El aguará y la viscacha que vivían en torno de los sepulcros eran elementos de supersticiosa observancia y que despertaron sugerencias folklóricas de ponderable valor en la literatura popular.

San Francisco, nomenclatura jesuítica, es una de las secciones más extensas del departamento de Libres. Situada entre

Digitized by Google

el Paso Ledesma y el de Ramírez, se extiende entre perfumada floresta hasta el de Las Piedras. Existía en ella una nutrida población heterogénea de tipos originales y pintorescos y sus recuerdos perduran con intensidad en los viejos vecinos de la comarca. Eran tipos irónicos, que gustaban de la pulla, de la vaya sagaz e ingeniosa, pero los había también sagaz y punzantes, de malos instintos y hasta temerarios.

Muchos de estos hombres procedían de todas las latitudes del universo. Brasileños, uruguayos, italianos, paraguayos, españoles, portugueses. Un arca de Noé de figuras típicas de cada país mencionado, con su festivo colorido regional.

Para que perdure la tradición, llevaremos a las páginas de nuestro floklore regional supersticiones, cuentos y hechos, la vaya ingeniosa del criollo, incorporando observaciones y estudios que han de interesar especialmente al lector correntino.

Debemos hacer constar, que los personajes que se irán conociendo fueron de carne y hueso. De una existencia real. A muchos de estos actores se los conocía en la comarca con apodos guaraníes, con que el ingenio criollo sabe ubicar el "mote." Estos apodos traducían en el sentencioso lenguaje, inquietudes, debilidades y defectos.

¡Si pudiéramos volver a lo pasado! A la lejana fecha de nuestra niñez y de adolescencia, cuando se grabaron en nuestros ojos las primeras imborrables impresiones de esta risueña comarca. "Sin embargo nuestros recuerdos juveniles han hecho renacer lo que sucedía hace más de medio siglo, con esa agradable intimidad que ayuda a despertar en la memoria hechos y cosas como si hubieran ocurrido ayer."

* * *

En aquel enjambre de tipos populares no faltó el gaucho de duro corazón, el pendenciero, ni el hombre de bien y tampoco el don Juan que padecía de amor y apetito erótico. Tal el magnífico "cenáculo."

Punto de reunión de consuno era el boliche de campaña. Fué centro de gravitación incomparable. En él se enardecían los espíritus estimulados por la clásica limeta de ginebra o el vaso de caña aguardentada.

"La Blanqueada" era el lugar de atracción. Uno de sus asíduos parroquianos, cuya estampa fijóse más en nuestra memoria, fué *Mbopí-haviyú* (1) así apodado por su "manía"

Digitized by Google

incorregible de andar de noche buscando presas en los corrales. Era éste el más astuto y el más contumaz de los vaqueros. Dábase el gusto de sacrificar una res para saborear únicamente la lengua. Cuando el capataz de una estancia en su recorrida matinal, hallaba un animal carneado al borde del camino, se lo acusaba a *Mbopí-haviyú* si le faltaba tan apetecida presa.

Por lo que su popularidad había trascendido en toda la comarca.

Cebado ya en sus andanzas, no pensó en lo que pronto le esperaba. Don Jurado, comisario y juez de paz, "con facultades extraordinarias" le tendió el lazo y Juan Mbopí tuvo que rendir cuenta de sus delictuosas correrías nocturnas. Entonces su lívida faz, sus ojos hundidos y adusto ceño denunciaban sus noches de angustioso insomnio.

En las horas matinales, soleadas y frescas dábase cita con el viejo Morales. Paisano que respondía cumplidamente a *Mbopí-haviyú* cuando tramaban una próxima aventura. Morales, apodado *Avá-guazú* (2), hombre macizo de barbuda faz, cual corresponde a "tan acreditada casta", era el personaje más diestro para el lazo y no podía resistir la tentación de arrojarlo a su presa, en la primera oportunidad, más cuando oteaba con sus ojos llorosos de aguilucho, una ternera en buen estado de gordura, como dicen los paisanos.

Al festín delictuoso de la carneada, acudía además de *Mbopí-haviyú* y don Morales, el inseparable *Pitová Piroajú* (3), el más cobarde de los aparceros, en cuyo estómago cabía fácilmente todo un costillar. Una noche, sorprendidos por la ronda, *Pitová* huyó de la peligrosa hermandad, pero al escaparse le falló la suerte. Sintió sobre su cabeza unos planazos que abriéronle el "mate." La gravedad del momento lo llevó muy lejos. Presentóse al curandero Da Motta con la cabeza vendada con su chiripá y el rostro enrojecido; su siniestro aspecto más bien inspiraba compasión. Da Motta curaba también por el sistema homeopático, ejercía la hechicería y el curanderismo. Cuando sometía al paciente a la cura "científica", empleaba el oráculo. Traducía del portugués giros indecifrables. Tenía por ayudante al lusitano Méndez da Rosa, más conocida por *Mberú-ñaró* (4). Era impertinente y charlatán, satírico y punzante, gustaba de gracejos e ironías. En su canturreo monótono musitaba imposibles aventuras de amor. *Mberú-ñaró* clasificaba con empaque de sabio los tu-

Digitized by Google

bitos de píldoras, asegurando al crédulo enfermo la acción infalible de sus remedios.

El festivo lusitano contrajo amistad con el flaco lombardo Tomás Berchini, alias *Gringo Pucú* (5) que por su excesiva altura se bamboleaba al caminar, como una palmera al soplo del pampero. Ambos parroquianos supieron comprenderse. Fraternizaron y mantuvieron vínculos cordiales, porque el lombardo es con el español, el tipo que más se identifica y se adapta a las costumbres nativas. Mataban sus horas de ocio extirpando de las cuevas esas ágiles liebres americanas, que adobadas por don Tomás, constituían exquisito manjar. del que compartía el otro contertulio Luis Astori, quien al igual que las viscachas pasaba la mitad de su vida cavando pozos. ¿Quién en la comarca no conocía a don Luis el posero? No hubo estancia en que don Luis no hubiese fabricado un pozo de agua potable. Mucho le debe al laborioso gringo el vecindario de la comarca, que nunca pagó en su justo valor su abnegación y trabajo.

* * *

Las retahilas de cuentos de duendes y aparecidos, se unían a cuantos absurdos inventaban los individuos tímidos y faltos de valor. El efecto que producían, estaba de acuerdo con el espíritu con que se narraban. Tenemos el caso de Jerónimo Maurín. Era éste un buen criollo. En sus últimos años, después de haber sido hombre de campo, tropero, comerciante, dependiente, se hizo maestro rural de primeras letras en la campaña de Libres y como tal fué muy apreciado. Tenía a su cargo una escuelita en las proximidades de Santa Ana (hoy Bonpland) a la que concurrían un núcleo de alumnos del vecindario, hijos de capataces y peones de las estancias. El presupuesto le asignaba al "magister" el modesto sueldo de 30 pesos, con que tenía que hacer frente a las necesidades de la vida.

Muchas veces hemos visto en nuestra mocedad, a Jerónimo, montado en su overito, dirigiéndose a su tarea escolar, distante dos leguas de su casa. No era la distancia lo que emocionaba al viajero, ni el camino accidentado cubierto de florestas y encrucijadas pavorosas. El maestro Maurín relataba los episodios fantasmagóricos, que no necesitaban palabras para ser entendidos. Tenía su modo de ser trágico. Estaba convencido de las apariciones de canes de todo tama-

Digitized by Google

ño y pelaje cuando se proponía traspasar el Ayuí durante los atardeceres. Decía que eran jaurías de perros que se cruzaban en su camino, que se enredaban en las patas de su caballo y no lo dejaban andar; "mi overito asustado daba fuertes relinchos que repercutían de tal modo en la soledad de la selva, que hacía más impresionante la escena. Inadvertidamente los perros desaparecían y entonces recobraba valor para proseguir mi camino. Estos episodios se repetían, al extremo de tener que abandonar mi puesto docente después de tantos años de labor, con la pena consiguiente."

Decían los paisanos, que todo lo saben cuando se trata de aparecidos, que aquel lugar por donde pasaba Maurín, había sido cementerio en la antigüedad y que los espíritus dolientes convertidos en canes perseguían a todos los que osaran profanar las fosas pasando sobre ellas, hasta tanto la piedad cristiana no colocara una cruz, una humilde cruz, señalando el triste y solitario rincón, que merecía el respeto de los hombres.

Reunidos en la pulpería, a la sombra acogedora del galpón de techo quinchado, los parroquianos comentaban el último asalto a la estancia de la comarca. Los saqueos de los establecimientos de campo eran comunes en aquellos lejanos tiempos, más cuando los bandoleros se noticiaban de la llegada de troperos que forzosamente debían realizar compras de ganados. Hizo la primera venta el hacendado Norberto Ledesma de un centenar de novillos, lo que alentó a los Pirapó para sorprender a la estancia y apoderarse de las onzas de oro que don Norberto contaba y recontaba y las ponía en una bolsa, ocultamente, sustrayéndose a la vista de su peonada.

Cuando menos esperaba, el viejo Ledesma fué atado al palenque al atardecer de una fría tarde otoñal, por la banda de los Pirapó, poniendo en práctica el sistema aterrador del gaucho fiero e indomable. Bajo amenaza de muerte, los bandoleros exigieron del viejo rendido y tembloroso, las cuantiosas onzas de oro recibidas de los tropas, blandiendo en sus manos asesinas, un largo y corvo cuchillo y una pistola de calibre 15, que en otras aventuras parecidas habían tenido éxito sin disparar un solo tiro.

Pero las onzas de don Norberto estaban a buen recaudo. El viejo si bien titubeaba en dar cuenta de su dinero, tenía tanto interés por el oro como por su propia vida. Las onzas las había escondido entre la paja del techo; inútilmente los Pirapó recorrían toda la casa y revisaban baúles y rinco-

Digitized by Google

nes, sin dar con las relumbrosas monedas y cuando ya intentaban ultimar al viejo, obstinado en su silencio, oyóse una fuerte detonación cerca de la casa. Era obra de Prudencio, el capataz que valióse de ese recurso, conociendo la cobardía de los bandoleros. Estos presto fugaron, dejando en la estancia un rebenque chapeado que fué el cuerpo del delito de los Pirapó.

Los paisanos comentaristas de "La Blanqueada" no podían percatarse de la mansedumbre de don Norberto, al resistirse ante la amenaza temeraria de los criminales. Los Pirapó fueron la plebe de la región libreña, tipos fieros con empaque de "capitanes", que envilecían y atemorizaban, invocando sus instintos sombríos. Sus bravatas terminaron para consuelo de los vecinos comarcanos, en la floresta del lúgubre Cambay. Sólo don Esteban Jurado relataba con lujo de detalles el dramático episodio de 1893.

* * *

Hermoso día es el domingo en la campaña. Festiva muchedumbre a caballo, alegraba la soledad del campo. Mucho colorido regional había en ese conjunto de paisanos de rostros sonrientes. Llegaban los hombres en sus caballos de todos los contornos de la sección vistiendo floreados y vistosos ponchos de colores. Dábanle prestancia sus pesadas espuelas y rodajas de gran tamaño. Algunos de los arneses eran lujosos con estriberas de plata, cinceladas por el platero Ramírez. Al costado del recado iba el lazo. Blanda piel de oveja, bien lanuda, cubría la montura o el apero. La cabezada y las riendas estaban adornadas por relucientes virolas artísticamente torneadas. La pechera lucía una chapa cincelada como un sol en el pecho del montado.

En las carretas que pernoctaban en la pulpería se improvisaban viviendas durante las noches frías.

Gran expectativa reinaba en esas reuniones. Las carreras entusiasmaban aún a los muchachos. Temprano comenzaban las apuestas. El pelaje del parejero era motivo de acaloradas discusiones. Según el color consistía el éxito. El rosillo fué el pelaje más afortunado decían. Un caballo de este pelaje tenía Juan Pío Maidana y por él se jugaba doble contra sencillo. Estas apuestas terminaban muchas veces en reñidas grescas, más si intervenía Herrera.

Juan Herrera, tipo de pulpería, por su violenta comple-

Digitized by Google

xión, ponía en las fiestas la nota trágica. Era conocido por sus aparceros con el significativo mote de *Mbatará* (6). Casi siempre en las refriegas, don Rafael y don Andrés, dueños de casa, apaciguaban sus gestos de matón cuando provocaba injustamente una "contienda", de la cual Herrera salía maltrecho con marcadas contusiones en la cara. Unicamente don Andrés era capaz de dominar a la "fiera" con su habitual bonomía. Pero cuando la dosis de "espíritu" no había colmado o apagado su sed, *Mbatará* se lanzaba a la pelea y sólo un poder superior podía impedirlo.

Herrera, el personaje del cuento, fué el sujeto más pendenciero de la comarca. Su rostro retajeado por afilosos aceros en tantas malogradas grescas, parecía lleno de costurones, groseramente remendado.

Gastaba *Mbatará,* en su rara indumentaria, chiripá de merino, negro, sobre su blusa un ancho pañuelo azul y tirador de cuero. Un largo y relumbroso facón atravesaba su ancho cinto de ornamento plateado, de su sombrero aludo partía un barbijo de lonja bien sobada, que sujetábale el chambergo y debajo del cojinillo de su recado a dos bastos, aparecía un sable sujetado por sobrecincha y las tres marías, indispensables al gaucho para bolear al ñandú o al caballo arisco.

Mostrábase Herrera orgulloso de su arrogancia y bravura. Sus contertulios hacíanle grandes reverencias para apaciguar el espíritu bravucón del personaje. No pocas veces trenzábase en campo limpio con Angel Morales, otro sujeto enfurecido que abría cancha con su ponchillo, pero que al primer planazo que asestábale Herrera sobre su pétrea cabeza, tocaba retirada.

* * *

"La Blanqueada", importante pulpería de la sección, cedía su turno a la de Chamorro, casa comercial de alguna importancia. Allí se congregaba el gauchaje más selecto, los hijos de estancieros afortunados que presentaban a la cancha caballos de sangre. Talalo Chamorro, conocido después por Daniel Cardozo, famoso jockey de los hipódromos porteños, aun adolescente, vareaba sus parejeros y los entrenaba como el más avezado compositor. Era este joven ya perito en los lances hípicos que tanto apasionaban a los paisanos. Desde su niñez, ebrio de ilusiones campestres, tuvo pasión

Digitized by Google

por los caballos y deportes. Su contrincante o competidor, fué Arsenio Brazeiro. En desafíos amigables presentaban a la pista sus briosos centauros criollos, cúyos escarzeos incitaban al público.

Una gravedad exclusiva del paisanaje mantenía latente el interés de estas reuniones. Pero atendamos primero a don Taní, el inefable *Esá Pugtá* que llegaba a las fiestas siempre saturado de "espíritu." Bajo su ancho sombrero de paja destacábase su faz risueña. Asperos mechones blanquecinos se abatían en su frente. Las cejas espesas eran como signos jeroglíficos en el rostro y colorado el blanco de sus ojos, en testimonio de lo cual adjudicáronle el mote de *Esá Pugtá*. Era don Taní el hombre que apaciguaba los caracteres endemoniados o la ardorosa naturaleza de aquella gente, que sólo en el boliche encontraba la expansión necesaria a sus inquietudes.

A estas pintorescas citas domingueras concurrían los vecinos más populares de San Antonio, San Francisco y rincón del Miriñay. Entre estos asiduos parroquianos tomaba asiento Rufino Pros, el hombre tétrico, de las supersticiosas narraciones de duendes y aparecidos. Refería este paisano que al andar por el campo en sus faenas, por la soledad de los bosques, sentía frecuentemente lúgubres aullidos. Eran seguidos por apariciones de fantasmas que transformábanse en perros y en pájaros de negro plumaje. En cierta ocasión, agregaba, vi la propia visión de mi madre que luego se materializó, enancada sobre mi caballo, aprisionándome en sus brazos y reclamándome con piedad la devolución de la uña que llevaba en mi bolsillo, como talismán y cariñoso recuerdo de la autora de mis días. Obedeciendo el mandato de ultra tumba deposité en la fosa la uña que había extraído de su cadáver y desde aquel instante no ví más fantasmas ni duendes, ni perros ni pájaros de negro plumaje. La tranquilidad volvió a mi espíritu.

Las lúgubres narraciones de *Tuyuyú* (8), así se lo llamaba a Pros en la comarca, eran seguidas con vivo interés por los paisanos que tanto gustan oír cuentos de aparecidos, más cuando se trata de los misterios de la otra vida.

Don Crisóstomo, alias *Ñatiú* (9) justificaba con hechos la aparición de los espíritus o de las almas en pena. Refería impresionado, el rapto y muerte de su hijita, de cuyo cuerpo hallado después de algunos meses, en las barrancas del Ayuí,

Digitized by Google

se levantaban llamaradas que a ciertas horas de la noche adquirían intensidad de hogueras, como signos de que en ese misterioso lugar estaba el cadáver de la niña, muerto por manos homicidas. Los familiares del angelito, colocaron en aquel triste rincón de la floresta una blanca cruz. Al resplandor de las primeras estrellas algunos alucinados decían ver a la niña arrodillada al pie del símbolo. En derredor vagaban indecisas y sutiles siluetas femeninas, envueltas en indescriptibles ropajes, en tanto el Ayuí rodaba como testigo imperecedero de la tragedia.

A los espeluznantes relatos de *Ñatiú* intervenía el locuaz José Ramírez, apodado el *Taravé* (10). Este tipo "cargador" se metía en todos los rincones y sufría de la obsesión de los duendes y de los espíritus dañinos. *Taravé* a semejanza del personaje del "Pájaro Azul" de Meterlinck, encendía por las noches luminosas antorchas de sebo, y con la protección de un perro olfateador se alejaba hacia los presuntos entierros de onzas de oro. Los cuentos de estos entierros eran comunes en la campaña. Los más supersticiosos aseguraban su existencia y para localizarlos basábanse en los fuegos fátuos que en verano vénse en las lejanías al caer la tarde, o a la hora sonrosada del sol muriente.

Nuestra memoria recuerda inevitablemente a otros personajes igualmente interesantes para su estudio. Hombres pusilámines, pero de una atracción irresistible. Eran éstos, don Joaquín, don Rosquella y don Panta, extraña trilogía de figuras diversas, pero que tuvieron sus devaneos lúbricos, cuando satisfacían necesidades corporales. Panta, estampa típica del 88, tañía la guitarra mientras platicaban los amigos. Tocaba una de esas milongas que esparcía tanta alegría como risa y congregaba en su derredor a la gauchada romántica y de buen humor, que festejaba su "estilo" con gritos peculiares o con zapateos ruidosos. Muchas de estas escenas fueron fijadas por Galdi en las placas fotográficas. Era don Rafael el retratista exclusivo de la comarca. La caballeriza de Brazeiro fué su cuarto oscuro. El paciente alquimista, mientras manipulaba en el improvisado laboratorio, soportaba sobre el techo una copiosa lluvia de piedras. Era Ceferino que entretenía sus horas a costa de la iracunda protesta de Barba Azul, apodo que le adjudicaron jocosamente los vecinos. Don Rafael vendía los retratos a precios satisfactorios, aunque no adolecían de nitidez, asimismo en aquel tiempo, resultaban arte

Digitized by Google

de magia que deslumbraba. Además Barba Azul era maestro de primeras letras y como vivió en el Brasil, sus alumnos salían hablando el castellano, con mezcla de portugués.

Realizaba Barba Azul su recorrida periódica por la campaña. Al trasladarse de un lugar a otro, transportaba todo un botiquín para la preparación de las planchas y los baños, porque procedía al colodio húmedo. Entre las drogas iba siempre un porrón de ginebra con que don Rafael suavizaba su áspera garganta. Pernoctaba algunas veces en lo de Pérsico. Era éste, propietario de una tienducha y almacén que comerciaba con los obreros de la extinguida empresa Clark, constructora del F. C. Nordeste Argentino. Sus libros comerciales fueron notables por la rara forma de su contabilidad. Cuando don Juan hacía un asiento en el libro diario, en la columna del "debe", jamás escribía el nombre de pila del deudor. Tenía para cada cliente un nombre indeterminado, como por ejemplo: "el rubio del galpón", "el piamontés", "el rubio alemán", etcétera. Y cuando presentábase la hora de los arreglos de cuentas, se encontraba don Juan, con que todos los alemanes eran rubios, y en ese elenco de deudores había también muchos piamonteses y por lo tanto no podía identificar el verdadero marchante o deudor que había usufructuado sus mercancías.

Ahora la farándula alegre se instala en lo de don Pedro. A la sombra del ombú legendario. Allí circula el jugoso mate, cebado por María Mancuello. Dialogan Juan Andrés y Sixto el ermitaño. También se hacía presente el viejo Florencio, que en su mocedad había acompañado a Madariaga. Fué uno de los 108 veteranos del 43. El trío no podía ser más interesante. Hablaban del pasado con la venerable sencillez de los patriarcas. No hubo poder ni consejos para que don Juan puliera su poblado vello. Las frondosas cejas, los mechones que pendían de su cabeza y la abundante "flora" que emergía de sus orejas hacían de este hombre bonachón y noble, una de esas figuras bíblicas. Sostenía que en el frondoso pelaje basaba su suerte, salud y entereza de carácter y citaba como ejemplo el episodio de Dalila cuando cortó la caballera de Sansón y que éste fué derrotado por los filisteos. Siguieron aún dialogando largo tiempo los tres patriarcas, sin que Juan Andrés cediera a la invitación de sus amigos.

Don Florencio, a quién le sobraba verba, desvió la conversación hacia el terreno árido de la historia. Emocionado

Digitized by Google

por la narración, hablaba a sus contertulios con un ¡oh! de admiración acerca de las luchas turbulentas del pasado y asociaba aquella época con los gemidos de la brisa de esa tarde, que evocábale el histórico cruce del Ñanduy.

NOTAS: "La Blanqueada" fué una casa de comercio de Rafael Fedullo y Andrés Manzi; sus actividades comerciales con la ciudad de Concordia eran importantes. Constituyó el comercio más acreditado de los contornos del Miriñay.

—Los personajes que figuran con solo el nombre, omitiéndose el apellido, no tienen mayor importancia en estos relatos. Don Pedro, es el señor Fedullo, prestigioso vecino del departamento. Don Rafael y don Andrés eran comerciantes de "La Blanqueada", es decir don Rafael Fedullo y don Andrés Manzi.

—Don Florencio es un personaje histórico, uno de los 108 libertadores de 1843, padre de Daniel Cordozo el popular jockey que actuó en Buenos Aires. Su nombre de pila era Estanislao Chamorro, oriundo de Paso de los Libres.

---

(1) Murciélago velloso o peludo.
(2) Indio grande.
(3) Un cobarde infeliz o pobre.
(4) Mosca brava.
(5) Largo o alto.
(6) Color de gallo
(7) Ojo colorado.
(8) Cigüeña, familia de los flamencos.
(9) Insecto molesto (mosquito).
(10) Cucaracha voladora.

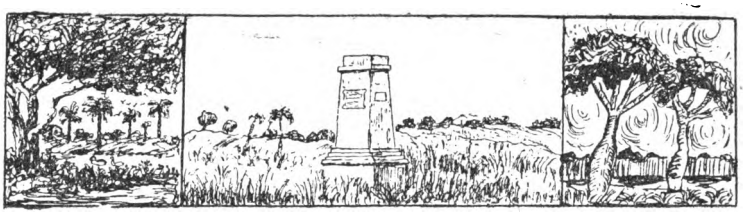
Digitized by Google

Digitized by Google

LEYENDAS

Digitized by Google

Digitized by Google



LEYENDA DE LAGUNA BRAVA

Laguna Brava es uno de los tantos receptáculos de agua que se encuentran muy a menudo en el típico paisaje correntino. Cerca de la capital tenemos decenas de estos lagos de agua perenne, que tanto favorecen a la región, si se los aprecia bajo el punto de vista climatérico y de la feracidad del suelo.

Pero la importancia capital de Laguna Brava, es su nombre histórico porque en sus márgenes se libró una de las más heroicas batallas contra la tiranía. El viajero que se aproxima a ella reconstruye en su pensamiento la escena legendaria de aquel puñado de valientes que destruyó en pocas horas a uno de los ejércitos más audaces de Juan Manuel de Rosas.

Pero la finalidad de esta página, no es la de describir la memorable batalla, el pensamiento se inclina más a las concepciones de la fantasía, que no destruye sin embargo el encanto de la gesta o de la epopeya.

La batalla de Laguna Brava ha creado una encantadora leyenda y con ella un personaje misterioso que la embellece y la hace amable.

Nos referimos a la enigmática mujer de Lomas, a la "heroína" desconocida que salvó con sus "hechizos" los ideales de la libertad en el inefable drama del 1843. Era ésta una vieja de tez morena, de altiva mirada, y que en sus gestos más insignificantes tenía una gracia acojedora. Vestía humildemente, acaso su mejor adorno era su manto negro, que lo cargaba como un turbante. Amaba las cosas nuestras con sincera pasión.

Apareció ella en los aciagos momentos en que la población de nuestra campaña se encolumnaba a lo largo del camino sin fin, huyendo de las masacres impuestas sobre Corrientes por los vencedores de Arroyo Grande. Era aquél un triste espectáculo que superaba en su lastimera apariencia al

Digitized by Google

éxodo jujeño. Mucho sacrificio fué impuesto al pueblo correntino.

El pasaje de los ríos, la desesperación de las madres para que no se ahogaran sus hijos, eran cuadros de horror y de espanto, la campaña quedaba desierta, se despoblaba de su gente laboriosa, de sus agricultores entregados a las faenas rurales; los campos quedaban también vacíos de su principal riqueza, en virtud del tratado del 9 de febrero de 1843, por el que Urquiza impuso a Corrientes, la obligación de entregar a la provincia de Entre Ríos 300 mil cabezas de ganado vacuno y más de 20 de caballar.

De vez en cuando, la desconocida mujer aparecía como una visión, cabalgando en su mulita escuálida, entre la gente que huía desesperadamente hacia el Norte, espantada de tantos ultrajes e impiedades. Trataba con su palabra suave de alentar a los fugitivos en su desesperada e impresionante aventura. Cuando la bíblica caravana llegó a la histórica laguna, la visión desapareció misteriosamente. La gente estupefacta y supersticiosa atribuía a la "hechicera", toda suerte de maleficios y no confiaba en sus palabras enigmáticas y místicas. Los moradores de nuestros campos si bien son crédulos y muchas veces ingénuos, no por eso se dejan engañar tan fácilmente. Lo cierto es que la imagen de aquella mujer desapareció como un fantasma, pero en plena luz.

El mes de mayo ponía un signo de divinidad en el paisaje. Y ese signo era la Cruz de los Milagros, que se festejaba en la ciudad capital a cuyo pie velan y oran los correntinos. El agua de Laguna Brava tenía una inmovilidad metálica, bandadas de garzas blancas y de garzas moras volaban aflorando su superficie. El aire que se respiraba era fresco y perfumado, como si hubiera recogido el perfume de los vastos naranjales y huertas floridas. Los altivos mbocayás en grupos diseminados en el extenso paisaje parecían índices de paz y de gloria sobre los campos feraces. Las praderas siempre verdes estaban matizadas de margaritas silvestres, de flores amarillas y violetas del campo. El cielo, era un cielo distinto de todos los otros, tenía un color indefinible de azul.

Y esta sorprendente fiesta de la Naturaleza era sin embargo el fatídico preludio de la tempestad. Laguna Brava estaba predestinada a perpetuar un hecho histórico de gran trascendencia en los anales de la patria.

Digitized by Google

En sus orillas, la mujer de la leyenda clavó una cruz cubriéndola de flores silvestres y se puso a orar, y en aquella soledad elevó sus preces al señor de la paz y la salvación de la comarca amenazada por un enemigo que llevaba en su alma la confusión atormentada por los horrores, por todos los egoismos y la maldad humana.

Como por raro sortilegio, ella sabía que en aquel lugar se libraría una batalla donde iban a sucumbir los enemigos de Corrientes. No ignoraba el valor de los correntinos en los campos del heroísmo; así mismo su deber patriótico le impuso asumir una actitud digna de las grandes heroinas de la historia. Se presentó al gobernador Madariaga que se hallaba en su campamento militar en las proximidades de la capital, para informarle de lo que ocurría a pocas leguas de la ciudad.

El general Madariaga, hombre de fina cultura, recibió a la viajera con su habitual galantería, sin detenerse en observar el tocado miserable de la mujer. Admiró más en ella el poder enigmático de su figura, que su pobre ropaje, el que revelaba su mísera existencia. Con la magia de su palabra la anciana expresó al general el patriótico ideal que la llevaba ante él. Dióle cuenta en pocas palabras de la llegada de un ejército invasor sobre las puertas de la capital, explicó con lujo de detalles los planes militares del enemigo, el número de sus soldados, su espíritu combativo, la calidad de sus fusiles, cañones y lanceros, nombre de sus oficiales, una reseña exacta del poderío enemigo, cuyas palabras dejaron estupefacto al jefe militar.

El general Madariaga, agradeció en lenguaje sencillo a la anciana los valiosos detalles que le suministraba para la defensa del terruño, tantas veces castigado por la violencia del tirano que con su sanguinaria embriaguez pretendía esclavizar a Corrientes.

La mujer al terminar sus extraordinarias revelaciones, como si fueran fundadas en habilidosa estrategia militar, urgió del general Madariaga el envío inmediato de un cuerpo de ejército a Laguna Brava, donde se acercaba Galván con su poderosa fuerza.

Madariaga dió toda su importancia a las sugestiones de aquella extraordinaria mujer, y si bien tenía organizado un cuerpo de ejército, dió a sus oficiales las órdenes pertinentes de avanzar sobre Laguna Brava, donde esperó al enemigo derrotándolo con sus pocos tiradores al mando del bravo

Digitized by Google

coronel Castor del León. Sus soldados fieles y disciplinados cumplieron el milagro de vencer en nombre de Corrientes y de la Patria. Enseñaron a las nuevas generaciones la defensa de sus territorios, de sus familias, de sus hogares, de cuya realidad emana una poesía y una fascinación de la que nadie puede sustraerse, porque habla con íntimo acento a los corazones.

El héroe de los "Ciento Ocho", juramentados de Ñanduy, no olvidó jamás la grave bondad de la enigmática mujer, con la que el gobernador deseaba compartir los inmarcesibles laureles de la victoria. Quiso Madariaga premiar por lo menos, el gesto heroico de la desconocida, pero jamás se supo su procedencia, su paso por la vida sigue siendo un misterio insondable.

La gente inocente y sencilla del pueblo, donde las creencias más absurdas tienen tan fácil arraigo, llegó a divinizar a la figura femenina de la leyenda. La fantasía popular creóle una aureola de santidad, diciendo que ésa era la Virgen de las Mercedes, protectora de nuestra ejército, transfigurada en modesta aldeana (1).

Y las personas ingenuas para dar mayor realidad al hecho milagroso aseguraban que en el ropaje de la imagen que se venera en su templo, halláronse fragmentos de ramitas y espinas que tanto abundan en las cercanías de Laguna Brava, con lo cual pretendían justificar que la Virgen de las Mercedes había recorrido la campiña para asegurar el triunfo de la causa de la libertad.

En la campaña correntina, se evoca aún la memoria de aquella aparecida y son muchas las personas de exaltada fantasía que en el secreto de sus almas ven la sombra insondable de aquella maga en los dorados atardeceres o después de la puesta de sol, en los bordes de la histórica laguna.

(1) Según el historiador Figuerero, las referencias de esta narración se deben al viejo patriota, teniente coronel Simeón Martínez, testigo presencial de la escena y actor distinguido en el combate de Laguna Brava.

Digitized by Google

LOS ESPIRITUS DE CAMBAY

En el sur de Corrientes, sobre las márgenes occidentales del Uruguay, existe una comarca, una de las más bellas y fértiles del territorio. La constituyen vastas praderas, caudalosos ríos y selvas lujuriantes, refugio en otros tiempos de temibles gauchos legendarios, cuyos nombres evocan épocas pretéritas y de luchas enconadas con la justicia.

El Miriñay riega y fertiliza con su limo una gran parte de la comarca, llevando sus aguas al Uruguay, formando el rincón más agreste y poético, donde la floresta se propuso crear un escenario propicio al episodio gauchesco, que caracterizó el año 1871, cuando la justicia pretendía limpiar de montoneras los bosques de San Joaquín y *Capiy-quisé*, cuyas palmeras denuncian aún la existencia del conocido idilio de Tupy y Guarany, forjado por la fantasía.

Para la hermosa región, el Miriñay es como el padre Nilo en el Egipto legendario, porque no sólo fecundiza los campos como bendición, sino que también brinda a los moradores la variedad de sus peces, las aves de sus bosques, medios de transportes de una a otra comarca, la limpidez de sus aguas, el concierto de la floresta y los frutos del *mbocayá*, de las plantas datileras y las hierbas de raras virtudes medicinales descubiertas por los jesuítas.

* * *

La comarca fué habitada antiguamente por los jesuítas de las misiones de Yapeyú y Santo Tomé, fundadores de oratorios y núcleos de poblaciones de aborígenes, que se agrupaban en derredor de estos sitios, dedicados a las oraciones y el recogimiento, por eso llevan hasta nuestros días los nombres religiosos de San Francisco, San Isidro, San Antonio, San Joaquín y San Roquito, en algunos de los cuales se guardan recuerdos históricos, como el cuadrante solar de la estan-

Digitized by Google

cia Claverie, cuyo puntero sigue marcando las horas como en los venturosos días de prosperidad y de infortunio para el jesuíta y el indio.

Uno de esos oratorios de que ilustra la tradición, es el *Caracará*, situado a mil metros de las riberas del Miriñay, en medio de una floresta rodeada de praderas apacibles y dulces, donde el aromita, la margarita y el junquillo silvestre, esparcen aromas deliciosos. Infinidad de cruces se levantan en el camino, y en torno del derruído sagrario algunos túmulos denuncian la existencia de restos humanos de lejanas épocas. Viajeros piadosos dejan a veces sobre ellos las flores del recuerdo.

* * *

Dividíase entonces esta comarca en inmensas heredades. La estancia fué el centro de todas las actividades rurales.

La tarea del capataz y de la peonada era la de cuidar y marcar el ganado y matar la res para el consumo diario. El trabajo del peón fué el de enlazar y carnear. Este en un instante descuartizaba, sacaba el cuero y lo estaqueaba y preparaba el charque.

El peón fué siempre madrugador, se levantaba antes de la salida del sol y se dirigía a los corrales para largar la majada y cuando terminaba de esparcir los rebaños por los campos, regresaba a la estancia para saborear un amargo (1); fumaba y de ordinario ganaba su rancho y dormía. Si no tenía trabajo urgente iba a la pulpería, centro de reunión de la peonada y bebía una caña y entre el apurar de una copa y el murmullo de la guitarra y el rum rum de las espuelas y a veces el chocar del facón, se formaban reputaciones colosales. Y lo dice todo el homenaje y grandes prestigios con que aparecen más tarde dos gauchos para imponer la ley al comisario y al juez de paz.

En la pulpería (2) se encontraba casi siempre un cantor, que en su lenguaje tosco, pero poético y vehemente improvisaba décimas incoherentes, acompañado por su instrumento, cantos más o menos extensos, cuyos asuntos eran tomados generalmente de sus conversaciones, de sus trabajos o de la desgracia de un caudillo famoso y de sus propias aventuras camperas.

Los hermanos Pirapó surgieron pues del ambiente de la pulpería. Eran fieles exponentes de una raza valiente, pero de

Digitized by Google

sentimientos abominables. Su fama de bravos había trascendido en la comarca. Decíase de ellos que desde la pubertad, el caballo fué parte de sus propias personas. Ensillaban su pingo a la salida del sol y no la desensillaban sino para dormir, ya sea debajo de un ombú o de una tapera, huyendo siempre de la justicia por antonomasia. Eran jinetes admirables. Se habían criado domando potros, degollando novillos, corriendo carreras, vagando solos en la inmensidad de los campos, sin más armas que sus lazos, sus boleadoras y su facón.

Así, los hermanos Pirapó, sin ser nómades pasaban la mayor parte de sus vidas errantes de pago en pago. Parecía que sus almas indómitas necesitaban perderse en la inmensidad de los campos, en el desierto, donde encontrarían un deleite innegable y misterioso.

Pero en aquella época, las necesidades individuales eran muy limitadas, se tenía poco apego al trabajo. Acostumbrados a ser dueños de sus acciones, de no obedecer las órdenes de otro, ni acatar la ley, es decir, doblegarse a la obediencia, los hermanos Pirapó inclinaron sus sentimientos hacia el robo y el crímen y fueron los más temibles moradores del bosque, donde, convivían con el tigre feroz, siempre en acecho para la agresión y la muerte.

Los tenebrosos delincuentes Pirapó permanecieron mucho tiempo en los espesos bosques del Miriñay. Pernoctaban en las cercanías de los Pasos Ledesma y Ramírez, lugares apartados y estratégicos para huir fácilmente hacia las riberas occidentales del río y ponerse en jurisdicciones opuestas, que ofrecíanle mayor seguridad individual.

Recorrían también los dilatados departamentos vecinos, matrereando, "requisando" de las estancias los mejores caballos de raza (3), con los que reponían sus fatigadas cabalgaduras en que habían recorrido, galopando sin reposo, decenas de leguas en el día.

Pero estos gauchos errantes, no anduvieron lejos de caer en las garras de la justicia. El comisario Jurado, hombre astuto y bravucón, teníales preparada una celada certera.

Sabíase por viejos moradores de Paso Ledesma, que los gauchos sabían también de amorosas aventuras. Por allí cerca estaban los nidos de sus amores.

Un buen día la partida policial, integrada por diez hombres armados, tomaba plaza en torno de la choza, donde las inquietas doncellas esperaban a los mancebos proscriptos a la

Digitized by Google

hora crespucular, esa hora solemne de quietud en los campos, en cuyos amplios horizontes el sol ponía en el cuadro una nota de zafiro y rubíes.

Llegaba la noche. Y cuando brillaban en el firmamento los primeros astros, dibujábase en la cercanías, las enigmáticas siluetas de dos jinetes, envueltos en sus ponchos y chiripás de merino, que aproximábanse al aduar anhelado. En el interior de la choza, percibíase la luz titilante de una vela, como postrera ansia de amor. En la oscuridad de la noche, el arribo de los galanes fué casi inadvertido.

Pero cuando los enamorados mancebos habíanse reunido en derredor del fogón a la espera del mate sedante y espumoso, el destacamento policial ponía sitio en la casa, intimando rendición a los recién llegados, truncándose bruscamente aquel idilio, última aventura de amor que habíale señalado el destino.

Los gauchos sorprendidos, abrieron la puerta de la choza ante el requerimiento policial y simultáneamente fueron desarmados sin que éstos opusieran resistencia alguna a la autoridad. Entregaron dos rémingtons recortados, un puñal y dos facones, además las boleadoras, prendas indispensables para el paisano. El aspecto sangriento de los Pirapó, con sus ojazos espantados, no impresionó a la policía, es que desde ese instante, los gauchos temerarios dejaron de ser dueños y señores de los campos y de las selvas, estaban ya vencidos y agobiados por el peso de sus delitos.

Ni el sortilegio del amor pudo salvarlos de ese encuentro fatal que ponía término a una larga historia de amor y de sangre.

Don Jurado entró al rancho y con enérgicas frases dió cuenta a los gauchos de cuál era su cometido. Iba en nombre de la ley para apresarlos. Un profundo silencio reinó en aquel instante. Los soldados hallábanse de pie, junto a sus caballos, con las armas listas, esperando órdenes para marchar con la buscada presa.

La separación de los Pirapó de sus mujeres fué una nota dramática. Nieves y Ramona, así se llamaban las mancebas, vertieron muchas lágrimas, en que traducían toda su angustia interior.

Avanzaba la hora de la noche sobre el paisaje que en aquel silencio adquiría la suprema serenidad del éxtasis.

La caravana desfilaba por el angosto camino de la loma, formando un animado friso antiguo.

Digitized by Google

En la oscuridad de la noche, el difuso panorama cobraba apariencia de ensueño, el pensamiento se alejaba por los horizontes de dramáticas leyendas y esplendores gauchescos de los personajes de Eduardo Gutiérrez.

Al paso de estos raros viajeros espantábanse las lechuzas que dormitaban en los postes de los alambrados, lanzando graznidos fatídicos, evocadores, obsesionando con la idea de la muerte.

Las vizcachas en su ambular nocturno, animaban el camino solitario.

Caminóse toda la noche y al despuntar el día los viandantes fatigados, arribaron finalmente al Miriñay, el eterno evocador de leyendas gauchescas. Pasaron los hombres a la opuesta ribera y su paso fué tan fugaz que no se supo si emergieron del río o desaparecieron debajo de su cristal.

* * *

Aquel día, fué sublime el espectáculo de la salida del sol, entre un cortejo de nubes sonrosadas y violáceas, fenómeno fantástico y emocionante. Ante los ojos de los viajeros abríanse nuevamente las variadas perspectivas de los paisajes, campos tapizados de verdores y embellecidos por bosquecillos, y siluetas de palmeras, que contemplaban su imagen en los arroyuelos.

El oratorio de *Caracará* hallábase a poca distancia. La aparición de esa rara necrópolis, llenó de espanto a los prisioneros, quienes jadeantes de humillación y rabia, parecían leones rendidos. No había salvación. La suerte estaba echada. El secreto designio de la autoridad se iba a cumplir enseguida.

Al detenerse la soldadesca en el tétrico oratorio, los hermanos Encarnación y Custodiano Pirapó, inclinados en la desconfianza y al engaño, imaginaron la magnitud del drama que iba a representarse y en cuanto a sus verdugos, acostumbrados desde la infancia al degüello de animales, les parecía cosa natural que hicieran lo mismo con ellos.

Sin embargo, hacían poco caso de la vida, y la muerte les era indiferente. Y tan fué así, que iban al suplicio con sangre fría y sin ninguna demostración de protéstas.

Los soldados dieron de beber a sus caballos y prendieron una fogata de pronto, en el vivac circulaba el apetecido amargo y sobre fuertes llamaradas de espinillo, asábase un cordero,

Digitized by Google

del que participaron también los infortunados Pirapó, en cuyos ojos brillaba aún un rayo de esperanza.

Pero de repente todo había cambiado. Un sentimiento nuevo se apoderó de ellos. La hora fatal se aproximaba.

Sin previo proceso, la sentencia se había dictado.

Al ser informados los Pirapó de su triste fin, sólo recomendaron y pidieron a la autoridad, clemencia para las inocentes mancebas, porque ellas no habían sido las culpables de sus desgracias, de sus robos y crímenes. Más bien, decían, empeñábanse en dulcificar nuestros sentimientos, pero la fatalidad quiso que continuásemos la vida que nos marcó el cruel destino. Estas fueron las últimas palabras de los ajusticiados.

De pronto a la hora matinal, en la floresta en flor, donde revoloteaban alegres avecillas, oyéronse fuertes disparos que anunciaban la muerte de los Pirapó en las dilatadas mansedumbres del Cambay, donde otros ajusticiados le habían precedido en el penoso camino, señalado por toscas cruces de urunday (4).

Los despojos de los Pirapó fueron sepultados, entre la indiferencia de aquellas personas y como raro contraste de esa plebe, altanera y sanguinaria, que participaron de la dramática escena, no faltó la mano piadosa de un paisano. Y fué la del indio Cuaty, que con su facón acerado, cortó una rama de un arbusto cercano y construyó una cruz, cubriéndola de ceibos floridos, poniendo una nota de rojo simbólico a la fría morada de *Caracará*.

Del cielo sin celajes, "descendía una paz infinita que acaso, fué único bien que Dios deparó a las almas" de los que yacían en el tétrico lugar de la muerte y de indecible emoción.

Por mucho tiempo, macizos de flores exóticas, cubrían la tosca cruz de urunday, clavada sobre la desmantelada fosa de Custodiano y Encarnación. Manos piadosas y amigas dejaban a su paso el humano tributo, mientras tanto las mancebas, los lunes al atardecer, costeándose desde Paso Ledesma y cruzando ríos, llegaban al lejano oratorio, para encender unas velas recordatorias en esa rara necrópolis, donde yacían los despojos de los "héroes" vencidos y de sus amantes infortunados.

Aseguraban las gentes de toda la vasta comarca, que en el oratorio de *Caracará*, aparecían los espíritus de los ajusticiados y que a la luz de la luna se veían desde la incierta

Digitized by Google

lejanía figuras fantásticas de seres que se agitaban en torno de las cruces. Agregábase que eran las almas de los reos sacrificados, que reaparecían en este mundo, velando sus despojos y pidiendo clemencia a las víctimas de sus puñales y en esa danza macabra, componíanse escenas en que vagaban indecisas y fenomenales siluetas de hombres envueltos en túnicas y bailaban en el montículo de piedras calcinadas de aquella horrible soledad infinita, llamando con las manos a los vivientes.

Y esta local visión había sobrecogido al vecindario y hecho presa de un mudo y tremendo espanto al viandante.

Tales eran al menos los cuentos que circulaban y que la fantasía se encargaba de ampliar.

Pero en el andar del tiempo, no faltó quien revelara la realidad, pues aquellas extrañas visiones no eran más que sueños de sonámbulos o locas fantasía del vulgo.

Las fantásticas danzarinas que percibían los ojos de los supersticiosos, no eran más que las sombras errantes de las vizcachas que en sus habituales festines de las noches lunares, animaban aquellos campos de sombría soledad y en esas ceremonias nocturnas, deleitábanse en exhumar los restos humanos, de los desventurados muertos de *Caracará* y no pocas veces en las puertas de las cuevas, hallábanse los despojos de aquellos lúgubres habitantes de ultratumba, que llamáronse después los espíritus de *Cambay*" (5).

CAMBAY: Lugar del Miriñay, o sea un paso de este río, situado cerca del viaducto que une los departamentos de Monte Caseros y Paso de los Libres. La palabra guaraní *Cambay*, quiere decir: negrito o negro pequeño.

---

(1) Observaciones de don Belarmino Brazeiro, una de las típicas figuras de Paso de los Libres.

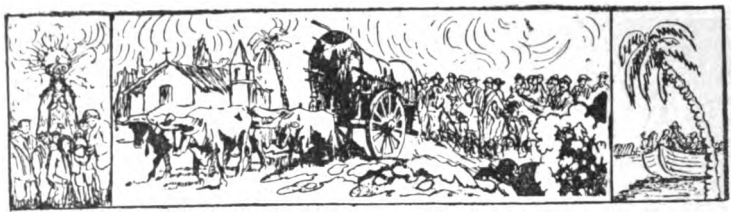
(2) Pérsico, viejo italiano, tenía una pulpería donde muchas veces se trenzaban los paisanos.

(3) Tenían en su poder un famoso caballo melado, propiedad de Rafael Fedullo.

(4) Hubo una época lejana en que las policías de campaña, ejecutaban sin forma de proceso a los temibles delincuentes y peligrosos criminales que guarecíanse en los montes y resistíanse a la autoridad.

(5) Es frecuente en los campos, hallar en las vizcacheras restos humanos, extraídos de los cementerios por estos animales noctámbulos.

Digitized by Google



ARA POTÏ

LEYENDA CORRENTINA

Corría el año 1849. La revolución del 4 de octubre encabezada por el teniente Manuel Antonio Vallejos (a) "El Pájaro", contra el gobierno de Miguel Virasoro, tuvo como lógica consecuencia la emigración en masa de los pacíficos pobladoras del histórico pueblo de Itati.

Fué el día 7 de octubre, en una tarde primaveral, cuando un largo convoy de frágiles embarcaciones, cargadas de exilados, *vadeaba* el río Paraná, bajo una nutrida descarga de fusilería dirigida contra los infortunados hijos de aquel pueblo, que valientemente ofrecían sus pechos descubiertos, amparados únicamente en la fe cristiana y en la sagrada Virgen de sus amores, cuya imagen llevaban en señal de viril protesta contra la trágica tiranía que pesaba sobre Corrientes.

A medida que las débiles canoas de los fugitivos se alejaban de las riberas del Paraná, al impulso de los cargamentos humanos, cabeceaban sobre el agua y corrían en su superficie estremecimientos de ondas concéntricas al mismo tiempo que se dibujaban en ella figuras fugitivas. En las últimas claridades de un crepúsculo melancólico desaparecían lentamente las siluetas silenciosas de las humildes viviendas del pueblo, escondidas en sus frondosos jardines de naranjos opulentos, que saturaban el ambiente con el perfume embriagador de sus últimos y simbólicos azahares.

Infinidad de islas semejantes a colosales esmeraldas se presentaban a la vista en las que reinaba majestuoso y sepulcral silencio y no faltó, entre los proscriptos, quien afirmara que, del espeso follaje de la selva frondosa, descendían cristalinas gotas, como lágrimas, que simbolizaban la inmensa tristeza y el profundo dolor de la comarca.

"Luego, un lúgubre llanto, como lastimeros lamentos del alma desprendidos, repetía el eco en lontananza." Dice

Digitized by Google

la leyenda "que los nenúfares, en señal de indignación no abrieron, por mucho tiempo, su bello broche al despuntar el alba, ni las flores del *jacarandá* y del *tayi* embellecieron el cuadro de la selva; el zorzal, el mirlo y el jilguero enmudecieron en señal de abatimiento; haciendo de la comarca, la selva triste, solitaria y muda."

"Reinaba allí una calma tan exótica como el silencio que sucede al coro de monjes, que en el templo reza y canta."

¿No era acaso la Naturaleza que se asociaba a la indignación del abnegado pueblo de Bolaños?

Con los cuatrocientos exilados, de *todos los sexos* y edades que huían de la barbarie del 49, iban como agregados *Manuel Mboycuá, José Poritú,* Martín Bandy, *Caniadiyú,* destacándose *entre esta tribu* por su valor y firme carácter el famoso *Yaguareté Püytá,* muy respetado en la comarca porque él encarnaba *la representación más genuina* de la raza fuerte, de la valiente y guerrera estirpe guaraní, de la que hoy apenas queda una sombra.

"Era el hombre del bosque centenario
El indio legendario,
De alma salvaje y músculo de acero."

Yaguareté Püytá enamoróse ardientemente de una hermosa hija de su raza; ella era virgen como la selva y hermosa como la flor de la Victoria Regia. Su voz de calandria, de atractivo irresistible, conquistó para el culto de la Virgen el corazón salvaje de *Yaguareté Püytá,* a quien con palabras de amor, al partir para el ostracismo, entrególe una efigie bendita de la Pura y Limpia Concepción, a fin de que le sirviera de protección en sus cruzadas a través de las misteriosas y selváticas regiones paraguayas.

Ará Potï tenía veinte años. Aunque su belleza no era extremada, advertíase en su semblante *cierto sello de virtud y amor.* Sus miradas inspiraban una exquisita sensibilidad y una profunda melancolía y su sonrisa era celestial. Estas bellas cualïdades de Ará habían *inspirado pasiones* al indio Paracaú, fiel amigo de su prometido ausente. Ará Potï no era *impresionable* a sus insistentes insinuaciones amorosas, porque amaba en silencio y con entrañable cariño al fugitivo mancebo. No aceptando las insinuaciones de amor que le hiciera paracaú. Ará Potï prefirió romper definitivamente los vínculos de amistad que la unían con su imprudente cortejador.

Digitized by Google

Su corazón herido por la larga ausencia del ser a quien sólo amaba, necesitaba a veces prolongadas convalecencias, y élla, a fin de olvidar sus pesares, había ido a vivir una temporada en Curupicayty, entre la selva perfumada por el aroma del *mburucuyá* y de la azucena silvestre.

Mientras tanto, los patriotas itatianos, bajo la protección de la Virgen, cruzaron sin tropiezos las feroces selvas paraguayas, llegando a Itá-Corá, en donde depositaron devotamente la sagrada imagen. El R. P. franciscano fray Ramón Navarro, evangelizador de la comarca, recibió a la Virgen entre cánticos, fiestas y flores, al par que elevaba al Altísimo una plegaria.

La Virgen, una de las más hermosas esculturas españolas del siglo XVI, tenía expresión maternal en los ojos y serena beatitud derramaba en el rostro. El manto de raso bordado y exornado con joyas, la cubría desde los hombros hasta los pies.

"De plata maciza, bellamente esmaltada y trabajada con arte, era la corona incrustada de piedras preciosas. Un círculo aúreo con el sol, la luna y doce estrellas circundaban a manera de aureola la cabeza de la divina efigie, cuya cabellera descendía en dos crenchas sobre la cara y los hombros. Un collarcito de perlas rodeaba su cuello y en el pecho se admiraban broches y pendientes. En las manos artísticas sortijas que llevaban engastadas esmeraldas, zafiros y topacios. Descansaba la imagen en sólida peana. A sus pies se abría una media luna, con dos estrellas."

El arribo de tan prodigiosa Virgen al pueblo paraguayo de Itá-Corá congregó en torno del pequeño Santuario a muchos naturales que anhelaban conocer de cerca la bella imagen. pues su fama de milagrosa había traspasado ya los límites de Corrientes. La humilde capilla que se improvisara para alojar a la divina viajera fué adornada pomposamente por los comarcanos con toda suerte de adornos y lleno de flores aromáticas y delicadas que había abundantemente en aquel país privilegiado por su naturaleza.

Todos los domingos fray Navarro celebraba una misa en el pequeño Santuario, a la que nunca faltó Yaguareté Püytá, quien alternaba sus rudas faenas rurales de una estancia vecina con las prácticas religiosas, sin olvidar jamás las tiernas solicitudes de Ará Potï al entregarle el significativo recuerdo que llevaba grabada la efigie de la Virgen Itateña.

Las ceremonias religiosas en Ytá Corá eran concurridas.

Digitized by Google

Fray Navarro, como buen discípulo de los evangelizadores en el nuevo mundo y fiel intérprete de los sentimientos indígenas, explicaba después de la misa a los aborígenes el catecismo en lengua guaraní, que les había legado el venerable fray Luis Bolaños. Sus pláticas religiosas eran seguidas por sanos consejos, y como verdadero apóstol trabajaba en la conversión a la fe católica de los indígenas, quienes rezaban después:

"Tupá randeraaró María nderiníhe Tupá gracia rché."

Así a estos heraldos de Cristo, nacidos y criados con todas las comodidades de la vida en España, educados con esmero, hombres llenos de saber, no les bastaba difundir sólo la fe de Cristo, sino que se transformaban en las selvas de América, voluntariamente, en labradores, leñadores, carreteros, peones, y hacían todo trabajo con sumo afán y empeño, para el mejor cumplimiento de sus evangelios.

Finalizaba el año 1851 y alboreaba la caída de aquel período trágico de la tiranía.

Yaguareté Püytá, que había peleado heroicamente al lado del bizarro comandante Castor de León, descendiente de bravos españoles, muerto trágicamente a raíz de la triste jornada de Vences, templado ya en el campo de batalla, se aprestaba a un nuevo y cruento sacrificio en aras de la causa de la libertad, para combatir contra la dictadura de Rosas. Defensor de las ideas patrióticas, conservó desde niño todas las sanas enseñanzas que le había inculcado don Benigno Garay, su maestro de primeras letras, fusilado bárbaramente en esta ciudad de Corrientes por mandato de la gaucha tiranía, y sólo esperaba en el Paraguay el retorno de la imagen venerada a su pueblo predilecto, para enrolarse inmediatamente en las filas de los patriotas.

Después de diversas y largas gestiones tramitadas entre el gobernador Miguel Virasoro y las altas autoridades del Paraguay para que la Virgen de Ytati fuera restituída a su pueblo y satisfaciendo, por otra parte, los vehementes deseos de las matronas correntinas, la preciosa efigie de la Pura y Limpia Concepción fué devuelta el 15 de noviembre del año 1851. La imagen fué conducida desde Laureles en hombros hasta la costa del Paraná, siendo sus fieles custodios Yaguareté Püytá, Mboycuá, Bandy y Caniandiyú. Llegados a Paso de la Patria, el viaje se realizó milagrosamente. Las distancias se acortaban favorecidos por días hermosos. Desde las inmediacio-

Digitized by Google

nes de la comarca hasta el pueblo de Bolaños, los conductores de la imagen bajaron con grandes júbilos. El paso del Paraná se realizó en una mañana, en que los seres y las cosas despertaron a la vida como en un sueño, entre extractos de rosas en el cielo, oro vivo en los lugares salientes, lomas, barrancos, campanario y altivos árboles. A la armonía del color juntábase la armonía de los sonidos.

Ará Potï arrojaba a su paso las flores más raras, recogidas en la frondosa y aromática selva que decora las riberas del Paraná y entonaba con su voz de calandria un melódico canto, al acorde del viejo órgano. Repicaban las campanas con varias voces broncas o argentinas, cuyos sonidos se perdían en las playas próximas. El Paraná se sumía en una calma estática y contemplativa: reflejaba con beatitud de éxtasis el humilde santuario, las viejas palmeras que se elevaban muy cerca en el azul. Celajes mirificos magnificaban el horizonte. Eran como apoteosis de sol, aureolas de oro, cirrus de fuego, franjas de púrpura y nacarados nimbos.

La iglesia tenía entonces un aspecto humilde. Las guerras civiles por un lado y los avances paraguayos por otro, detuvieron por muchos años la construcción de un Santuario digno de María. No obstante, por los milagros que realizó la Virgen, la fama de Itati hízose grande.

* * *

El retorno de Yaguareté Püytá a su inolvidable pueblo y albergue de sus amores, después de una larga proscripción y el encuentro con Ará Potï en el atrio del Santuario, en el mismo lugar en que Ará le ofrendara amorosamente la sagrada reliquia, fué una tierna y emocionante escena, que arrancó de sus ojos gruesas lágrimas, purificadas por la fuerza de la pena y del amor.

¡Oh, cuán bella le pareció entonces su chinita amada, cuán digna de sus amores! Sus cabellos negros, su cara de beatitud, su boca pura sin pecados y sus ojos melancólicos hicieron estremecer su corazón y adormecer todos los dolores. Yaguareté Püytá no pudo contener su frenesí y la besó castamente.

¡Qué gozo más grande experimentó al estrechar aquel cuerpo tenue contra su pecho varonil! El mundo desapareció en aquel instante para él, sintiendo únicamente el palpitar de su corazón.

Digitized by Google

Ará Potï respondió a las caricias de sù amado con toda ternura y le interrogó inmediatamente, afligida, si era verdad el nuevo sacrificio a que iba a someter su existencia alistándose en las filas de los patriotas correntinos.

Contestóle que era su deber, la patria lo imponía, para dar por tierra de una vez con el tirano de Buenos Aires, que ambicionaba un predominio despótico sobre el resto de la República.

La despedida de los dos amantes fué una escena de tristeza y de profundo pesar. Tuvo Ará el fatal presentimiento de no volver a ver más a su amado. Todas las tardes, a la hora en que el sol agonizaba, en transparentes y pálidos ocasos, al apuntar en el cielo las primeras estrellas, la caprichosa fantasía le presentaba escenas heroícas de epopeyas, "tropeles de caballos que galopaban con las aúreas crines al viento, combates formidables, cañones que vomitaban fuego, siniestros perfiles de hombres enfurecidos", y ante esta visión de horror y de muerte elevaba a la Virgen, como sabía hacerlo, una dulce plegaria, poniendo al abrigo de su divino manto la suerte de su noble y valiente amado.

A la misma hora en que Ará Potï contemplaba desde las floridas lomadas del Paraná los atardeceres y crepúsculos, llenos de figuras siniestras, Yaguareté Püytá caía exánime, deshecho por la infernal metralla de la artillería, en los campos de Monte Caseros, el 3 de febrero de 1852.

A un soldado del batallón de Defensores Republicanos, del que era abanderado el alférez Desiderio Sosa, entregó Yaguareté Püytá la efigie de la Virgen de Itati, la ofrenda delicada que colocara en su pecho la infortunada Ará en el atrio de la iglesia. El moribundo, después de besarla repetidas veces, encomendó al sargento Poritú su entrega a Ará Potï y luego exhaló el último suspiro.

* * *

El 25 de febrero del año 1852 el sargento Poritú, quien también se había distinguido por su heroísmo singular en Caseros, entregaba en Ytatí a la desventurada Ará la reliquia de su amado muerto. Ante la infausta nueva los recuerdos se agolparon en su alma y sus tristes ojos inundaron en lágrimas sus mejillas. Desde aquel momento Ará Potï, alejándose del mundo, hízose esclava de la virgen de sus amores. Pasaron

Digitized by Google

algunos años, y en un atardecer del mes de septiembre, cuando toda la floresta vestía de flores, Ará Potï exhalaba su postrer suspiro, entrando en la morada del sueño eterno.

Los vecinos de la comarca decían por espacio de mucho tiempo, que en el viejo cementerio de Itati todas las noches, sobre la tumba de Ará, aparecía un fluido luminoso que alumbraba la solitaria y muda mansión de los muertos.

Era el espíritu de Ará que volvía de la otra vida, para recordar con su luz esplendorosa las virtudes de la raza y de la mujer correntina.

---

(1) Ará Potï: Flores del tiempo.
Yaguareté Püytá: Tigre rojo.
Paracaú: Papagallo.
Tabacué: Que fué pueblo.

Nota del Autor: Los datos históricos de la leyenda son de rigurosa exactitud. Este trabajo obtuvo el primer premio municipal de Literatura. Juegos Florales de 1926.

Digitized by Google

LA FESTIVA LEYENDA DE "PONCHO VERDE"

Se ha dicho que Corrientes es la tierra de leyendas épicas y heroicas... Efectivamente, es la que ofrece mayor aporte a la literatura folklórica, porque en los relatos camperos se tejen también festivos poemas que denotan en el gaucho sentimientos de arte y de amor.

Sin embargo, son más aquellos episodios de edad remota, basados en las tragedias y en las luchas civiles, en los motines y en la organización de los ejércitos libertadores. Estos relatos traducen acontecimientos de valor histórico, en que se quiere presentar, no sólo el sacrificio del pueblo, sino también su bravura ingénita.

Y en tan frondosa literatura, no falta aquella de naturaleza festiva, de hondo arraigo en el lenguaje popular. Es que el idioma guaraní, tan pintoresco y expresivo, sugiere al hombre de campo reminiscencias románticas y heroicas, tramando con ellas episodios gauchescos, que relatados en su lenguaje aborigen, adquieren un colorido vivaz, que patentizan la agudeza del ingenio popular.

Entre nosotros, muchas de las tradicionales leyendas se han ido perdiendo en el transcurso de los años, debido a la vertiginosa incorporación a nuestro ambiente regional de elementos extraños y a cuyo ritmo está llamado a desaparecer todo vestigio de la añorada poesía gaucha.

A pesar de ello, subsisten aquellas jugosas crónicas que a manera de cuentos hicieron época, en las que Mantilla y Cabral (Manuel) con sus aguzadas plumas, pintaron con visiones de artistas, los bocetos legendarios de sus jocosos personajes, creados a veces por la ingeniosa fantasía.

La tradición de Poncho Verde, de fondo casi infantil, fué una de las más conocidas y comentadas por el pueblo, cuyo protagonista, idealizado en el relato familiar ocupó un lugar preferente en el acervo folklórico de la región.

¿Quién fué Poncho Verde? Era uno de esos personajes que dan al lugar en que actúan una característica propia. De regular estatura, de una delgadez espantosa, de rostro enjuto, iluminado por dos ojos negros y cavernosos. Su indumentaria era tan rara

Digitized by Google

como su persona. Un cinturón ancho de cuero negro le oprimía un saco de talla militar, del cual habían cortado a tijeretazos el cuello y una parte de las mangas hasta el codo. Unos pantalones de bayeta verde terminaban en un par de botas inverosímilmente remendadas con tiras de trapos de variados colores. Sobre tan rara vestimenta, cargaba un poncho de paño verde, prenda famosa, porque dió origen al nombre del barrio en que habitaba el extraño personaje.

La presencia de tan festivo tipo popular en las calles de la ciudad era celebrada por la multitud infantil y los muchachos lo seguían placenteros y bulliciosos hasta la puerta de su aduar, sin que el hombre se irritara por tan ruidosa manifestación.

Los lugares más frecuentados por Poncho Verde eran la Plaza Cabral y las calles de Ayacucho y Junín. En el arroyo de la Batería, tramaba largas tenidas con las lavanderas a quienes relataba sus hazañas del día y las románticas aventuras en los poblados de Cambá Cuá, donde tenía su morada la mulata Florentina, a la que había ofrecido su corazón.

Era Poncho Verde un tipo andariego y trasnochador. No tenía un concepto cabal del tiempo, ni de las horas. En todos los bailes de los suburbios, en los velorios y las celebraciones de San Baltasar, el héroe del cuento ocupaba el sitio de honor. Llevaba una vida regalada sin preocuparse de las necesidades más apremiantes. De fiesta en fiesta, aunque servía de "bufón", filosofaba y aprendía a vivir sin "cruentos sacrificios"; todo se le proporcionaba en aquella época de abundancia, de cuando la ciudad parecía una gran familia y el hambre no se conocía entre la gente pobre del pueblo.

Sin embargo, triste destino le deparaba a Poncho Verde. Dícese que durante un día invernal "nuestro héroe", al salir de su casa, ranchito diminuto, escondido entre frondosos lapachos en plena flor, fué alcanzado por un rayo que terminó con su existencia.

La noticia de su muerte, por su propia popularidad, fué conocida rápidamente. Una multitud de muchachos concurrió al lugar del hecho. Y si fué festiva su presencia en las calles públicas, en aquel momento fué de honda pena. Se había rodeado de una cierta simpatía en el alma popular.

Los vecinos del barrio tejieron con aquella escena un poema heroico. El cadáver fué enterrado en el lugar del deceso y sobre la tumba del "personaje" elevóse una cruz a cuyos pies

Digitized by Google

no faltó jamás una vela y una flor recordatoria, gesto de religiosa piedad cristiana, que se repite hasta hoy y que recuerda exactamente los remotos tiempos de la antigua fe.

Estos actos de exagerada idolatría fueron condenados por las autoridades. La cruz de Poncho Verde fué arrancada de su lugar por expresa disposición oficial, porque el hecho era altamente opuesto a la moral y a la religión.

A pesar de ello, Poncho Verde nos legó el nombre de uno de los barrios más pintorescos y populares de la ciudad de Corrientes. También nos dejó la leyenda que ha de perpetuarse aún por mucho tiempo, mientras los nuevos factores del progreso no terminen totalmente con nuestros más preciosos acervos folklóricos y por ende con las tradiciones más caras al sentimiento nativo.

Digitized by Google

EL ORATORIO DE PANCHO LOPEZ

En el barrio de Poncho Verde, pintoresco lugar de la ciudad de Corrientes, que se extiende hacia el agreste paisaje del bañado Norte, matizado de ceibos y lapachos en flor, levantábase la tosca cruz de hierro de Francisco López, que por varias décadas veló la tumba de este "mártir", a quien rendía fervoroso culto la gente apacible y buena de Taragüy (1).

El protagonista de esta breve historia, fué un hombre a quien se le atribuía la consumación de imaginarios delitos pero que nunca la justicia pudo comprobarlos. Era éste un tipo alto, ágil y vigoroso, vestía amplio chiripá punzó, que dejaba libres sus piernas musculosas, dando la impresión de una sencillez atrevida, poco común en los hombres de entonces. Tenía la cabeza rapada, un mechón de cabellos que dejaba crecer de un lado, llegábale hasta la nuca, característica de los guapos de la época, dando a su fisonomía una expresión fiera y salvaje.

Perseguido por la autoridad, alzóse contra ella, sosteniendo luchas heroicas, dando pábulo a las leyendas y a la poesía gauchesca, tan propicia en la región.

En realidad, López no fué más que una víctima de la persecución de la justicia. Se le acusaba de desertor, de brujería, de curanderismo, de bravucón y pendenciero y, para más, de galán empedernido y afortunado en el amor. Un buen día acusado, por tantos "delitos", internóse en el bosque del Paraná, conviviendo con las aves, con las que ensayaba dulces endechas de amor. Cantábale a Dolores, su amada, dando rienda suelta al desahogo de su pasión. En los hermosos atardeceres del Paraná, idealizaba la puesta de sol, creando en su alada imaginación las más fantásticas y amorosas aventuras.

Y así transcurrieron los días, en medio de la selva, hasta que atraído por el encanto de su inolvidable y ensoñadora

Digitized by Google

mujer, salió del escondite y en una silenciosa noche de luna. arribó a la alcoba solitaria de su Dolores, que impacientemente dormitaba, la que entrevió la viril silueta de su prófugo y amoroso compañero. El arribo inesperado de Pancho López ponía en peligro aquel coloquio de amor. Sin embargo, Dolores supo imponerse una incomprensible quietud, como queriendo reavivar todo sentimiento. Dolores Romero y Pancho López, tenían la impresión de vivir una tortura espantosa, de la que todavía no podían darse exacta cuenta.

La criollita amorosa era libre, pero su sentimiento de amor le reconfortaba. No se engañaba al interpretar un presentimiento que le pesaba en el corazón como un mal terriblemente grave. La angustia que habíale embargado desde el momento del alejamiento de López, hacia la inmensidad de la selva, no la abandonaba. Pasaba largas vigilias sin entornar los ojos, para olvidar y perderse en un largo sueño restaurador, pero todo fué en vano.

El dulce coloquio de esas dos almas era tan fugaz como una caricia furtiva de dos enamorados. Aquella noche, mientras Dolores reconfortaba a su fiel amante con suaves halagos y promesas infinitas, se escuchaba el grave y monótono paso de la policía que rondaba en torno del rancho, apenas iluminado por la débil luz del candil.

—Debo irme, Dolores — dijo López.

—¿Pero cómo, amigo mío?

—Saldré por el techo y burlaré la vigilancia; además, es el único camino de mi liberación, aunque requiere un sacrificio atroz y tal vez inútil.

López cumplió su voluntad, hizo efectivo su propósito de huir, abriendo un boquete en el techo "cañizo" por el que pudo levantar unas tejas que dejaban libre un trecho de cielo azul oscuro. Como una sombra el prófugo se perdió en las tinieblas de la noche, tratando de alejarse de sus perseguidores.

Dolores, sola en su mísera alcoba con sus pensamientos, siempre iguales, delineaba en su insomnio el cuadro dramático de la noche fatídica del 4 de febrero de 1849.

La astucia de López y su esfuerzo por alejarse corriendo en la sombra, saltando muros y cercos, fué inútil intento. Su mala suerte hizo que se encontrara, en la calle Ayacucho entre Uruguay y Brasil, con el sargento de la milicia Lorenzo Cabral y otros individuos uniformados, quienes intimaron a

Digitized by Google

López. Un gesto de Pancho López, tal vez su misma expresión trágica, impuso silencio. El prisionero sentía su alma rebelarse y torcerse dentro, atrozmente, al verse rodeado de delincuentes insatisfechos de sangre y de vicios. La angustia laceraba su alma. El veía, sin embargo, a Dolores con una claridad terrible. El pensamiento de la venganza fué vívido y penetrante.

El pobre vencido sintióse humillado por aquellos miserables, quienes sin piedad lo arrastraron hasta "La Batería", lúgubre cuartel del batallón de Cazadores de la Independencia, comandado por el capitán Wenceslao Martínez, enérgico militar que no transigía con los "bravos", ni aceptaba réplicas.

Al día siguiente, es decir el 5 de febrero, muy de mañana, se dispuso, sin forma de proceso, la ejecución del infortunado Francisco López, para lo cual un pelotón de soldados, elegidos por sus sentimientos bien templados en la crueldad, tenía la misión de fusilar al reo. Al salir el sol se oía en la Batería el estampido de los fusiles que anunciaba el final del dramático suceso y el epílogo de una escena de amor.

Pero el tremendo drama no había realmente concluído, López no pereció, así lo denunciaba a su jefe, el sargento Sotelo. Un verdadero "milagro" se había operado en la tragedia; la vida de López duró aún un átomo, lo suficiente para encharcar de sangre los puñales de sus verdugos.

Se dijo que durante la noche de la ejecución el "iluminado" anduvo rodando con su cuerpo herido por sobre un cardal, aplastándolo todo.

Indignada la policía por tan desconcertante suceso, obra de endemoniado, llamó al soldado Aromí, veterano en el manejo del acero, para que terminara con aquel brujo "renegado." López, casi moribundo, fué víctima de un nuevo ultraje. Aromí separóle la cabeza del cuerpo, sin inmutarse. La cabeza del infortunado paisano, decían los testigos de tan singular suceso, rodaba por el suelo, envuelta en sangre, el cuerpo se agitaba, como buscando los miembros separados y dispersos. Escena ésta que impresionó a los propios verdugos. Manos piadosas sepultaron aquella masa de carne informe en presencia de Dolores, la que, perpleja, casi muda, oprimiéndose el corazón, cayó al suelo, saliendo de su garganta el nombre que le era más querido. La desdichada mujer intentó levantarse, se arrastró algunos metros pero cayó nuevamente desvanecida.

Digitized by Google

Sobre el oratorio de López levantóse una ermita donde afluían y oraban las gentes crédulas en pintorescas peregrinaciones. Eran largas filas de mujeres y hombres, con ropajes de vistosos coloridos, que seguían el sendero, asumiendo el cuadro la austera apariencia de una exótica ceremonia religiosa.

Los lunes, días consagrados a los muertos, los fieles de López ponían sobre su tumba velas y flores. Algunas mujeres oraban fervorosamente, otras besaban la lápida y lloraban en sus oraciones; las normalistas rezagadas pedían al "mago" difunto, como lo hacen ahora a la Virgen de Itati, fuerza y valor en los exámenes finales. Los enfermos llegaban también elevando preces, las novias formulaban promesas de amor y fidelidad, cumpliendo el curioso rito que tenía algo de sugestiva poesía fuertemente arraigado en el alma popular.

Hasta el año 1916 el oratorio de López fué meta de toda una población de creyentes, en la que formaban personas de todas las esferas sociales.

El clero, ante el avante de tal idolatría, contraria a la religión cristiana, asumió una actitud digna.

Fué entonces cuando nuestro primer pastor de almas, monseñor Niella, se impuso en sus prédicas, hasta persuadir y disipar la ilusión de tan extraña y exagerada idolatría.

Con el retiro de los restos de Francisco López de su tumba de Poncho Verde, terminó para siempre la afluencia de público al altar impío, que arrastraba detrás de sí una multitud fanatizada por el vigoroso mancebo de Dolores Romero.

(1) Pueblo cercano.

Digitized by Google

IRUPE Y YAGUARU ANTE EL ALTAR GUARANI

(Tradición correntina)

Aquel venerable Fray Luis de Bolaños fué, seguramente, uno de los personajes que más se aproximaron al Seráfico hijo de Asís, por su abnegación y por sus obras insuperadas de piedad cristiana, en la evangelización del nuevo mundo.

Su biógrafo dice que el "vidente contempló desde las playas lejanas nuestros indígenas dominados, más que por la lanza salvaje, por el acero devastador de los conquistadores. Los caminos del progreso deben abrirse, dijo, con la palabra del Verbo. Y el apóstol tomó el bordón del peregrino, cruzó los mares, y como los primeros pregoneros de Cristo en la Judea, irradió sobre las tribus adormecidas en el error, los destellos de la verdad."

En esta parte de América, regada por el Paraná y el Paraguay, muchos fueron sus triunfos evangélicos, fundando pueblos, contándose entre éstos el de Itati, asiento del más famoso y visitado santuario.

Esta fundación, según la crónica, tuvo lugar el año 1616, fecha en que el Tupí encomendaba a Bolaños la reducción civil que había evangelizado.

Pensamiento fué éste, inspirado del cielo, para las conversiones de los indígenas y la propagación de la fe entre las tribus de la gran familia guaraní.

Para digno asiento del augusto santuario, buscóse en la región del Yaguarú, una deliciosa eminencia sobre la margen del Paraná, rodeada de mística poesía. El río, inmenso, brindábale el soberbio y bello espectáculo de primavera, con sus islas floridas y sus bosques seculares, donde parecía que las raras

Digitized by Google

aves canoras, de hermoso y brillante plumaje, entonaban en el paisaje paradisíaco, alabanzas de amor al Altísimo. Las frutas silvestres y flores del aire eran delicias de los ojos.

La noticia de la aparición de una imagen en forma milagrosa, precedida de una aureola divina, sobre la riente comarca, difundióse con la rapidez que entonces permitían las circunstancias.

El silencio secular de la selva fué interrumpido por las plegarias y las notas jubilosas de las campanas, y el órgano entonó por primera vez las notas místicas con asombro de los naturales.

Entre otros, un indio, casi indomable, de la tribu itatiguá, conocido en la comarca con el nombre de Yaguarú, a la aparición de la Virgen fué presa del prodigio divino. Su aspecto fiero transformóse en ese instante. Su rostro revelaba la ternura de sus sentimientos. Apresurado, Yaguarú trasladóse como pudo a su comarca, muy poblada, para llevar a su tribu la grata nueva, de lo que sus ojos habían visto, de que una linda virgen, de sugestiva mirada y de rostro moreno, milagrosamente apareció en el cauce del río, muy cerca de Tabacué; refirióse al caserío indígena situado al Sur y a cuyas playas arribaron en 1528 los barcos exploradores comandados por Gaboto, el fundador de Sancti Espíritu. Dícese que el navegante recibió en Yaguarú abundancia de bastimento y protección eficaz de los caseríos guaraníes, que obedecían al cacique Yaguarú, padre del protagonista de esta tradición.

El indio, rodeado por su tribu, hizo un extenso relato. Refirióse a la aparición sobrehumana de la prodigiosa virgen, agregando que eso no era una alucinación ni un sueño; díjole además, que era milagrosa, que curaba a los enfermos, consolaba a los desventurados, protegía con abundantes lluvias la buena cosecha y devolvía la hacienda extraviada. Todo esto lo decía en un lenguaje sencillo, capaz de hacerse comprender, pues, como es sabido, el guaraní es uno de los idiomas indígenas "copiosos y elegantes" y por demás expresivo.

Los habitantes de la extensa comarca y hasta aquellos indígenas que pululaban las misteriosas soledades del Iberá, en estado plenamente bárbaros, escucharon la palabra dulce y elocuente de Yaguarú, la que pudo promover en la tribu los primeros sentimientos de amor hacia Dios. Algunos abandonaron sus viejas creencias, olvidaron sus ídolos y hechiceros, y una aurora de humana caridad alboreó sobre las llanuras y

Digitized by Google

selvas de la inmensa planicie guaraní. Sólo faltaba la palabra del evangelizador. Y esta tarea estaba reservada a fray Luis de Bolaños, a "ese varón envejecido en la prédica del Evangelio y de notoria influencia moral sobre los indios."

El santo apóstol, satisfecho por la noble acción de Yaguarú y viendo en él al hombre fuerte y capaz de secundarlo en las faenas evangélicas, invitóle a la realización de tan vasta como difícil empresa. El indio, enternecido ante la aparición divina, y su corazón, ya dulcificado, aceptó la proposición de fray Luis.

Las dilatadas y ricas campiñas que corren hasta los esteros del Iberá, las selvas y florestas que se extienden al Sur, hasta el Miriñay, el río Corrientes y Santa Lucía, denominado entonces río de los Mepénes, eran espacios casi imaginarios, que el apóstol y el indio debían recorrer y que para ello exigía un ánimo varonil a fin de contrarrestar todas las dificultades que se oponían, penetrando con su espíritu y también con su corazón, en las naciones bárbaras, para acostumbrarlas a la dulzura evangélica, fundando una sociedad nueva en la santa y sublime fraternidad cristiana.

Poco era, sin embargo, para fray Bolaños; había dado pruebas de sus sacrificios catequizando salvajes, purificando almas, desplegando su fecunda energía en las provincias del Paraguay y del Guayra.

La obra estaba en su comienzo y revestida por el sumo encanto de su espectacular belleza. El esclarecido fray Luis. por una atracción invencible, propúsose llegar hasta la tienda del indio. Nada le importaba "los rayos del sol y el golpe de todas las inclemencias."

El fiel Yaguarú, recién bautizado y alentado con los beneficios de la caridad cristiana, púsose al lado de Bolaños, y ambos dirigiéronse en una deliciosa mañana de abril al aduar indígena, a través de la extensa comarca, cruzando hermosos campos esmaltados de verde y revestidos de toda la variedad de vistosas flores, que llevó de suyo la lozana y eterna primavera.

Pasaron por bosques tupidos, en cuyos árboles colgaban como doseles variedad de vistosas trepadoras, cruzaron también arroyos, donde el *irupé*, haciendo gala de belleza, decoraba la superficie de las aguas quietas, y una infinidad de aves, con sus cantos melodiosos, animaban el boscaje.

Dos días con sus noches duró la fatigosa correría de los

Digitized by Google

dos personajes, quienes cabalgaban dos míseros caballos, los primeros "jamelgos" importados en Yaguary. Los dos personajes eran, en medio del cuadro majestuoso de la naturaleza, dos símbolos: el uno radiante y espléndido con los fulgores de la caridad, y el otro, sin amor, entronizado en las tinieblas.

La Cruz redentora abría senderos de luz en la selva correntina. Allí aún vivía el hombre en estado salvaje, en su choza miserable. Su ingénita desidia, la mayoría tan sujetos a la ociosidad y tan poco aplicados a la labor de los campos fecundos, ganaba las riberas de las lagunas, de los ríos, o de los esteros, por el interés de la pesca, donde los peces se multiplicaban con prodigiosa fecundidad. Gustábale en sus frugales banquetes el *patí*, de carne delicada; la *raya*, de monstruosa y deforme figura; el *bagre*, de espina fuerte y aguda; pero más que todos preferían el *manguruyú*, de buen gusto, o el *surubí*, de agradable sabor y de carne más sólida, y el *dorado*, "tan hermoso cuando es herido por los rayos y reflejos del sol."

Entreteníase el indio días enteros en la caza del *yacaré*, cuya mansión ordinaria es el agua, pero que sale al sol cuando está harto. La caza de patos de figura extraordinaria y exquisita variedad de colores y las garzas proporcionábale hermosos plumajes para adornar su desnudez natural, y el *camoatí* brindábale el dulce panal. A otros pájaros dábanle caza con el *huí o guirapopé*, especie de arcos o flechas, que las hacían de cañas delgadas, con punta de madera dura o de hueso. Manejaban estos instrumentos con admirable pericia.

Algunas de las tribus, particularmente la itatiguá, la más laboriosa, tenían aves de corral y otros animales domésticos, cultivaban el *abatí, cumandá, yetí, mendiog* y *curapepé*, y con duras piedras o instrumentos de madera hacían harina; tejían. hilaban el *amandiyú* y elaboraban también las fibras del *caaporopy* y *caraguatá*, fabricaban sus ollas y cántaros de arcilla, dando pruebas de ser excelentes alfareros.

Los extraños viajeros de la selva, fatigados, pero vigorizados por los ardores del espíritu, llegaron al caserío de *Ytaty Rincón*, mísera aldea india, donde, según viejas crónicas, existió en lejano tiempo, el pueblo de Caracará, de la rama guaraní.

El inesperado arribo de fray Bolaños y de su acompañante Yaguarú a *Ytaty Rincón*, fué motivo de grande júbilo.

Las tribus, preparadas por Yaguarú, para recibir la voz del Evangelio, dieron muestras de sumisa bondad y escucharon con emoción al apóstol, y era aquello un espectáculo magní-

Digitized by Google

fico, sobre todo, cuando el fraile, elevando sus brazos al cielo, mostró a los infieles la Cruz redentora, arengando en guaraní a los circunstantes. Su dominio del idioma indígena, facilitó su tarea y su voz poderosa en palabras y en obras, proclamó el imperio del amor y la caridad.

Es imposible trazar el inmenso cuadro, ni siquiera esbozar los perfiles del "héroe" en aquel momento sublime.

Y como el "Iris", cuando ahuyenta la tormenta, desplegando sus colores en un cielo aún cubierto de nublados, así la presencia del apóstol ablandó los ánimos de los neófitos, revistiéndoles con el carácter de cristianos."

No le bastó, sin embargo, a frav Bolaños, que resonara su voz en medio del desierto. Pidió a Yaguarú que lo ayudara en el campo de su prodigiosa actividad, para que brillara más la obra de su poderoso proselitismo. El neófito, obedeciendo las solicitudes del apóstol, convocó a la tribu, ya convertida, a la que agregáronse más de cien infieles que esperaban el sello de la nueva fe. Una larga caravana de hombres y mujeres escucharon otra vez la palabra del misionero; les habló con singular ejemplo. Jamás un apóstol habló con mayor dulzura, y ninguno como él enseñóles a conocer a Dios y los adoctrinó en el culto de la Virgen de Ytatí, "la predilecta de sus plegarias" y la única visión que llenó su alma de esperanza en las efusiones de sus votos."

Y su voz, resonando en la floresta, reunió a los neófitos en forma extraordinaria. Los hombres abandonaron su apetecida pesca, las mujeres las marmitas en que hervía el maíz, los niños interrumpieron sus correrías por la selva: y reunidos todos, ancianos, jóvenes y niños, siguieron al patriarca en devota peregrinación al santuario.

Al amanecer del 20 de abril de 1617, la nutrida caravana, encabezada por fray Luis y Yaguarú, púsose en marcha, animando los paisajes maravillosos, embellecidos ya por la multiforme flora tropical. El sol, que con sus besos de fuego abría las flores, los frutos que se ofrecían por doquier para aplacar la sed de los peregrinos, el anhelo por contemplar la Virgen santa, la beatitud de las almas en su místico fervor, todo contribuía a compensar las fatigas del viaje. Al atardecer del 21 de abril, los neófitos entraban triunfantes en el pueblo de la Virgen.

Los peregrinos, como es de suponer, fueron recibidos con demostraciones de simpatía por los habitantes; una campanita

Digitized by Google

de bronce hacía oír su vibrante voz metálica, la gente circulaba por las calles en gran manifestación de alegría; Ytati perdió el habitual silencio en honor del apóstol y de sus acompañantes.

Los neófitos llegaron al templo, consistente entonces en un humilde "rancho de estanteo con techo de paja." Arrodilláronse cristianamente; rezaron y contemplaron con asombro la figura augusta de María, de paradisíaca belleza y de amorosa mirada de madre.

Entre los numerosos indígenas, destacóse por su fervor religioso una bella y joven doncella, cuya edad no pasaba de los dieciocho años. Llamábase *Irupé*, era hacendosa y trabajadora, recatada y modesta, la que de acuerdo a sus viejos ritos cumplía aún el envidiable estilo de "bajar los ojos y de no fijarlos livianamente en el rostro de los hombres."

Esta mujer tan singular, correspondiente a la tribu *itatiguá*, despertó en el indio *Yaguarú* sentimientos de amor, lo que el neófito no pudo ocultar; la expresión de su rostro y la ternura de sus miradas lo revelaba. Enterado fray Bolaños del proceso de este idilio, por la propia confesión del indio, díjole que en premio a su lealtad, a su fervor y a todo cuanto había hecho en pro de la religión lo iba a instituir jefe de un hogar cristiano en el que reinaría el amor y la paz. Y acercándose a *Irupé*, que acompañaba a su padre Myrary, preguntóle si deseaba unir su suerte a la del viril mancebo. *Irupé* quedó muda; sólo el rubor que tiñó sus mejillas y el movimiento de los párpados que cubrieron el fulgor de sus ojos, denotaron el palpitar violento de su joven corazón. Myrary contestó por ella a fray Luis, agradeciéndole que ofreciera la protección de *Yaguarú* a esa niña de la selva, que sólo contaba con el sostén que podía proporcionarle él, ya viejo y achacoso. Fray Bolaños condujo entonces a los jóvenes indios ante el altar de la virgen, y con los rituales de la liturgia unió por siempre el destino de la casta *Irupé* con el del noble y valiente *Yaguarú*. La multitud india presenció con mucho asombro la escena que desconocía. El simulado órgano puso en ella sus notas jubilosas, y la luna tendió su luz melancólica en la aldea sombría.

Y así, en ese primer casamiento indio, celebrado ante el altar de la virgen en el memorable día que había de quedar consagrado a sus glorias, estuvieron unidos como por raro

Digitized by Google

conjuro el misticismo cristiano y la delicada poesía del alma india.

Volvieron los desposados a su comarca, reunióse la tribu para festejar el retorno. Las doncellas indias, compañeras de *Irupé*, obsequiaron a la novia con raros tejidos de *caaporotí* y plumas trabajadas a manera de guirnaldas, mientras los hombres le ofrendaban cántaros y vasos de arcilla con dibujos simbólicos, y el cacique *Mandyrayú* enviaba su regio presente que consistía en pendientes de singular estimación, collares de carozos de frutas silvestres, útiles de guayacán y palo santo, maderas aromáticas, todo esto hallábase reunido bajo un verde toldo vegetal. Más allá ardía gran fogata; sacrificáronse aves y animales domésticos. Y con primitivos y curiosos instrumentos, los jóvenes indios ejecutaron musicales trozos, alternados con sentimentales canciones y alegóricas danzas indígenas.

(Trabajo publicado en el número especial de "El Hogar" de Buenos Aires, aparecido con motivo del Congreso Eucarístico de 1935.)

Digitized by Google

EPISODIO ROMANTICO DE LA CONQUISTA

Era la lejana época del licenciado Juan Torres de Vera y Aragón, quien en nombre de Su Majestad el rey Felipe gobernaba esta apacible y hermosa comarca, tan codiciada por el conquistador.

Puede decirse que recién se habían echado los primeros cimientos de la ciudad y precisado sus límites en el lugar más propicio, cuando arribaron crecidos contingentes de españoles y aborígenes para poblar y dar forma de gobierno al importante centro de población.

La rica comarca ofrecía a los recién llegados la opulencia de una naturaleza desconocida; las tierras inmensas, la caza abundante, la pesca fácil, el agua por doquiera y las verdes praderas ofrecían a los colonizadores un porvenir incalculable de riqueza.

Alcaldes, regidores, alguaciles y procuradores levantaron cómodas viviendas, como correspondía a sus elevados cargos, en el más hermoso lugar de la ciudad y frente a la Plaza Mayor, según costumbre de la época. La Ermita, edificada por la piedad cristiana, ocupaba el punto más elevado sobre la barranca, siendo rodeada por espesa empalizada de madera incorruptible, teniendo a su frente, como señal de santidad, una cruz de urunday que reproducía la reliquia del prodigio milagroso.

En estas primitivas construcciones empleábase preferentemente la palma caranday, de tronco rígido, que entonces abundaba en las islas cercanas y el ibiraró, madera dura y resistente a la humedad. Muchas de las casas lucían ventanas bien talladas en quebracho, siendo las rejas de la misma madera, torneadas. Las pesadas puertas, de rústica estructura, parecían hechas para la eternidad. Las viviendas tenían anchos aleros que las defendían del sol. Las mismas palmeras pro-

Digitized by Google

porcionaban las tejas y de las fibras de sus hojas se fabricaban cordeles, industria que aún perdura en nuestra campaña.

Las maderas de los bosques fascinantes dábanles material variadísimo para sus obras y leña abundante para sus hogueras.

No eran, como se presume, aquellos tiempos, de grescas y algazaras, de alzamientos y rebeliones, como ocurría en otras ciudades de la colonia. Se procedía lealmente al darse cumplimiento a las ordenanzas del rey. Inculcábase al pueblo el sentimiento y el amor al trabajo a la par que se servía al Señor. Los padres ejercían toda la suma del poder espiritual sobre las tribus, lo que éstas aceptaban dócilmente. Entre estos padres religiosos ninguno impúsose a la consideración de la ciudad como el padre Quintanilla, natural de Gijón de los Reinos de España, por su valor y pericia en la conquista espiritual, como igualmente por sus virtudes. Pudo reunir fácilmente en la ciudad a la población de toda la comarca, entonces poblada, y reducirla a la nueva vida. La atracción de los indios hacia la civilización tuvo una consecuencia feliz. culminando en el culto de la Cruz, tradición hondamente arraigada. Todos los viernes el padre Quintanilla recorría la campaña, ya pacificada por el amor y, dulcificada con la palabra humilde del fraile la fiereza del aborigen, enseñaba el cultivo de semillas importadas de la madre patria, las que arrojadas en la tierra ligeramente labrada, proporcionábale cosecha abundante.

Mientras tanto, la ciudad ampliaba sus límites primitivos. Habían transcurrido cuando más veinte años. Se formaron los primeros artesanos indios. Los materiales de trabajo no escaseaban, las maderas eran muy aptas y diversas. Se construían carretas para transportes, se labraba el palo cambacá y el sapoy, maderas resistentes y fibrosas para construir las camas de las ruedas y los ejes; los muebles se hacían de algarrobo y muchos útiles del hogar los ejecutaban los indios con singular maestría, pues eran maestros en la alfarería y en el arte de tejer.

Mientras tanto la población crecía, con el concurso de los habitantes de la comarca que levantaban sus tiendas en las cercanías de la ciudad, sumándose a éstos no pocos pobladores que arribaban de Asunción y de otros centros, alentados por el clima y la belleza de la región.

Las necesidades del culto imponía la construcción de una iglesia que reuniera amplitud y decoro y fué así como se dis-

Digitized by Google

puso por el alcalde y los representantes del obispo y del gobernador de Buenos Aires, Diego de Góngora, la erección de un templo espacioso de treinta varas, todo construído en estanteo, techo de *caranday*, bien rebocado, con mezcla de tierra arenosa que no se agrieta, arquitravado con pesadas vigas de quebracho y urunday, con sólidos parantes, de la misma madera, piso de ladrillos y adobes crudos, algunos ornatos remitidos desde Asaunción por el padre Roque González, el mártir de Caaró, cuya curia ejercía aún, autoridad en toda la provincia del Paraguay y del Tape. Colocóse en el templo la Cruz de los Milagros, reconocida ya en todas partes como milagrosa, a cuyo pie ardían constantemente velitas rudimentarias elaboradas por las manos pacientes de las mujeres indias.

En una repisa de quebracho, rudamente trabajada, lucía su rostro una imagen andaluza, virgen de faz melancólica y dulce mirar, semejante a casi todas las esculturas hispanas. Las mujeres indias acudían a ella, envueltas en sus harapos y mantas de algodón y plumas coloreadas, raros ejemplares de raza primitiva de América, de una ingenuidad infantil, sin embargo prepotentes sobre el mancebo indio. Muchas de estas mujeres eran espirituales, si bien de facciones toscas y como crisálidas de amor encerradas en el sagrario doméstico, ofrecían a veces episodios dramáticos y sentimentales que revelaban conciencia, mentalidad y corazón. Eran ingeniosas en sus labores y en sus costumbres. Conocían las propiedades medicinales y tintóreas de las plantas. Para el teñido de sus jergas usaban el urucú, especie de añil, y para el lavado extraían del fruto del ibaró, rico jabón natural.

Y en sus toldos grises de barro y paja, la mujer india deslizaba su vida oscura y se marchitaba como rosa temprana con todos los rigores del trópico, sin embargo en su tagur no faltaba la sonrisa del amor. En él también se cantaban estrofas sentimentales. Es que la misma naturaleza era poeta, porque incitaba a la poesía con su cálida y perfumada belleza, con los aromas más agudos y penetrantes de los azahares.

Los españoles de la conquista, no fueron como los presentan, despóticos, ni arrogantes; compartían con el indio la vida de relación, especialmente con las tribus reducidas que iban poblando el cerco de la ciudad.

No faltaron ejecutores y alcaldes apasionados, que por una sílfide india perdieron sus blasones y sus títulos nobiliarios.

Narra la crónica, que el manchego Melchor Aguirre, pren-

Digitized by Google

dado de una joven india, casta doncella de la tribu guacarás, garrida muchacha de 22 años, hace abandono de sus funciones civiles para marcharse hacia la comarca de Yacyretá, y unirse a la deidad india Arazaty a quien el hidalgo había conocido el día de Pascua, en la celebración de la misa en la Plaza Mayor.

¡Cuál sería el asombro del señor alcalde al conocer tan abultado acontecimiento en la ciudad apacible, hecho que poco honraba al nombre de su casta!

Es que donde el amor comienza, puede tornarse amargo. Y es lo que aconteció a don Melchor, que ya frisaba en los cuarenta años, echándose encima el pesado fardo de la responsabilidad; pero ciegamente enamorado sacrificólo todo por el ideal de un amor inverosímil. Sintió la presencia de un alma que seducida por el hombre blanco soportaba estoicamente el reproche de su cabila, y defendía el ideal con profundo heroismo.

Don Melchor inesperadamente va llegando al aduar indio, donde Arazaty esperábale sola y recelosa. La india vestida de rústica saya, mostraba orgullosa su tocado. Era alta de cuerpo, airosa y arrogante. En su rostro de ébano brillaban dos hermosos luceros. Cubierto de collares con adornos de conchillas y de plumas de aves multicolor, resaltaba su redondo y elevado seno. Al entreabrir su boca mostraba la blancura de sus dientes y de su sonrisa dulce pendían todas las seducciones y los hechizos.

Palpitaba en el pecho de la doncella india un corazón que sabía de emotividad, de sentimientos purísimos y de dulzuras infinitas.

El encuentro en el aduar solitario de Yacyretá, fundió en una dos almas y dos razas, para confundir igualmente en una todas las aspiraciones que nacían de aquel amor.

La mujer india no era frívola como se ha dicho. Más bien paciente en el sacrificio del trabajo cotidiano, modesta en su humilde virtud, preparada a todos los renunciamientos, serena frente a las desventuras, a las fatigas y a los sufrimientos.

El noble manchego valoraba en toda su grandeza la sublime y heroica figura de Arazaty. En cada puesta de sol idealizaba el cuadro de vigorosos contornos que tenía por escenario la inmensidad del paisaje y el silencio de la noche estrellada, entre los efluvios cálidos y perfumados.

Don Melchor, como todo mortal, sintió también con emo-

Digitized by Google

ción la escena que se presentaba. En sus mirajes románticos, advertía la presencia de un exquisito corazón de madre, frente a la mujer india, que teniendo un hijo del amor de un blanco, demostrábase orgullosa al presentarlo a su tribu como un capullo recien abierto al conjuro de Yacyretá, en la plácida noche del trópico.

El hombre hispano ardoroso por temperamento, sintióse más unido a la hija del trópico, dedicábale horas infinitas en prepararla a una vida más austera, más cristiana y civilizada; enseñóle el idioma español, describiendo las bellezas de la madre patria; inculcóle el amor a todo lo noble, cultivando suavemente su inteligencia y sus escasos conocimientos.

Las largas veladas invernales transcurrían dulcemente en la casucha de barro de Guacarás, iluminada algunas veces por el milagro de la luna y otras por el mechero que había ideado don Melchor y que resultaba muy eficaz en el improvisado aposento de caña.

Durante las interminables noches del trópico, el bravo español compartía con su amada afablemente y para abreviar las horas, enseñábale a leer y escribir, en cuya ejercitación, Arazaty aprendió fácilmente las primeras lecturas del catecismo.

Don Melchor, educador en su juventud en las escuelas religiosas de España, poseía una cultura superior en aquellos tiempos. Sabía latín, aprendido en los libros santos y repetía cantos litúrgicos, con los que llenaba de halagos a la bella Arazaty, y a su tierno hijo, dando tregua a todas las nostalgias y a todas las inquietudes.

Si bien es verdad que don Melchor no pudo librarse del todo del influjo del ambiente, conservó bastante la educación europea, que trasmitía cotidianamente a través de sus costumbres y en su trato a la familia india de Guacarás.

El niño al crecer resultaba hermoso, de grandes ojos negros, cutis claro, cabellos negros y ensortijados. Púsole el nombre de *Pirapó* que en guaraní significa pez que salta, porque el chicuelo era inquieto y vivaz. Este aprendió también a leer el catecismo, aleccionándole a la nueva fe: es decir, a la religión de su padre. Nuestro protagonista anticipábase de este modo a la llegada de los misioneros que penetraban en la comarca en cumplimiento de su acción evangelizadora en el nuevo mundo, en la conversión de los infieles.

Los infieles de la comarca respetaban a don Melchor y lo tenían en cuenta en las horas difíciles del peligro o de la

Digitized by Google

agresión del hombre blanco, armado de lanzas y de petardos, a quien el indio tenía un miedo extraordinario. Se hizo querer por las tribus tanto por la nobleza que lo caracterizaba cuanto por el afecto demostrado a una mujer de su raza, lo cierto es que el hombre hispano se impuso en la toldería de Guacarás por esas cualidades tan desconocidas en la mayoría de los españoles de la conquista.

Habían transcurrido varios lustros de la fundación de Corrientes, cuando se inicia la penetración casi pacífica del misionero en la tierra de Taragüy. Se fundan pueblos por los padres jesuítas en el Nordeste y los frailes franciscanos descalzos al Norte en el Paraguay y Paraná. En sus predicaciones evangélicas tenían la sabia dirección de fray Gregorio de Osuna, varón apostólico de la orden seráfica que había sucedido al padre fray Luis de Bolaños en la dirección espiritual de las misiones. en las cuales ejerció su ministerio más de cuarenta años a contar desde el 1600. Acompañaban a fray Gregorio los padres de la misma orden Cataldino y Mazeta.

Y aconteció que fray Gregorio y sus familiares, se disponen llegar a la comarca en que el cacique *Atiguajé* ejercía, según las noticias, un gobierno de terror entre los infieles. Esa comarca no era otra que Guacarás, morada de don Melchor Aguirre y la india Arazaty de nuestra leyenda.

Venciendo toda suerte de barreras salvajes, creadas por la naturaleza, los misioneros llegan al típico villorio, cuya población no pasaba de ciento cincuenta habitantes, en su mayoría agricultores y algunos entregados a la caza y a la pesca, con las que solventaban las necesidades de la vida.

El recibimiento no fué muy cordial el primer día, porque el aborígen es desconfiado por temperamento. Sin embargo, la presencia de don Melchor contribuyó a apaciguar la inquietud de la turba y más cuando con el asombro de los frailes, el hombre blanco, para ellos desconocido, habló a los viajeros en su propio idioma.

Don Melchor explicó a los indios en lenguaje guaraní, idioma que ya dominaba el hombre blanco, quiénes eran esos raros viajeros, de los que no tenían nada que temer, puesto que fueron mandados por Dios, nuestro Señor, para la salvación de las almas.

Confiada la turba en las palabras del extranjero, los indios fueron aproximándose a los sacerdotes. De pronto presentóse el cacique Atiguajé (el cual venía todo adornado de

Digitized by Google

plumas de pájaros de variados colores, con una corona en la cabeza, aún más profusamente adornada, y con una gran lanza al frente de sus guerreros armados de arcos y flechas). Esta presentación significaba la sumisión y obediencia a la ley de Dios, como se lo había hecho saber a fray Gregorio y que deseaba ser bautizado con toda su tribu. Y ante la palabra patriarcal del apóstol el bravo cacique Atiguajé arrodillóse a los pies de fray Gregorio, el cual lo bautizó en presencia de toda la población, infiel y cristiana, y permaneciendo de rodillas, el indio arrepentido, pidió perdón por todos los crímenes cometidos en su vida de salvaje. Los padres respondiéronle que estaba perdonado, porque Jesús fué crucificado y muerto para librarnos del cautiverio del pecado y de las tentaciones del demonio y para perdonar a todos aquellos que se arrepienten del mal que han hecho o que pensaban hacer.

Procedióse después al bautismo de todos los infieles, entre los cuales figuraban Arazaty y Pirapó. A la primera se le impuso el nombre de Mercedes del Rosario y al niño mestizo Felipe Juan de la Santa Cruz, en homenaje al rey, al Adelantado y al trofeo de la cristiandad que declaróse símbolo perenne de la ciudad de Corrientes.

Después de estos actos, fray Gregorio, con el ritual de circunstancias, bendijo la unión matrimonial de Mercedes del Rosario de la tribu guacarás con don Melchor Aguirre, natural de los reinos de España. Este acto nupcial celebróse con bailes inocentes, según el ritual indio y otros festivales que traducían la satisfacción de la multitud, pues llegaron a reunirse en Guacarás no menos de 250 personas, sumándose a éstas la comitiva de los padres franciscanos, integrada por criados, intérpretes, muchos blancos bien armados y municionados.

El principal protagonista de esta escena de amor y abnegación, muy cumplimentado por todos y reconfortados por las palabras cálidas de afectos de los religiosos, decidió regresar a la ciudad para reintegrarse a la civilización, incorporando a la vez a la vida ciudadana a su amorosa Arazaty y al tierno Pirapó.

El retorno de don Melchor, como es de suponer, fué pasto de la imaginación popular. Pero lo cierto es que por medio de la abnegación y la fe, uniéronse en el virgen paisaje de Taragüy, dos razas, las que a través del tiempo debían constituir el tipo vigoroso y valiente de nuestra fuerte nacionalidad.

Digitized by Google

UNA ODISEA DE LA CONQUISTA

La jornada de Capilla - Cué

En una de esas hermosas noches correntinas, fulgurantes y magníficas, envueltas en un manto de terciopelo azul, matizadas de diamantes y llenas de mil rumores, avanzaba lentamente un extraño cortejo, que como una fantasmagórica visión, dirigíase rumbo a los Tres Cerros, solitarias pirámides que se elevan en la planicie norteña.

Visto con realismo de sueño, con visiones robadas del natural, el cortejo recobraba ante el observador la pintoresca apariencia de una figuración bíblica.

Componíase ese cortejo de misioneros de las reducciones de Apóstoles y San Javier, indios de las reducciones de San Carlos, algunos españoles armados de arcabuces, un carretón cargado de materiales para el culto, conduciendo también una imagen de la Concepción tallada por los indios en San Ignacio y un estandarte, delicadamente bordado con los símbolos de la cruz y el escudo del Rey Su Majestad.

El convoy conducía igualmente víveres, enseres y un cuadrante solar tallado en piedra, que debía ser emplazado en la reducción que proponíanse fundar los misioneros en territorio correntino.

Ante todo es de hacer notar el ánimo de aquellos hombres de la conquista espiritual. Iban a realizar una empresa inaudita, en medio de la selva virgen, cuya memoria perduraría en la historia del nuevo mundo como una de esas hazañas épicas sin precedentes en los anales de las misiones católicas.

Digitized by Google

La región

La región que atravesaron estos abnegados caminantes, era inmensa y desierta, cruzada en todos los vientos por ríos correntosos, arroyos profundos, lagos y extensos esteros. El Chimiray y el Itaembé que fecundan la esplendorosa floresta, eran barreras que se oponían a los viajeros, quienes para vadearlos construyeron canoas y balsas con troncos de árboles. obras que repitieron en otros pasajes de la comarca.

En las riberas de estos ríos moraban tribus embayá, ágaces y guaycurúes, entregadas a la pesca; al parecer eran indios mansos que habían levantado sus tolderías sedentarias en la región ribereña, más propicia para la busca de su sustento. En rústicas piraguas recorrían incalculables distancias, bajando el río hasta la confluencia del Miriñay, que nace en los esteros del Iberá, en los misterios de su fauna y de su flora, para fertilizar con su limo las más ricas praderas de la provincia.

Los indios guaycurúes, más dóciles que las otras tribus, encaminaron con muestra de bondad, hacia el poniente a los misioneros y acompañantes, pasando sobre aquel laberinto de arroyos, lagunas y esteros que caracteriza la región correntina de la cuenca del Iberá. Las mayores dificultades fueron vencidas al trasponer el Guayayby y Cambá Trapo, que no habían sido hollados aún por el hombre blanco.

Los mbayás

Los indios mbayás vivían "en salvaje primavera." Se consideraba esta tribu como la más brava, la más guerrera e informal en el cumplimiento de su palabra. Para explicar su origen declaraban: "que Dios creó al principio todas las naciones, tan numerosas como lo son hoy, no contentándose con crear un solo hombre y una sola mujer, y las distribuyó sobre toda la superficie de la tierra. Posteriormente pensó en crear un mbayá con su mujer, y como había ya dado toda la tierra a las otras naciones, de manera que no le quedaba nada que distribuir, ordenó al ave llamada *caracará* ir a decirles de su parte que estaba muy pesaroso de no tener terreno que darles y que por esto sólo había creado dos mbayás; pero que para remediarlo, les ordenaba andar siempre errantes por el territorio de los otros y no cesar nunca de hacer la guerra a todas

Digitized by Google

las naciones, matar a todos los hombres adultos y adoptar los niños y las mujeres para aumentar el número."

"Nunca preceptos divinos, dice el sabio Azara, se han cumplido con más fidelidad, porque la única ocupación de los mbayás es errar de un lado a otro, cazando o pescando para alimentarse y hacer la guerra a todo el género humano, matando o conservando a sus enemigos, conforme a la orden del *caracará*."

Sin embargo, a pesar de su condición belicosa, en los primeros días fueron guías pacientes y entusiastas en el penoso ambular del misionero. Abrían picadas a través de los bosques, como túneles vegetales, para el paso del fraile; pescaban a flechazos para brindar a los viajeros la apetecida carne de patys o pira-pitá de exquisito gusto; mataban el maypury, para extraer de su resistente piel cabrestos y otros útiles de cuero; mataban al guazú-pucú, cuyas carnes bien sabrosas alternaban la frugal comida, además de las aves de hermoso plumaje y de sabor exquisito que abundaban en la selva inmensa. La caza del tayazú o tañicaty, especie de cerdo silvestre, era la que proporcionaba sobrado alimento a la nutrida caravana, que se engrosaba con la incorporación de algunos indios de diferentes tribus, de colaboradores eficaces en la audaz expedición civilizadora.

Para la caza y la pesca los mbayás usaban como armas el arco y la flecha a semejanza de las otras tribus y cubrían su tatuado cuerpo con rudos tejidos de *isipó* y plumas de *ararí*, y las mujeres, de hermosas facciones y largos cabellos lacios y negros, llevaban una faja vegetal que aseguraba su cintura, pasando por debajo del vientre; adornábanse con plumas y completaban su tocado con brazaletes de cuero de anta y collares de conchillas y de dientes de yaguaretés.

Ceremonias indias

Los misioneros y acompañantes, aunque fatigados, asistieron a una de las ceremonias indias propiciadoras de la caza y de la pesca, alegres y sugestivos acontecimientos en la vida del indio. Los invitados fueron obsequiados con esencias y frutas de incomparable dulzura como el arazá y el torusmí, del grueso de una ciruela, y con panales de cabatatú, cuya miel, de la consistencia del jarabe, embriagaba a las tribus.

En vista de la cordial acogida, el fraile no penetraba en

Digitized by Google

el misterioso pensamiento de aquellos infieles, que más tarde revelarían su criminal instinto, en la brutal jornada de Capilla-Cué.

Confiados en la protección del Altísimo, seguían los religiosos su penoso sendero hacia donde se pone el sol, sin desaliento, aunque ya pasaban de los dos meses de viaje en territorio del Tape y sin embargo apenas si habían vadeado los esteros del Iberá y se aproximaban a las márgenes boscosas del Ovechá Ruty y Cambá Retá, temibles y briosas corrientes, que llevaban su limo a Cuá-Curuzú y Tuyú-Cué, confusa red hidrográfica que daba a la región un aspecto singular y se interponía a todo intento de vadearla sin correr el riesgo de sucumbir en la peligrosa tentativa.

El paisaje

Pero, ¿a dónde iba realmente esta expedición de frailes, españoles e indígenas? Su incomparable fuerza de voluntad los llevaba a una de las regiones más avanzadas de las tribus guaraníes, para fundar un núcleo de población semejante a las reducciones de San Javier y San Ignacio, con el piadoso pensamiento de evangelizar la extensa comarca y difundiendo en ella la sabia doctrina cristiana entre los numerosos infieles que la habitaban.

La inmensidad de la selva no desalentaba a aquellos hombres intrépidos, que acometían semejante marcha, apresurada y casi guerrera, movidos por un designio divino.

Todas las maravillas de la naturaleza alentaban el entusiasmo del monje, del español, y tal vez del indio, pues la marcha era menos penosa cuando aparecían ante sus ojos las primeras campiñas de paradisíaco aspecto. Muchas lagunas de cristalinas aguas embellecían el paisaje. Todo un maravilloso mundo vegetal servía de marco al sublime cuadro de la naturaleza. En el espacio aquel, cientos de airosas palmeras agitaban sus penachos, creando un ambiente propicio a la oración... Y éste fué el paraje elegido por los misioneros para fundar, bajo la divina protección de la Virgen, la capilla con la advocación de Santa María de la Concepción y nuevo centro de actividades evangélicas en nuestro territorio.

Digitized by Google

La ermita

Y el pueblo fué fundado con el mismo ceremonial de las reducciones del Uruguay y de las Misiones. Faltaba aún la erección de la capilla, obra que realizóse con el indio que labraba la piedra y talaba las maderas, bajo la paciente dirección del fraile. Fué obra heroica aquella, aunque la naturaleza les daba el material necesario, pues la región elegida era de las más ricas en dones. Abundaban las piedras en las ásperas barrancas, las vigas en las espesuras del bosque; asimismo las palmas, de cuyo tallo se extraían las tejas. De inmediato la pequeña ermita abrió su puerta consoladora un día de dorado sol, en que vióse a los neófitos arrodillados ante el altar de la Virgen que hacía milagros prodigiosos al fortalecer y dulcificar las almas.

Cerca de la ermita hallábase un anchuroso lago que dió albergue a una fantástica y magnífica leyenda de fe y de visión.

El incendio

Cuenta la misma que la reducción misionera de Capilla-Cué, en un infausto día de diciembre de 1706, fué atacada inesperadamente por los mismos indios que habían colaborado en la fundación del pueblo.

El cacique llamado Mboty, de la tribu mbayá había reunido infinidad de salvajes que desde todas partes amenazaban haciendo genuflexiones con los brazos abiertos y gritaban "guerra al hombre blanco."

La mesnada india capitaneada por Mboty desplegada en línea de combate, lanzó su ira mortífera sobre los misioneros y españoles. De pronto columnas de humo y de llamas eleváronse sobre la toldería. La capilla fué envuelta por el fuego y entre la roja diafanidad de las llamas, los indios horrorizados vieron la visión de la Virgen, ante lo cual abismados por el prodigio huyeron despavoridos. El Dios misericordioso no había abandonado a sus abanderados heroicos; monjes y españoles y un reducido núcleo de redimidos libráronse de la hecatombe y la imagen venerada surgió de la hoguera milagrosamente.

Digitized by Google

Epílogo

A los gritos salvajes de los indios fugitivos, conmoviéronse hasta las aves del bosque. El dulce paisaje transformóse en triste páramo; desapareció la floresta con toda la pompa de sus frutos y de sus flores; las cristalinas aguas del cercano lago, tornáronse turbias y fangosas.

Del oratorio sólo quedaron las piedras calcinadas, tristes vestigios de una época heroica que recuerda el cruento alborear de la cultura hispana en América.

Digitized by Google

UN EPISODIO DE AMOR Y DE SANGRE

En un atardecer del mes de agosto, cuando aún no habían declinado los últimos fríos del crudo invierno de 1874, don Panta Giménez, viejo centauro de nuestras dilatadas llanuras, cruzaba la fértil tierra correntina, que otrora fuera campo de acción y de heroísmo por la libertad.

El viejo criollo de la leyenda, era uno de esos tipos fuertes como el quebracho de su pago que no se doblegaba al impulso de la tormenta, ni se estremecía ante las tétricas cruces de los caminos, ni de la temerosa penumbra de la noche, "ni de los onomatopéyicos graznidos del ñacurutú."

¿Qué cosa podía asustarlo cuando el hombre de nuestro cuento había presenciado como veterano en Pago Largo y Vences los espantosos horrores de la guerra?

El miedo era una expresión extraña para él, en cambio era sensible ante la desgracia y noble en sus procederes. Por eso en la comarca ejercía don Panta una autoridad moral poco común.

El noble gaucho se dirigía aquella tarde invernal al conocido paraje de *Tataré,* al llamado de su hija Ciriaca a quien se le había muerto un hijito. Cabalgando en su pingo tostado, el viajero cruzaba el paisaje silencioso; sólo algunos lejanos mugidos perturbaban la inmensa soledad. El viaje era penoso y largo, porque las abundantes lluvias dejaron en malas condiciones los escabrosos caminos, por lo que el andar de su magra cabalgadura se tornaba cada vez más lento.

El recorrido de diez leguas a través de inmensos quebrachales y de tupidos montes de espinillos y los arroyos y lagunas que tenía que vadear, no desmoralizaban al viejo pai-

Digitized by Google

sano, porque todo aquello eran penalidades habituales en la vida azarosa del gaucho de la campiña correntina. Don Panta había cumplido ya sus setenta y cuatro años, pero por su vigorosa constitución física y los juveniles bríos que lo animaban, no temía a los desmanes de la naturaleza. A pesar de ello esa noche tormentosa fatigó sin duda al hombre guapo en su silencioso ambular por los campos. Además el viejo llevaba en carne propia la amargura de su hija que entregaba a Dios al recién nacido. Acompañaba a don Panta su perro *saguaypé*, único y fiel confidente de esas horas.

Al trote largo, cuando mejoraba el camino, envuelto en su poncho y el chambergo sobre su oscura "melena", vistiendo la característica indumentaria campera: chiripá, boleadoras y facón, marchaba el jinete toda la noche instintivamente, entornando a veces sus ojos cansados y tristes. El mismo paisaje perdía su encanto, porque ponía inquietudes y sombras en el espíritu del viejo. Los truenos y relámpagos agregaban sus notas de espanto en la inmensa soledad y majestad del bosque. A través de los incesantes relampagueos, aparecían a las rápidas miradas las lechuzas fatídicas que sobre los postes del camino mostraban sus ojos astutos, que brillaban en el oscuro, presagiando algún doloroso drama.

* * *

Ya era la hora del alba. Sobre la planicie, decorada por la floresta del legendario *Capy Quisé* (1), las airosas palmeras, los mbocayás legendarios agitaban sus penachos como saludando al sol que esparcía ya sus primeros rayos e iluminaba de oro el paisaje primaveral. La campiña con sus frescores y perfumes ofrecía a la hora matinal los más variados matices. El cielo se despejaba de sus oscuros nubarrones y anunciaba con el cantar de las aves el venir de un hermoso día.

Sobre una lomada cercana cubierta de un verde esmeralda, aparecía nítidamente la choza fatal, rodeada de añosos árboles de vistosos follajes. Algunos copudos *tayis* (2) en flor servían de pomposa decoración al panorama campestre. "El viento entonaba en los árboles su música más fina, y un anunciar de teros perdíase alerta en la lejanía."

No había transcurrido mucho tiempo, después del amanecer, cuando don Panta llegó a la vivienda, deteniendo su montado debajo del añoso timbó. En derredor de la casa,

Digitized by Google

pequeños grupos de hombres estaban reunidos; algunos paisanos tomaban mate, sentados sobre sus recados. Ardía aún un fogón que durante la noche había iluminado aquel pintoresco escenario.

La infeliz Ciriaca salió a recibir a su padre, estaba ahogada en llanto y no podía casi hablar. Pasados los primeros momentos, en angustiosas palabras, díjole al viejo, que el angelito murió de "pasmo" (3), así se lo había asegurado el curandero Martín y agregó que sólo el milagro de la Virgen (4) podía salvarlo.

El hechicero con sus talismanes y yuyos de misteriosas propiedades, había sin duda acelerado la muerte de la inocente criatura. Dijo además Ciriaca que su compañero Aniceto estaba ausente y que como todos los años había salido a tropear con Montesanto en el Entre Ríos; de modo que la angustia de esa apasionada mujer que sólo contaba diez y nueve años, destrozaba el alma del anciano. Sólo buscaba consuelo en las alentadoras palabras de su viejo bueno, mientras le acariciaba con temblorosas manos su blanquecina barba.

Ciriaca había perdido ya tres hijos y era de admirar en tal momento la sublime abnegación de la infortunada mujer.

Es que nuestra mujer criolla "es fuerte en el sentido evangélico, equilibra en su existencia virtudes, la fortaleza bíblica con la dulce ternura propia de la raza."

"Compañera abnegada y fiel del hombre, es la flor del rancho, el ángel del hogar, el único adorno de la sobria existencia de nuestro criollo. Su persona inspira, con sentido romántico y caballeresco, un pulcro estilo amoroso en el que entrelazan una cándida coquetería y un celo primitivo.

"Madre, esencialmente madre, nuestra mujer de tierra adentro supera en su misión todas las heroicidades de la especie, que suelen no tener más recompensa que la sonrisa prematuramente grave, pero iluminada, del hijo de su resignación y de su amor.

"Todos los adjetivos del cancionero, le cuadran por igual a quien como hija es delicia, como mujer es lealtad, como madre es heroísmo, y aún le sobran fuerzas y espíritu para compartir y suplementar el trabajo del hombre."

* * *

El velorio del angelito, en nuestra campaña no constituye realmente una ceremonia sentimental. Es un acto de cristiana

Digitized by Google

devoción pero despojado de la severidad y ritual funerario. El espíritu supersticioso del paisano acusa en él bastante perspicacia, tendencia instintiva de su alma al no dar carácter lúgubre a la muerte del "angelito", porque su almita inocente pertenece ya al cielo.

Por eso en el velorio no falta la música, cuyos acordes melodiosos, traducen en dulces notas la flor del afecto. Y de esa música que es "un gimiente de los tristes", que se pierde en las misteriosas lejanías del crepúsculo, florece realmente una poesía que expresa el sentir de los habitantes campesinos; es como el "cielito" de que nos habla en "Cepa Criolla" Leguizamón, música sencilla, armoniosa y llena de candor."

Y así fué como en lo de Ciriaca, no faltó el músico, ni el rústico trovador representativo, ni la bronca bordona de la guitarra melancólica para traducir el sentimiento gaucho, ni las expresivas improvisaciones de vigor y gracia que el regional ambiente imprime en el alma del paisano. Y así plácidamente transcurrió la noche, intercalándose en las horas algunas partidas de truco.

Al venir el día, de un cielo despejado, sirvióse un suculento churrasco de oveja; en eso llegó don Panta y circulaba ya discretamente el porrón de ginebra. El mate ponía "en las gargantas resecas su ardiente y acre dulzura." En torno del fogón eran frecuentes las inocentes risotadas, los cuentos camperos, las bromas que entretenían al auditorio con las agachadas pintorescas del decir gauchesco, "los jocosos dicharachos" y los motes oportunos y admirables, aplicados en la serena vislumbre del fogón.

Entre tragos y tragos se oían los diálogos vivaces y picarescos, hermoseados los retruécanos ocurrentes de genuino sabor criollo.

Habíanse vaciado ya varios recipientes de la clásica bebida (5) y lo denunciaban los encendidos rostros y las inciertas miradas de los bravíos hombres. Los diálogos vivaces de pronto tornábanse agresivos, animados de ideas en que fulguraban los rasgos étnicos e indómitos del guaraní. Los propios gestos incitaban a la pelea y se renovaban en aquella gente las viejas rencillas de sus mocedades.

Eustaquio Salas y José Ramírez, que habían pasado amigablemente la noche en el velorio, sacaros a relucir sus olvidadas antipatías provocadas por rivalidades del amor. La embriaguez los conducía a la tragedia y se inspiraban en esa ansia

Digitized by Google

de superioridad natural que los arrastraba a los actos de valor más temerarios. Enardecidos ya los ánimos, los dos paisanos de bravío aspecto sacaron sus facones primero y después sus pistolas, arcaicos trabucos que fueron usados por sus abuelos en las guerras civiles. La intervención oportuna del viejo Panta, no evitó, sin embargo, la tragedia de la madrugada fatal. Los dos mocetones, que habían llevado hasta entonces una vida apacible y laboriosa en la comarca, perecieron heroicamente, porque el heroísmo fué para ellos una consigna. Pelear hasta la muerte era regla general cuando se trataba de rencillas de amor o de poseer la china más guapa del lugar.

Los cuerpos de los dos infelices mancebos estaban en el suelo agonizantes y sus rostros habíanse desfigurado en el fragor de la lucha y parecían iluminados de una sarcástica sonrisa.

Del drama no faltó la vieja "que invita a rezar por el paisano que ha "caido en su láy."

El nombre de la infortunada Ciriaca se vinculaba directamente al dramático suceso. Por su amor habíanse lanzado a la pelea Ramírez y Salas, porque los dos contendientes fueron en lejanos tiempos sus pretendientes más apasionados. Desesperante tornábase la situación de la abnegada mujer cuyo nombre estaba envuelto en aquel desenlace fatal. Don Panta, entristecido, trataba de calmar a su hija desconsolada que, cual una heroína de un drama inverosímil, cargaba con el peso del tremendo suceso, consternando al vecindario de la pacífica comarca correntina.

* * *

El rancho de Ciriaca habíase convertido aquel día en un velatorio. Llegaban de todas partes los paisanos por la cinta blancuzca del camino trazado en la grandeza de un paisaje de atardecer. Sobre aquel fondo triste estaba el lúgubre escenario con un gentío diverso y caballos ensillados. Unos perros vagabundos aullaban lastimosamente. *Yaguá Ñaró* "dueño de casa", estaba echado bajo la enramada y agitaba su recortada cola, moviéndola como un péndulo; era costumbre en la campaña sujetar a los canes vagabundos, dejando un trozo de la cola en el umbral de la puerta. A este perro se lo había sometido a esa dolorosa operación.

El fúnebre cortejo estaba por salir y sólo se esperaba las carretas, cuyos estridentes chirridos ya se sentían; tenían éstas toldos de paja y ejes de palo, ante las cuales los bueyes cachacientos estribaban fuertemente sobre el piso arenoso, mientras

Digitized by Google

sus quijadas se tareaban de izquierda a derecha en un rumiar que no cesaba ya en toda la espera.

En ese momento las mujeres empezaron a rezar unas plegarias muy sentidas y dolientes. Sobre los *tayis* y los añosos *timbóes* los pájaros negros y los *pitogués* entonaban una melodía inefablemente triste.

La abnegada Ciriaca hallábase rendida a los pies de su "finadito", en muda contemplación. En la lejanía, vagos ruidos y silbidos de viento por las laderas, como ecos de las quejas con que la naturaleza del paisaje se asociaba a la tétrica escena.

Hechos todos los preparativos de la dolorosa ceremonia, salió el cortejo en que formaban familiares y amigos de los muertos. El acompañamiento del angelito iba separadamente. Esta fúnebre escena recobraba el aspecto de nuevas e inquietantes tragedias. El ambiente creado no podía ser más propicio a la venganza o a la agresión. Pues casi todos los paisanos estaban armados y algunos tenían fieros aspectos. Sólo la soberbia estampa del viejo Panta presentaba la serena placidez de un hombre bondadoso.

Pero, felizmente el recogimiento y el respeto que se tributan en nuestros campos a los difuntos, contuvo el propósito belicoso de esa gente fiera en la pelea.

La piadosa ceremonia del entierro se realizó en el mayor silencio. Depositáronse en sus fosas, los improvisados ataúdes hechos de trozos de aliso y ceibo, fuertemente sujetados por lonjas de cuero y cubiertos con los ponchos de los finados.

El acto no podía ser más triste en esa hora melancólica del crepúsculo.

* * *

Había transcurrido ya un año de la trágica jornada de Tataré. Es una piadosa tradición en nuestra campaña, recordar devotamente el primer aniversario del fallecimiento de un ser querido, velando la cruz que debe colocarse sobre la fosa del finado, reminiscencia de antigua y cristiana misericordia.

Los familiares de Salas y Ramírez velaron aquella noche del aniversario trágico, las cruces que debían conducir a Tataré al siguiente día. Otro tanto hicieron en la choza de Ciriaca.

Al venir el alba, la fresca brisa de la mañana acariciaba suavemente los angustiados rostros de los caminantes, que por distintos lugares se dirigían al tétrico cementerio, deslizándose religiosamente a través de los agrestes senderos o picadas abier-

Digitized by Google

tas en la floresta, culebreando entre los matorrales y por las espesas maciegas, donde los "ceibos empurpurados de racimos de sangre, juntos a las extrañas flores de pasión del *mburucuyá*", quisieran evocar el sangriento suceso.

Esos extraños y evocadores peregrinos ponían en el paisaje una nota de colores. Era como un cuadro animado de vigorosas tonalidades en el bello amanecer de aquel panorama campestre, digno del pincel de Zubarán.

En cada parada de aquella caravana de figuras tristes y cerca de las cruces enclavadas sobre los bordes del camino, las viejas de añeja devoción o mujeres fanáticas se detenían a orar, como en una *viacrucis*, dejando sobre cada una, una oración. Es que en nuestra campaña no hay seres indiferentes, que dejarán de sentir, así sea una vaga emoción, delante de esas cruces que renuevan en la escena, terroríficas visiones cadavéricas.

Las mujeres no abandonaban, sin embargo, sus cigarros fuertemente aprisionados en sus labios, algunas estaban envueltas en sus mantos de lana o en pesados retorcimientos de telas. Los vestidos de las robustas chinas eran un hervidero de colores y hacían juego con las flores rojas y amarillas de los repliegues del terreno. Las más jovenzuelas tenían en sus rostros un poema de encanto natural y una atávica chispa que encendía los corazones de los "galanes pendencieros." Los jinetes, criollos auténticos por su vestimenta y modalidades, daban su verdadero carácter a la escena. En sus rostros campechanos relampagueaban de repente en sus pupilas instintos terribles.

La mayoría de los jinetes llevaban los avíos en sus albardas; las ancianas viajaban en carretones y algunas personas iban de a pie.

Un muchacho ceñudo, rapado el cabello, los ojos lánguidos, iba al frente del desfile macabro, dirigiendo las rituales de la funeraria ceremonia. Medía sus pasos lentamente y tenía en su diestra una cruz de hierro plateada en sus extremos. En la otra llevaba el sombrero en respetuosa actitud. Era guiado por el primitivo instinto religioso que prevalecía en él; inocente y hermosa afirmación de sus creencias cristianas.

La estampa legendaria de don Panta, aparecía en la escena como una evocación del pasado, henchido de bondad y sentimiento y contrastaba con las de los acompañantes. Iba con el viejo gaucho el compañero de Ciriaca, que había vuelto de Entre Ríos.

Digitized by Google

La caravana había adelantado más de cuatro leguas y ya aparecían en la lomada, como un calvario, las modestas cruces de la solitaria necrópoli. Los rayos solares ponían los últimos encantos de sus juegos de luces en el paisaje. Los cortejos llegaron casi juntos a la triste morada, donde algunas personas amigas esperaban a los dolientes personajes.

La entrada al camposanto dió lugar a escenas conmovedoras, especialmente aquellas del encuentro de los afligidos familiares de Ciriaca y de los parientes más cercanos de Salas y Ramírez. Sin embargo, don Panta conservaba su habitual serenidad de hombre formado en la desdicha y en el dolor. Además, trataba por todos los medios evitar en aquella hora, el menor rozamiento que alcanzara a enardecer los ánimos de por sí comprometidos, de aquellos hombres llenos de ferocidad, de nobleza, de arrojos, de vicios y de virtudes naturales.

Pero la escena más desgarradora de todas fué la que se desarrolló sobre la fosa del angelito, cuando don Panta asumió la figura de apóstol, quien con palabras paternales reunió a los concurrentes, exhortándolos a la concordia, porque así lo pedía desde el cielo el alma inocente de aquella criatura, y perdonaba a los culpables, pero a condición de que los hombres no guardaran más en sus almas angustiadas, odios y sed de venganzas.

Al conjuro de estas paternales palabras, todos los paisanos se pusieron de pie rodeando a don Panta y con el sombrero en la mano hicieron la señal de la cruz, como un juramento solemne de que desde aquel momento deponían todo resentimiento.

Entonces, la fosa del angelito fué cubierta de flores del campo. En la dorada cruz que púsose sobre élla, grabóse una sugestiva leyenda que simbolizaba aquel espíritu angelical y los anhelos exteriorizados por don Panta, que nos brindó el valioso material de esta sentida narración de piedad y amor.

Toda la fascinación que encierra estas antiguas costumbres, toda la vida casi bíblica de nuestro noble pueblo, se tornan al corazón como una punzante nostalgia, porque sabemos que todo esto va muriendo al ritmo de la civilización, que todo lo anula o transforma.

---

(1) Correntoso arroyo del departamento de Paso de los Libres.
(2) Lapachos.
(3) Toda suerte de inflamación es conocida bajo el nombre de "pasmo."
(4) Cuando se dice Virgen, se sobreentiende que se refiere a la de Itati.
(5) Generalmente se bebía ginebra.

Digitized by Google

LAS MAGAS DEL IBERA

Se afirma que en época muy remota la Laguna Iberá (1) tenía sus aguas sobre un nivel superior al actual y ocupaba una superficie que semejaba a la de un inmenso mar.

La laguna, encerrada como fortaleza inexpugnable, en el enorme baluarte de sus bosques, en el verde oscuro de sus follajes y envuelta en el rumor del viento que penetraba velozmente irritado por invisibles aberturas, parecía rodeada de misterios, como un sueño y como un destino.

En el oscuro misterio de sus leyendas, quería esconder los tesoros de su seno ubérrimo, propicio a las gigantescas dimensiones de sus árboles, donde forman grutas y arcos vegetales, galerías, naves de basílicas góticas, en una confusión caótica de arbustos, enredaderas, lianas e *isipós* que se entrelazan audazmente por largos trechos, uniendo las islas flotantes, cubiertas también de florestas, de donde emergen las palmeras como gigantes, y los copudos sauces que reflejan su verdor en la ninfa ígnea.

Era este el eterno paisaje del trópico, lleno de esplendores y de misterios, donde las deidades indias, por sutiles artes de magia, vivían cantando junto con las aves, y que en su impúdica belleza invocaban la protección del dios de la barba fluvial.

Según las viejas leyendas, tejidas por la fantasía popular, moraban en este maravilloso reino vegetal las Magas del Iberá, que ejercían toda la fascinadora poesía en las márgenes de la laguna opulenta y rica en sugestiones de mágico poder.

Hasta aquí, la leyenda es palabra viva. Es realidad la soñadora imaginación perdida en la memoria de los tiempos y de los hombres. Y se encontrará en ella una resurrección espiritual de forma y de imágenes graciosas que vivieron en la heroica juventud del mundo.

Digitized by Google

Las tribus pobladoras

Poblaban las islas y las orillas de la laguna, las tribus "caracará", raza indómita y cruel, y esforzados guerreros. Eran hombres pequeños y de piel oscura, tenían la frente estrecha, los cabellos rígidos, los pómulos salientes y los ojos negros y tristes. Adoraban a Tupá Yara (2) en sus salvajes festines.

Los gobernaba un cacique que llamaban Coroerá, quien moraba con los suyos en un lugar impenetrable de las islas, donde el Iberá ocultaba sus fuentes misteriosas como son las del Nilo y el Niger. Dice también la leyenda, que en lo más recóndito del bosque existía un monstruo, el terrible Apalaba, que atraía con la aspiración a cuantos seres animados existían a gran distancia.

Muchas de aquellas islas flotantes, de donde partían a la hora crepuscular mujidos de toros y ladridos de perros, quedaron unidas a la tierra firme, cuyo inexplicable fenómeno alarmó a las tribus que, en su ancestral delirio, imploraban la protección de "Tupá" al no poder impedir el furor de la naturaleza.

Las magas de la región encantada

Así como el inmenso mar tiene sus hermosas sirenas, el Iberá tenía las suyas que moraban en el recóndito misterio de sus bosques.

"Ysiry", la diosa de la corriente, ordenaba el desborde de los ríos para que fecundaran las praderas y abrieran sobre ellas nuevos cauces, creando otros ríos tributarios de riquezas en la comarca, llenándola de naturales dones.

Y de esas corrientes nacieron sin cesar otras islas, se ampliaron los esteros; el Miriñay y el Corrientes legendario, ensancharon sus cauces y fertilizaron el yermo territorio, transformándolo en una región paradisíaca, que se enorgullecía de las aguas que la bañaban.

Todo lo que palpitaba en aquella inmensa y hermosa naturaleza, salía de la onda fluvial de esos fecundantes ríos.

Las magas de los sortilegios moraban en una y otra orilla y fecundaban los árboles para que a su sombra vivieran toda suerte de animales. Y en idéntica comunión de ideas "Iví", la diosa tierra, arrojaba las semillas; "Amandiquiré" (3) de ensortijada cabellera, mandaba la lluvia y el incesante "Ivitú",

Digitized by Google

con su soplo, ponía en movimiento el follaje en las mañanas otoñales.

En esta maravillosa orquestación de la Naturaleza, aparecía en primavera la florida y graciosa "Ará Potï", que cubría de flores y de poesía la bella comarca, en cuyo homenaje "Ará Verá" (4) y "Ará Sumí" (5), hacían cesar los relámpagos y los truenos que estremecían aquel mundo de misterios. Entonces "Cuarajhy" esplendía al cielo sus brillantes rayos de luz.

En las plácidas noches primaverales, ese misterioso reino de las diosas autóctonas, convertíase en fabuloso concierto de cantos y rumores y notas dulcísimas de nocturnas aves, al que "Yací" (6), le daba todo el encanto de su amorosa poesía.

En la floresta primaveral

La primaveral "Ará", coqueta y ufana, enloquecía de placer en su paisaje de cristal. La floresta exornada de flores, animaba a los pájaros cantores que, como el *isayereteré* (7) tenía la virtud de encantar y enloquecer a quien lo mirara... Aparecía también el *mainunbí* (8), de vistoso plumaje, cuyos reflejos eclipsaban por su brillantez y matices y más allá se balanceaba de flor en flor, buscando su favorita morada en las praderas esmaltadas de flores; el *javiá*, ese incomparable tenor de la selva inundaba "de dulces melodías" el espacio azul; el ruiseñor embellecía con la composición de su canto las serenas tardes primaverales.

Sobre el improvisado "balcón de su nido", el tordo "ese delicado artista del mundo alado, hacía oír su melopea de tenor"; el *cachurrí* ostentaba su dominio musical y el zorzal, el entusiasta cantor de nuestros campos, "pulsaba el laúd como los antiguos trovadores bajo la ventana de la señora de su pensamiento."

Desde su aérea ventana, la calandria entonaba también con su variedad de notas, una música sentimental con que revelaba su insuperable talento musical.

Las deidades de esta fabulosa leyenda, enriquecían de frutas la floresta, donde las aves saciaban con regocijo su glotonería. El *arazá* brindábale la dulzura de sus pomos, el *camambú* el exquisito sabor de su zumo, el *aguay* el néctar dulcísimo, el *jahí-porotí*, el *ñangapirí*, el *ibhajai*, el *ibaviyú*, su jugo azucarado.

Eran miles y miles de aves que acudían a ese mundo de

Digitized by Google

ventura en busca de su nutritivo alimento. Los *gueembées*, las mimosas, las raras orquídeas o flores del aire, favorecían la visita de multitud de insectos, que se impregnaban con el pólen que había de transportar. Un mundo de mariposas revoloteaba en torno de las hechiceras, luciendo en las alas su brillante combinación de colores, "como joyas de pedrerías dotadas de vida."

Las garzas del lago, removiendo con sus picos el limo de su fondo. El martín pescador acechaba su presa, y se balanceaba sobre los juncos de flexibles tallos. Parecía aquéllo un reino de la fantasía, un paisaje imaginario de los tiempos fabulosos.

La ruta encantada

Las odaliscas indias, con el propio don de su encantamiento, quisieron repartir sus bienes en toda la comarca regada por la laguna y en los ríos que recibían de ella el caudal de sus aguas. Partieron en bajeles ligeros y livianos, llevándose consigo a ciertas tribus sedentarias que tenían por jefe al cacique Curandy Payé. La primera etapa realizada en este viaje misterioso, tenía más de cuarenta leguas, siguiendo el curso del Miriñay (9), ese legendario río en que las brujas se transformaban en hermosísimas cigüeñas.

Las masas de árboles que lo bordeaban, adquirían nuevos y curiosos aspectos. Las vertiginosas corrientes de agua arrastraban en su curso, gigantescos troncos de árboles y los colocaba en las orillas como por manos ciclópeas. Los muzgos, los líquenes y los helechos, crecían vigorosamente sobre los soberbios y derruídos señores de la floresta. Algunas veces esos troncos deshechos, parecían monstruosos yacarés o serpientes que se arrastraban por el lodo, envolviendo en sus espirales a los tiernos arbolitos que, heridos al nacer por el derrumbe repentino de esos colosos, se retorcían en espasmódicos esfuerzos, o se debatían en contorsiones penosas bajo el peso mortal de los que los oprimían y sofocaban, e iban buscando en lo alto la vida y la luz.

¡Sí, la luz! Todos esos seres minúsculos y gigantes la buscan, la absorben ávidamente. Y cuando por la abertura del follaje llegaban los rayos solares, entonces una festiva sonrisa emanaba de esa masa de verdor eternamente envuelta en tinieblas.

Digitized by Google

En los recodos del río o en las ensenadas, el agua se hallaba cubierta de ninfáceas o *aguapey* (9) de formas raras, de nenúfares, nelumpios, victoria regia o *irupé*, botones de oro, plantas éstas dotadas de bellas flores que las abren por "encima del agua para que en ningún caso se mojen."

Era ésta la paradisíaca morada elegida por las magas para que vivieran en ella los *caracarás*. El reparto de las tierras realizóse justicieramente, con la fórmula de los ritos indios que, en su concepción, se parecía a la de los antiguos egipcios cuando adoraban al padre Nilo, porque de ahí nació toda idea de justicia y del respeto en la repartición de los dones.

La posesión simbólica

Los *caracarás*, al tomar posesión de las nuevas tierras, fueron representados por Curandy Payé. Al acorde melancólico del "turututú" (10), celebróse un festín en que la gleba india hizo derroche de su escaso buen humor. Sacrificáronse animales en homenaje al antiquísimo profeta Tamandaré, el gran privado de Tupá Yara, sirviéndose después una comida de aves y peces, "saboreando con gula grosera los productos de su caza."

Hablaban estos indios un lenguaje extraño, que las propias magas desconocían. Cuando expresaban un pensamiento o cantaban, se parecían a los parlanchines *cararacás* (11) de vistosos plumajes. En algunos de sus cantos invocaban la protección de Tapaicuá, patriarca de todas las tribus del Numen Iberá.

Siendo estas tribus de condiciones sedentarias, es decir, que no tenían un asiento fijo, porque las tierras que ocupaban, no les pertenecía ni siquiera moralmente, "eran dueños sólo de aquello en que imprimían sus escasas facultades: de la pieza que herían con la flecha de sílex o de espinas de pescados; del árbol que derribaban para comer su fruto."

Por más riquezas que les ofreciera esa región de las maravillas, buscaban otros horizontes para sus correrías y a despecho de las ninfas que presidían aquel río y las fuentes, bajaron navegando en sus *yh-taras*, siguiendo el curso fluvial hasta la desembocadura del Miriñay, en el río de los Urú, donde el Numen Uruguay se une fraternalmente con el río del Cuareim, ejerciendo sobre este plateado lago, su influencia arcana.

Digitized by Google

El perdido paraíso

En el rincón de los Urú, inmenso escenario de paz, brillaban sobre el agua, dormidos en las orillas de los estanques, dorsos de cocodrilos que afloraban perfectamente inmóviles, los yacarés dormían al sol su siesta imperturbable.

Allí, la floresta improvisaba nuevos paisajes creados por la fantasía con sus flores y sus aves, llenos de majestad y dulzura. Sin embargo, los indios desdeñaban todo ese mundo y no llegaban a comprender que aquél fuese creado para que deslizaran en él su existencia, pero a condición de someterse a la obediencia de las diosas cuyas profecías tampoco comprendían, pues en el oráculo de Iví estaba escrito su destino.

Según el calendario de Tapaicuá (12) "el sol había girado ya mil veces en torno de la esfera celeste, extendiendo majestuoso su manto de púrpura, oro y fuego, sobre la inmensa comarca", cuando apareció el hombre esperado y presentido, capaz de comprender la naturaleza, amarla y hacerla madre."

Las profecías de las hechiceras se habían realizado. Llegó el hombre blanco trayendo en su diestra como pendón de amor y piedad la Cruz de Cristo.

A su presencia, la gleba india, vencida por la indolencia y la incomprensión, no tuvo más remedio que replegarse a su escondite primitivo, para convivir otra vez con el *mboreby* (13) o el *yaguareté*, vagando desnuda y solitaria hasta perderse totalmente en la sombra frondosa del bosque.

Las ninfas del Iberá, avergonzadas, volvieron también a las islas recónditas de la laguna, donde siguen viviendo, pero en las misteriosas leyendas, con los mágicos encantos de sus hechizos.

(1) Agua que brilla.
(2) Dios nuestro dueño.
(3) La lluvia.
(4) Trueno.
(5) Relámpagos.
(6) La luna.
(7) El colibrí o picaflor.
(7 bis) Pájaro hechicero.
(8) Río de pequeño lecho.
(9) Camalotes.
(10) Instrumento de música de los caracarás.
(11) Papagallo de vistoso plumaje.
(12) Patriarca de todas las tribus.
(13) Gran bestia.
(14) "Isirí", es la corriente, "Ivitú" el viento, "Ivi" la tierra, "Ará Potí" es la primavera.

Digitized by Google

EL PUCARA Y SU LEYENDA HISTORICA

El fuerte

En este capítulo de somera narración histórica, en que la leyenda es parte predominante, no hemos de discutir cuál fué el punto fijo de Pucará (1); sin embargo, no dudamos de que era el lugar que actualmente ocupa el emplazamiento de la columna conmemorativa, altura dominante, desde la cual se observaba perfectamente todo posible movimiento de invasión india de las comarcas ribereñas o de los escondites insulares.

Fué el año 1593. El fuerte que habían levantado los españoles en las inmediaciones de Arazaty (2), era una mísera choza de barro y paja, algunas que otras piedras arrancadas de las próximas canteras apuntalaban sus cimientos.

Una pequeña elevación del techo a manera de presuntuosa atalaya, servía de vigía a los soldados que en número de cincuenta defendían la frágil ciudadela, rodeada de una resistente y profusa empalizada de gruesos troncos de urunday y de quebracho.

Todas las mañanas, tan pronto como la luz del amanecer dejaba escrutar la inmensa superficie del Paraná, los españoles desde el fuerte dirigían la vista, buscando con sus ávidas miradas si alguna piragua o "igá" (3) se distinguía a lo lejos. Nada veían sus ojos, todo estaba en calma.

Habían transcurrido más de cuatro años de la entrada triunfal del Adelantado Torres de Vera y Aragón en la hermosa región bañada por el Isiry (4) y el Arazá (5), donde abundaban tantos dones naturales. La naciente ciudad colonial que los aborígenes conocían por Taragüy (6), aumentaba lentamente su escasa población indiana, mientras se procedía al reparto poco equitativo de las tierras y se organizaba

Digitized by Google

la administración militar, religiosa y el funcionamiento de la justicia.

El Tupí

Con el inmediato regreso de Torres de Vera a la madre patria, quedó como capitán general y justicia mayor, su sobrino don Alonso de Vera apodado el Tupi (7), quien con inteligente criterio de hombre de Estado, entabló "relaciones amistosas con las tribus comarcanas y con buena maña e industria atrajo a su dominio nueve de ellas, moradores de la costa del arroyo Pirayuy (8), río Pindoy (9) y arroyo Ohoma (10), supo inspirarles confianza y arraigar en ellas la idea de que los españoles no pretendían oprimirlas, ni quitarles sus tierras, sino buscar su amistad y ofrecerles su protección."

Con muy buen tino el Tupi, logró granjearse la simpatía y la amistad de las tribus, asegurándose de esta suerte, auxiliares para la guerra, proveedores de bastimento, de mujeres y de hombres de trabajo. "Por sobre todo logró el Adelantado con el concurso del indio, el aumento de la ciudad y la conquista espiritual de los nativos que ya habitaban en ella.

Pero, después de tantas ventajas obtenidas por el Tupi, siguieron las "encomiendas", declarándose España dueña de los aborígenes, provocando este hecho violentas protestas en las tribus del Adelantazgo; por supuesto se inició el reparto de indios en el territorio jurisdiccional. Dice el historiador que "no pudo inventarse un sistema más aparente para hacer odiosa la conquista española que el de las "encomiendas." Los siervos repartidos eran de dos clases: "mitayos" y "yanaconas." Los primeros pagaban a sus dueños un fuerte tributo de lo que ganaban en faenas propias, estando además obligados al servicio personal durante dos meses del año, turnándose desde los 18 hasta los 50 años de edad. Los segundos, pertenecían completamente al encomendero.

"En cambio de la esclavitud, los indios debían ser tratados con paternal cariño y recibir instrucciones religiosas, alimentos y vestidos; obligaciones jamás cumplidas, dice Mantilla en sus "Crónicas".

"Inicuo en su fundamento e inhumano en la práctica, el régimen de la encomienda fué en todas sus partes la causa de los alzamientos de los aborígenes, sin haber dado buenos frutos a la colonización."

Digitized by Google

Reparto de tierra

La desconfianza tomaba cuerpo entre las tribus, en todas partes cundía el desaliento por el injusto reparto de los solares; muy pocos cultivaban ya la tierra y la tácita resistencia amenazaba a Corrientes por el hambre, escaseaban los alimentos y la única frugal comida se componía de algunos peces, de escasas mazorcas y unas frutas silvestres, pero que no satisfacían a las apremiantes necesidades.

Con la ya manifiesta obstinación de los indios, los obstáculos eran cada día mayores, para el regular desenvolvimiento de la población; además, los españoles pensaban en su pequeñez ante una naturaleza tan inmensa, y era para ellos inexplicable tantas privaciones.

Entre los propios españoles reinaba el desaliento, porque encontraban en su empresa en lugar de riquezas amargas realidades.

Frente a esta triste circunstancia, la pequeña ciudad más bien se empequeñecía. Sus míseras casas eran ranchos de madera y barro, sólo exornadas de frondosos y fragantes jardines naturales. Si bien alguna animación se notaba en sus calles durante el día, era la circulación de las pocas mujeres españolas y criollas que iban devotamente a la Ermita de San Sebastián, que estaba ubicada en la parte noroeste de la punta de tierra que lleva su nombre.

Esas mujeres, que vestían típicas vestimentas hispanas, con sus mantillas y colgantes, sus peinetones y abanicos, contrastaban con la miserable indumentaria de las indígenas que se "cubrían la vergüenza con un pañito de algodón desde el ombligo hasta las rodillas."

Al servicio del Tupi estaban varias mujeres reducidas de acuerdo a las prácticas cristianas. Algunas de estas indígenas eran de las huestes coabyguá (11), y habían escapado de su raptor el cacique Mepiguá (12), el llamado gallardo enamorado, quien con su "lengua sonora" lograba seducir a numerosas mujeres de otras tribus. Decíase que tenía el don de la seducción y poseía a la más hermosa sílfide india de la familia itatiguá (13), de nombre Aireté (14) y estaba orgulloso de su amor.

Aray (15), llamábase una de las mujeres indígenas al servicio del Adelantado, la que hábilmente había conquistado

Digitized by Google

cierto prestigio ante el Tupi y daba pábulo a las consiguientes murmuraciones y comentarios, porque era hermosa e inteligente criatura, a quien el destino habíale reservado una importante misión en el Cabildo, sirviendo de hábil intérprete, cuando la derrota, capitulación y sumisión de las tribus, después del irresistible milagro de Pucará.

Las mujeres españolas

Las mujeres españolas encerradas en su orgullo nativo no miraban con buenos ojos la influencia de Aray en el gobierno. En el silencio de la alcoba o en sus confidencias, celaban indignadas de la hermosa india que les había quizás arrebatado los favores del Tupi.

Las solicitudes de amor daban, sin embargo, algún encanto a la entristecida población adormecida en la floresta o en sus interminables siestas subtropicales. Las más bonitas españolas, andaluzas de ojos negros o gallegas de inquietantes miradas, eran codiciadas de los ejecutores, procuradores y mayordomos. Muchas de estas bellas muchachas fueron solicitadas en matrimonio y decían que los caciques sometidos enloquecían a las cálidas miradas de las mujeres españolas.

Las más hermosas mujeres de los primeros años de la fundación de la ciudad fueron: Lucía de Salinas, Francisca de Ledesma, Beatriz Fernández, Juana de Velazco, Isabel Gómez y María Sánchez Cabrera. Muchas criollas, por su incomparable gracia rivalizaban con las españolas. Arrancaban con sus ojazos de fuego la apasionada voluptuosidad de los hombres, cuya suprema dicha era sólo la mirada amorosa de una encantadora mujer recién besada por el sol tropical.

El rigor de las encomiendas

Comenzaba el año 1593. En los primeros meses, el rigor provocado por las encomiendas hacía sentir sus efectos desconsoladores. Fué época de indecible miseria.

Sólo el Tupi, de sereno temple, animaba con la palabra y el ejemplo. Pero esto no era suficiente. Con las palabras no se apacigua el hambre, ni los dolorosos sufrimientos físicos de los hombres. Invadió, para mayores males, una epidemia desconocida en la ciudad, que fué felizmente conjurada por la gracia divina.

Digitized by Google

En tan difícil como afligente situación, "muchas airadas tribus levantáronse en guerra y amenazaban la propia estabilidad de la colonia."

Alonso de Vera, si fué previsor en las gestiones pacificadoras de los primeros tiempos, "adolecía últimamente de cierta debilidad y de escrúpulos humanos, inoportunos en una época tan poco noble, al decir del historiador."

En consecuencia, la ciudad presentaba un impresionante espectáculo de la más profunda miseria moral. Era ya tarde para conjurar la tempestad que se aproximaba.

En un día nublado y tempestuoso, como los malos augurios, empezó a circular una noticia que puso a la ciudad en anhelante agitación: la plebe india de los coabyguá, como primera avanzada, acercábase a las orillas del Arazá, con fines belicosos, llevando en sus manos flechas y dardos.

Y fué al comienzo del año 1593 cuando más de cinco mil indios de las diversas tribus pusieron sitio a la ciudad, arrebatando de su puerto embarcaciones y pequeñas piraguas que allí fondeaban y atacaron con la furia de tempestad el fuerte inconsistente de Arazaty.

Las consecuencias

Como se ha dicho, rodeaban al fuerte empalizadas de gruesos maderos colocados profusamente. A pocos pasos estaba emplazada la cruz, sobre una base de piedra y barro, a fin de que la insignia de la conquista pudiese ofrecer un aspecto más solemne a la airada visual de los infieles y despiadados seres, cuyo número aumentaba por momentos.

De inmediato empezaron a brillar las plateadas armaduras de los capitanes españoles y sus enseñas rojas y sus cascos relucientes. Y comenzó el sitio. Ya no arrullaban a los oídos de las mujeres los gorjeos de los pájaros que despertaban en sus nidos, ni el rumor de las brisas del Paraná, ni aspiraban la fragancia de los jazmineros que se mecían frente de las ventanas.

En cambio se oían los estampidos de los arcabuces con que los soldados repelían las arremetidas de los fuerzas sitiadoras, comandadas por el cacique Abarubichá (15), y de su lugarteniente Curapepé (16), cuya enorme cabeza infundía terror y fué precisamente el más empeñado en el asalto, quien lanzando rugidos espantosos y blandiendo largas flechas de *guarapepé* (17), osó aproximarse al fuerte para infundir coraje

Digitized by Google

a su grey, que subía por las barrancas, deslizándose entre las peñas, para cortar la retirada a los pocos españoles que defendían la ciudad.

La indiada casi desnuda, pero de ágil cuerpo, llevaba en las manos enormes arcos que llamaban *guirapipé* y flechas de cañas y otros instrumentos de guerra que como el *guirapá* (18), afilado en la punta, servía de lanza.

Parte de la fuerza sitiadora procedía de las islas vecinas; los españoles contemplaban presos de estupor el incalculable número de piraguas o *igá* que surcaban el Paraná cargados de indios de las diversas tribus y que navegaban dando gritos agudos y desconcertantes y en confuso tropel se aproximaban a la costa para cooperar con los *timbóes* y los *itatyguás* que ya rodeaban las defensas armados de gruesos *ibirababá* (19).

La batalla aun no había comenzado cuando en derredor de la Cruz apareció una violenta llamarada que envolvía en sus espirales el símbolo de la redención humana, a su lado el indio "Caraguatá" (20) como fiera enfurecida apuraba el fuego con leña y paja que la plebe amontonaba en lugar conveniente para su destructora obra.

La lucha

De pronto, favorecida por el fuerte viento, la inmensa hoguera extendíase hacia el empalizado del fuerte, cuyas llamas se agrandaban, alimentadas por la profusión de leña y ramas que los indígenas arrojaban.

Esos hombres enfurecidos, tiraban sus dardos sobre los españoles, por entre la juntura de los troncos del empalizado, sin herir a ninguno, porque sus armas no podían causar mucho daño en las gruesas armaduras.

A pesar de su gran valor, los indígenas no vencían en sus furiosas y encarnizadas arremetidas.

Muchos indios huían al escuchar el estampido de los arcabuces y ver el relampagueante chispazo de las explosiones.

Los sitiados al mando del oficial Héctor Rodríguez, sin perder su serenidad un solo instante, defendieron con heroísmo español a su Dios y a su Rey. Las repetidas descargas de sus arcabuces llenaban de espanto a los indios, siempre en acecho, quienes pretendiendo sorprender a los defensores, desbandábanlo en precipitada fuga.

Asombrados quedaban los infieles al "observar esos raros

Digitized by Google

y atronadores instrumentos de largas bocas que despedían fuego entre espirales de humo y que llevaban la muerte en sus tribus y cuyo ruido nunca lo habían escuchado."

En tanto las llamas devoraban las defensas del fuerte y una espesa cortina de humo se levantaba en el espacio, poniendo en el paisaje una nota de horror y de espanto. Sin embargo, la Cruz erguíase inmutable entre las vivas llamaradas que la envolvían. A pesar del arrojo temerario de los infieles, los atacantes retiráronse desordenadamente, deslizándose como culebras entre el ramaje, dejando en el campo calcinado por la hoguera, varios hombres destrozados por las mortíferas descargas de los arcabuces, mostrando en sus cuerpos tatuados y cubiertos de sangre, pinturas extrañas.

La Cruz incombustible

La Cruz resplandecía intacta entre el fugor de las llamas; en el cielo, en el cortejo de nacaradas nubes aparecía radiante la figura de la Cruz maravillosa, que tenía por fondo un manto azul guarnecido de fulgurantes estrellas.

Esta fantasmagórica visión del anochecer espantó a los naturales, convencidos de que todo aquello era obra de un poder divino, superior al de sus falsos dioses.

Los indios desconcertados, con sus ojos centelleantes, contemplaban abismados en el azul el prodigio y se desbandaban entre desgarradores gritos y como heridos por un rayo rugían como leones buscando sus guaridas en los montes y en las islas, convencidos de sus derrotas. Muchos de ellos se rindieron subyugados por la milagrosa visión del cielo de Taragüy.

* * *

Fué un día de mayo. La tarde iba cayendo, espesas y plomizas nubes que tejían cenicientos sudarios flotaban en jirones en el firmamento. El Cabildo celebraba su acostumbrada audiencia en que dábase cuenta del milagro de Pucará y rendíase tributo de admiración a los defensores del fuerte, en cuya circunstancia apareció agitando una bandera blanca un emisario de Abarubichá, jefe supremo de las fuerzas sitiadoras, para proponer al Tupi, un convenio, por el cual las diversas tribus que lo habían acompañado en la guerra, sometíanse incondicionalmente a las autoridades del rey y a la ley de Dios, im-

Digitized by Google

puestos por la luz de la verdad que resplandecía de la Cruz que maravillados habían visto en el cielo de Arazaty.

Además, el cacique ofrecía como ofrenda al valor hispano a la más hermosa y casta doncella de su tribu, para dulce compañera del más bravo militar, que era a la vez expresivo testimonio de unión y amistad entre dos razas, que en abrazo fraternal perpetuarían la especie humana en las feraces tierras de Taragüy.

La capitulación

El Capitán General, una vez entabladas las negociaciones con el emisario indio, por intermedio de la intérprete Aray, le informó de sus fines pacifistas con todos los naturales y fijó la entrada de Abarubichá y de su séquito a la ciudad el día 3 de mayo, consagrado a la exaltación de la Cruz para el acto de sumisión y obediencia al rey.

El emisario indio, satisfecho de sus exitosas gestiones de sumisión y amistad, regresó a su toldería para dar cuenta al cacique de su misión conciliadora con el Tupi, la que sólo a su entender podía aportar beneficios para las tribus, empeñados en una lucha estéril contra un poder incontrarrestable y sobrenatural. Abarubichá escuchaba atentamente las palabras auspiciadoras del confidente, con visible muestra de alegría, reuniendo inmediatamente a los jefes de las fuerzas vencidas a fin de informarles de lo que acontecía.

La imaginación de los caciques inflamóse con los episodios casi novelescos que oían referir; por lo cual la sumisión no podía terminar sino con ventaja para los naturales y, en consecuencia, todos aceptaron la decisión de Abarubichá y de común acuerdo todos resolvieron ir a Taragüy y, designándose una comitiva de indios dirigentes que deseaban conocer al Tupi admirando su esfuerzo temerario y audacia, y al mismo tiempo su generoso y noble espíritu.

Partió la comitiva una hermosa mañana de mayo. Un sol radiante enviaba sus bellos resplandores iluminando con cien colores el paisaje en que habitaban.

Formaban en ella indios e indias, que adornaban su cuerpo con plumas y flores; sus vestidos aparecían con profusión de colores, especialmente de las mujeres. Llevaban algunos presentes con los cuales pretendían testimoniar su amistad y gratitud a los españoles.

Digitized by Google

En este extraño séquito formaban los indios "coabiguá" de pintada piel, los curugde "lengua sonora", los "mepiguá" de feroces instintos, los "vilelas", "chulupa" y "guaycurú", de inhumanos sentimientos; los bravos "itatiguá", los "mépenes" y "curumias" que moraban en el Chaco y en las comarcas del río Corrientes y Santa Lucía. Eran casi todos hombres altos y corpulentos. Y con todos estos venía rodeada de los caciques más notables, una mujer casi niña, de negra trenza, de rostro pálido como el crepúsculo del alba, sus ojos despedían súplicas de amor inconfesado y esta casta doncella era la hermosa Irupé, ofrecida al Tupi como ofrenda de admiración y gratitud por los beneficios recibidos y anhelos de unión y solidaridad entre las castas indias y española. En esta escolta formaban los caciques consejeros Canindeyú, Payaguary, Aguará, Coembá y Mboipé.

La pintoresca comitiva, arribó a la ciudad después de dos días de marcha, favorecida por un tiempo lleno de bonanza.

Renunciamiento

El Tupi, con un carácter franco y dulce, recibió el día señalado amablemente a las tribus, luciendo su vistoso y espectacular uniforme, con su cimera adornada de plumas altas y grandes; estaban presentes sus principales funcionarios y su favorita la intérprete Araí. El Alguacil Mayor vestía chaqueta de lanilla gris con grandes botones de nácar, chaleco bordado, medias de seda y hebillas de oro, llevaba amplia capa granate, los demás vestían a la última moda española y lujo de antigüedad. Todo este lujo deslumbrante ejercía una poderosa influencia sobre los indios reducidos.

Una escena emocionante

La sumisión propuesta por los caciques que representaban a todas las tribus, fué aprobada por los españoles, pero a condición de que renunciaran para siempre de los abominables sacrificios humanos en honor de los muertos y de los demonios y de los ídolos que adoraban, que levantaran su corazón a Jesús Creador del Cielo y de la Tierra, crucificado por la salud del género humano, que destruyeran sus ídolos y se reconocieran súbditos del rey de España.

Todos los caciques allí presentes prometieron cumplir las

Digitized by Google

instrucciones del Cabildo e hicieron entrega en sugestiva y simbólica ceremonia de la hechicera Yrupé, la que fué prontamente solicitada en matrimonio de acuerdo a lo establecido, por el intrépido soldado español Juan Enciso de Guzmán, meritorio militar de la conquista en el Alto Perú y Río de la Plata.

Y el mismo día, el capitán general Alonso de Vera, dispuso en sencilla ceremonia, pero de trascendental significado en los anales del Cabildo, la celebración de la boda en la Ermita de San Sebastián, apadrinada por el propio Tupi y la que bendecida por el R. P. Fray Josef de Villanueva, marcó una nueva y feliz etapa en la agitada vida ciudadana.

Después de una misa a la que por primera vez concurrieron los caciques, que debían prestar más fuerza a la unión, recibieron los desposados la sagrada hostia.

Y esta emocionante ceremonia, que jamás habían presenciado los naturales, selló para siempre la fusión de dos grandes razas, que ponían un destello de esperanza bienhechora en los destinos de esta hermosa región del Nuevo Mundo.

La mayor parte de los personajes que aparecen en esta leyenda, son creaciones de la fantasía, pero los hechos que sucedieron a la fundación de Corrientes, están basados en la versión histórica más autorizada.

El historiador Mantilla sostiene que el asalto de los indios al fuerte de Arazaty, tuvo lugar cuatro años después de la fundación de Corrientes y que erróneamente la leyenda establece que aquel hecho de armas y el prodigio de la Cruz ocurrió el mismo día en que el Adelantado fundaba la nueva ciudad.

Por su parte, el cronista Félix de Azara, dice que el milagro ocurrió el 9 de abril de 1588, es decir, seis días después de la fundación de Corrientes.

Los más autorizados escritores y cronistas contemporáneos, afirman que el historiador Mantilla es el que más se aproxima a la verdad histórica, por lo que recurrimos a este ilustre correntino para enriquecer la erudición del presente trabajo, no coincidiendo sin embargo, en lo que respecta al hecho divino que Mantilla desconoce.

---

(1) El fuerte.
(2) La región en que abundaba el arazá o guayabas.
(3) Embarcaciones hechas de un trozo de Timbó, árbol regional.
(4) Así se llamaba el Riachuelo antiguamente y la palabra guaraní Isiry significa corriente o agua que se desliza.
(5) Arroyo de las inmediaciones de la capital.

Digitized by Google

(6) Población cercana. bajo cuyo nombre llamaban a Corrientes los naturales, denominación que subsiste hasta hoy.
(7) Cara de perro. Nombre despectivo con que se conocía al Capitán Alonso de Vera o el Tupi.
(8) Arroyo de la región, de los peces amarillos.
(9) Arroyo.
(10) Pequeño arroyo.
(11) Habitante de los montes.
(12) Varones de piel pintada.
(13) Indios del norte.
(14) Panal de miel.
(15) Cielito.
(16) Zapallo.
(17) Planta fibrosa.
(18) Arco para cazar pájaros o arma ponzoñosa.
(19) Garrotes.
(20) Planta fibrosa .llena de espinas. La palabra Abarubichá, significa "hombre grande o jefe de las tribus."

FIN

Digitized by Google

El 12 de febrero de 1946 se terminó de imprimir este libro en los talleres de la IMPRESORA DEL PLATA, S. A., San José 1645, Buenos Aires. La edición fué hecha para la EDITORIAL CLARIDAD, S.A., bajo la Dirección General de ANTONIO ZAMORA.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

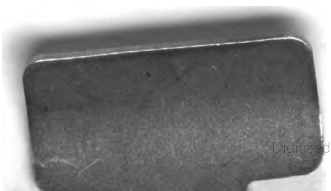
$ 3 m/n

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google



Digitized by Google

Digitized by Google